

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

EVOLUCION DEL ALFABETO

Tesis

QUE PARA OBTENER EL GRADO
DE DOCTORA EN LETRAS

PRESENTA

MARIA TERESA CHAVEZ CAMPOMANES

MEXICO, D. F.

1 9 5 3

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Caps.	Págs.
—	—
VI Origen del alfabeto.....	97
VII El alfabeto fenicio y los sirio-palestinos.....	117
VIII El alfabeto griego	149
IX El alfabeto latino	175
X Nuestro alfabeto	209
Conclusiones	241
Obras consultadas	245
Indice alfabético	249

ILUSTRACIONES

Fig.		Págs.
—		—
54	Derivación de los signos fenicios de los hieráticos egipcios, según Rougé	100
55	Inscripciones de Lachisch y de la Península del Sinaí.	104
56	Los caracteres del Sinaí, de Lachisch, de Ras-Sh ^m ra y de la inscripción de Ahiram, comparados con otros alfabetos.	105
57-59	Caracteres usados en los países del Mediterráneo, agrupados por Flinders Petrie	108-110
60	Láminas y espátula de bronce con caracteres pseudo-jeroglíficos de Biblos	121
61	Inscripción de Biblos hecha en piedra con signos pseudo-jeroglíficos	122
62	Inscripciones de 'Abdo, Safatha'al y Asdrúbal.	123
63	Inscripción de Ahiram.	123
64	Sarcófago de Ahiram.	124
65	Inscripción del sarcófago del rey Tabnit.	125
66	Alfabeto ugarita (Ras Shamra)	127
67	Inscripción de un vaso de Baal de Líbano.	129
68	Inscripciones púnicas y neo-púnicas.	131
69	Calendario de Gezer.	134
70	La inscripción de Siloe.	134
71	Vasija encontrada en Lachisch.	135
72	Carta de Lachisch.	137
73	Inscripción samaritana	138
74	La Piedra Moabita.	139
75	Sello amonita	141
76	Inscripción aramea	141
77	Papiro arameo de Elefantina.	142
78	Alfabetos semíticos, mostrando la transformación de las letras moabitas y sidonias en el hebreo y el árabe modernos.	144

Fig.		Págs.
79	Escritura bustrófedon de Tera.....	152
80	Escritura bustrófedon de Atica.....	152
81	Escritura bustrófedon de Corinto.....	153
82	Inscripción de Abu-Simbel.....	154
83	Escritura jónica.....	155
84	Escritura bustrófedon de Eubea.....	156
85	Inscripción de Beocia.....	156
86	Inscripción de la variante calcídica del alfabeto griego.....	156
87	Inscripción del templo de Minerva en Jonia.....	157
88	Evolución y expansión del alfabeto griego.....	158
89	Inscripción en un Vaso del siglo octavo antes de Jesucristo.....	164
90	Ostracón de la época helenística.....	164
91	Tablilla escolar.....	165
92	Fragmento de un papiro que contiene una página de la <i>Iliada</i> , de Homero.....	167
93	<i>Unciales</i> griegas de la escuela bizantina <i>Eucologio Constantino-</i> <i>politano</i>	168
94	Escritura <i>uncial</i> griega de la escuela alejandrina. <i>Códice Si-</i> <i>naítico</i>	170
95	Evolución de las letras griegas.....	172
96	Alfabetos itálicos.....	179
97	Inscripciones en monedas antiguas.....	183
98	Nombres inscritos en los espejos encontrados en las tumbas etruscas.....	183
99	Inscripción etrusca primitiva.....	183
100	Ejemplo típico de escritura etrusca.....	188
101	<i>Praenestine fibula</i>	189
102	Inscripción latina de Anzio.....	189
103	Inscripción latina del templo de Bona Dea.....	190
104	Inscripción latina de un baño romano.....	190
105	Evolución de los alfabetos itálicos.....	191
106	Evolución de las letras latinas.....	193
107	<i>Capitales cuadradas</i> . Palimpsesto de las <i>Geórgicas</i> , de Virgilio..	194
108	<i>Capitales rústicas</i> . <i>Commedie</i> de Terencio.....	195
109	<i>Unciales</i> romanas. <i>Speculum</i> de San Agustín.....	197
110	<i>Cursivas</i> latinas. Páginas de un libro en tablillas de cera hallado en Pompeya.....	199
111	Escritura irlandesa. <i>Omeliario</i> de San Gregorio Magno.....	202
112	Escritura <i>minúscula carolingia</i> . <i>Evangelionario</i> , de Enrico II.....	204
113	Escritura gótica. <i>Messe del Natale e di Santo Stefano</i>	205
114	Escritura humanista. <i>Commedie</i> de Terencio.....	206
115	Inscripción ibérica.....	217
116	Inscripción ibérica sobre una vasija de barro.....	218
117	Alfabetos ibéricos.....	219

Fig.		Págs.
—		—
118	Monedas con inscripciones ibéricas.....	220
119	Escritura <i>ulfilana</i> . Página del <i>Codex Argenteus</i>	222
120	Lápida visigótica del siglo VIII.....	224
121	Escritura <i>visigótica</i> , Manuscrito <i>De Virginitate Beatae Mariae</i> ...	225
122	Escrituras <i>uncial</i> y <i>semiuncial</i> , Palimpsesto de la catedral de León	226
123	Escritura <i>carolingia</i> . <i>Liber Testamentorum Sancti Facundi</i>	229
124	Escritura <i>gótica</i> . Fragmento de los "Libros del Saber de Astro- nomía"	231
125	Alfabetos españoles de los siglos XV al XVII.....	232

v

INTRODUCCION

Es el alfabeto la iridiscente gema donde se fundieron los multicolores rayos que irradiaron las escrituras del mundo antiguo. En sus sencillos signos se unieron los esfuerzos e inventiva de muchos pueblos que al través de varios milenios lograron fijar pictográfica, simbólica o fonéticamente su pensamiento. En su continua evolución, del pictograma nació el ideograma y de éste el signo fonético, el que a su vez se simplificó de silábico, en un conjunto de consonantes hasta llegar al alfabético en el que estas letras fueron fijadas por las vocales. Mas así como en el alfabeto se concentró la luz que emanó de las primeras escrituras, él difundió profusamente sus rayos que brillaron en variadísimos matices.

Los autores modernos, entre otros David Diringer en *L'alfabeto nella storia della civiltà* (1935) y en *The alphabet, a key to the history of mankind*, (1949), y James G. Février en su *Histoire de l'écriture* (1948), presentan una gran cantidad de alfabetos desarrollados por pueblos de diversas partes del mundo. En cambio, Ignace J. Gelb en su *A study of writing, the foundations of grammatology* (1952), dice: "Si el alfabeto se define como un sistema de signos que expresan cada uno de los sonidos de las palabras, en este caso, al primer alfabeto que con justificación puede dársele ese nombre, es el griego", y expresa también que no estudia el alfabeto latino porque es idéntico en principio al griego del que derivó.

En este pequeño ensayo se estudian solamente los orígenes de los llamados alfabetos semíticos y especialmente el fenicio; a partir de éste, el griego, tronco principal de los alfabetos; después, una de sus más frondosas ramas, el latino, y finalmente, el nuestro, el de los pueblos que hablan la lengua de Cervantes, el que fecundo, creó nuevas grafías que lo distinguen de los usados en otras lenguas modernas.

CAPITULO VI

ORIGEN DEL ALFABETO

El origen de la escritura semítica, que se cree influyó en la formación de nuestro alfabeto, es casi desconocido por nosotros; pues aunque sus signos se desarrollaron después de los babilónicos, asirios y egipcios, su verdadera fuente permanece en el misterio. Nada seguro se sabe acerca del lugar donde obtuvieron sus letras los semitas, ni a través de qué canales de asociación histórica o influencia literaria recibieron los signos sus formas distintivas; este problema ha sido muy discutido y permanece indeciso, pues los más notables arqueólogos y paleógrafos no están de acuerdo en sus teorías concernientes al probable origen de estas letras únicas. No aparenta ser un sistema nativo desarrollado en la evolución interna de ideas nacionales, como el egipcio y el babilónico; más bien parece descender de un antiguo linaje, pasando por muchos siglos de transformación antes de que lo adoptaran los fenicios. Tiene señales inequívocas de ser un arte de índole compuesta, posiblemente derivado de más de una fuente, pues parece improbable que esa pequeña nación de no muy larga historia, situada entre monarquías poderosas que por siglos habían elaborado sus sistemas de escritura, haya inventado uno enteramente independiente. Los fenicios eran los traficantes de la antigüedad; verdaderos nómadas del mar, tenían contacto con todas las naciones de la costa del Mediterráneo y debieron de estar familiarizados con su cultura y arte; por tanto, no es aventurado pensar que su escritura debe haberse desenvuelto bajo el influjo de los sistemas asirio, babilónico, hitita, egipcio, o como últimamente se dice, del cretense.

No se cree que la escritura semítica haya recibido influencia de la

cuneiforme, pues no hay puntos visibles de similitud entre ninguno de los cientos de signos silábicos cuneiformes y las veintidós letras de los alfabetos semíticos, y aunque la mayoría de las autoridades creen que éstas vinieron de Oriente, no parece ser su fuente directa la escritura cuneiforme. Es probable que se derivaran de los ideogramas y silabarios sumerios o de los más recientes lineales babilónicos; sin embargo, no hay una evidencia de conexiones entre las dos culturas, a menos que existiera antes de que la rama occidental de los semitas emigrara del valle del Eufrates. La escritura lineal babilónica cayó en completa desuso en Mesopotamia en una época anterior al tiempo de Hammurabi (2200 antes de Jesucristo) y fué substituída por el silabario cuneiforme; desde entonces se abandonaron las formas lineales y casi se olvidaron.

En la época de su esplendor, el gran Imperio hitita se extendía a través del Asia Menor desde Mesopotamia hasta cerca del Mediterráneo y fué el vecino más cercano que tuvieron al Norte los fenicios. Los dos pueblos cultivaron relaciones relativamente amistosas y un activo comercio, esto hace suponer que los signos fenicios derivaron de los hititas. Se han encontrado inscripciones hititas en la antigua Lidia, en Caria, Frigia y Cilicia, países situados al norte de Fenicia, por lo que se cree que se familiarizaron desde época muy remota con el sistema de escritura jeroglífica empleado por sus vecinos.

Hay evidencias de que los fenicios conocieron los jeroglíficos egipcios y su escritura, ya que en Egipto se permitía a los forasteros establecerse en el país había colonias extranjeras cerca de la delta del Nilo desde el tiempo de Userkaf (2681-2660 antes de Jesucristo). El doctor Flinders Petrie ha identificado vasos, encontrados en Abidos entre los restos de la primera dinastía egipcia, a una profundidad correspondiente a las capas de la Edad del Bronce, semejantes a los hallados en el palacio de Cnosos, en Creta. Se han descubierto objetos fenicios en muchas partes de la delta entre los restos y acumulaciones de dinastías egipcias muy remotas. Se sabe que los fenicios comerciaban con Pelusa, Bubaste y otros lugares del bajo Egipto, que se radicaron en Menfis y tenían un templo de su diosa Astarté. Herodoto dice: "Los fenicios de la ciudad de Tiro, habitaban alrededor de este distrito conocido como la colonia de los tirios; en medio de ésta se levanta un templo llamado Venus la Extranjera". Aahmés, primer rey de la décimoctava dinastía que expulsó a los hicsos, habla de "los extranjeros de Fenekh". Por tanto, es evidente que los fenicios tuvieron contacto con los jeroglíficos egipcios y la escritura hierática, mucho antes de la fecha de las prime-

ras inscripciones hechas con su alfabeto que hasta hoy se conocen. Eusebio transcribe un pasaje del historiador tirio Sanhuniathon, en el que dice que los fenicios afirmaban haber tomado su escritura de Egipto; ésta es la misma opinión de Platón, Diódoro de Sicilia y otros.

Se ha intentado, especialmente por el sabio egiptólogo francés Emmanuel de Rougé, buscar el origen de los caracteres fenicios en los hieráticos egipcios. Este hombre de ciencia hizo un minucioso estudio de los dos sistemas de escritura y elaboró una teoría mediante la cual deriva cada uno de los caracteres fenicios de un signo hierático tomado como original. En un trabajo sobre la historia del alfabeto, que leyó ante la Académie des Inscriptions en 1859, expone esta teoría, aceptada según él, por muchos eruditos. Para llevar al cabo su trabajo tomó las formas más antiguas que pudo encontrar de las letras semíticas y las comparó con las más antiguas, también, de los caracteres hieráticos, empleando sólo las veinticinco letras del llamado alfabeto egipcio. Los materiales eran escasos, ya que encontró muchos papiros de escritura hierática del nuevo Imperio (1587 antes de Jesucristo) y muy pocos de la antigua, pero, afortunadamente, entre los escasos ejemplares que existen de ésta, se halla el Papiro Prisse, fig. 23, y esta preciosa reliquia proporcionó a Rougé los caracteres cursivos para hacer la comparación. Rougé presentó una tabla, fig. 54, que muestra:

- I. Los jeroglíficos egipcios vueltos hacia la izquierda.
- II. Los signos hieráticos egipcios vueltos hacia la derecha.
- III. Las letras fenicias más antiguas tomadas en su mayoría de las inscripciones de Baal de Líbano.
- IV. Las letras griegas más antiguas según las inscripciones de Tera y Atenas.
- V. El alfabeto lapidario griego de la época de la guerra con Persia, leído de izquierda a derecha.
- VI. Unciales griegas del Códice Alejandrino, alrededor del año 400 de nuestra Era.
- VII. Minúsculas griegas.
- VIII. El alfabeto latino antiguo.
- IX. El alfabeto lapidario latino de la época de Cicerón.
- X. Unciales minúsculas latinas.
- XI. Tipos hebreos modernos derivados de las letras fenicias.

		EGIPCIO.		FENICIO.		GRIEGO.			LATIN.			HEBREO	
1	AGUIA.		z	Δ	Α	Α	Δ	α	Α	Α	Δ	α	ז
2	GRULLA.		z	Δ	Β	Β	Β	β	Β	Β	Β	β	ז
3	ALTAR.		z	γ	Γ	Γ	γ	γ	Γ	Γ	Γ	γ	ז
4	MANO.		Δ	Δ	Δ	Δ	δ	δ	Δ	Δ	Δ	δ	ז
5	LABERINTO.		Π	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	ז
6	CAPALCOZ DE TIERRA.		γ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	ז
7	PATO.		z	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	ז
8	CRIBA		Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	ז
9	TENAZAS		Π	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	ז
10	PARALELAS		γ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	ז
11	TAZA		γ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	ז
12	LEON.		z	λ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	λ	ז
13	BUHO.		z	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	ז
14	AGUA.		γ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	ז
15	RESPALDO.		z	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	ז
16			Ο	Ο	Ο	Ο	Ο	Ο	Ο	Ο	Ο	ז
17	PERSIANA.		γ	Π	Π	Π	Π	Π	Π	Π	Π	Π	ז
18	CULEBRA.		z	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	ז
19	CUADRANTE.		z	Φ	Φ	Φ	Φ	Φ	Φ	Φ	Φ	Φ	ז
20	BOCA.		z	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	ז
21	JARDIN INUNDADO.		z	ω	ω	ω	ω	ω	ω	ω	ω	ω	ז
22	LAZO.		z	τ	τ	τ	τ	τ	τ	τ	τ	τ	ז
			ι	ι	ι	ι	ι	ι	ι	ι	ι	ι	ז

Fig. 54. Derivación de los signos fenicios de los hieráticos egipcios, según Rougé.

Tomando las letras *b* y *h* para explicar el método de Rougé, hay que recordar que los egipcios tienen dos signos para la letra *b*: una "pierna" *bu* y una "grulla" *bak*; ésta fué tomada como prototipo del

fenicio y usada como equivalente de *beth*. El signo semítico difiere del hierático en que sus líneas se cerraron, por lo que resulta más fácil trazarlo, pero parece que al principio también era abierto. El alfabeto usado en Corinto, una de las más antiguas colonias fenicias en Hélade, debe derivarse de un tipo de alfabeto semítico arcaico, pues la *beta* es muy abierta y más semejante al hierático. La letra *h* corresponde a "laberinto" *ha* y a la "cuerda torcida" *hake*; la forma hierática muestra que el primero fué elegido como prototipo para la letra semítica cuyo nombre es *he*. Las letras fenicias del cuadro, fig. 54, fueron tomadas principalmente de una de las inscripciones fenicias más importantes, los vasos de bronce de Baal de Líbano, fig. 67.

Los alfabetos semíticos derivan del mismo origen, pero se ve al estudiar la forma de las letras de la Piedra Moabita y las de las inscripciones de Chipre las diferencias que hay entre ellas. Ciertas formas de la Piedra Moabita dejan presentir las variedades de la escritura hebrea, en tanto que el vaso de Chipre ofrece una escritura más netamente fenicia. Se puede inferir que la diferenciación comenzó a dejarse sentir en una época no muy lejana a estas inscripciones, y que es solamente algunos siglos antes cuando debemos buscar un alfabeto común de donde brotaron varias ramas. Champolión, F. Salvolini, Ch. Lenormant y Van Duval, emiten también, bajo diversas formas, la hipótesis de que los alfabetos semíticos proceden de la escritura de Egipto.

Los descubrimientos de Ras Shamra representan sin duda un gran acontecimiento, no sólo para la antigua civilización fenicia, sino aun más para la historia del alfabeto. Hay opiniones contrarias sobre el nacimiento de la escritura ugarita; algunos dicen que fué inventada por los nativos que conocían los alfabetos semíticos, pero que estaban acostumbrados al uso de las tablillas de barro y al estilo, no adaptables a la escritura lineal, y se cree que tomaron de aquéllos la idea del alfabeto de consonantes e imitaron la escritura de cuñas combinándolas de manera más sencilla. Dunand opina que sus inventores estaban familiarizados con la escritura alfabética de Biblos, pero no la adoptaron quizá por razones políticas. J. Friedrich afirma que es más antigua que la lineal fenicia. No se sabe realmente si fué anterior o coexistió con la escritura pseudojeroglífica o con la lineal, pero su existencia confirma que la pequeña Fenicia no sólo tuvo parte activa en la difusión de la escritura, sino en su desenvolvimiento.

La escritura pseudojeroglífica de Biblos es, según Dunand, el origen de la fenicia, y su tesis se basa en los seis puntos siguientes: 1) Se

usaron una después de la otra en la misma región. 2) Todas las letras fenicias, con excepción de *cheth* y *q'oph*, se asemejan a los símbolos de la escritura sendojeroglífica o a la lineal de Biblos. 3) Ambos se escribían de derecha a izquierda. 4) Hay caracteres semejantes en los documentos similares como las espátulas, figs. 60-2 y 62-3. 5) La dirección de la escritura jeroglífica de Biblos es similar a la alfabética, pues sus líneas son siempre horizontales. 6) En algunas inscripciones pseudojeroglíficas, lo mismo que en varios textos de escritura alfabética más reciente, las palabras están separadas por trazos verticales. Dumand dice, además, que se han encontrado varios signos semejantes a las letras *sh*, *m* y *'ayin* en objetos descubiertos en Biblos, que se cree son del período del Imperio Medio Egipcio (2000-1800 antes de Jesucristo) y llega a las siguientes conclusiones: 1) El alfabeto fenicio estaba ya completamente formado durante el período del Imperio Medio, o sea en la décimatercera dinastía. 2) Fue contemporáneo de la escritura pseudojeroglífica. 3) No se derivó del egipcio ni del cuneiforme.

Según algunos eminentes investigadores la solución del enigma del origen del alfabeto puede venir de Palestina, donde se descubrieron recientemente varias inscripciones que datan de la última mitad de la Edad del Bronce. Se ha llamado a esa escritura cananea primitiva, y T. H. Gaster opina que "constituye un importante eslabón perdido en la historia de nuestro alfabeto, y representa el período intermedio por tanto tiempo buscado entre los caracteres del Sinaí y los fenicios primitivos". Esta teoría del "eslabón perdido", ha sido apoyada por hombres de ciencia como el profesor Albright, que dice: "Tenemos ahora un puente tendido a través del vacío que había entre las inscripciones del Sinaí y las del principio de la Edad del Hierro". Otros autores opinan que estas inscripciones no representan ese período intermedio entre las del Sinaí y los alfabetos semíticos. Dumand dice, refiriéndose a la invención del alfabeto: "Los sistemas de Palestina, sencillos, pero indescifrables, sugieren que durante los primeros dos tercios del segundo milenio antes de Jesucristo ese país era un centro de experimentación". Esto no excluye, por supuesto, la posibilidad de que ese ensayo estuviera influenciado por las escrituras egipcia, del Sinaí y cretense, por una parte, y las semíticas del Norte por otra. Las principales inscripciones cananeas que se conocen se encontraron en Gezer, Siquem, Lachisch, Meggido y Jerusalén.

Alan H. Gardiner, entre otros, dice que hay que buscar los primeros vestigios del alfabeto en la península del Sinaí, y atribuye la invención

de sus signos a los cananeos inspirados en los modelos egipcios. En Serabit el-Khadem, lugar que se encuentra como a ochenta kilómetros del tradicional Monte Sinaí, donde se hallaron minas de turquesa explotadas por los egipcios desde los tiempos de la décimasegunda dinastía, en el santuario de la diosa Hathor, “la señora de la turquesa” y en sus alrededores, se encontraron durante los años de 1867 y 1906 una serie de inscripciones semejantes tanto a la escritura egipcia como al alfabeto fenicio. Se hallaron también algunas piedras sueltas o pequeñas estelas que se supone eran dormitorios de los mineros; aparentemente, la mayoría de las inscripciones contienen los nombres de las personas que los ocupaban y sus peticiones para obtener la protección de “Ba’alat”, la diosa Hathor. Gardiner descubrió que la mayor parte de las inscripciones tenían cuatro símbolos iguales: el primero, el segundo y el cuarto, eran relativamente de fácil interpretación, una “casa” *b*, un “ojo” *’ayin*, y una “cruz” *t*. El tercero le pareció una *l* semítica del Norte, pero escrita hacia arriba, lo cual no le llamó la atención ya que la *lambda* griega y la *L* latina varían a veces de dirección. Las cuatro letras juntas dan *ba’alat*, palabra semejante a Baaltis, nombre de la diosa Hathor en griego. En la figura 55 se encuentran dos de esas inscripciones. Gardiner supone que los signos fueron hechos por acrofonía; de ese modo, la cabeza del buey será la letra *aleph*, nombre del buey en semítico; el ojo, la letra *’ayin*, como se designa al ojo en semítico, y así sucesivamente. Los otros signos, que parecen semejantes a algunos elementos de los alfabetos arcaicos semíticos y griegos, fueron explicados en la misma forma, y se obtuvo así un número de letras que sirven de punto de partida. Gracias a ellos, Gardiner y otros que han aplicado esa teoría lograron hallar el desciframiento integral de esa escritura, y aunque no es posible establecer seguramente su filiación, el alfabeto fenicio, los del grupo semítico de Arabia y los griegos arcaicos, pueden considerarse como provenientes de una fuente común más antigua. El padre Romain F. Butin, de la Catholic University de Washington, y otros investigadores, creen que la simplificación de la escritura egipcia pudo haber sido hecha por los semitas que trabajaban en las minas. El profesor K. Sethe dice que ésta se hizo en Egipto por los hiesos, según él, los antiguos fenicios, que al ser expulsados del país en el siglo doce antes de Jesucristo llevaron el alfabeto a Canaán y lo constituyeron definitivamente en Debir, Judea, la “ciudad de la escritura”. Desafortunadamente la época de estas inscripciones es muy incierta, creyéndose que fueron hechas en los tiempos de la décimosegunda dinastía (hacia

1900 antes de Jesucristo) y algunos opinan que los signos fueron tomados de los hieráticos y otros que de los jeroglíficos.

En diciembre de 1929 fué encontrado, por una expedición de la American School of Oriental Research, de Jerusalén, en un montículo de la antigua Gezer, un trozo de vasija que en su parte exterior tiene tres caracteres hechos en el barro antes de cocerlo. En marzo del siguiente año, el padre Butin, que regresaba de una exploración a la península del Sinaí, vió el tiesto de Gezer y mostró el parecido de sus

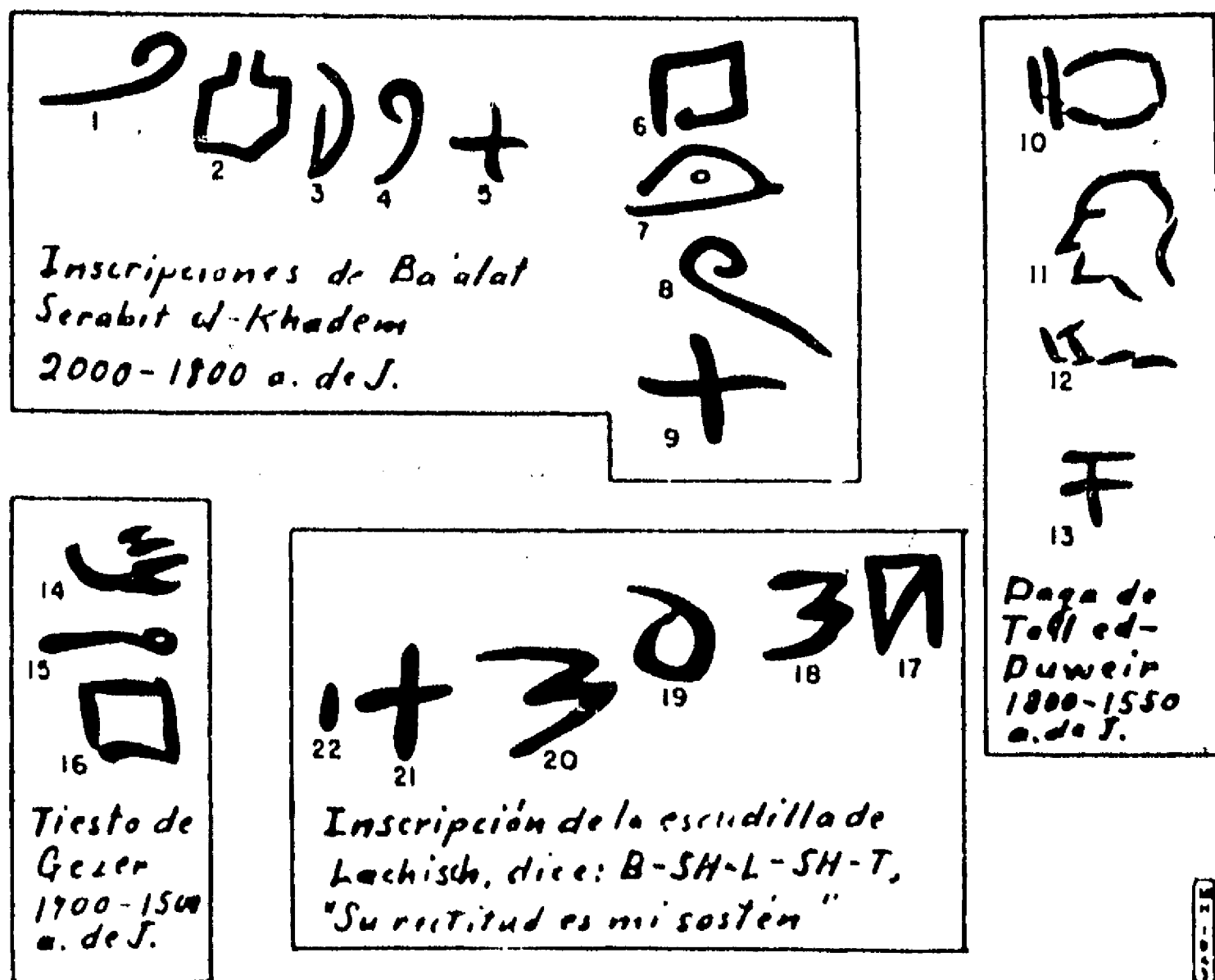


Fig. 55. Inscripciones de Lachisch y de la península del Sinaí.

CLAVE DE LOS CARACTERES

- 1, 4, 8, 19. Un "agujón" *lamed* (e).
- 2, 6, 16, 17. Una "casa" *beth* (b).
- 3, 7. Un "ojo", *ayin* ('a) a gutural, sonido sin equivalente en español.
- 5, 9, 21. Una "marca", *tau* (t).
10. Incierto.
11. Una "cabeza", *resh* (r).
- 12, 15. Un "pez", *nun* (n).
13. Incierto.
14. Una "mano", *yod* (y, l) o la "palma de la mano", *kaph* (k).
- 18, 20. Un "diente", *shin* (sh).
22. Signo para separar palabras.

Sonidos	Egiptios 2000 a. de J.	Sinaí 1835 a. de J.	Fenicio 1100 a. de J.	Lachisch 590 a. de J.	Ras Shamra	Ahiram	Griego antiguo	Latino antiguo
A								
B								
G								
D								
H								
V								
Z								
N								
T								
Y								
K								
L								
M								
N								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								
A								
P								
T								
S								

Fig. 56. Los caracteres del Sinaí, de Lachisch, de Ras Shamra y de la inscripción de Ahiram, comparados con otros alfabetos.

caracteres con los protosinaíticos que acababa de estudiar. Varios expertos estuvieron de acuerdo en que el tiesto pertenecía a la Edad del Bronce (1900-1500 antes de Jesucristo) estimándolo como el descubrimiento más importante de esa expedición, fig. 55. El cuadro, fig. 56, muestra los caracteres egipcios en comparación con los del Sinaí, los de Lachisch, Ras Shamra y del sarcófago de Ahiram, y los alfabetos fenicio, griego y latino antiguos.

Otra teoría es la de Arthur J. Evans que dice que el alfabeto fenicio es de origen egeo, y de esta opinión son también Schneider y Dussaud, lo mismo que Reinach, quien expresa que fué llevado a Palestina por los filisteos en el siglo doce antes de Jesucristo. Los millares de tablillas de arcilla descubiertas en Creta tienen signos de escritura, unos lineales y otros de apariencia pictográfica, cuyo origen se ignora, mas se presume que sean una imitación del sistema egipcio. Sea como fuere, los egeos emplearon una escritura que pudo haber sido el punto de partida del alfabeto, pero como la escritura egea no ha sido descifrada, no es posible afirmar si era alfabética y si en los signos análogos al alfabeto fenicio figuraban los mismos sonidos o sólo tenían afinidades puramente gráficas. Cuando los fenicios llegaron al Egeo encontraron esta antigua escritura que, por haber facilitado el intercambio en el Mediterráneo, es probable que ese pueblo tan flexible y ansioso de extender su comercio haya adoptado como suya. Quizá el Oeste tuvo gran influencia en el diseño de las letras fenicias, y la propagación de su alfabeto en Asia fué un flujo de marea de la civilización occidental siguiendo el retroceso de sucesivas ondas de cultura. Diódoro de Sicilia, el historiador griego, dice: "Algunos pretenden que los sirios fueron los inventores de las letras y que de ellos las aprendieron los fenicios que las llevaron a Grecia, pero los cretenses dicen que el descubrimiento vino de Creta y que los fenicios solamente cambiaron el tipo de las letras y generalizaron su conocimiento entre los pueblos".

Es posible, también, que el alfabeto fenicio haya sido precedido por algunos cientos de años de transformación en los que se desarrollaron formas preexistentes derivadas de muchas fuentes. Flinders Petrie publicó un trabajo muy elaborado que contiene varios cientos de caracteres usados en los países alrededor del Mediterráneo a partir del año 7000 antes de Jesucristo. Recogió los signos de tiestos, vasos, piedras grabadas y otros objetos encontrados principalmente en las tumbas egipcias y en los escombros de las ruinas de las ciudades, y calculó sus fechas por las ya conocidas de la historia egipcia y por las vastas acumulacio-

nes de los depósitos. La gran mayoría de los signos de estas antiguas escrituras son bastante similares en su apariencia general a nuestros caracteres alfabéticos actuales, y contienen muchas letras fenicias y proto-fenicias; se usaron de España al Asia Menor, desde las primeras dinastías hasta la décimo-octava de Ramsés, y todos los caracteres son casi idénticos. Figuras 57-59.

El punto de vista de Flinders Petrie es el de que no hubo un alfabeto sistemático inventado por una sola tribu o por un pueblo de civilización ya desarrollada, sino que en tiempos primitivos se usaron gradualmente gran cantidad de signos, empleados para varios fines, los que fueron puestos en circulación por medio de los comerciantes, quienes los difundieron de país en país, y los signos menos conocidos y menos útiles fueron desalojados poco a poco por los de aceptación más general, hasta que dos docenas de ellos triunfaron, quedando como propiedad de un grupo de comunidades comerciales, en tanto que las supervivencias locales de las otras formas se extinguieron gradualmente en su aislamiento.

Petrie no considera a todos los caracteres como letras, y expresa que no presenta un alfabeto, sino una lista de signos; cree que el período alfabético de algunos no llegó sino hasta el año 1000 antes de Jesucristo. No pretende tampoco que sólo porque uno se haya empleado en muchos países, se usara en todos de la misma manera; los signos de las ilustraciones citadas son de épocas muy diferentes; los primeros pertenecen a una edad prehistórica egipcia muy primitiva, probablemente anterior al año 7000 antes de Jesucristo, y la mayoría de los restantes, que desaparecieron con la difusión de los alfabetos griego y romano, son de épocas posteriores. Aun en la misma época un signo podía significar una palabra en un país, y en otros una sola letra, pues hay casos en que un signo representaba una sílaba en Chipre y una letra en Asia Menor o en Grecia.

No se han reproducido más de dos caracteres de los usados en cada país o época, pues de algunos se hallaron hasta una docena de variantes, de las que se han tomado las más características; por su forma parece que muchos de ellos tienen un origen común. No todos están incluidos en estas sesenta líneas, que contienen sólo los tomados en fuentes diferentes y que sobrevivieron en los alfabetos; hay también algunos con una historia muy breve que sólo aparecieron en una o dos épocas, los que se incluyen únicamente para mostrar su diversidad. Petrie dice que no intenta hacer una historia de los alfabetos, sino sólo

señalar los signos que formaron parte de ellos; no hace tampoco un estudio de fonética comparativa, pues hay países de los que no se conoce el idioma, sino solamente los signos gráficos. Rechaza por varias razones la idea de que éstos tengan un origen pictográfico y afirma que nacieron en una época cuando toscas marcas eran suficientes para simbolizar lo que se quería expresar.

Quizá el alfabeto fenicio fué tomado de muchas de las fuentes citadas, y la selección y modificación de sus caracteres se hizo principalmente con miras comerciales, y como el lema de los fenicios era la brevedad, para alcanzarla, eliminaron los signos superfluos y los determinativos, e inventaron así un alfabeto que si no era perfecto, fué de tan gran valor, que se aceptó por el mundo civilizado antiguo, y llegó a tener, con ligeras modificaciones, una permanencia que no ha alcanzado ninguna otra invención humana.

El alfabeto fenicio, como se ha dicho, contiene veintidós letras, todas consonantes, que representan los sonidos de la lengua, y ninguna figura las vocales, pues los semitas no las escribían. Los nombres de los signos, según A. H. Sayce, pueden probar su origen pictográfico y, por tanto, a través de aquéllos es posible imaginar su forma primitiva, ya que para haber sido llamados de tal manera tenían que asemejarse a las cosas por las que recibieron esa denominación. Estos nombres no son solamente semíticos, sino semíticos occidentales o cananeos, de lo que se infiere que deben de haber sido asignados a las letras por un pueblo que vivió en Canaán o en sus inmediaciones cuando todavía eran pictogramas; por ejemplo, el nombre de la tercera letra es "camello", lo que quiere decir que este animal era tan familiar como el buey, para los que la llamaron así, y que no fueron los cananeos civilizados, sino las tribus seminómadas, de las que hablan las tablillas de Tell el-Amarna, que tuvieron los desiertos de Arabia como primer asiento.

Como en los pictogramas hititas y en los sumerios, los animales estaban representados por su cabeza. Sayce, después de haber comparado las figuras y nombres de las letras fenicias con otras escrituras e idiomas vecinos y contemporáneos, les da la siguiente interpretación, que difiere de las de otros autores en puntos muy insignificantes.

Aleph "buey", es la cabeza de un buey, como en los caracteres hititas y en los babilónicos primitivos; el jeroglífico egipcio es diferente.

Beth "casa", difiere de la representación de una casa en el primitivo babilónico, el hitita y el cretense, aunque se asemeja al jeroglí-

o egipcio, y parece una tienda de campaña, la casa de los seminómadas semíticos.

Gimel (gamal) “camello”, nos remite otra vez al mundo semítico, seminómada, del cual el buey y el camello eran animales domésticos; cuando el signo recibió el nombre debió de haber estado representado por la cabeza y el cuello del camello; no hay pictogramas de ese animal entre los primitivos signos babilónicos, hititas ni egipcios.

Daleth “puerta”, no es la puerta de una casa girando sobre sus bisagras como en las escrituras babilónicas, egipcias y cretenses, sino la puerta de una tienda de campaña.

He se asemeja a una cerca enrejada. Parece que *e-gal* “casa grande” en sumerio, y *ekallu* “palacio” en asirio, han sido tomados por los cananeos bajo la forma de *hekal* “palacio”; puede verse como el dibujo de una casa babilónica con tres columnas en la pared del frente; los seminómadas del Este que vivían solamente en tiendas, quizá llamaron a la casa por su nombre babilónico *e*.

Vau es un “clavo”; desde que se le dió este nombre parece que el signo representando su cabeza dejó de escribirse completo, como en el caso de *pe*; de la misma manera que la cabeza del camello, el signo se encuentra entre los babilónicos, hititas, egipcios y cretenses.

Zayin es probablemente la palabra siriaca que quiere decir “arma”, de ser así, el dibujo original pudo haber sido un brazo con una espada en la mano, como el signo hitita.

Cheth es una “cerca”, *khettu* y *khettu* en asirio, *khedu* en sumerio, conservado en hebreo; el *khettu* asirio se usaba para “almenas” o “barreras” de la muralla de una ciudad; no hay signos análogos entre los babilónicos, egipcios e hititas.

Teth es el dibujo de una torta de pan; el nombre debe de significar “torta”, ya que en asirio *tenu* significa “cocer un pan de harina flor”, *tenu* es sinónimo de *bubuktu* “alimento”, “pan”; hay un jeroglífico similar en egipcio y en hitita.

Yod es la “mano”; en cananeo la palabra para “mano” era *yad*, lo mismo que en hebreo, como se muestra en la glosa de Tell el-Amarna; la forma de la letra se asemeja a la mano hitita con los dedos hacia abajo, es posible que *yod* sea la pronunciación siriaca del nombre.

Kaph “la palma de la mano”, se parece también al jeroglífico hitita que representa la mano abierta, como el egipcio para “palma” *kep*.

Lamed “aguijón” (hebreo *malmadh*), es el dibujo de un aguijón, parece ser peculiar del sistema fenicio, pero es semejante al *lituus* hitita.

Mem representa agua saliendo de un conducto o de alguna superficie plana; difiere de la representación de "agua" en las escrituras egipcia, babilónica e hitita; el nombre corresponde al cananeo *mema* dado en la glosa de Tell el-Amarna.

Nun es un "pez", como en asirio, arameo y arábigo, aunque no en hebreo; como en *gimel*, *vau* y *pe*, el contorno del dibujo del pez se cortó durante el tiempo transcurrido desde la época en que recibió el nombre al momento en que se convirtió en la letra cursiva; el pez no se encuentra en los jeroglíficos hititas.

Samekh, no se sabe ni el origen ni el significado de este signo; lo que es evidente, es que fué cambiado del lugar que en un principio debió de tener junto a la otra sibilante *shin*, de aquí la confusión del alfabeto griego en el que *sigma* tomó el lugar de *shin*; la *xi* no semítica substituyó a *samekh*, en tanto que en dórico el antiguo nombre jónico *san* se conservó, y el nombre de *sigma* se perdió.

Ayin es el "ojo"; pictogramas similares se encuentran en todo el mundo.

Pe es la "boca"; el labio inferior estaba roto en el jeroglífico antes de que éste se convirtiera en cursivo, como en el hierático egipcio de la segunda dinastía; este signo se encuentra en egipcio, pero no en babilónico ni en hitita.

Tsade se asemeja en la forma al jeroglífico egipcio para "trampa"; el nombre está conectado con el verbo hebreo "cazar", "cazar con trampas", y corresponde al asirio *zaddu* "trampa".

Q'oph es el *quppu* asirio, "jaula", "trampa para pájaros", las dos formas del original son exactamente las de una trampa para pájaros, abierta y cerrada, representada en las tumbas de Beni-Hasan.

Resh es "la cabeza", *resu* en asirio, la forma cananea era *rus*; pictogramas similares existen en egipcio y en primitivo babilónico, pero no en hitita.

Shin es "un diente", no "dientes"; en efecto, en el jeroglífico original, un sólo diente está representado en medio del labio inferior; no se encuentra una representación similar en egipcio, babilónico o hitita.

Tau es una "marca" en forma de cruz, que aun se usa por los árabes para señalar a los camellos y caballos con el fin de determinar a quién pertenecen; la palabra parece ser la misma que la asiria *tu* "hechizo"; en egipcio ese jeroglífico significa "contar", en cretense denota el fin de una oración o palabra, en hitita representa el numeral diez.

Del análisis anterior, Sayce llega a las siguientes conclusiones: 1) Los caracteres recibieron sus nombres antes de llegar a ser cursivos y se les llamó así por la semejanza que tenían con las cosas que representaban. 2) Los signos se remontan cuando menos al siglo octavo antes de Jesucristo, cuando los adoptaron los griegos jónicos. 3) El dialecto semítico a que pertenecieron los nombres, no era cananeo, ni arameo, ni arábigo, ni asirio, pero tiene grandes afinidades con el cananeo y el asirio, y posiblemente con un dialecto cananeo hablado en el norte de Siria antes de la introducción del arameo. 4) El pueblo que empleó estos caracteres era seminómada, usaba el buey, pero también el camello, en lo que difiere de los egipcios, babilónicos, hititas y de los colonos cananeos. El dibujo de la casa se parece más al de una tienda, y el de la puerta más al de una tienda. La vida que representan los signos se asemeja a la de los patriarcas hebreos o a la de los israelitas en el desierto. 5) Las formas de tres letras, *ayin*, *yod* y *kaph*, indican el conocimiento de los jeroglíficos hititas, y no sólo no se encuentran en otras formas de escritura, sino que son tan peculiares, que es difícil creer que se hayan desarrollado independientemente. 6) La representación de "agua" es peculiar del fenicio y también lo es la de "diente", por lo que puede conjeturarse que la escritura pictográfica fenicia fué una invención separada e independiente. 7) Algunas letras (*pe*, *shin*, etc.) se han dibujado defectuosamente, lo mismo que los signos similares de la escritura cursiva de la décimasegunda dinastía egipcia, sus líneas se cortaron entre el período en que recibieron sus nombres y el tiempo en que tomaron forma cursiva. Esto sitúa el origen de los nombres cuando menos en los siglos noveno o décimo antes de Jesucristo. 8) Finalmente, si se cambia *samekh* a su lugar propio, después de *shin*, se ve que los jeroglíficos han sido agrupados en pares; primero está el buey con la casa o tienda de su amo; después viene la casa de piedra, ladrillo y madera, con el clavo usado en su construcción; el arma y la cerca; la torta de pan y la mano que la hizo; la mano abierta y un brazo con el aguijón; el agua y el pez; el ojo y la boca; la trampa y la jaula; la cabeza y el diente; el *samekh*, cualquiera que sea su significado, y el *tau*. La serie comienza con *aleph*, semejante a *alup*, que quiere decir "caudillo" en semítico occidental, y termina con el signo que representa el final de una oración en los jeroglíficos cretenses; de esto se puede inferir que los que arreglaron el orden de las letras conocían la escritura llevada a Canaán por los piratas filisteos de Creta. Es de notarse que la agru-

pación de las letras en pares, confirma indirectamente la conclusión de que *samekh* originariamente seguía a *shin*.

David Dirínger opina que los principales intentos para inventar la escritura alfabética, ya sea en el Sinaí, en Biblos o en Canaán, deben situarse en el segundo milenio antes de Jesucristo, es decir, en el tiempo de los huesos, 1730-1580 de esa Era. Respecto del lugar de origen de las letras, el doctor Yeivin, experto conocedor de Palestina, dice que no hay que buscarlo en la desértica región montañosa del Sinaí. A. Leví expresó, hace más de noventa años, que el alfabeto fué inventado, al menos en parte, por la población de Siria y Palestina y de la misma opinión fueron M. Lidzbarski, E. J. Pileher y F. Praetorius, y posteriormente la apoyaron el inglés Cook, perito en lenguas semíticas, los orientalistas franceses Dussaud y Shaeffer, el egiptólogo alemán von Bissing, el arqueólogo finlandés Sundwall y el teólogo holandés de Groot.

Recientemente, autoridades sobre la materia como Hans Bauer, R. P. Blake, Dumand y David Dirínger, dicen que el alfabeto se debe a los semitas y sostienen que Biblos, "la ciudad de los libros", debe considerarse como la sede de su invención. Esta hipótesis no excluye el influjo de sistemas más antiguos, ya que si el alfabeto se desarrolló en Siria o en Palestina, pueden sus inventores haber tomado, de Egipto, la concepción de los signos consonantes y el principio de arofonía; de Babilonia, el nombre de algunas letras; de Creta, la forma de otras, etc. Sea como fuere, no hay que desconocer que lo más grande de la invención del alfabeto fué, no la creación de los signos, sino la adopción de un sistema puramente alfabético, en el que se representó cada sonido con un solo signo.

Se han citado brevemente los estudios e investigaciones de autoridades en la materia sobre el nacimiento de las letras; diversas son sus opiniones y conclusiones; resta ahora confirmar o desechar las anteriores teorías, y encontrar una luz que descubra el verdadero origen del alfabeto, oculto entre las ruinas de tanta grandeza y destrucción, de tanta civilización y barbarie por las que en su carrera atraviesa nuestro mundo.

CAPITULO VII

EL ALFABETO FENICIO Y LOS SIRIO-PALESTINOS

En la región oriental del Mediterráneo, enclavada en Siria y al norte de Palestina, se hallaba la pequeña, pero famosa Fenicia. Su parte septentrional estaba limitada por la desembocadura del Nar el-Kebir, el Eleuterio de los antiguos, y la meridional por la punta del Monte Carmelo, con una longitud menor de trescientos veinte kilómetros a lo largo del mar, y no más de cincuenta y seis en su mayor anchura de la costa a los elevados montes del Líbano en el Este. La imponente masa de montañas que limitaba su parte oriental, tocaba al mar en algunos puntos, sumergiendo en él sus pesadas estribaciones, formando bordes de considerable profundidad y playas de figura arqueada. Poco terreno agrícola tenía el país, y lo que producía era debido al clima favorable y a la actividad de sus habitantes; en sus aromados bosques, hoy casi extinguidos, crecían robles, nogales, pinos, cipreses, pero sobre todo los famosos cedros del Líbano. Eran célebres sus viñas, sus árboles frutales y sus cereales, y en sus prados se arracimaban las azucenas, tulipanes, jacintos, narcisos, azafrán y orquídeas, con magnificencia no igualada ni en abundancia ni en variedad.

Herodoto dice que los fenicios relataban que sus antepasados eran originarios del Eritreo o Mar del Sur, hoy Golfo Pérsico. Las inscripciones fenicias demuestran que la lengua de este pueblo pertenecía a la gran familia lingüística semítica, y al grupo semítico septentrional, del que formaban parte el arameo, el asirio y el hebreo, al que más se acercaba el fenicio. Los fenicios, sin duda, fueron los más hábiles de

su época y su fama como sus mercados eran mundiales. Mucho antes del tiempo de Homero tenían reputación de ser los mejores artífices del mundo; sobresalían en el tejido y teñido de los textiles finos, como expertos carpinteros y albañiles, y peritos en la fabricación de artículos de hierro, cobre y metales preciosos. Ellos tuvieron la primera marina mercante de que hay memoria; sus barcos surcaron todos los mares conocidos en su época, visitaron todos los litorales y comerciaron del Euxino al Atlántico; las costas de Cornwall, donde existían minerales, los eran casi tan familiares como las islas de Grecia e Italia, la Delta del Nilo, u otros puertos del Mediterráneo en los que distribuían sus mercancías. Este pueblo no era muy numeroso, pero poseía, como se ha dicho, ese alto grado de inteligencia, energía, genio artístico, inventiva técnica, habilidad y pericia, que hizo que los productos de su civilización fueran deseados por todas las naciones de su tiempo. Durante más de diez siglos, del año 1500 al 500 antes de Jesucristo, conservaron, más o menos sin perturbaciones, una pequeña y compacta, pero poderosa monarquía, que debido a su dominio de la navegación y a sus dotes para construir pueblos y establecer gobiernos, ensancharon con sus colonias hasta los puntos más lejanos.

Por el año 2200 antes de Jesucristo se extendió al norte de Fenicia el poderoso Imperio de los hititas, desde Lidia y Dardania al Oeste, hasta el Eufrates en el Este, donde lindaba con la igualmente poderosa civilización de la gran monarquía asiria en Mesopotamia. Lejos, hacia el sur de Fenicia y Palestina, estaba la soleada tierra de Egipto, por la que los israelitas habían pasado en su viaje a la tierra de Canaán, durante el siglo catorce antes de Jesucristo.

Los fenicios estuvieron íntimamente ligados por analogías raciales con los israelitas, y en tiempo de David y Salomón unidos con ellos por lazos nacionales y por semejanzas del casi paralelo adelanto de civilización. Ambos emigraron de la baja Mesopotamia al principio del tercer milenio antes de Jesucristo, pues de acuerdo con el Génesis, Abraham condujo a los hebreos de la ciudad de Ur, en Caldea, a la tierra de Canaán. En "Los Reyes", libro III, capítulo V, se lee que Salomón hizo un contrato con Hiram, rey de Tiro, para que lo ayudara en la construcción del templo, y dice: "No hay en mi pueblo hombre que entienda de cortar maderas como los sidonios". También en "Los Paralipómenos", libro II, capítulo II, se encuentra: "Hijo de una mujer de las hijas de Dan, cuyo padre fué tirio y sabe trabajar en oro y en plata, en bronce y en hierro, en mármol y en maderas, y asimismo en púrpura y en jacinto, en lino fino y escarlata; y que sabe hacer

toda obra de talla, e inventar ingeniosamente cuanto fuere menester para toda obra, y estará con tus artífices, y en edificios de mi señor David tu padre". Considerando lo seguro que el pueblo de Israel estaba de la superioridad de la mano de obra de los fenicios, y su confianza en ellos en muchos sentidos, no es de sorprender que con el tiempo hubiera adoptado su alfabeto, ya que algunas de las primitivas monedas de los hebreos tienen letras muy parecidas a las fenicias, aunque más tarde llegaran a ser tan distintas. La vida política de los fenicios y de sus principales ciudades, Biblos, Tiro y Sidón, puede parecer insignificante si se compara con la de las poderosas monarquías del Este y del Sur, cuya influencia les afectó en muchos sentidos. Sin embargo, estos dos pueblos semíticos, fenicio y hebreo, influyeron más profundamente en la civilización occidental y en la cultura de Europa que todas las civilizaciones que les precedieron: unos, a través de la incomparable literatura de la Biblia, que ha establecido las bases fundamentales de todas las religiones europeas, y los otros, dando las formas básicas para la escritura de las naciones de Europa y del Asia Central. En ese pequeño rincón del Mediterráneo fué donde el mundo antiguo entró en contacto con los confines de las civilizaciones orientales, a través de la escritura usada por esta pequeña nación, que aunque no nos dejó pétreos monumentos ni numerosas inscripciones, nos instituyó herederos del tesoro inapreciable de un alfabeto de extrema claridad y sencillez. Ese país, de tan limitada extensión geográfica, ejerció mayor y más duradero influjo sobre muchos pueblos que vivieron en su época y en las venideras que cualquiera otra de las poderosas naciones que lo rodeaban.

Siria, en un sentido amplio, comprendía toda la zona entre el Monte Amanó y los de Commagene al Norte, el Mediterráneo al Oeste, el Eufrates y el desierto de Siria al Este, y el desierto que separa Palestina de la península del Sinaí y de Egipto, al Sur. En sentido estricto, era sólo la Siria del norte, que se llamó en un principio Amurru o país de los amorreos, sus primeros pobladores semitas; habitado después por los arameos, que terminaba en el extremo del Líbano en donde tenía principio la Celesiria, formada por la cuenca del alto Orontes entre el Líbano y el Antilíbano, con Damasco al Este. Al sur del Líbano estaba Palestina, que comprendía las diversas regiones de la cuenca del Jordán y de las cercanías del Mar Muerto, llamadas Canaán, porque los cananeos fueron sus primeros habitantes. En la costa estaba Fenicia, paralela al Líbano, y al sur de ésta Palestina, ocupada por los filis-

teos, de la cual tomó el nombre después todo Canaán; éste se dividió en los reinos de Israel y Judá. Las ciudades principales de la región fueron Antioquía, primera capital de Siria, Alepo y Damasco que también fué su capital; Biblos, Sidón y Tiro en Fenicia, y Joppe y Gaza en la costa filistea. En las regiones del interior, habitadas por los hebreos, se encontraba Galilea al norte del Jordán, con las ciudades de Tiberíades y Nazaret, Israel, Siquem y Betel, de Samaria, con Jerusalén, Jericó, Lachisch y Gezer, de Judá. Al sur de éste, estaban los territorios de los amalecitas y los edomitas, y al este del Jordán los ocupados por los moabitas.

Los semitas fueron los principales representantes de la civilización antigua de Mesopotamia y Siria, y ejercieron, como se ha dicho, un poderoso influjo en las demás civilizaciones, dada la antigüedad de la suya que comenzó acaso en el quinto milenio antes de Jesucristo. Se movieron en un territorio relativamente reducido, por lo que sus lenguas tuvieron gran uniformidad y todas las ramas de su tronco estuvieron siempre en íntimo contacto. Al aparecer en la vida histórica era todavía un pueblo nómada y pastor, pero rápidamente se tornaron sedentarios y agricultores y el comercio floreció entre ellos. Se cree, según se dijo antes, que su patria originaria estuvo situada hacia el norte del desierto de Arabia, pues sus primitivas emigraciones tienen allí su punto de partida. La primera llevó a Mesopotamia a los acadios, en la segunda los amorreos, los hebreos y los cananeos ocuparon Siria hacia el último tercio del tercer milenio antes de Jesucristo, y de estos últimos, a través del tiempo, descendieron los fenicios. La tercera fué la de los arameos* que aparecieron en la historia hacia el año 1000 antes de Jesucristo, junto con los moabitas, los edomitas y los amalecitas.

No hace muchos años que los fenicios eran conocidos sólo por las referencias que de ellos había en los textos egipcios, particularmente en las cartas de Tell el-Amarna, y lo que de ellos se sabía no pasaba más allá del primer milenio antes de Jesucristo. Pero las investigaciones arqueológicas hechas en Gebal, llamada Biblos por los griegos, Sidón y otros lugares, han abierto nuevos horizontes; se ha descubierto que Biblos fué una gran ciudad y la verdadera cuna de la civilización fenicia; que revela, especialmente en el arte y en la religión, el cruzamiento de influencias mesopotámicas y egipcias sobre el fondo indígena semítico-cananeo. Fué de gran importancia el santuario en que adoraban a la gran diosa Baalat Gebal, tan antigua como las de los templos egipcios, y a Adonis Eshmud, su amado, cultos que a juzgar por las

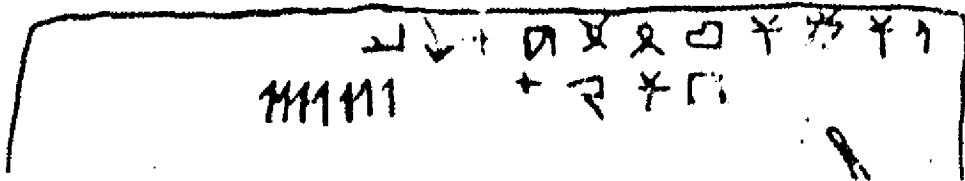
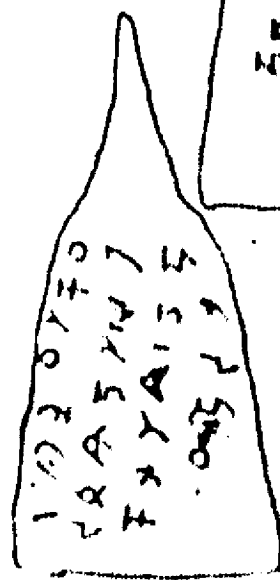
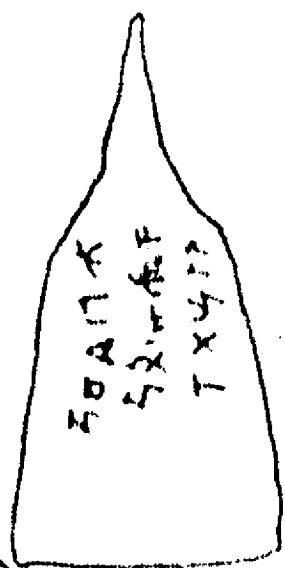
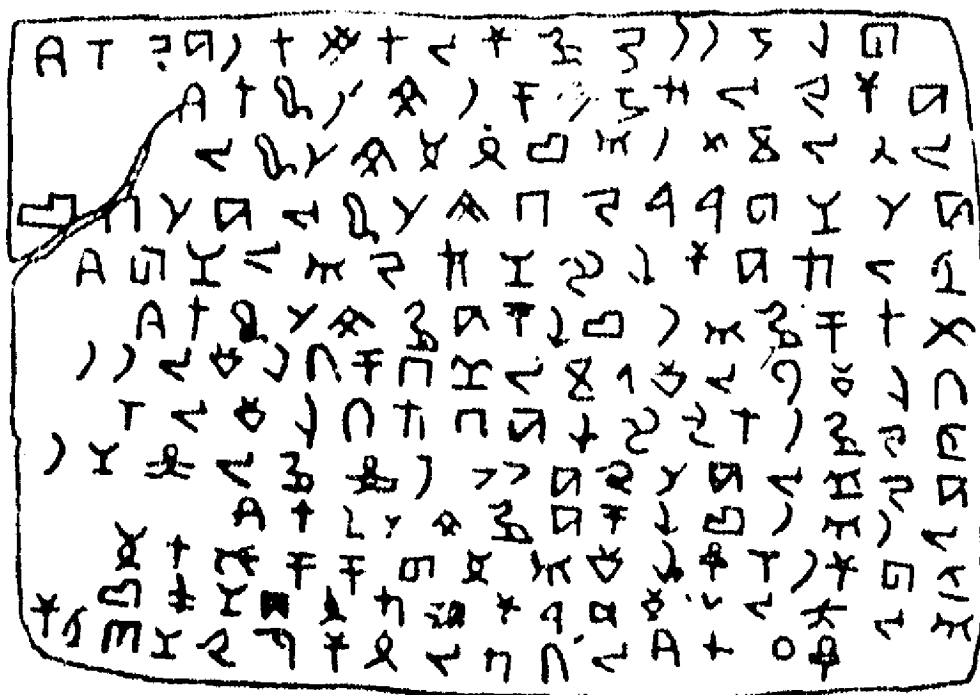
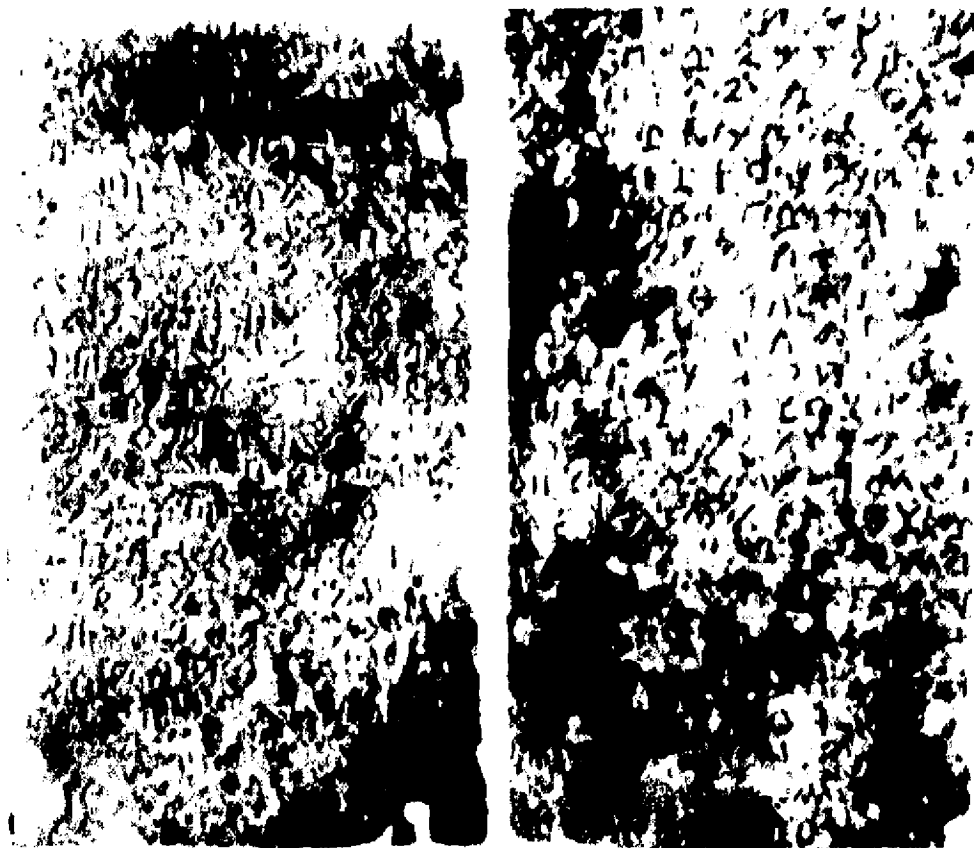


Fig. 60. Láminas y espátula de bronce con caracteres seudojeroglíficos de Biblos. recientes exploraciones, se desarrollaron en Biblos desde el tercer milenio antes de Jesucristo. Las excavaciones han revelado la existencia de profundas capas de ruinas estratificadas, que cuando sean completa-

mente descubiertas, permitirán seguir paso a paso la historia de Fenicia y la evolución de su cultura a partir del tercer milenio. Las investigaciones, aun fragmentarias, permiten reconocer que el templo de Biblos existía ya en la época finita de Egipto y que los faraones dedicaban ofrendas a los dioses del país y estaban en activas relaciones con sus reyes, a los que enviaban presentes, como lo prueban los vasos con sellos egipcios encontrados en el templo y en las tumbas.

En la misma Biblos descubrió Maurice Dunand varias inscripciones hechas en bronce y en piedra con caracteres semejantes a los jeroglíficos egipcios, que se han llamado pseudojeroglíficos. La figura 60 reproduce el anverso y el reverso de dos láminas y una espátula de bronce; la primera tiene cuarenta y una líneas con 461 signos, de los que 64 son distintos; la segunda, quince líneas con 217 signos y 53 diferentes, y la tercera, 41 signos. La figura 61 es una inscripción hecha en piedra que tiene 38 signos. El arqueólogo encontró que del total de los signos, 13 representan animales; 13, vegetales; 26, utensilios; 6, objetos para el culto; 10, instrumentos de navegación, el Cielo y la Tierra; 8 figuras geométricas; 29 que no pueden determinarse, y un numeral semejante al número uno. Halló que alrededor de 50 signos

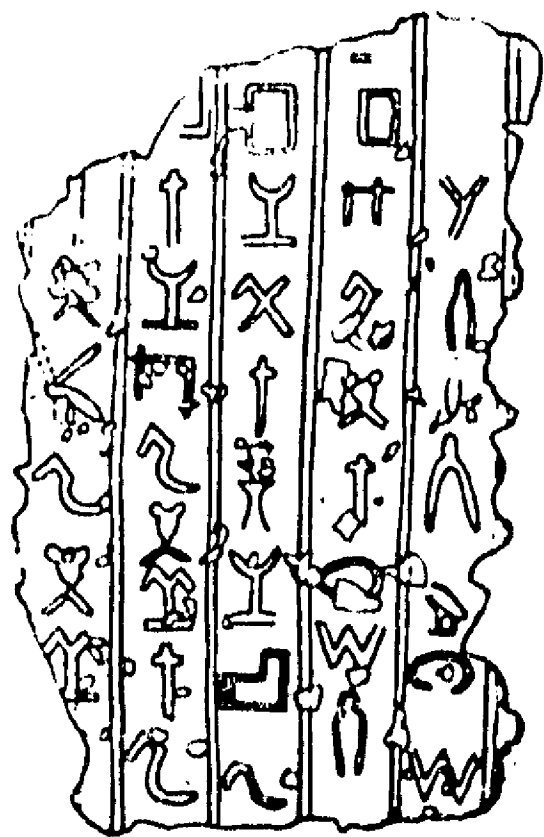


Fig. 61. Inscripción de Biblos hecha en piedra con caracteres pseudojeroglíficos.

son parecidos a los jeroglíficos egipcios y otros a algunos caracteres de las escrituras de Creta, Chipre y del Sinaí. Dunand cree que estos signos no son todos los que usaba el sistema, que según él era una escritura semiideográfica y semifonética, que quizá tenía determinativos; o un sistema silábico polifónico, como la escritura cuneiforme primitiva en la que varios signos representaban el mismo sonido. Sostiene que esta escritura pseudojeroglífica nació bajo la influencia egipcia, al final del primer período de la Edad del Bronce, es decir, durante el siglo veintidós antes de Jesucristo. El uso exclusivo de consonantes y de signos que representaban palabras monoconsonantes se encuentra en la escritura egipcia al principio del tercer milenio antes de Jesucristo, y los fenicios los emplearon después de mil años. Hasta el fin de la Edad del Bronce Biblos no tuvo una escritura propia y la pseudojeroglífica fué peculiar de la civilización fenicia primitiva.

El profesor Edouard Dhorme, conocido orientalista, logró descifrar estas inscripciones y opina que están hechas en escritura silábica fenicia y que los textos pseudojeroglíficos de Biblos datan del período de Amenufis III, cerca del año 1375 antes de Jesucristo; que el silabario tiene diferentes signos para representar la misma sílaba; que los signos son cerca de cien, y con raras excepciones no tienen conexión entre los objetos que representan y su valor fonético, y que los escribas de Biblos dieron la significación en su propia lengua sin tomar en consideración su origen.

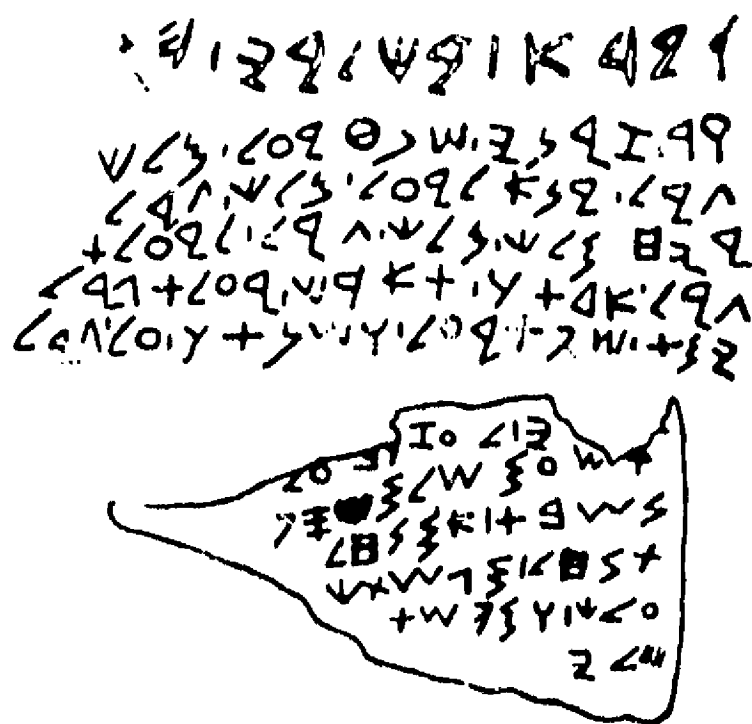


Fig. 62. Inscripciones de 'Abdo, Safatba'al y Asdrúbal.

Durante los años de 1929, de 1933 y los siguientes, descubrió Dunand en Biblos otros documentos muy importantes que presentan un tipo de escritura hasta entonces desconocido. Cree que los signos de estas inscripciones son la representación lineal de los caracteres pseudojeroglíficos, y que marcan un período intermedio entre éstos y el alfabeto fenicio; opina que si los pseudojeroglíficos fueron inventados por un pueblo que no era semítico, los lineales son quizá su simplificación adaptada a la lengua fenicia, y considera que las tres inscripciones de

la figura 62 pertenecen a este período: la *Inscripción de 'Abdo*, Núm. 1, un pequeño fragmento de barro de fines del siglo dieciocho antes de Jesucristo, que en una línea horizontal dice: ['] bd'b[n]klbyhy[tr] "Abdo hijo de Kelubay, el alfarero"; la *Inscripción de Safatba'al*, Núm. 2, encontrada en el centro de la acrópolis, un trozo de piedra caliza con cinco lí-

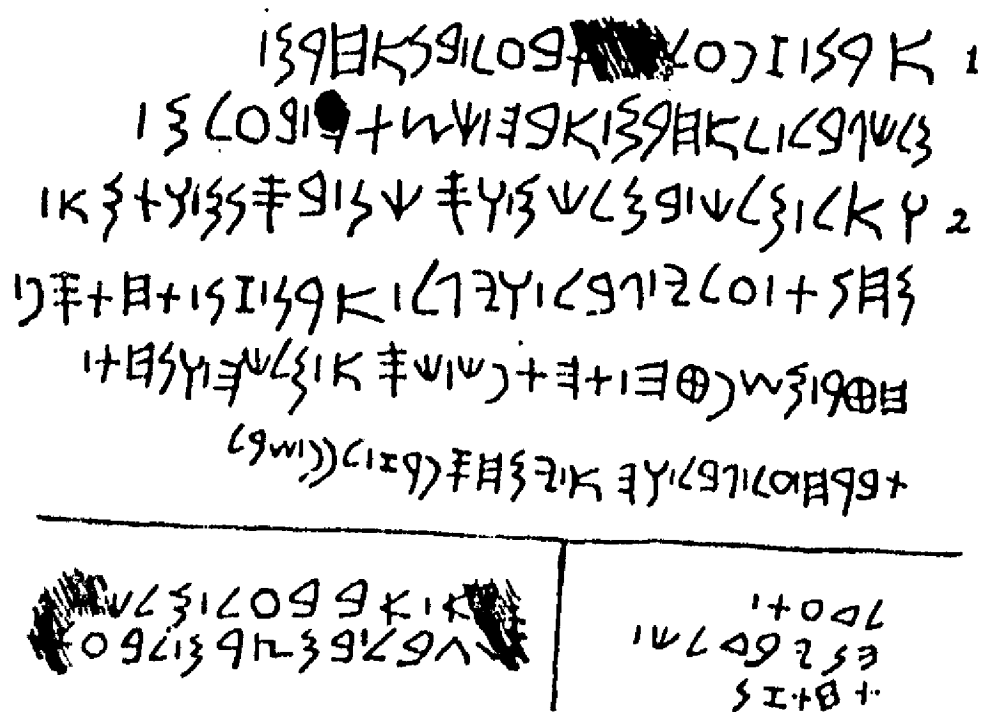


Fig. 63. Inscripción de Ahiram.

neas de escritura del siglo diez y siete, y la *Espátula de Asdrúbal*, Núm. 3, que probablemente data del siglo catorce antes de Jesucristo.

En 1923 el sabio francés P. Monet descubrió, en la necrópolis de Biblos, un sarcófago que lleva en la cubierta una inscripción con caracteres fenicios arcaicos, fig. 63, en la que se expresa fué dedicado por el príncipe Iphesba'al a su padre Ahiram, rey de Gebal, contemporáneo de Ramsés II (1300-1234 antes de Jesucristo). En la tumba se hallaron dos vasos de alabastro con el nombre de ese faraón, por lo tanto, la inscripción data del siglo trece de esa Era. El sarcófago rectangular, fig. 64,



Fig. 64. Sarcófago de Ahiram.

reposa sobre cuatro leones cuyos morros y patas delanteras se desprenden de la piedra, en tanto que los cuerpos están esculpidos de perfil sobre el plinto del sarcófago; el borde superior está ornado sobre sus cuatro lados con un friso de flores y botones de loto; entre éste y el plinto tiene esculpidos

los siguientes bajorrelieves: el rey Ahiram sentado en un trono con un alto respaldo y esfinges aladas a los lados; el rey tiene la barba y los cabellos largos y lleva una copa en una mano y en la otra una flor de loto, que en el simbolismo egipcio es un emblema de alegría y de bienestar; delante de él, un velador, con los pies curvos que terminan en patas de animal, sostiene el alimento para la comida fúnebre; después están siete personajes vestidos con túnicas largas anudadas en la cintura, el primero tiene el flabelo, que en el Oriente antiguo es una de las insignias de realeza; después dos sirvientes que llevan presentes o comida, en tanto que otros cuatro levantan las manos a la altura de la cara para saludar al rey divinizado; a los lados hay cuatro mujeres de frente, dos levantando las manos sobre la cabeza y dos llevándelas hacia el seno, tienen el busto desnudo y una falda ajustada y plegada, tanto en la cintura como en los tobillos.

Otras inscripciones de Biblos son la de Yehimilk del siglo doce antes de Jesucristo, la de Abiba'al del décimo y la de Eliba'al del noveno. Biblos fué en la antigüedad el lazo de unión entre Egipto y el mundo sirio. En el año de 1100 antes de Jesucristo, el egipcio Wenamon

visitó la ciudad, en la que dice encontró instalada una dinastía semítica poseedora de unos archivos que se remontaban a un lejano pasado. De hecho, hay una serie de textos originarios de Biblos redactados en lengua fenicia y con escritura fenicia arcaica, que tienden un puente entre un período que había sido confuso y la época de la gran expansión comercial fenicia, durante la cual estos marinos y traficantes llevaron a las más lejanas regiones sus mercancías, sus cultos, su lengua y su escritura.

Los comerciantes fenicios emplearon un alfabeto desarrollado en Tiro en el siglo noveno antes de Jesucristo, que fué usado también por las tribus semíticas en Moab y Siria, y por los hebreos en la época de su cautiverio, de éste se derivó el alfabeto griego que fué introducido en Grecia un poco después de la guerra de Troya.

El alfabeto, llamado sidonio, data del siglo séptimo antes de Jesucristo y se usó en Sidón, en las principales ciudades de Fenicia, y en Cartago, Africa, inmediatamente después de la conquista de Fenicia por Nabucodonosor. En las cercanías de la antigua Sidón se encontró un notable monumento con inscripciones en este alfabeto. Es un sarcófago macizo y de proporciones extraordinarias; dedicado al rey Tabnit, que

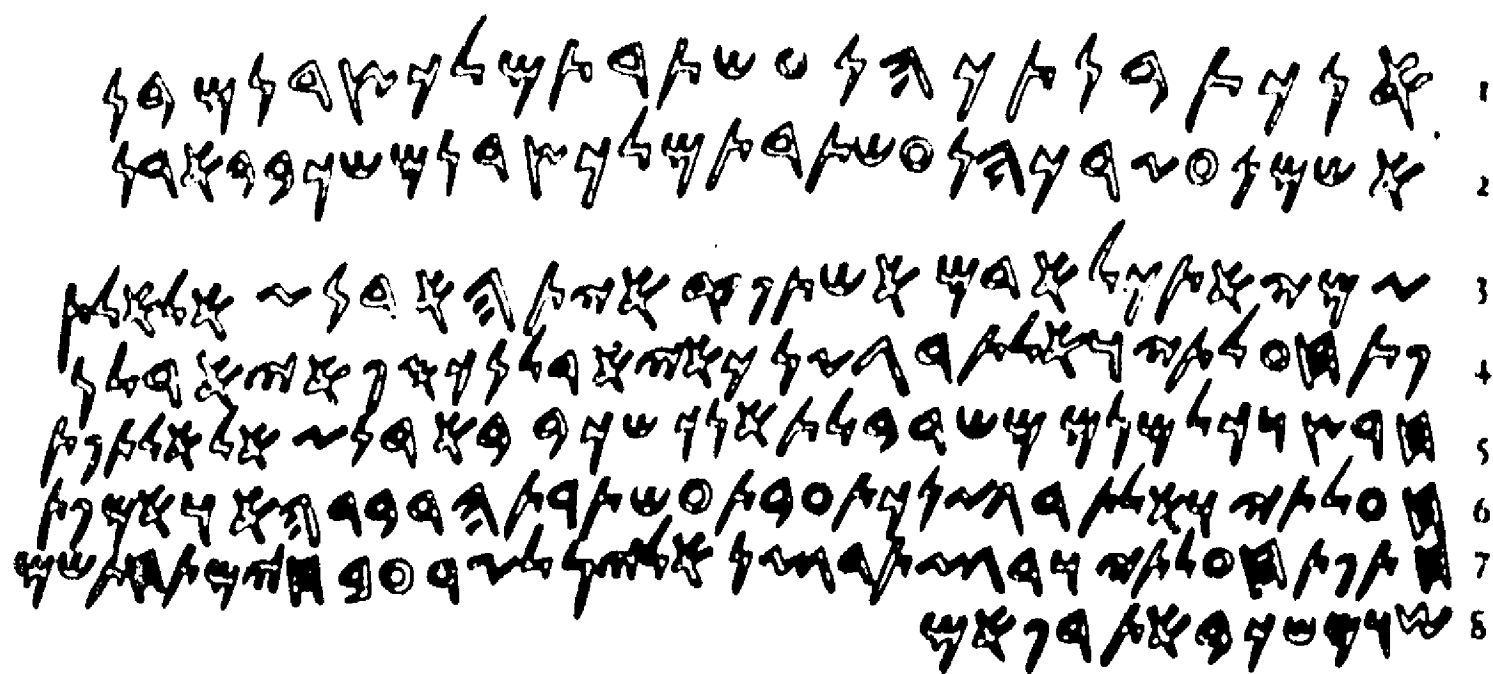


Fig. 65. Inscripción del sarcófago del rey Tabnit.

reinó en Sidón durante el corto renacimiento de su último período, después que la ciudad había sido saqueada por las hordas persas, durante el reinado de Artajerjes III (325 antes de Jesucristo). El sarcófago se encuentra en el Museo de Constantinopla. La inscripción, fig. 65, consta de ocho líneas escritas con letras bellamente formadas, uniformes desde el principio hasta el fin, mostrando evidentemente la pericia del grabador sidonio; las palabras del rey contra los que pro-

fanen su sepulcro son vehementísimas, como puede verse por su traducción.

1. Yo, Tabnit, sacerdote de Astarté, rey de los sidonios, hijo

2. de Eshmun-azar, sacerdote de Astarté, rey de los sidonios, reposo en este ataúd.

3. Mi anatema será para cualquier hombre que abra este ataúd. No, no

4. me abras, no me perturbes, porque en verdad no tengo plata, en verdad no tengo

5. oro, ni ninguna joya, solamente estoy tendido en este ataúd. No, no me

6. abras, no me perturbes por que eso es una gran maldad para Astarté. Y si tú de alguna manera

7. me abres y si de alguna manera me perturbas, que no tengas generación entre los que viven bajo el Sol ni lugar de descanso entre las sombras.

A 800 metros de Minet el-Beida, "el puerto blanco", llamado así por la blancura resplandeciente de las rocas que lo encuadran, se encuentra Ras Shamrah, la antigua Ugarit de la que hablan las cartas de Tell el-Amarna. En 1929, los miembros de una expedición de la Academia de Inscripciones, encabezada por F. A. Schaeffer y George Chenet, descubrieron los restos de un palacio y en una de sus cámaras varias tablillas de barro inscritas con caracteres cuneiformes de un tipo desconocido hasta esa fecha; el número reducido de los signos hizo conjeturar que se trataba de una escritura alfabética. En 1930, el sabio alemán Hans Bauer, anunció que había encontrado la clave de ese alfabeto y publicó la transcripción de algunos nombres propios; en realidad dió valor exacto a catorce signos, pues las inscripciones hasta entonces descubiertas eran muy difíciles de interpretar. A fines del mismo año, E. Dhorme publicó una nueva interpretación del alfabeto, en la que veinte signos eran rigurosamente exactos, y gracias a esto pudieron leerse no solamente palabras aisladas, sino párrafos completos que estaban escritos en una lengua de origen semítico y de izquierda a derecha, y más tarde identificó plenamente otros cinco signos.

Entre tanto, Ch. Virolleaud, que trabajó largo tiempo sobre el mismo asunto, con ayuda de otras tablillas encontradas después, descifró algunas de sus inscripciones que han dado a conocer muchos hechos de la historia fenicia. Respecto de la lengua en que están escritas, J. Contineau sostiene que por ciertos aspectos fonéticos, particularmente por

Caracteres Ugaritas	Valor Fonético	Caracteres Ugaritas	Valor Fonético
	'a		n
	'i		s
	'u		š
	b		c
	g		g
	d		p
	h		š
	w		š o d
	z		q
	h		r
	h		Sibilante no determinado
	t		š
	y		t
	k		t
	l		
	m		

Fig. 66. Alfabeto ugarita (Ras Shamra).

el uso que hacen de las sibilantes y de las aspiradas interdientales, la lengua de estas inscripciones se diferenciaba del fenicio y de las del grupo cananeo. A. Guérinot cree que se trata de una forma primitiva del fenicio.

El alfabeto ugarita es extraño; es una escritura cuneiforme porque sus signos trazados sobre arcilla son a manera de cuñas, pero ésta es la única semejanza que tiene con las escrituras cuneiformes silábicas derivadas de la sumeria, difiere por la forma de sus signos y sobre todo por el hecho de que es una escritura de consonantes como el alfabeto fenicio clásico y no una escritura mediosilábica y medioideográfica. Este alfabeto, fig. 66, tiene treinta signos y es uno de los alfabetos semíticos más completos, pero hay que advertir que la *s* ordinaria está representada por dos caracteres diferentes, y sobre todo que a la consonante *aleph* corresponden tres signos que parece no se empleaban indiferentemente. Es sabido que la *aleph* representaba a cada una de las tres vocales de base de la fonética semítica: *a*, *i*, *u*, y en el alfabeto ugarita hay tres signos silábicos: *'a*, *'i*, *'u* mezclados con los signos puramente consonantes, lo que puede atribuirse a que este alfabeto se desprendió progresivamente de una escritura silábica desconocida, o de la silábica sumerio-acádica. Otra de sus características es que tiene varios signos para algunas consonantes como *h*, *d*, *g*, *t*, y una *s* sibilante que no se encuentra en los otros alfabetos semíticos; pero en general, la escritura ugarita no señala las vocales, excepto en algunos casos en que emplea como tales la *w*, la *y*, y la *'*.

Se ha discutido el origen del alfabeto ugarita, K. Ebeling dice que se deriva de la escritura cuneiforme silábica sumerio-acádica y que los signos silábicos que sirvieron de modelo se cortaron en dos, tomando la primera parte de la grafía y dándole el valor fonético de la consonante inicial. Se puede observar que los caracteres de la escritura ugarita son muy sencillos, pues constan de pocas cuñas, en cambio, los sumerio-acádicos son muy complicados; por tanto, es necesario tomar como base de comparación signos de épocas diferentes para poder encontrar los caracteres ugaritas entre los quinientos signos corrientes de la sumerio-acádica.

Comparándola con la escritura fenicia, propiamente dicha, Ch. Virolleaud notó que la *'ayin* de Ras Shamrah está a veces rodeada de un pequeño círculo, quizá para evitar ciertas confusiones gráficas y que también la *'ayin* de Biblos tiene este círculo. B. Rosenkranz sostiene que el alfabeto ugarita fué tomado de la escritura proto-sinaítica, y J. Friedrich dice que no es más reciente que el fenicio, ya que contiene tres signos silábicos para *'a*, *'i*, *'u*. Parece que esta escritura dejó de usarse en el siglo trece antes de Jesucristo.

En todo el imperio colonial fenicio: Chipre, Grecia, Egipto, Malta, Sicilia, Cerdeña, Marsella, España y el norte de Africa, se encontraron inscripciones. Se cree que los fenicios se establecieron en Chipre después del año 1100 antes de Jesucristo; la inscripción chipriota más antigua que se ha descubierto data del siglo noveno, pero una de las más conocidas pertenece a la segunda mitad del octavo; está grabada sobre un vaso de bronce, dedicado al dios del Líbano por el gobernador de un cierto Cartago, que parece ser una ciudad chipriota y no la africana. Los fragmentos del vaso fueron comprados en 1876 por Ch. Clermont-Ganneau a un comerciante chipriota; la industria y pericia del poseedor, que reunió los trozos, permitieron que pudiera leerse la inscripción reproducida en la fig. 67, y que dice: "Este vaso de bronce legítimo fué ofrecido por un ciudadano de Cartago, sirviente de Hiram, rey de los

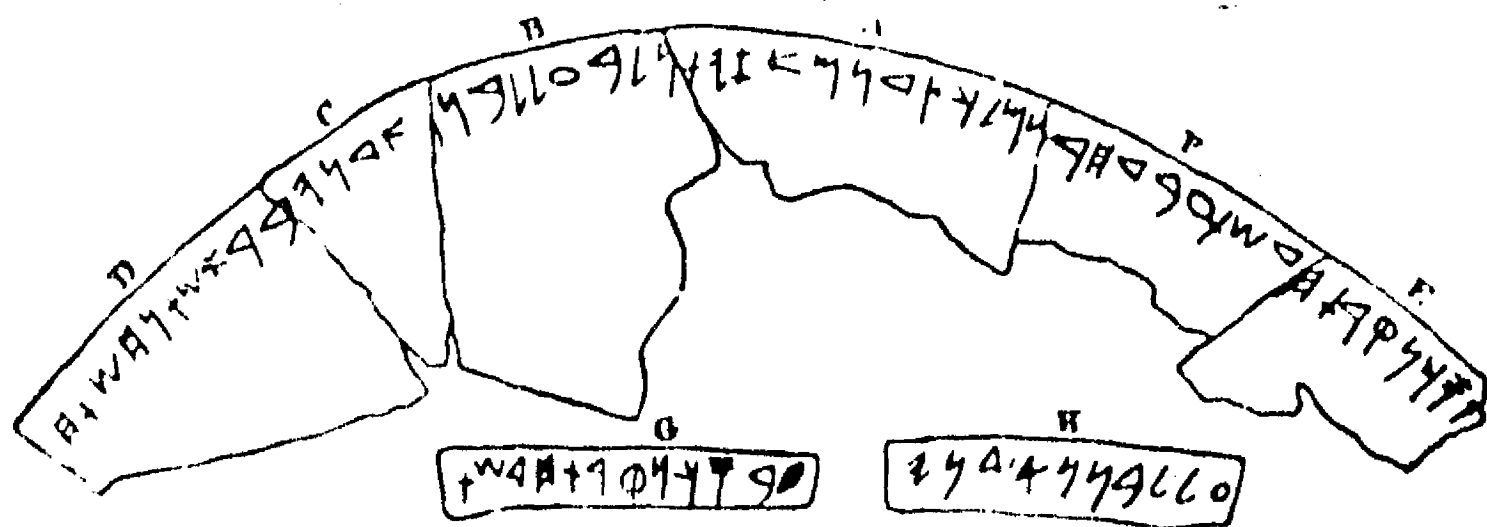


Fig. 67. Inscripción de un vaso de Baal de Líbano.

sidonios, a Baal de Líbano, su señor", debe de tratarse de Hiram II según su protocolo. Las otras inscripciones fenicias de Chipre son posteriores y pertenecen a los siglos quinto al segundo antes de Jesucristo.

En Egipto se hallaron inscripciones fenicias hechas con grafito sobre uno de los colosos del templo de Ipsambul, que data de la época del rey Psamético II (594-589 antes de Jesucristo). Del siglo cuarto son las del templo de Seti I, en Abidos, trazadas de prisa por los peregrinos en los muros del templo, las gradas de las escaleras, etc. En Pireo, Grecia, se encontraron inscripciones en lengua y escritura fenicias, hechas sobre los mostradores de los comerciantes semitas. Si se examinan los documentos descubiertos en la cuenca occidental del Mediterráneo, se advierten dos tipos de escritura fenicia que no son ramas desprendidas de su tronco original, sino formas paralelas en estrecho contacto con la escritura de la madre patria. Hay vestigios de una

grafía antigua, gruesa, maciza y con características que hacen recordar a la fenicia arcaica, hallada en las islas de Malta y Cerdeña y que parece ser restos de una primera ocupación fenicia anterior a la conquista púnica.

Tanto en Cartago como en sus colonias se empleó la escritura llamada púnica, variedad de la fenicia que se distingue de ésta por su aspecto más sobrio y porque los trazos de las letras son largos y ligeramente sinuosos. Mientras Cartago conservó su independencia, es decir, hasta el año 146 antes de Jesucristo, fué la escritura oficial del Imperio púnico; después de la caída de Cartago y su destrucción por los romanos, se usó todavía en ciertas inscripciones monumentales de los príncipes africanos, por ejemplo, en la de la dedicación del santuario de Masinisa en Thugga, en el año 139 antes de Jesucristo, durante el reinado de Micipsa. Esta escritura conservó siempre las formas tradicionales del alfabeto fenicio. La escritura corriente hecha con tinta y por medio de cálamo o pincel, sobre materias poco durables como papiro y pergamino, desapareció sin dejar huellas, a pesar de que tendió a suplantar a la escritura monumental tradicional. La escritura púnica fué eliminada progresivamente por la neopúnica y desapareció completamente a principios de nuestra Era.

La neopúnica, que substituyó a la púnica, parece ser su forma cursiva, mas tiene notables diferencias, pues la figura de sus letras varió según las épocas y las regiones. Pueden distinguirse tres clases principales de neopúnica: 1) La de Cartago, anterior a la caída de la ciudad, que coexistió con la púnica tradicional. 2) La de Tripolitania, representada por una treintena de inscripciones, que incluyen tanto los textos monumentales como las hechas con grafito; datan de la época de los emperadores romanos Augusto y Tiberio, y se distinguen por la regularidad y limpieza de los caracteres; a éstas pertenecen también algunos textos sardos y sicilianos. 3) La neopúnica de Africa del Norte, posterior a la caída de Cartago, que se empleó en las monedas y en las inscripciones de los bereberes hechas en lengua fenicia muy alterada. En la figura 68 se muestran varias inscripciones de estas escrituras, correspondiendo los números 1 a 2, a la púnica, y 3 a 4, a la neopúnica.

Como se ha dicho, las excavaciones efectuadas en varias ciudades de Fenicia y en sus colonias han demostrado que la escritura fenicia existió varios siglos antes de la fecha que se le asignaba anteriormente. R. Dussaud llamó escritura proto-fenicia a la de las inscripciones más antiguas de Biblos, que parece ya era alfabética. Se da el nombre de

gnas letras con trazos suaves que indican el hábito de escribir con cálamo o pincel sobre papiro, esto demuestra que Biblos estuvo siempre en contacto estrecho con Egipto. Los griegos llamaban *byblos* al papiro y a los objetos fabricados con éste. La escritura fenicia arcaica fué ampliamente difundida durante los siglos doce y once antes de Jesucristo.

Sin tener en cuenta las divergencias locales, la escritura neopúnica se caracterizó por la evolución de la forma de muchas letras, por su extrema simplificación que entrañaba confusiones, por ciertas ligaduras y por el uso de algunas consonantes como vocales. La *M*, la *H* y la *S* tenían formas distintas de las de la escritura púnica; otras letras como la *B*, *D* y *R* se representaban solamente por rasgos, por lo que generalmente no podían distinguirse unas de otras. Es difícil descifrar las inscripciones de la región de Túnez y de Constantina, en tanto que las confusiones son más raras en los textos tripolitanos que guardaron más estrictamente, aun bajo la dominación romana, los principios de la antigua escritura fenicia. Las consonantes sólo se usaban como vocales para facilitar la lectura de palabras extranjeras o para precisar ciertas formas gramaticales, por ejemplo, el femenino plural.

Su empleo estaba sometido a reglas precisas que contrastan con la ambigüedad de su uso en hebreo y en arameo. La supervivencia de una aristocracia de origen púnico contribuyó, sin duda, a conservar la pureza tanto de la escritura como de la lengua, hasta que la destrucción de Cartago originó una rápida degradación de la grafía de las letras y la corrupción de la lengua.

La evolución del alfabeto fenicio, en todas sus subdivisiones, incluyendo la púnica y la neopúnica, y en todas sus formas, fué, como la de los alfabetos hebreo y arameo primitivos, puramente externa; el número y el valor fonético de las letras era siempre el mismo, y la dirección de las líneas horizontal, de derecha a izquierda. La característica distintiva principal de la escritura fenicia era que las letras se hacían cada vez más largas y más delgadas, en tanto que las hebreas primitivas se volvían crecientemente más gruesas y más cortas.

El abate Barthélemy fué el primero que descifró el fenicio, en los últimos años del siglo dieciocho; buen conocedor del hebreo, halló, al examinar las monedas orientales, varias piezas con signos fenicios que tenían el nombre de la villa de que procedían, y por conjeturas pudo fijar el valor de algunas letras del alfabeto. En Malta había

encontrado dos pedestales que datan del siglo segundo antes de Jesucristo; uno de ellos, que se encuentra en el Museo del Louvre, tiene una columnita en forma de huso, y sobre su base está grabada una inscripción en fenicio y en griego. Comparando el griego con el hebreo, Barthélemy pudo fijar el valor de los signos de esta inscripción que dice: "A nuestro Señor Melgart, Baal de Tiro, he aquí que tu servidor Abdosir y su hermano Osirshamar, los dos hijos de Abdosir, te consagran porque han entendido tu voz que los bendice".

En Cerdeña se descubrió una inscripción trilingüe en caracteres latinos, griegos y fenicios, que se encuentra en la Real Academia de Ciencias de Turín; está en la base de un altar de bronce, y conmemora su dedicación a 'Eshmun-Merreh (Esculapio) por un esclavo llamado Cleón, que era superintendente de unas salinas en ese país. Data de la mitad del siglo segundo antes de Jesucristo. Esta y algunas otras inscripciones bilingües y trilingües que se hallaron, han ayudado a reconstruir la antigua lengua fenicia.

Además del alfabeto fenicio, con ligeras diferencias entre el fenicio arcaico, el fenicio propiamente dicho, y el fenicio colonial, con sus variantes, púnico, neopúnico y probablemente líbico e ibérico, hubo otra rama llamada cananea, formada por el alfabeto paleo-hebraico y sus divisiones: el moabita, el edomita, el amonita y el samaritano. El alfabeto paleo-hebraico, usado por los israelitas aproximadamente en el período anterior al destierro, es semejante, sobre todo en su principio, a la escritura fenicia, de la que se apartó progresivamente. Hay muy pocas inscripciones del antiguo Israel, ya sea porque ese pueblo no dejó monumentos conmemorativos, o porque éstos fueron destruidos durante las numerosas invasiones de Palestina por ejércitos hostiles y por la acción del tiempo y del clima, o porque las excavaciones recientes no han sido muy extensas. Sin embargo, se han encontrado últimamente varios centenares de pequeñas inscripciones, que aunque no registran grandes hechos de personajes notables, muestran la vida diaria de aquel pueblo.

Una de las inscripciones más antiguas de escritura paleo-hebraica es el calendario de Gezer, fig. 69, que data probablemente del tiempo de Saúl o David (siglo once antes de Jesucristo); la mayor parte de las letras son casi idénticas a las de las inscripciones proto-fenicias, aunque algunas han tomado ya los caracteres distintivos del primitivo hebreo. Por ejemplo: *kaph*, *mem*, *nun*, *pe*, tienen la tendencia de inclinar sus líneas principales hacia la izquierda.

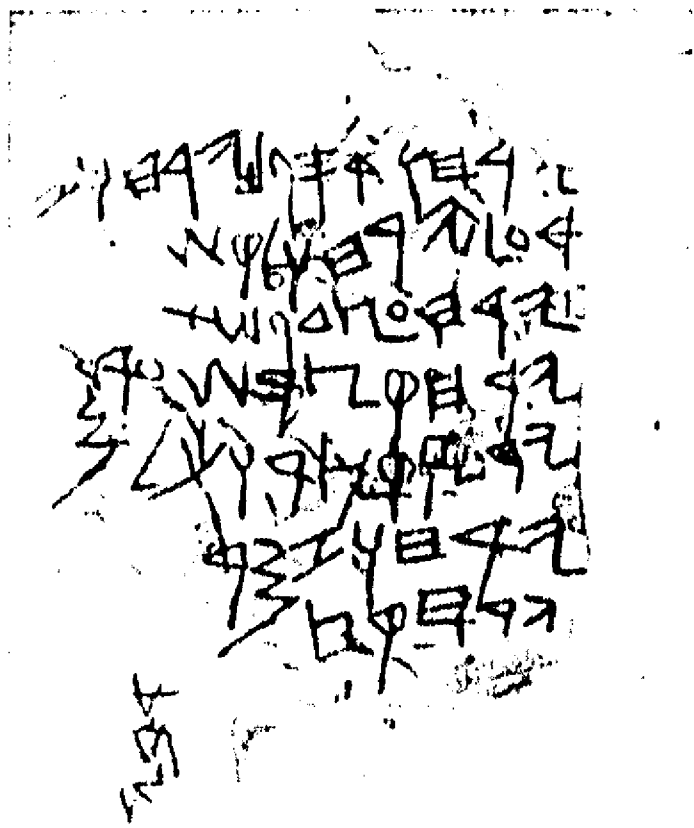


Fig. 69. Calendario de Gezer.

En tanto que ese documento es un ejemplo de la escritura y dialecto de Israel, otras inscripciones contienen los de Judea; la más importante es la de Siloe, fig. 70, que se cree es del siglo séptimo antes de Jesucristo y fué descubierta en 1880 en el muro de un acueducto. Está escrita en hebreo y la tradujo el profesor A. H. Sayce como sigue:

1. ¡He aquí la) excavación! Ahora esta es la historia del túnel. Al mismo tiempo que los excavadores (estaban alzando)

2. el zapapico todos hacia su vecino, y mientras que todavía faltaban (de romper) tres codos, una voz ha-

3. mó a su vecino, porque había (un

excedente) a la derecha de la roca. Ellos se detuvieron y golpearon hacia el oeste de la

1. excavación, los excavadores golpearon hasta encontrarse zapapico contra zapapico con su vecino, y allí salieron

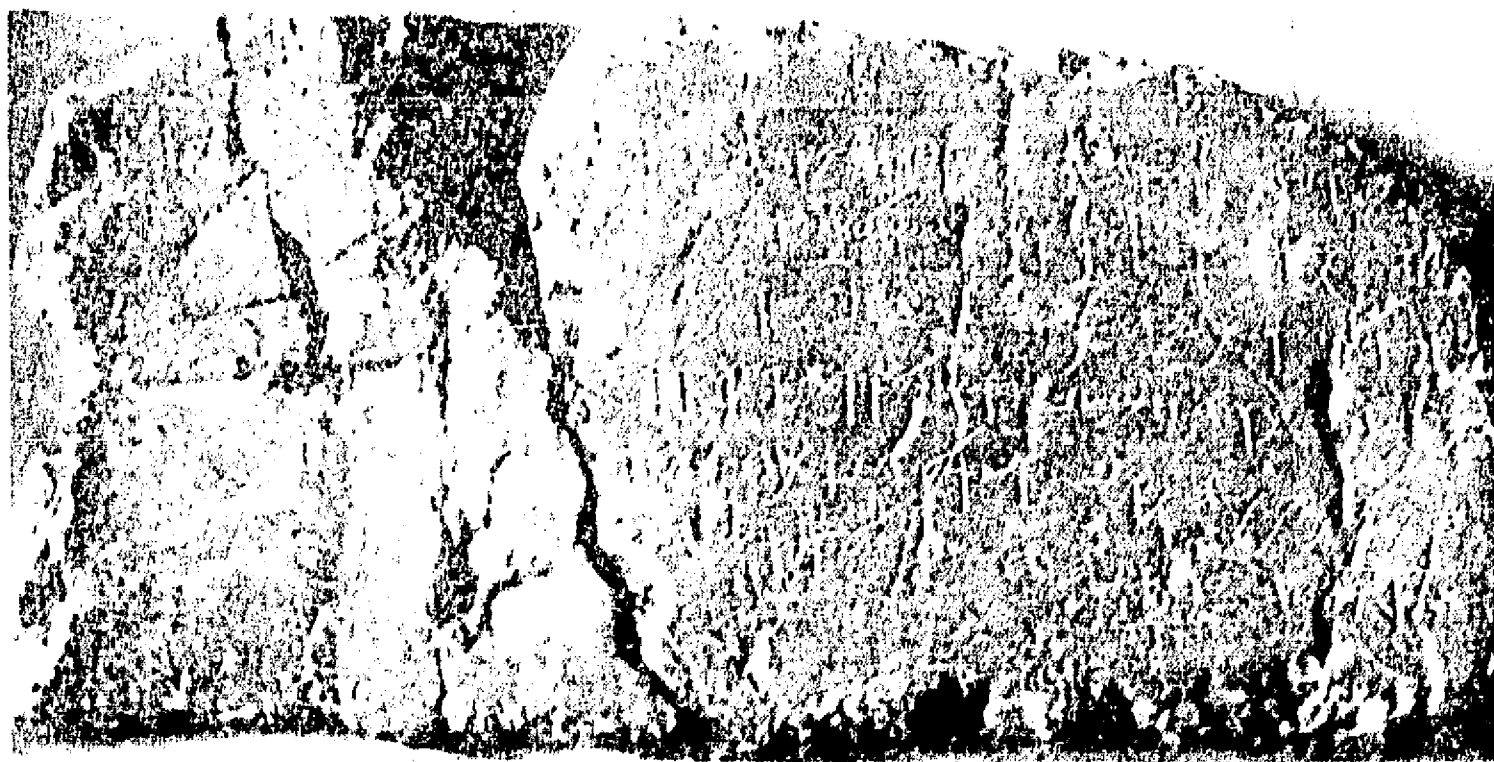


Fig. 70. La inscripción de Siloe.

5. las aguas por el desagüe a la alberca a mil codos de distancia, y (tres cuartos)

6. de codo tenía de altura la roca en la parte superior de la excavación.

En esta inscripción se acentúa más la diferencia de las letras, especialmente la W, cuya parte superior tiene un pequeño rasgo suplementario; la S que gradualmente se vuelve plana, y todas en general, cuya extremidad inferior tiende a hacerse curva.

J. L. Starkey, que ha dirigido varias exploraciones en Lachisch (Tell ed-Duweir), encontró en el recinto de un templo, sobre un foso defensivo abandonado, que data de la décimoctava y décimonovena dinastías, un jarro decorado con una serie de cabras, árboles, un ciervo seguido de su hembra, un león y un águila, arriba de los cuales se encuentran signos que tienen afinidad con la escritura de los monumentos y rocas de Serabit el-Khadem, en Sinaí, aunque estos últimos son más recientes. Las inscripciones descubiertas en Ras Shamra y la inscripción fenicia primitiva de Biblos parecen estar íntimamente co-



Fig. 71. Vasija encontrada en Lachisch.

nectadas con la del jarro, la tercera escritura primitiva que se ha hallado al sur de Palestina. Ultimamente (1935) se descubrió también en Lachisch la cuarta inscripción, hecha sobre una pequeña vasija de barro rojo del tipo más común, fig. 71, en la que están pintados diez signos, los seis primeros muy claros y casi borrados los otros cuatro; la vasija formaba parte del ajuar funerario de una tumba que data de los primeros tiempos de la décimonovena dinastía (1315-1198 antes

de Jesucristo) y es del mismo tipo que otros miles de vasijas encontradas en el templo con el jarro, y por tanto, su contemporánea. No hay razón para creer que estas inscripciones fueran obra de personas de alta cultura, y el hecho importante que revelan es que el pueblo bajo leía y escribía alfabéticamente en Palestina durante esa época.

Esta inscripción, así como la de una daga, también de Lachisch, fig. 71, son similares a las encontradas en la península del Sinaí, teatro de los viajes de los hijos de Israel en tiempo de Moisés, talladas en rocas y piedras, que según algunos expertos es la escritura alfabética más antigua que se conoce. Se cree generalmente que los escritos de Lachisch forman el eslabón que conecta la escritura del Sinaí con el alfabeto fenicio del que depende el nuestro. Relacionando estos descubrimientos con la narración de la Biblia, puede decirse que los israelitas aprendieron la escritura en el Sinaí, durante sus viajes por el desierto y que la llevaron a Canaán cuando la conquistaron en tiempo de Josué; pues según han probado las excavaciones del profesor Garstang en Jericó, Josué destruyó esa ciudad por el año de 1400 antes de Jesucristo. El doctor Langdon, profesor de asiriología en Oxford, opina que la inscripción de la citada vasija está en hebreo arcaico y dice: "Su rectitud es mi sostén", palabras que se asemejan mucho a los primeros textos hebreos atribuidos a Moisés; afirma que debe abandonarse la teoría de la transmisión oral de los primeros libros del Antiguo Testamento, y que es evidente que existieron documentos hebreos de los libros de Moisés, escritos en el siglo trece antes de Jesucristo y aun anteriores.

Se han descubierto otros objetos con inscripciones semejantes, pertenecientes a los siglos décimotercero o décimosegundo; mas, en general, son fragmentos pequeños, con caracteres difíciles de interpretar, pero que muestran gran relación con los alfabetos semíticos. Es de notar que todos se encontraron en los territorios de Palestina y Siria, y corresponden al período de 1700 a 1110 antes de Jesucristo.

El año 701 antes de Jesucristo, durante el reinado de Ezequías, el rey asirio Senaquerib sitió a Lachisch, pero no llegó a tomarla; en 597 fué atacada por los caldeos y finalmente sitiada y destruída por Nabucodonosor, un poco antes del advenimiento de Zedequías, último rey de Jerusalén (596-586); Lachisch fué incendiada y el fuego se extendió aún fuera de la muralla de la ciudad, y en una torre correspondiente al período persa se encontraron varias cartas escritas sobre barro que han dado datos históricos muy interesantes; por su texto puede saberse

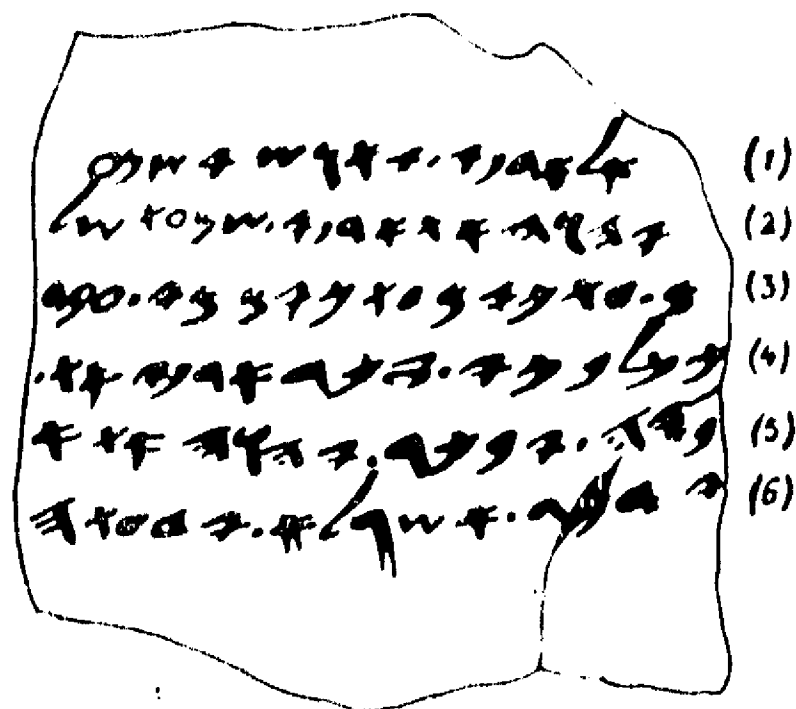


Fig. 72. Carta de Lachish.

que se escribieron durante los días anteriores a la fecha en que la ciudad fué sitiada por sus enemigos, y parece que esas condiciones anormales fueron la causa de que se usaran fragmentos de utensilios de barro como material para escribirlas; la correspondencia probablemente cubre sólo un período de dos o tres semanas, justamente anteriores al asalto de Nabucodonosor a la fortaleza. La figura 72 reproduce una de estas cartas.

Transcripción:

- (1) 'L 'DNY. Y'WS YSN'
- (2) YHWH 'T 'DNY. SMT' SL
- (3) M. 'T KYM 'TKYM MY. 'BD
- (4) K KLB KY. ZKR 'DNY 'T.
- (5) ['] BDH. Y' KR. YHWH 'T'
- (6) [MR] Y DBR. 'SR L'. YD'TH

Traducción:

- (1) A mi señor Yaósh: Que Yahwé haga entender
- (2) a mi señor las noticias de paz
- (3) en este mismo día, en este mismo día. Que es tu
- (4) servidor, un perro, ¿por qué mi señor se ha acordado
- (5) de su servidor? Que Yahwé enfurtesca (persiga)
- (6) a los que dicen alguna cosa de que yo no tenga conocimiento.

El alfabeto paleo-hebraico se diferencia del fenicio en que las letras, especialmente *zayin* y *tsade*, son más inclinadas, anchas y cortas y mejor trazadas; los rasgos principales de *beth*, *kaph*, *lamed*, *mem*, *nun* y *pe*, son encorvados o redondeados en la parte inferior; *cheth* tiene los trazos verticales, fuera del horizontal; en *he*, el trazo horizontal está más afuera del vertical y tiene cuatro líneas horizontales en vez de tres; en *mem* y *nun* las líneas verticales cortas no siempre se juntan con el trazo principal; *zayin* y *tsade* se curvan hacia atrás al final del trazo horizontal bajo.

El alfabeto samaritano, conservado actualmente en la pequeña cor-

poración samaritana de Nabulu, ha conservado muchas particularidades de la antigua escritura fenicia. En la epigrafía samaritana y en menor grado en los manuscritos, hay ciertos caracteres como: *H*, *D*, *R* y *T*, que han retenido las formas comunes de los alfabetos fenicio y paleo-hebraico; otros como: *W*, *S*, *M*, *N* y *P*, se acercan más al paleo-hebraico. Los samaritanos usaron algunas veces un sistema de puntos, es decir, de anotación de vocales que se parece al empleado por los hebreos en Palestina. La escritura samaritana es clara y las palabras van separadas por puntos. Figura 73.

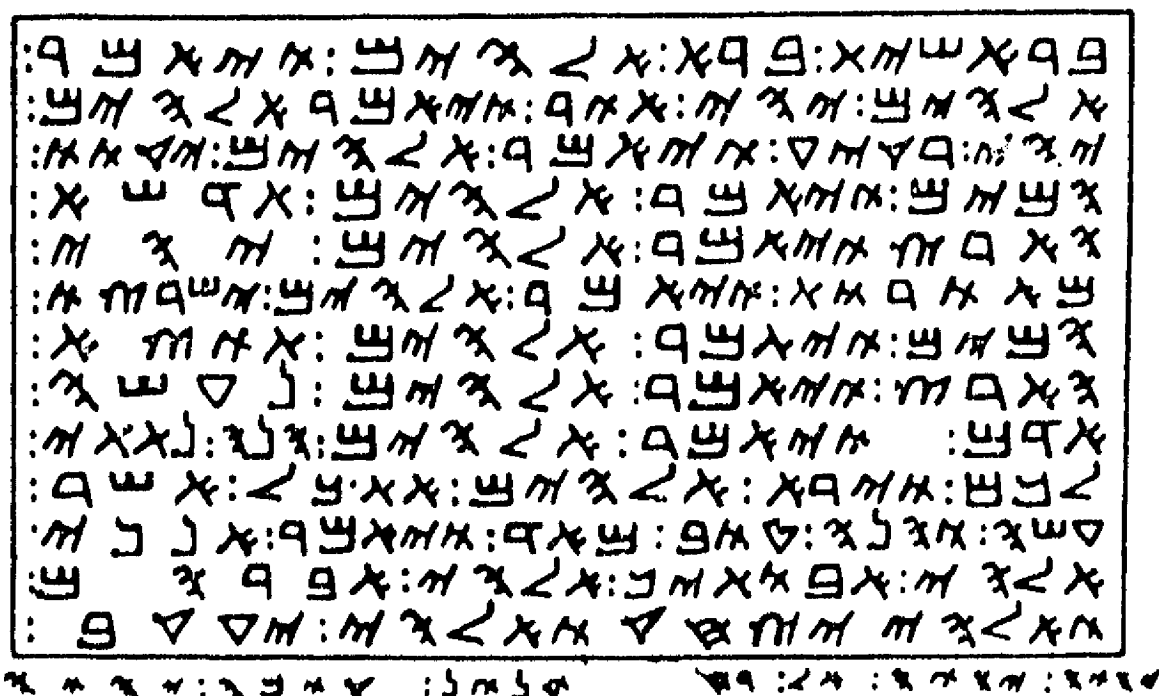


Fig. 73. Inscripción samaritana.

Las tres subdivisiones orientales de la rama cananea son: la moabita, la amonita y la edomita.

La inscripción moabita, cuya fecha precisa se concede, es la de Mesa, rey de Moab, en la que relata la rebelión de los moabitas contra Israel; se le llama Piedra Moabita y se encuentra en el Museo del Louvre en París. Data de la primera mitad del siglo noveno antes de Jesucristo, y fué descubierta en 1868 en las cercanías del Mar Muerto, en donde estuvo Dibón, la antigua capital de Moab, por el misionero alemán Klein; estaba perfectamente conservada, pero los árabes, sospechando que tenía algún valor para los cristianos, se posesionaron de ella y la sometieron a la acción del fuego y del agua, y el precioso monumento, que había resistido el estrago del tiempo durante más de dos mil setecientos años, se rompió en cuarenta pedazos, mas fué parcialmente restaurada, ya que por fortuna se habían tomado facsímiles antes de su destrucción.

En Los Reyes, libro IV, capítulo III, se refiere que “Mesa rey de Moab criaba mucho ganado y pagaba al rey de Israel cien mil corderos y cien mil carneros con sus vellones”, mas los moabitas, enfadados de su yugo y de tan pesado tributo, tan pronto como pudieron se rebelaron contra Israel. El rey Jorám se alió con los de Judá y Edóm y atacaron “a los de Moab que huyeron delante de ellos. Los vencedores

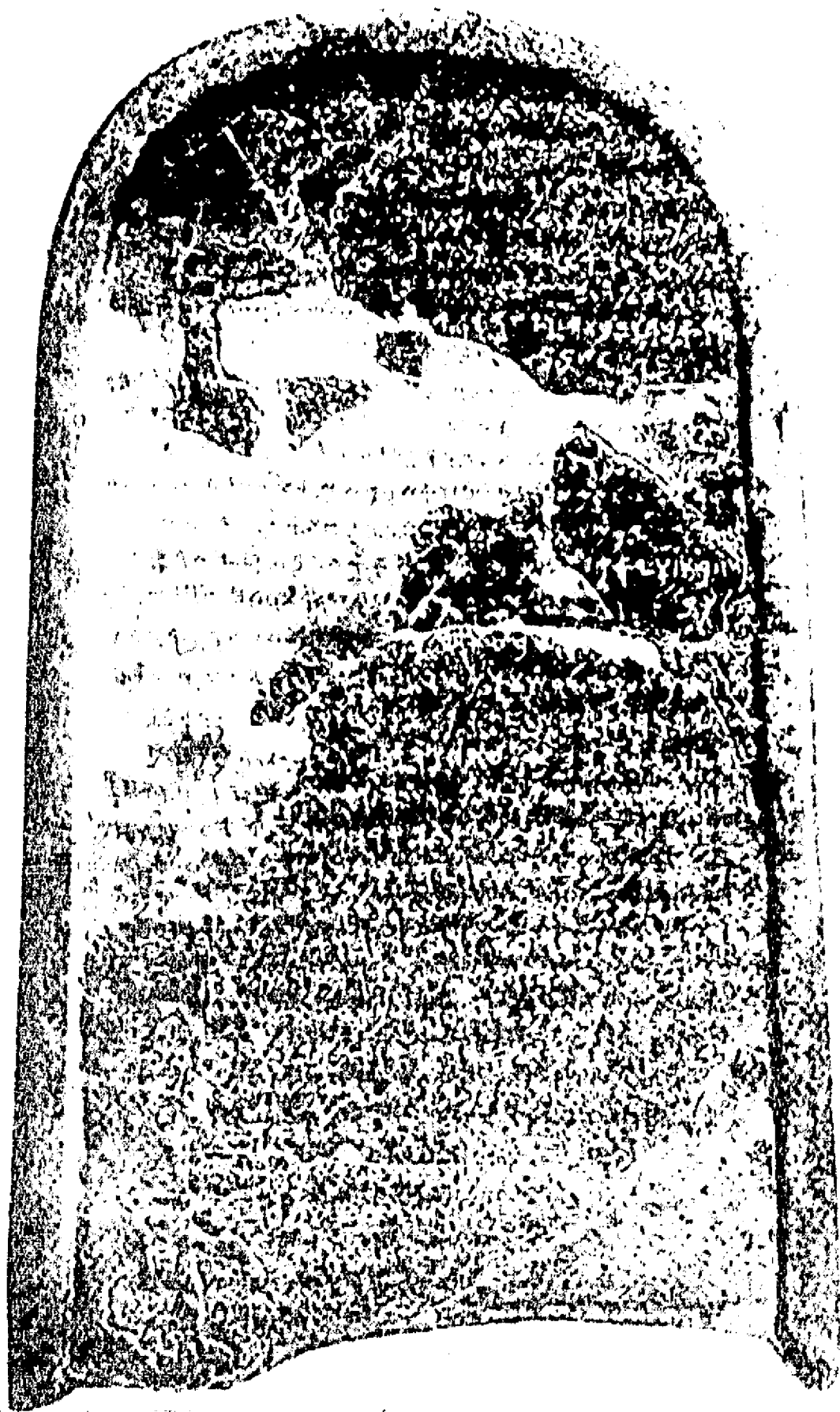


Fig. 74. La Piedra Moabita.

los siguieron y desbarataron a los de Moab. Destruyeron sus ciudades y llenaron los campos más fértiles de piedras, que cada uno echaba, y cegaron todos los manantiales de las aguas, y cortaron todos los árboles frutales, por manera que sólo quedaron los muros de ladrillo en Kir-Chareseth, y la ciudad fué cercada por los honderos y en gran parte derribada". Mesa se aseguró encerrándose en la fortaleza de Harosheth, cerca de Arnon, y cuando los honderos de los israelitas rodearon la fortaleza y la asolaron, sacrificó sobre el muro a su primogénito, lo que "causó una grande indignación en los israelitas y en el mismo punto se retiraron de él y se volvieron a su tierra". Mesa escapó y vivió para erigir este monumento en el que da su versión de la revuelta, que aclara las omisiones del relato bíblico; afirma que mató siete mil hombres, mujeres y jóvenes y que se apoderó de varias ciudades que anexó a su reino, y termina expresando que reedificó la ciudad y el palacio real y las destruidas ciudades de Moab. Joram reinó del año 896 al 884 antes de Jesucristo, y por eso se sabe la fecha de este monumento único.

El original de la Piedra Moabita, fig. 74, es casi ilegible, consta de treinta y cuatro líneas, las palabras están separadas por puntos y las oraciones por cortas líneas, y se lee de derecha a izquierda, lo mismo que otras escrituras orientales. Se inserta abajo una copia de las dos primeras líneas de la inscripción y una parte de la tercera en la que termina la cláusula, después va la equivalencia fonética de las letras con las vocales entre paréntesis, pues éstas casi siempre se omiten en las inscripciones semíticas; con ayuda de la representación fonética de las letras se puede seguir la escritura original, ya que algunos caracteres tienen parecido con los de nuestro alfabeto.

939 * y / (y) g / (y) w / (y) y / (y) s . o w / (y) y / (y) *
 y / (y) y / (y) * y x w y w / (y) g * y / (y) o y / (y) z / (y) z / (y) z / (y) z
 129 * 9 H * z x

1. 'AN(O)K(I). M(E)Sh'(A). B(E)N. K(A)M(O)ShM(A)LD. M(E)-L(E)K. M(O)'AB. HED —
2. IB(O)NI : 'ABI. M(A)L(A)K. 'AL. M(O)'AB. ShL(I)Sh(I)N. Sh(A)T. V'AN(O)K(I). M(A)L(A)K —
3. TI. 'ACh(A)R. 'ABI |

1. Yo soy Mesa, hijo de Kamoshmald, rey de Moab, el d-
2. ibonita! Mi padre reinó en Moab treinta años y yo rein-

3. é después de mi padre]

Se han hallado solamente tres sellos con escritura amonita, figura 75, que no difiere mucho de la paleo-hebraica. De la escritura edomita sólo se encontró la inscrita en un trozo de jarro y en doce asas, que se cree son del siglo séptimo antes de Jesucristo.



Fig. 75. Sello amonita.

La escritura aramea, según el profesor W. F. Albright, autoridad en la materia, no se usó en una época anterior al siglo décimo antes de Jesucristo. El monumento más importante de esta escritura es la inscripción, figura 76, que tiene el nombre del rey Ben-Hadad de Damasco; se cree es de cerca del 850 antes de Jesucristo; la que sigue en antigüedad es la estela de Zaquir rey de Hamah y Lu'ash de 775 de la misma Era; se encontró en Afis, al suroeste de Alepo; en 1928 fué descubierta en Arslan Tash, en el Valle Serug, una tablilla de marfil dedicada al rey Hazael que data del siglo noveno antes de Jesucristo. En general,

las primeras inscripciones rameas que hasta hoy se conocen son de los siglos noveno al séptimo antes de Jesucristo. Varios cientos de documentos de pequeñas dimensiones co-

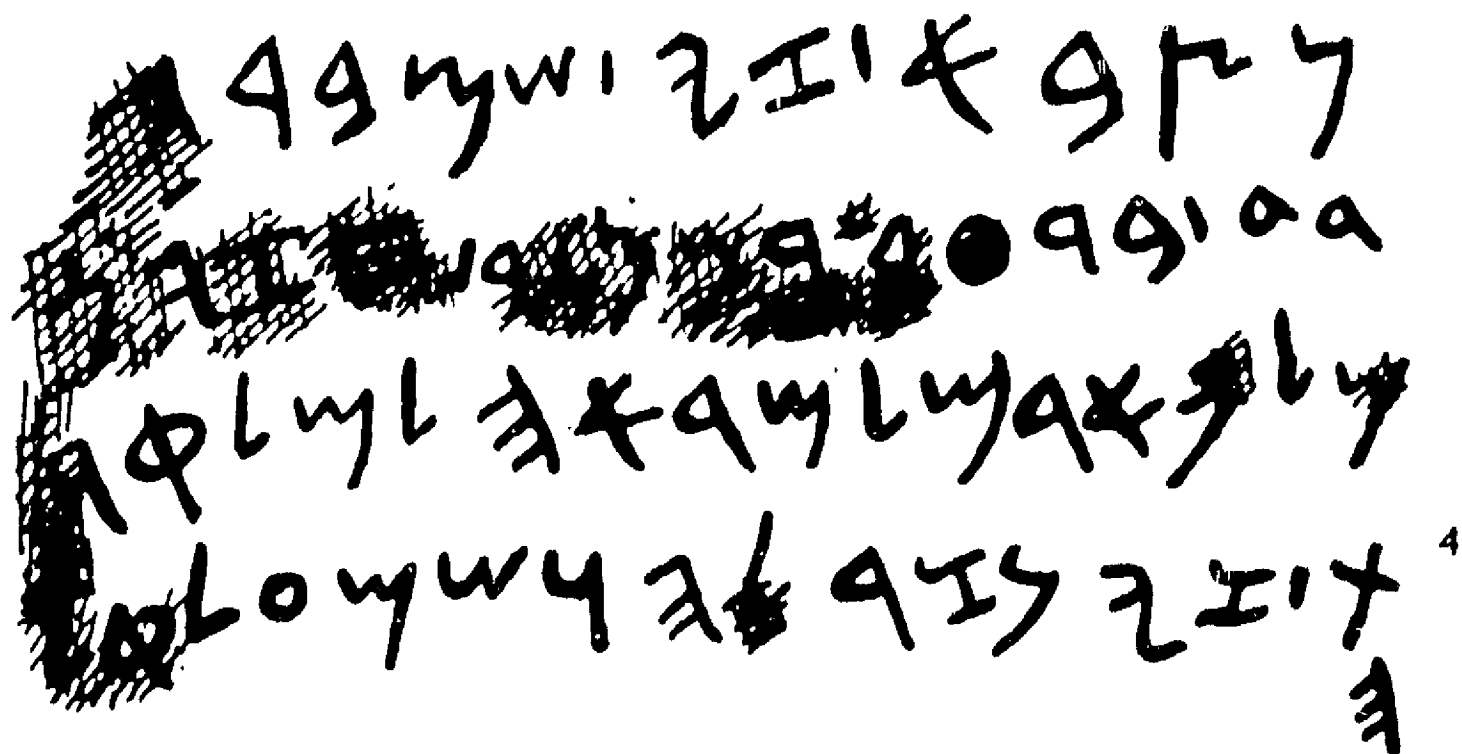


Fig. 76. Inscripción aramea.

responden a los siglos siguientes: en Egipto se han encontrado numerosos papiros y trozos de vasijas, entre ellos el famoso papiro Elefantino, fig. 77: se cree que los papiros más recientes datan del año 515 antes de Jesucristo.

La escritura aramea asumió gradualmente un carácter distintivo que se manifiesta por las siguientes tendencias principales: 1) Las letras *beth*, *daleth*, *resh* y *yayin* se abrieron en su parte superior y a los lados. 2) Se hizo un esfuerzo para reducir el número de rasgos separados en *cheth* y *teth*. 3) Los ángulos se redondearon y se usaron las ligaduras; estas tendencias se consumaron durante el periodo persa, y en el siglo quinto antes de Jesucristo la transformación fué completa.

El alfabeto arameo se usó por los judíos y sus captores en Asiria y Babilonia así como en los países del norte de Israel y Fenicia. El antiguo silabario cuneiforme, con sus muchos signos nativos de Mesopotamia, y en uso durante casi cuarenta siglos, cedió su puesto gra-

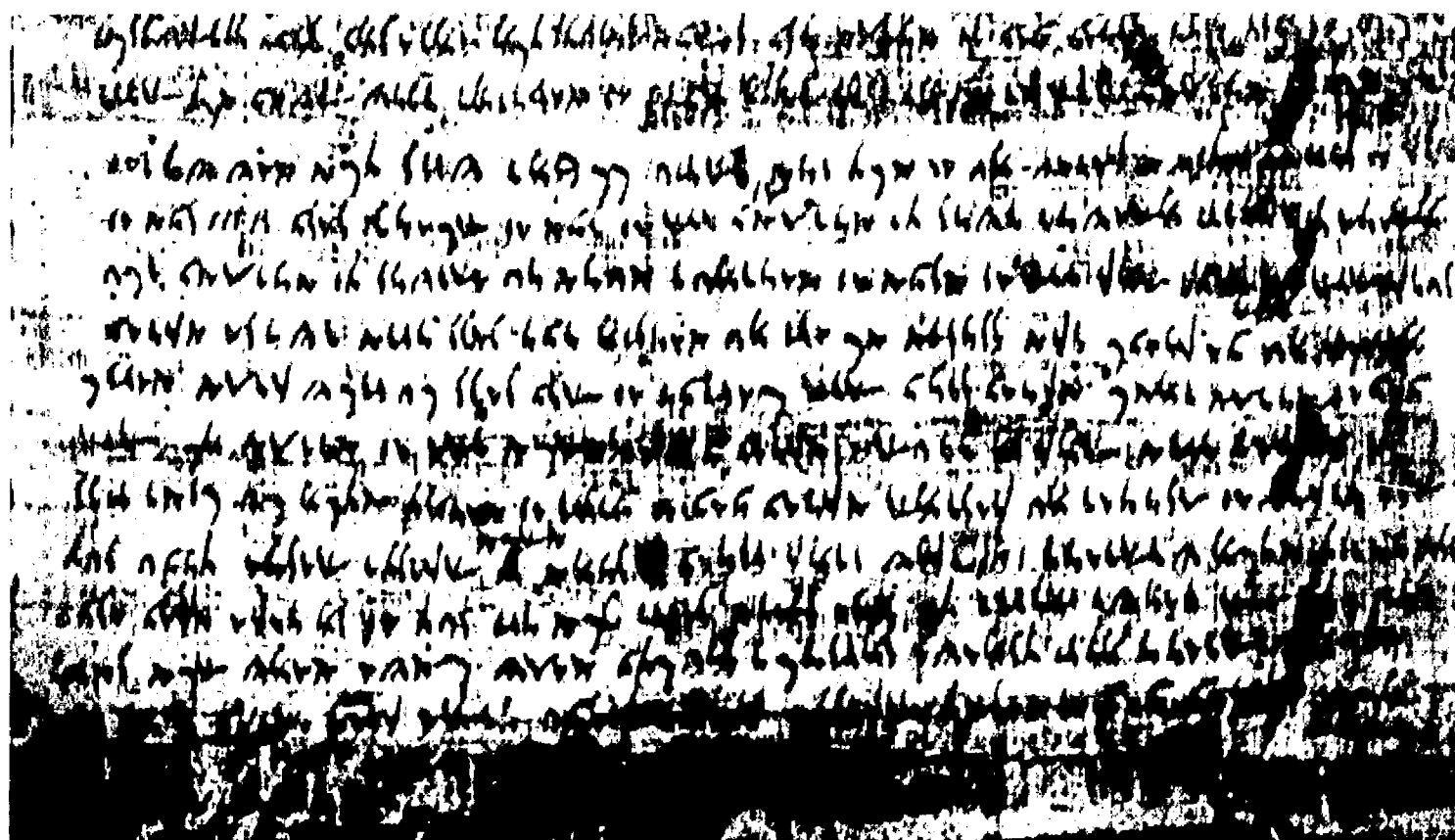


Fig. 77. Papiro arameo de Elefantina.

dualmente al alfabeto occidental, que fué difundido por los emprendedores comerciantes fenicios. Los pueblos de Aram y de Siria lo modificaron en el siglo séptimo antes de Jesucristo, y lo difundieron ampliamente en la región montañosa de Aram, sobre las rutas de Egipto y Fenicia a través de Cilicia, y de Siria a Mesopotamia; su uso fué contemporáneo a la decadencia de Fenicia, después de la destruc-

ción de Tiro por Nabucodonosor y el consecuente crecimiento en importancia de los territorios de Aram y Siria.

Cuando los judíos retornaron a Judea, llevaron consigo el alfabeto arameo, usado entonces en toda el Asia Occidental para fines comerciales, del que hubo algunas variedades locales; en la columna cuarta de la figura 78 se muestra el empleado en Ninive en el siglo séptimo antes de Jesucristo. Según avanzaba el tiempo, la transformación de los caracteres fenicios en los alfabetos arameos se hacía más notable, y la divergencia de su forma era tan grande que casi no podía distinguirse su origen. Los judíos de Palestina usaron el alfabeto arameo hasta el siglo segundo de nuestra era; después hubo una gran diferencia en las letras arameas, el arameo meridional de Palestina empezó a transformarse en el rectangular hebreo durante el siglo primero antes de Jesucristo, y no fué sino hasta el siglo décimo de nuestra Era cuando tomó definitivamente su forma actual, enteramente distinta de su prototipo fenicio, como puede verse en la octava columna de la figura 78.

En el norte, los alfabetos arameos pasaron por ciertas modificaciones locales, como el usado en Palmira en los últimos tres siglos antes de Jesucristo, y el siríaco, que data de los primeros tiempos cristianos y se desarrolló durante la Edad Media en el moderno árabe. La gradual transformación del alfabeto arameo en la casi taquigrafía de los árabes es una de las más notables en la historia de la escritura; como puede verse en la última columna de la figura 78, algunos caracteres parecen signos de puntuación, y muchos duplicados se distinguen entre sí sólo por marcas diacríticas colocadas encima o abajo de las curvas abiertas, y no aparecen las curvas cerradas que dan variedad a las letras fenicias, pues los rasgos son abiertos y cursivos.

Todas las escrituras alfabéticas del oeste de Siria indican que se derivaron directa o indirectamente del alfabeto fenicio, mientras que los cientos de escrituras alfabéticas del Este muestran que tuvieron su origen en las ramas del alfabeto arameo. Es digno de notarse que después de dos milenios de evolución, nosotros seamos los descendientes del primitivo alfabeto fenicio, padre del cuadrangular hebreo usado por los judíos, del árabe por los pueblos del Islam y del romano por las naciones cristianas de Europa; los dos primeros perdieron en los principios de nuestra Era todos los vestigios de sus primitivas formas, en tanto que los europeos, después de su transformación en las góticas letras de la Edad Media, tan distintas del alfabeto romano, restauraron en el Renacimiento los antiguos signos romanos para iniciales y

Nombre de las LETRAS	Valor Foenicio	Moab S. II o de J.	NINIVE S. IX o de J.	SILOE S. VIII o de J.	NINIVE S. VII o de J.	SIDON S. VI o de J.	Samaritano	JERUSALEM S. IV o de J.	HEBREO MODERNO	ARABE MODERNO.
Alph	a	A	⋈	⋈	⋈	⋈	⋈	⋈	⋈	⋈
Beth	b	B	B	B	B	B	B	B	B	B
Camel	c	C	C	C	C	C	C	C	C	C
Dalch	d	D	D	D	D	D	D	D	D	D
He	h	H	H	H	H	H	H	H	H	H
Vau	v	V	V	V	V	V	V	V	V	V
Zayin	z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z	Z
Cheth	ch	⊕	⊕	⊕	⊕	⊕	⊕	⊕	⊕	⊕
Teth	t	⊗	⊗	⊗	⊗	⊗	⊗	⊗	⊗	⊗
Yod	y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y	Y
Kaph	k	K	K	K	K	K	K	K	K	K
Lamed	l	L	L	L	L	L	L	L	L	L
Mem	m	M	M	M	M	M	M	M	M	M
Nun	n	N	N	N	N	N	N	N	N	N
Sameckh	s	S	S	S	S	S	S	S	S	S
Wau	w	W	W	W	W	W	W	W	W	W
Pe	p	P	P	P	P	P	P	P	P	P
Tsade	t	T	T	T	T	T	T	T	T	T
Qoph	q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q	Q
Resh	r	R	R	R	R	R	R	R	R	R
Shin	sh	S	S	S	S	S	S	S	S	S
Tau	t	X	+X	X	X	X	X	X	X	X
		I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX

Fig. 78. Alfabetos semíticos, mostrando la transformación de las letras moabitas y sindonias en el hebreo y el árabe modernos.

títulos, usando las minúsculas para el resto del texto. Así fué restablecido el uso permanente de letras que descendieron de los antiguos fenicios, y que, como sus originales, son características, variadas, definidas y bien diferenciadas.

Las lenguas semíticas se han dividido en dos grupos: el del Este con el asirio-babilónico, y el del Oeste que dió nacimiento a dos ramas: la del Sur, que comprende el arábigo, y la del Norte, al arameo y al cananeo; el hebreo y el fenicio son subdivisiones del cananeo, de aquí la gran semejanza que tienen entre sí. Hay varias opiniones respecto al valor fonético de los sonidos representados por las letras de los alfabetos semíticos, mas hay que tener en cuenta que las lenguas fueron afectadas por un proceso de decadencia fonética similar a la sufrida por otras. Los sonidos, lo mismo que la forma de las letras antiguas, han tenido, sin duda, considerable variación; sin embargo, casi la mitad de ellas pueden representarse con más o menos precisión por algunas letras de nuestro alfabeto, como: *b, g, d, h, z, k, l, m, n, s, p, r, t*, las restantes no corresponden a ninguna de las muestras, y por tanto, se les tiene que dar una representación más o menos artificial.

En las lenguas semíticas había dos clases de sonidos guturales, el primero llamado lingual o guturo-dental, y el segundo, gutural aspirado; las guturales aspiradas eran *aleph, he, cheth, y 'ayin*, de éstas, *aleph* era la más ligera; se pronunciaba abajo del punto gutural, en la parte superior de la laringe y era difícil oírse aun antes de una vocal; no era una semivocal ni una aspiración, sino una consonante ligeramente explosiva.

'Ayin era la más difícil de las guturales aspiradas; tenía dos sonidos, uno fuerte y otro más suave, variando entre una *g* vibrante en la garganta, casi una aspiración desvanecida un poco más fuerte que *aleph* y pronunciada en el mismo lugar de la garganta por medio de una explosión ligeramente más enérgica.

Cheth, definida como gutural fricativa, era un sonido gutural continuo firmemente marcado, producido en la parte posterior del paladar, parecido al de nuestras *j* y *x*.

He fué, en un principio, un sonido de la misma índole, pero más desvanecido, una gutural continua.

La letra *q'oph* era una explosiva fuerte, ultra-gutural, que tenía afinidad con *k*, pero que se formaba más atrás, entre la parte posterior del paladar suave y la lengua.

Los alfabetos semíticos se caracterizaron no sólo por sus símbolos para estos sonidos peculiares desconocidos en las lenguas indoeuropeas, sino como se ha dicho, por el hecho aún más importante de la ausencia de signos para las verdaderas vocales, parece probable que sólo tuvieron tres distintos sonidos: *a, i, u*; las letras *yod* y *vau* eran

semiconsonantes, o más bien vocales consonantes, y podían ser representadas por *y* y por *r*, pero *y* pasó pronto a ser *i*, y *v*, *u*, por eso, en las últimas etapas de este alfabeto, *yod* y *rau* se usaron con más frecuencia para denotar los sonidos vocales semejantes a la *i* y la *u*; la vocal *a* se omitía generalmente, excepto al final de las palabras que se indicaba por *he* o *aleph*.

En vista de esto, no es aventurado asegurar que se puede encontrar en el alfabeto semítico casi un superviviente del silabismo egipcio; Lepsio considera que cada una de las consonantes semíticas contenía una *a* como vocal esencial, la que podía ser reemplazada por los sonidos *i* o *u*, expresados por *yod* o *rau*, lo que confirma el hecho de que al principio de la sílaba esas letras tenían el sonido semiconsonante de *y* y *r*, adquiriendo poder vocálico solamente cuando iban precedidas por una consonante.

Por tanto, el alfabeto semítico parece ocupar una posición intermedia entre la etapa puramente silábica y la puramente alfabética; era algo más que un silabario, pero algo menos que un alfabeto perfecto, y nunca hubiera salido de esa etapa debido a la naturaleza de las lenguas semíticas, cuya estructura difiere de las de los otros idiomas conocidos. Las raíces fundamentales de sus palabras son triconsonantes y su pronunciación debe de haber sido originariamente trisilábica; de estas raíces trilaterales se formaban las palabras por medio de raíces pronominales, antepuestas o pospuestas; éste era el carácter distintivo de las lenguas semíticas, la vocal interior cambiaba entre la raíz, por ejemplo, la raíz *k-t-b* significa "escribir"; como trisílaba con la vocal *a*, *kataba* "ha escrito" con un cambio de vocal resulta *kataba* "ha sido escrito"; *katabu* "escritura" y *katubu* "escrito".

Es obvio que una lengua, cuyo esqueleto, por decirlo así, está formado solamente por consonantes, se ajuste a una forma de escritura que use solamente éstas; por eso los semitas, debido a la naturaleza de su lenguaje, podían representar las palabras en su escritura con un esbozo o croquis, en la inteligencia de que el lector lo llenaría perfectamente. Siendo los sonidos vocales tan indefinidos y variables, el resultado ha sido que, aun en los alfabetos semíticos recientes, las aspiradas y semiconsonantes del primitivo alfabeto han retenido su carácter original en vez de transformarse en verdaderas vocales o verdaderas consonantes como en los alfabetos no semíticos. Las inconveniencias de no poseer signos para las vocales debió sentirse fuertemente; por eso, al desarrollarse más la escritura semítica, se intro-

dujeron gradualmente usándolos para designar las vocales largas que eran de mayor importancia para dar sentido a las palabras, pero esto tardó varios siglos en realizarse.

Los nombres propios, cuya composición es tan característica en semítico, van seguidos de un calificativo que indica una particularidad, pero más frecuentemente son una corta sentencia, una acción de gracias, un deseo, un acto de fe. Tales nombres son reflejo de los pensamientos religiosos de los fenicios, y se encuentra frecuentemente entre los elementos que los componen: *Abd*, que significa servidor; *Anat*, sirviente; *Ger*, cliente; *Bod*, miembro de la familia; *Ben*, hijo. Otros nombres son una alabanza a la divinidad: *Yehawmilk* (Milk ha hecho vivir), *Yatomilk* (Milk ha dado), *Mattanbaal* (presente de Baal), *Eshmunshamar* (Eshmun ha ayudado), *Hannibaal* (Baal es misericordioso). Hay también un elemento *Ohel*, que significa tienda de campaña, resguardo, por ejemplo *Ohelbaal*, que tiene su correspondiente en asirio-babilónico en un nombre como *Silli-Adad* (Adad es mi resguardo), literalmente, mi sombra.

Debe tomarse en consideración que los nombres de las letras en varios alfabetos, como el arameo, el siríaco, el arábigo, el eslavo, el armenio y muchos otros de Europa y Asia, son casi idénticos a los de las letras fenicias preservados en el lenguaje hebreo: todas las modificaciones locales de los nombres de las letras son similares a las siguientes: las siríacas: *ôlaf*, *bêth*, *gômal*, *dôlath*, etc.; las arábicas *alif*, *be*, *jim*, *dal*, etc.; las eslavas: *az*, *buki*, *glagol*, *dobro*, etc.; las armenias: *alf*, *bet*, *gemel*, *dent*, etc., y como es sabido, las primeras letras del alfabeto griego son: *alpha*, *beta*, *gamma*, *delta*, etc. Cuánto honor es para la pequeña nación fenicia, establecida en una insignificante porción de la costa del Mediterráneo hace veinticinco siglos, que los sonidos y signos escritos de su alfabeto, con algunas modificaciones, se usen ahora prácticamente en todo el mundo.

CAPITULO VIII

EL ALFABETO GRIEGO

La península griega es una dádiva del Mediterráneo, de ese mar que la envuelve y abraza con tanta fuerza que penetra en sus tierras desgarrándolas profundamente. Sus montañas se asoman al mar, y sus costas, islas, golfos y puertos naturales fueron una invitación a los navegantes que en tiempos lejanos arribaron a ella trayéndole hombres, mercancías, lenguajes e ideas que después devolvió al mundo transformados por la magia del arte y del genio de su pueblo.

Su clima deliciosamente templado, el mar azul que la rodea y sus fértiles llanuras bañadas por una luz deslumbrante, donde crecen el olivo, la vid y el trigo, hicieron la existencia del hombre plácida y agradable, permitiéndole dedicarse a la vida del pensamiento y del arte. Por eso fué Grecia la cuna de nuestra civilización y tuvo un papel tan principal en la evolución humana; ningún pueblo se ha rodeado de tanta gloria y a ninguno es deudora la humanidad de tan profundo agradecimiento. Apareció en un mundo casi salvaje y lo transformó, instituyéndolo heredero del ideal que soñó; exaltó la razón humana enseñándole el amor a la patria, y creó las ciencias que son la verdad, las artes que son la belleza y la moral que es el deber.

El primer pueblo que se formó en este país fué la rama indoeuropea de los griegos, el que fué adentrándose poco a poco en la península y se dividió en una gran variedad de estirpes. Había en Hélade una población anterior que no era indoeuropea, compuesta por los carios, los lidios, los licios y los pelagos. La primera época griega está llena de migraciones, una raza desplaza a la otra y ocupa su lugar hasta que a su vez es desplazada. Con la invasión dórica se había producido la

distribución de las estirpes, pero una serie de desplazamientos sucesivos hizo que tesalios, beocios, dorios, etolios, aqueos y jonios, entre otros, establecieran sus nuevas patrias en las costas del Mar Egeo, donde fundaron nuevos estados que provocaron la desaparición de los antiguos. Todos estos pueblos vivieron aislados, crearon su individualidad y conservaron su autonomía intelectual; las cadenas de montañas y los cabos agudos y abruptos de su litoral, levantaron entre ellos barreras que entonces era difícil franquear. Para Hélade fué esto ventaja y desventaja: lo primero, porque, como se dijo, sus habitantes desarrollaron su vida sin una influencia común, y lo segundo, porque una serie no interrumpida de guerras crueles e inútiles ensangrentaron por mucho tiempo el pequeño territorio.

Poco a poco la unidad helénica fué realizándose; no hubo un imperio griego porque las ciudades eran independientes y celosas de sus privilegios, pero todos sus moradores hablaban la misma lengua flexible, armoniosa y fecunda; todos adoraban a los mismos dioses y consultaban los mismos oráculos. Atenas fué el centro que congregó a los helenos más notables; allí se dieron cita las artes, las letras y las ciencias; allí se forjaron normas que regirían al mundo, y se dió verdadero espíritu a la educación, la política, la filosofía, la literatura y la arquitectura; todo envuelto con la vestidura de belleza y armonía peculiares de ese gran pueblo.

Antes de que los griegos alcanzaran la supremacía del Mediterráneo, de ese mar de las mil costas, de las bahías azuladas, de los estrechos y de las islas que se encadenan, sus reyes y señores, como se ha dicho, fueron los fenicios los que, hostilizados continuamente por otros pueblos que los habían empujado hacia el occidente, e instalados en una angosta e improductiva faja de tierra, se lanzaron al mar, convirtiéndose en los primeros grandes mercaderes y colonizadores.

Como se ha visto, la civilización y cultura orientales, durante los últimos siglos del segundo milenio precristiano, comenzaron a extenderse en Europa por las rutas comerciales marítimas de las costas del este del Mediterráneo, a las islas Egeas y posteriormente a Grecia. Los fenicios no sólo comerciaban con todos los puertos de dicho mar, sino que establecieron colonias en Melos, Rodas y otras islas del Egeo, durante el siglo trece antes de Jesucristo, llevando con ellos su alfabeto como parte necesaria de su civilización, e impartiéndoelo al pueblo heleno, entre el cual moraban. No hay tradición más digna de crédito que la asentada por los autores griegos asegurando que el alfabeto

usado en Hélade venía de Fenicia, mas los clásicos difieren en sus opiniones acerca del origen de las letras fenicias. Herodoto el griego y Plinio el romano creen que los fenicios las inventaron, en tanto que Brosio las atribuye a los babilonios, y Tácito a los egipcios; pero todos están acordes en que los fenicios las llevaron a Grecia, donde eran llamadas "letras fenicias". Herodoto dice que "los fenicios introdujeron la escritura en Grecia, y al principio la forma de las letras griegas era exactamente igual a las fenicias"; habla también de "Cadmo el troyano y sus acompañantes que la trajeron de Fenicia, al país que es ahora llamado Beocia", y añade: "porque cuando Cadmo navegaba en busca de Europa, desembarcó en esta isla (Tera) y ...dejó algunos fenicios". Así sabemos por el más famoso historiador griego que los fenicios se establecieron primero en Tera y Beocia. Se instalaron también en Corinto, Taso, Milo, Samotracia y otros lugares del litoral; la tradición griega dice que esta colonización se realizó en el siglo doce antes de Jesucristo, unos doscientos años antes de la guerra de Troya.

En los antiguos cementerios de Tera, llamada hoy Santoria, se han descubierto algunas inscripciones de la forma más arcaica de la epigrafía griega; el alfabeto en ellas empleado es casi fenicio puro y las letras difieren muy poco de sus prototipos orientales. Las más antiguas estaban escritas a la manera semítica, de derecha a izquierda; usaron después el bustrófedon, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, alternativamente, como la escritura hitita, y finalmente, coincidiendo con la progresiva helenización de las letras, adoptaron la escritura de izquierda a derecha, universalmente usada desde entonces en las escrituras europeas. Los escribas griegos hicieron muchas experiencias antes de adoptar definitivamente la escritura de izquierda a derecha consecutiva en cada línea subsiguiente; manifestaban gran predilección por una escritura continua y sin interrupción, la que fué ensayada de muchas maneras antes de uniformarla. Algunas veces la lectura era a bustrófedon, invirtiendo las letras en las líneas alternas; otras, la escritura se hacía en espiral partiendo del centro, a veces a la derecha y otras a la izquierda. La figura 79 es una inscripción de Tera, extremadamente arcaica, que se lee de izquierda a derecha, pero en espiral; se comienza en el centro hacia afuera dando vuelta y media para leerla; es manifiesta la forma fenicia de sus signos, los caracteres que están en tercer y noveno lugares son iguales a los fenicios y tienen valor de *M*, el quinto y octavo representan a la *S*.

Los primitivos griegos dieron una gran contribución al alfabeto,

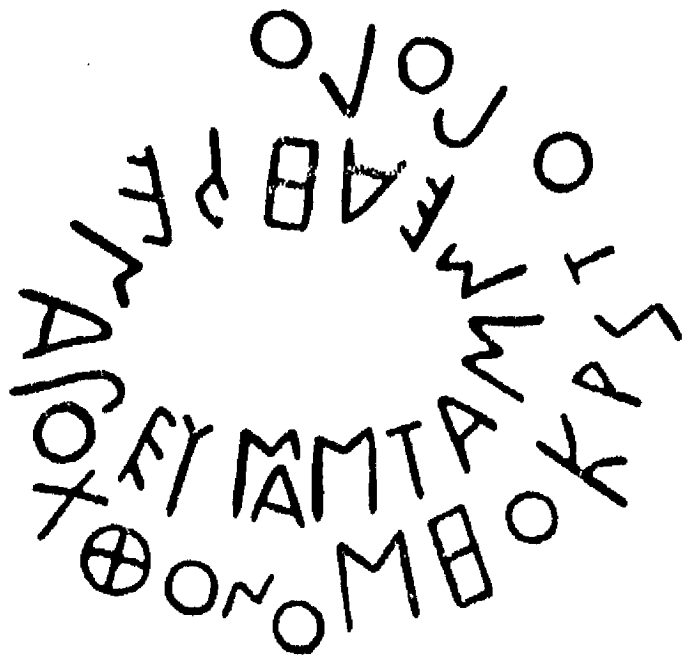


Fig. 79. Escritura bustrófedon de Tera.

tenía su alfabeto que variaba, ya en los caracteres usados o en su forma y proporción. Estos alfabetos son de dos tipos distintos: el oriental y el occidental. El primero y más antiguo fué introducido, como se ha dicho, por los fenicios, en las islas del mar Egeo, Jonia y más tarde en Grecia. El segundo, probablemente de época posterior, parece que llegó a Grecia por rutas terrestres, posiblemente de fuentes lidias o arameas. A la primera pertenecen los alfabetos de las islas del Egeo, de Atica, Argos, Egina, Corinto y sus colonias, Siracusa, y los alfabetos jónicos, incluyendo el de Mileto y el de Halicarnaso. A la segunda clase corresponden los de Grecia septentrional y el Peloponeso, Eubea, Calcídica y sus colonias, Beocia, Elida, Lócrida y otros estados. Todos estos alfabetos tienen gran similitud de forma en sus respectivas letras, mostrando los primitivos más semejanza con el fenicio, en tanto que los posteriores tienden, los orientales, hacia las letras griegas clásicas, y los occidentales, hacia las romanas.

La figura 80 es la reproducción de un ejemplar sumamente arcaico de escritura bustrófedon, encontrada en Atica, cuyas letras tienen marcados lineamientos fenicios; su antigüedad se confirma por el uso de la *huche* cerrada antes de las vocales, que es solamente una aspiración, como su prototipo oriental, y las letras *E*, *K*, *M* y *N*, característicamente feni-

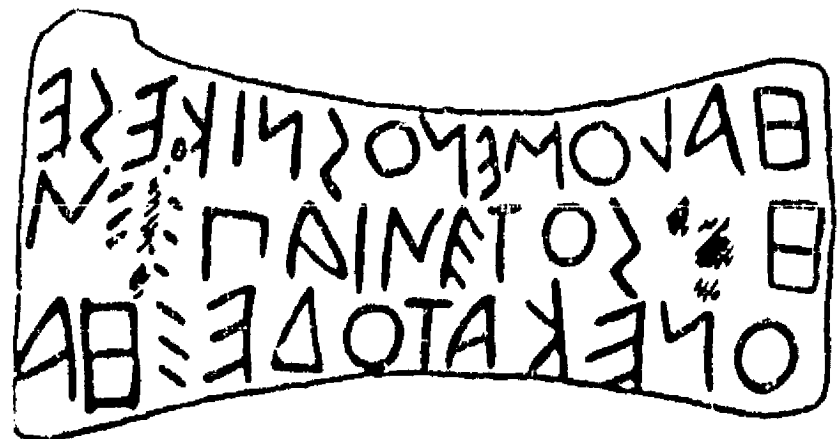


Fig. 80. Escritura bustrófedon de Atica.

con la invención de cinco verdaderas vocales: *alpha*, *épsilon*, *iota*, *ómicron* y *úpsilon*, tomadas de las fenicias: *aleph*, *he*, *yod*, *'ayin* y *cau*, las que transformaron de una oscura inflexión en un sonido vocal definido, debido a una ligera modificación de los antiguos caracteres. Las inscripciones de Tera revelan que en su época también las consonantes empezaron a modificarse y a transformarse para alcanzar sus valores definitivos.

Hacia el fin del siglo quinto antes de Jesucristo, casi cada estado heleno

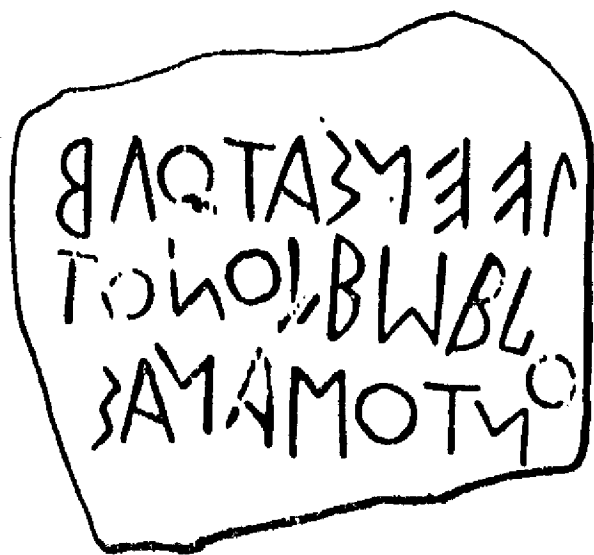


Fig. 81. Escritura bustrófeda de Corinto.

cias. La figura 81 es una inscripción corintia, cuya escritura bustrófeda empieza a la derecha y se lee alternativamente hacia la izquierda en las líneas impares y a la derecha en las pares; las líneas alternas están invertidas; la digamma *Ϝ* se encuentra todavía en esta inscripción, confirmando su antigüedad; la *iota* está representada por una línea en zigzag, que desciende directamente de la *yod* fenicia.

La rama más importante de la división oriental del alfabeto griego es el jónico, desarrollado por los griegos jónicos establecidos en el Asia Menor occidental, a lo largo del litoral de Lidia sobre el Mediterráneo y entre los ríos Hermo y Mender, como un siglo antes de la guerra de Troya y cuyas ciudades principales eran Efeso y Mileto. La ciudad griega de Halicarnaso, en el sur de Caria, estaba íntimamente asociada con la civilización jónica; fué fundada por colonos dorios y en ella ese pueblo altamente adelantado elaboró su lenguaje y literatura, muy superiores a los de sus allegados de Grecia que estaban divididos en tantos estados insignificantes, y tenían cada uno su alfabeto local. El alfabeto jónico fué perfeccionado con anterioridad a la 80ª Olimpiada (460 antes de Jesucristo), y en el año 403 de esa Era, al terminar la guerra del Peloponeso, fué adoptado en Atenas y después en toda Grecia, substituyendo a los locales. En Abu-Simbel (Ipsambul), en el Alto Egipto, existe una antigua inscripción en este alfabeto en el suntuoso templo de Ramsés II, situado en el borde del desierto nubio, y cortado en una roca de donde emergen cuatro gigantescas estatuas de este orgulloso rey que sostienen el techo; ese monumento fué construído cuando los "hijos de Israel" aun estaban bajo el cautiverio egipcio. Hace algunos años, al efectuarse unas excavaciones, se descubrieron sobre una de las piernas de una de las colosales estatuas seis inscripciones fenicias, tres carias y diecinueve griegas; una de éstas, la inscripción griega más antigua, a la que positivamente se puede asignar una fecha, fué escrita por un mercenario griego que estaba al servicio de Psamético, un rey de la vigésimasexta dinastía. Hubo dos reyes del mismo nombre; Psamético I que reinó por los años 654-617 antes de Jesucristo, y Psamético II, en 594-589 de la misma Era; ya sea que se refiera a uno o a otro.

la inscripción data de principios del siglo séptimo o fines del sexto antes de Jesucristo, ochocientos años después de que este estupendo monumento fué tallado, y mucho antes de que surgiera el poderío de Atenas y de que el alfabeto se hubiera perfeccionado completamente en Grecia. Es de notarse el grado de civilización de la gente de esa época, ya que hasta los mercenarios que se hallaban en países extranjeros podían escribir con bastante perfección. La escritura de la inscripción está tan bien hecha y uniforme que revela claramente que no fué un experimento, sino un arte ampliamente conocido y que se ejerció durante varias generaciones, difundiéndose ampliamente; los caracteres son casi idénticos entre sí y están escritos de izquierda a derecha. La figura 82 reproduce esta inscripción, sus letras miden cinco

ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΕΛΘΟΝΤΟΣ ΕΣΣΕΛΕΦΑΝΤΙΝΑΝ ΨΑΜΜΑΤΙΧΟ
 ΨΑΥΤΑ ΕΓΡΑΥΑΝΤ ΟΙΣ ΨΝ ΨΑΜΜΑΤΙΧΟΙ ΤΟΙΘΕΚΚΟΣ
 ΕΠΛΕΘΝΗΘΟΝΔΕΚΕΚΕΡΚΙΟΣ ΚΑΤΥΓΕΘΕΙ ΒΙΣΟΠΟΤΑΜΟΣ
 ΑΝΙΘΑΛΟΓΡΟΣΟΣΘΤΕ ΠΟΤΑΣΙΜΤΟ ΑΙΓΥΠΤΙΟΣ ΔΕΡΜΑΣΙΣ
 ΕΓΡΑΦΕΔΑΜΕΑΡΤΟΝ ΑΜΟΙΒΙΧ ΟΚΑΙ ΠΕΛΕΘΟΣΟΚΔΑΜΟ

ΕΓΕΣΙΒΥΣ

ΤΕΙΘΑΜΕΓΡΑΦΕΘΟΥΝ ΨΣΙΟΑ

ΠΥΘΟΝ ΑΜΟΙΒΙΧ

ΓΑΒΙΣ ΟΡΟΛΟΦΟΝΙΟΣ
 ΨΝ ΨΑΜΜΑΤ

Fig. 82. Inscripción de Abu-Simbel.

centímetros de altura, tienen una forma claramente definida y son muy parecidas a las letras griegas del período clásico, e indican lo que habían progresado los griegos jónicos en el relativamente corto tiempo transcurrido desde que recibieron sus letras de los comerciantes fenicios. Puede verse que las vocales o aspiradas fenicias: *aleph*, *he*, *vau*.

cheth, yod y 'ayin, se han transformado en las vocales griegas *alpha, épsilon, úpsilon, eta, iota y ómicron*; además, se han añadido tres nuevas letras: *phi, chi y psi*; *omega*, la última letra, no se encuentra en ninguna de las inscripciones de Abu-Simbel. La inscripción del soldado dice: "Cuando el rey Psamatichos vino a Elefantina, los que estaban con Psamatichos hijo de Theokles, escribieron esto. Se embarcaron y navegaron por Kerkis tan lejos como el río lo permitió. Potasimto condujo a los extranjeros y Amasis a los egipcios. El escritor fué Archon hijo de Amoibichos y Pelegnos hijo de Eudamos". Esta inscripción es de un valor inestimable, pues proporciona un auténtico ejemplo de la escritura griega del siglo séptimo, casi intermedia entre los comienzos de la escritura en las islas del Egeo y la jónica perfecta del siglo quinto antes de Jesucristo.

El fragmento que reproduce la figura 83 es un ejemplo de escritura

ΖΟΧΘΑΒΗΖΟΙΚΙΞΤΖΟΙΖΞΙΧΟΙΜΙΞΒΗΘΑΧ
 ΑΡΒΙ... ΗΤΟΑΓΟΡΓΩΝΟΣ

Χάρης εἰμι ὁ κλέσιος τειχιούσης ἀρχὸς
 ἄγα(λμ)α τοῦ Ἀπολλωνος.

Yo soy Cares, el clesio, gobernador de Teichousa.

Estatua a Apolo.

Fig. 83. Escritura jónica.

jónica tallada en la silla de la estatua de Charés, gobernador de un fuerte cerca de Mileto; posiblemente data de un período entre la 58ª y 69ª Olimpiada (550 a 500 antes de Jesucristo), y aunque es como un siglo posterior a la de Abu-Simbel, está escrita en bustrófedon, las letras tienen un tamaño uniforme, aunque la *ómicron* conserva la tendencia a ser más pequeña; *A, E y N* son todavía sesgadas; *gamma* y *lambda* se confunden fácilmente como en muchos de los primitivos alfabetos griegos de la rama oriental; *eta* se ha desarrollado completamente de la forma cerrada fenicia a la abierta de *H*, y se encuentra por primera vez en la nueva letra *omega*.

Entre las inscripciones de los alfabetos occidentales es notable la

de la figura 84, ejemplar muy raro y primitivo, original de la antigua Eubea; se lee en espiral hacia afuera, comenzando en la línea de en medio hacia la derecha; las letras están invertidas en las líneas de retroceso y vueltas a su primera posición tan pronto como la lectura se sigue haciendo de izquierda a derecha; tiene

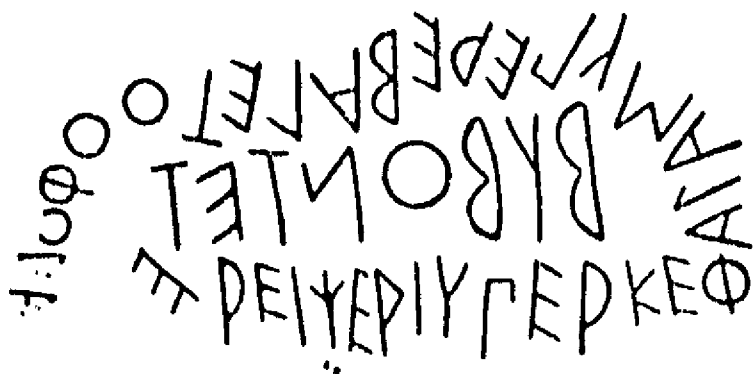


Fig. 84. Escritura bustrófedon de Eubea.

pronunciadas características fenicias, especialmente la *E*, *K* y *N*, aunque incluye también las letras *úpsilon*, *phi* y *chi*, puramente griegas, esta última tiene una barra vertical abajo del ángulo que forman las líneas cruzadas, lo que no es peculiar de la escritura eubea, pues se encuentra en otros alfabetos griegos, pero no tan exagerada; data de mediados del siglo sexto antes de Jesucristo.

La figura 85 es un ejemplo de la escritura usada en Beocia, la parte de Grecia que, según la leyenda cadmea, fué la primera ocupada por los fenicios; mas esta inscripción no es muy antigua, se lee de derecha a izquierda; *kappa* retiene sus peculiaridades fenicias, en tanto que las barras de *épsilon* están ligeramente inclinadas; *delta*

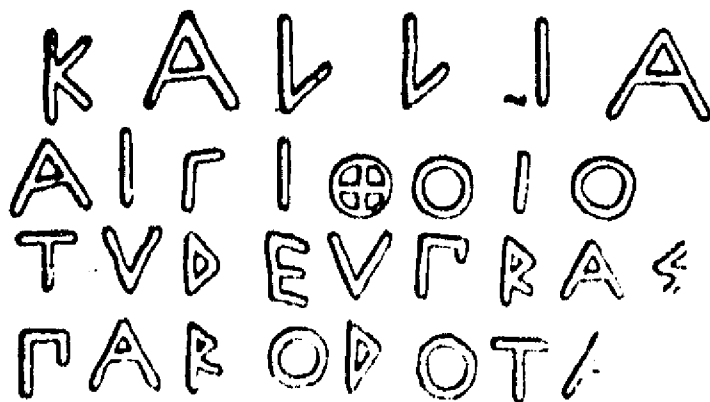


Fig. 85. Inscripción de Beocia.

tiene la posición vertical que conserva en la mayoría de los alfabetos occidentales; *rho* lleva su apéndice como en casi todos éstos, en tanto que *lambda* y *úpsilon* tienen la forma romana, común también en dichos alfabetos.

Otro ejemplo de las variantes de los alfabetos occidentales es la inscripción de la figura 86, hecha en alfabeto calcídico, el que tiene características de los alfabetos oriental y occidental; emplea la *D* oriental y la occidental en la misma palabra; *L* y *S* tienen la forma occidental, y la *R* es oriental, pues no lleva apéndice. Examinando los

ΑΡΦΥΛΕΣΤΟΔΕΔΟ ΟΜΠΕΔΙΟΙ

ΗΠΟΔΡΟΜΕΣΤΟΔΕΔΟΔΟΜΠΕΔΙΟΙ

Fig. 86. Inscripción de la variante calcídica del alfabeto griego.

alfabetos calcedónicos, particularmente los de las colonias de Italia y otros lugares, se puede ver que tienen bastantes letras de tipo romano, lo que ha hecho presumir que son los progenitores del alfabeto latino.

Como ya se dijo, el alfabeto jónico fué adoptado definitivamente en Atenas en el año 403 antes de Jesucristo, y poco después en varios estados de Grecia; es conocido ahora como griego clásico y en su estilo están grabadas algunas de las más bellas inscripciones. La figura 87, tomada del templo de Minerva, en Jonia, es un hermoso ejemplar de

ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΣ
 ΑΝΕΘΗΚΕ ΤΟ ΝΑΟΝ
 ΑΘΗΝΑΙΗ ΓΟΛΙΑΔΙ

Fig. 87. Inscripción del templo de Minerva en Jonia.

letras magistralmente talladas, bien proporcionadas, de figura elegante y refinada, hecho en la época en que cada letra había llegado a perfeccionarse en forma y dimensión conforme al sentido griego de belleza artística y uniformidad general en tamaño y alineación, calculado para satisfacer la vista y un cultivado buen gusto.

La figura 88 ilustra en forma tabular la evolución del alfabeto griego, partiendo del fenicio al griego ático del siglo quinto antes de Jesucristo; los alfabetos locales están arreglados en orden histórico, aproximadamente, bajo las dos divisiones principales: oriental y occidental. Examinando el cuadro puede notarse que las letras *A*, *K*, *M*, *N*, *O* y *T* conservaron constantemente su forma durante todo el período, especialmente la *T* que nunca se desvió de la modificación griega al tipo fenicio; *alpha* tuvo pocas alteraciones y solamente en Atica fué igual a la fenicia; *beta* llevó siempre dos lóbulos curvos o angulares, excepto en Corinto, en donde usaron un símbolo extraño tomado de un viejo silabario mediterráneo; *gamma*, como ya se dijo, desde un principio se diferenció poco de *lambda* en todos los alfabetos orientales, excepto en el ático, en el que parece seguir la variedad sidonia del alfabeto fenicio, que se usó en la primera línea del cuadro en lugar del moabita; su forma angular recta fué precursora de la curva, ambas se encontraron frecuentemente en los alfabetos occidentales y originaron nuestras letras *C* y *G*; la angular delta, con una línea

FENICIO	V. FONÉTICO	ORIENTAL						OCCIDENTAL					
		TIRA	CRETA	ATICA	CORINTO	ABU-SIMBEL	MICRO	EUBEA	SALONICA Y COLONIAS	BEOCIA	ELIDA	LOCRIDA	ALFAB. 403 a de J.
Α	a	ΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑ	Α
Β	b		ΒΒ	ΒΒ	ΒΒΒ	ΒΒ	Β	ΒΒ	Β	ΒΒ	Β	Β	Β
Γ	g	ΓΓΓ	ΓΓΑ	ΓΛ	Γ>C	ΓΑ	ΓΛ	Γ	ΓC	ΓΛ	ΓC	ΓC	Γ
Δ	d	ΔΔ	Δ	Δ	Δ	ΔΔΔ	Δ	ΔΔΔ	ΔΔ	ΔΔΔ	ΔΔ	Δ	Δ
Ε	e	ΕΕΕ	ΕΕΕ	ΕΕΕ	ΕΕΕΕ	ΕΕΕ	ΕΕΕ	ΕΕΕΕ	ΕΕΕΕ	ΕΕΕΕ	ΕΕΕΕ	ΕΕΕ	Ε
Υ	u	Υ	ΥΥ		ΥΥ				Υ	ΥΥ	ΥΥ	ΥΥ	
Ζ	z		Ζ	Ζ	Ζ			ΖΖ	Ζ	Ζ	Ζ	Ζ	Ζ
Η	h	Η	ΗΗ	ΗΗ	Η	Η	ΗΗ	Η	ΗΗ	ΗΗ		Η	Η
Θ	th	ΘΘ	ΘΘ	ΘΘΘ	ΘΘ	Θ	ΘΘ	ΘΘ	ΘΘΘ	ΘΘΘ	ΘΘ	ΘΘ	Θ
Κ	k	ΚΚ	ΚΚΚ	ΚΚΚ	ΚΚΚ	ΚΚ	ΚΚΚ	Κ	ΚΚΚ	ΚΚΚ	ΚΚΚ	ΚΚΚ	Κ
Λ	l	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ	Λ	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ	Λ
Μ	m	ΜΜ	ΜΜ	ΜΜΜ	ΜΜΜ	ΜΜ	Μ	Μ	ΜΜΜ	ΜΜ	ΜΜ	ΜΜΜ	Μ
Ν	n	ΝΝ	ΝΝ	ΝΝ	ΝΝ	ΝΝ	ΝΝΝ	ΝΝ	ΝΝΝ	ΝΝΝ	ΝΝΝ	ΝΝΝ	Ν
Ξ	ξ	(KM)			ΞΞ		ΞΞ	+	+	+	+X	+	Ξ
Ο	o	ΟΟ	ΟΟ	Ο	ΟΟ	Ο	Ο	Ο	Ο	ΟΟΟ	ΟΟΟ	Ο	Ο
Π	p	ΠΠΠ	ΠΠ	ΠΠ	ΠΠΠ	ΠΠΠ	ΠΠ	Π	ΠΠ	ΠΠΠ	ΠΠ	Π	Π
Φ	φ	ΦΦ	Φ	Φ	Φ	Φ		Φ	ΦΦ	Φ		Φ	
Ρ	r	ΡΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡ	ΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡΡ	ΡΡΡ	Ρ
Σ	s	ΣΣ	Σ	ΣΣΣ	ΣΣ	ΣΣ	ΣΣ	ΣΣΣ	ΣΣΣ	ΣΣΣ	ΣΣΣ	ΣΣΣ	Σ
Τ	t	Τ	Τ	Τ	Τ	Τ	Τ	Τ	ΤΤ	Τ	Τ	Τ	Τ
Υ	u	ΥΥΥ	ΥΥ	ΥΥΤ	ΥΥΥ	ΥΥ	ΥΧ	Υ	ΥΥ	ΥΥΥ	ΥΥ	Υ	Υ
Φ	ph	(TB)	ΦΦ	ΦΦ	ΦΦΦ	Φ		Φ	Φ	ΦΦ	ΦΦ	ΦΦ	Φ
Χ	ch			+X	+X	X	X	↓	↓	↓Υ		↓	X
Ψ	ps				Υ	↓Υ	↓Υ					*	Ψ
Ω	o						ΩΩ						Ω

Fig. 88. Evolución y expansión del alfabeto griego.

horizontal, era más común en los alfabetos orientales, en tanto que la vertical, angular o curva, como la *D* romana, fué característica de los occidentales; *épsilon* tuvo pequeñas diferencias; *ϕ* desapareció de los alfabetos orientales, pero fué retenido en los occidentales de donde pasó a Italia y casi no cambió de forma; *zeta* siguió el primitivo pro-

totipo moabita durante todo el período, hasta que la variante sidonia fué introducida cuando el alfabeto jónico se adoptó en Atenas; sin embargo, rara vez la usaron los jonios; en la primera columna del cuadro aparece la *zayin* sidonia; *eta* estaba cerrada en los antiguos alfabetos y tenía forma de *H* en los más recientes, empleándose sólo en Creta la antigua forma fenicia; *theta* sólo varió en las figuras comprendidas en el círculo.

En los más antiguos alfabetos, *iota* estaba escrita en zigzag, sin duda una modificación del signo moabita *yod*, pero en los alfabetos jónicos y occidentales tenía la forma familiar que ha llegado a nosotros con el alfabeto romano; *kappa*, desde los primeros períodos de Tera y Creta se conservó igual, excepto la inversión que todas las letras sufrieron al cambiar la manera de escribir de derecha a izquierda por el de izquierda a derecha; *mu* y *nu* conservaron durante varios siglos unas barras más cortas, como las fenicias, hasta que gradualmente tomaron la forma simétrica de la *M*; *ómicron*, pequeña en los primeros alfabetos, como la fenicia, tuvo después el mismo tamaño que las otras letras; *pi*, que era sólo una ligera variante de la fenicia, fluctuó por mucho tiempo entre su antigua forma y la adoptada en Atenas; los alfabetos occidentales usaron más la forma antigua, que después fué transformada en la *P* romana; la letra *Q* quedó casi igual, pero cayó en desuso en los primeros alfabetos griegos, reapareciendo en los itálicos; *rho*, después de ser una copia exacta de la fenicia, llevó más tarde un apéndice, especialmente en los alfabetos occidentales, de los que pasó a los romanos; *sigma* conservó la forma de *M* en distintas posiciones, pero más generalmente sobre uno de sus lados, de lo que fácilmente se convirtió en nuestra *S*; la evolución de *úpsilon* contiene sus dos derivados romanos *V* e *Y*; su forma clásica *Y* parece ser de origen ático, tomada probablemente de un viejo silabario mediterráneo.

Fué un acontecimiento feliz que en el curso del alfabeto fenicio hacia el Occidente, los griegos hayan sido los primeros en adoptarlo, pues mientras otras escrituras de Asia que derivaron de él han retenido sus características, este pueblo con toque maestro lo modeló con relativa perfección. En los primeros tiempos de la escritura griega, las palabras no se separaban entre sí al final de cada línea, ni se usaba puntuación; después de Alejandro Magno se separan ya las palabras en el final de la línea, conforme a ciertas leyes, y se inicia el uso de la puntuación y de los acentos.

La transmisión de un alfabeto semítico a un pueblo no semítico

puede, naturalmente, resultar en cierta manera redundante o defectuosa, pues es fácil conservar sin ningún cambio los signos de idéntico sonido, pero los caracteres superfluos tienen que desaparecer o expresar sonidos semejantes, o hay que desarrollar nuevas letras para representarlos. En el alfabeto griego, las semiconsonantes y guturales aspiradas semíticas se transformaron en vocales; se desarrollaron mudas aspiradas y vocales adicionales, y las sibilantes sufrieron una transformación, mejorándose la forma del resto de las letras que conservaron su semejanza con sus prototipos fenicios. El proceso de evolución duró varios siglos; se hicieron primero las adaptaciones más necesarias, que fueron las de las vocales, y los otros cambios se efectuaron paulatinamente.

Las cinco vocales primitivas se formaron con las aspiradas y semiconsonantes fenicias, las que aun en las lenguas semíticas tendían a transformarse en sonidos vocálicos semejantes; las tres aspiradas *aleph*, *he* y *'ayin*, se prestaron fácilmente para este proceso, perdiendo completamente su carácter de guturales y transformándose en las vocales fundamentales *alpha*, *épsilon* y *ómicron*; la semiconsonante *god*, que tenía el sonido de nuestra *y*, tomó el sonido vocal de *iota*, de la misma manera que *rau*, la otra semiconsonante, pudo volverse la vocal *u*; la *úpsilon* griega no ocupa en el alfabeto el lugar de la *rau* fenicia, sino que está entre las nuevas letras al final del alfabeto; hay varias teorías acerca de su origen, pero la más general es que se deriva de *rau*.

Eta. La *H* latina y la *eta* griega tienen la misma forma y ocupan el mismo lugar en el alfabeto, pero con diferente sonido, están en idéntico sitio que *cheth*, la décimoctava letra fenicia, que era una gutural fuerte y que en griego se convirtió en una *h* aspirada fuerte, substituyendo a *he*, la quinta letra fenicia, que perdió su aspiración y se transformó en la vocal *E*, llamada primero *ei* y después *épsilon*.

Omega. Con la evolución de *omega*, que se efectuó casi un siglo después que *eta*, se acabó de formar el alfabeto griego; en un principio, el signo *O* derivado de la fenicia *'ayin*, tenía tres sonidos, más tarde quedaron sólo *ómicron* y *omega*.

Phi. En griego se necesitaban algunos caracteres para expresar el sonido de las mudas seguido de una aspiración; en las antiguas inscripciones se usaban las combinaciones *theta* y *eta*, *pi* y *eta*, *kappa* y *eta*, para figurar los sonidos que se representaron después con *theta*, *phi* y *chi*.

Chi. Como se ha visto, los griegos tomaron la *tau* y la *teth* fenicias como símbolos para *t* y *th*; las letras *kaph* y *q'oph* pudieron no ser adoptables como las anteriores, para denotar *k* y *kh*, a causa de la retención prolongada de *qoppa* y *kappa* en los alfabetos primitivos, por lo que la representación de *kh* tuvo que obtenerse por diferenciación. Se usaron dos distintos símbolos para este sonido, uno en el Este y otro en el Oeste; la fuente de estos dos caracteres se indica por la combinación de *kappa* y *eta*, *phi* y *eta*, por las cuales se expresa *chi* en las antiguas inscripciones.

Psi. La última consonante nueva se desarrolló del signo *ps*, que se encuentra en el alfabeto jónico; en las inscripciones antiguas este sonido se expresaba por *gamma* y *sigma* o *phi* y *sigma*.

Xi. Lo que más distingue a los alfabetos orientales de los occidentales es la diferencia de forma del símbolo para *ks*; en las primeras inscripciones, la décimoquinta letra griega *xi* era idéntica a la fenicia *samekh*; en un principio se usaron las combinaciones *xi* y *sigma xi*, y *kappa* y *sigma* para el sonido y se supone que la *X* latina se tomó de la griega *xi*.

Sau. La identificación de las sibilantes es el problema más difícil respecto a la transmisión del alfabeto fenicio a los alfabetos griegos. Había cuatro sibilantes fenicias: la fuerte, *samekh*; la suave, *zayin*; la lingual, *tsade*, y la palatal, *shin*. Los griegos necesitaron solamente tres: la fuerte, *sigma*; la dental, *zeta*, y la gutural, *xi*; aunque hay indicios de que originalmente poseían un cuarto signo, *sau*, que se perdió después; se sabe su nombre por una alusión de Herodoto, su forma por las primitivas inscripciones, y su lugar en el alfabeto por los abecedarios. Para identificar las sibilantes griegas con sus prototipos fenicios es necesario comenzar por restituir a la letra desaparecida el lugar que tenía en el primitivo alfabeto, pues en el siglo quinto antes de Jesucristo, aún subsistía su uso dialéctico. Herodoto dice que los nombres de los persas "terminaban todos con la misma letra, la llamada *sau* por los dorios y *sigma* por los jonios"; en esa época, aparentemente no había una gran distinción entre los sonidos representados por *sau* y *sigma*, pero la supervivencia de los dos nombres indica la existencia de dos letras primitivas cuyos sonidos se asimilaron después.

En las primeras inscripciones griegas la sibilante fuerte se expresa por dos caracteres distintos, uno empleado casi exclusivamente por los jonios y otro por los dorios, pero sin una distinción apreciable de

sus valores fonéticos. En las inscripciones dóricas de Tera, Creta, Corinto y Argos, la *s* se representa por el símbolo *Μ*, en tanto que en las jónicas de Mileto, Naxos, Samos y Atenas se expresa con la *eme* sobre uno de sus lados; seguramente estos dos caracteres tenían diferente nombre, mas el signo dórico y su nombre cayeron en desuso, en tanto que el jónico *eme* y su nombre *sigma*, sobrevivieron. Determinada la forma del signo de *san*, se trató de identificarlo con alguna de las sibilantes fenicias, y se encontró que sólo una de las letras semíticas se perdió completamente en el alfabeto griego, pues hay una laguna en el lugar en que estuvo la décimoctava letra fenicia *tsade*, el que se cree ocupó *san*, la letra griega que desapareció. Los antiguos abecedarios de Italia proporcionan evidencias de que la suposición es correcta, ya que en el lugar que está después de *p*, que corresponde al décimoctavo, hay un signo que en el alfabeto etrusco aparece como *Μ*, y en el pelasco una *eme* incompleta, casi idéntica a la letra semítica *tsade*; por tanto, puede asegurarse que el nombre de la sibilante perdida era *san* y que ocupaba el décimoctavo lugar en el primitivo alfabeto griego, entre *pi* y *q'oppa*, y que sus formas tuvieron algunos cambios.

Comparando los lugares, formas, valores y nombres de las sibilantes griegas y fenicias se obtienen los siguientes resultados: el séptimo lugar del alfabeto lo ocupaban la *zayin* fenicia y la *zeta* griega, el décimoquinto la *samekh* fenicia y la *xi* griega, el décimoctavo la *tsade* fenicia y la *san* griega, y el duodécimoprimerero la *shin* fenicia y la *sigma* griega. Se puede ver que los lugares de las cuatro sibilantes semíticas estaban ocupados también por sibilantes en el primitivo alfabeto griego, y que la forma de los caracteres varió menos que en otras letras, por lo que sus valores fonéticos pueden deducirse fácilmente de los de sus prototipos fenicios. Sin embargo, aunque la forma y el lugar que ocupan en ambos alfabetos son iguales, no hay correspondencia entre sus nombres, pues *sigma* podía identificarse mejor con *samekh*, *zeta* probablemente con *tsade*, y *zayin* y *shin* con *san* y *xi*.

Eminentes investigadores han expuesto otras teorías, pero la anterior es la más aceptable; se puede solamente deducir, que hubo una confusión y cambio de nombres entre las dos sibilantes dentales *zayin* y *tsade* que representan sonidos parecidos, y entre las dos sibilantes abiertas, *samekh* y *shin*; no se cree que este intercambio de nombres se hiciera intencionalmente, sino que parece más bien el resultado de la mezcla de alfabetos locales contiguos, en los cuales los signos primitivos adquirieron diferentes valores. Cuando el alfabeto de un pue-

blo más culto, pero no muy numeroso, fué conocido por otro, éste puede que haya empleado sus caracteres designándolos quizá por los nombres familiares de los signos que expresaban el mismo sonido en su propio alfabeto; si, por ejemplo, la *s* de un alfabeto se tomó de *samekh*, y en otro de *shin*, los que se habían acostumbrado llamar a la sibilante fuerte, *sigma*, seguirían dando ese nombre al signo que expresaba el mismo sonido en el alfabeto reemplazado. No hay motivo para negar que la dificultad de la adopción de las sibilantes puede resolverse por alguna de estas hipótesis, aunque sólo se conjetura cómo se efectuaron los cambios.

Los cambios que afectan a los demás signos no necesitan discutirse, ya que son meramente morfológicos y no intervienen en los nombres, valores u orden alfabético de las letras; se citará solamente a *lambda* y *qoppa*.

Lambda. Las formas tomadas por esta letra son de valor especial para su clasificación; sólo los alfabetos de Calcis, Beocia y Locris, y el antiguo de Atica, retuvieron el tipo primitivo que es el que sobrevivió en nuestro alfabeto; su transformación es de tomarse en cuenta, pues el signo fenicio se invirtió en todos sus derivados, aparentemente a causa de la dirección que seguía la escritura. En las escrituras de origen arameo, como la siríaca, la arábiga y la pelvi, la letra fenicia cambió de dirección de acuerdo con la que llevaban estas escrituras, y en los alfabetos griegos se obtuvieron similares resultados con diferente proceso, ya que se escribían de izquierda a derecha.

Qoppa. Las letras *q'oph* y *rau* fenicias, *ϕ* y *ρ*, desaparecieron del alfabeto griego y se usaron sólo como numerales; en cambio, se retuvieron en el latino, lo que pone de manifiesto la índole arcaica de su alfabeto.

Como materiales para escribir se usaron también el papiro, el pergamino, el bronce, el plomo, la cera y la arcilla. En los vasos abundan inscripciones en la antigua escritura griega; sobre ellos puede leerse a menudo la firma del pintor o la del alfarero, acompañada de otras leyendas. La más antigua, hecha a punzón en un vaso, data del siglo octavo antes de Jesucristo, y se encuentra en el Museo Nacional de Atenas. La figura 89 reproduce la inscripción en caracteres corintios de un vaso anterior al siglo sexto antes de Jesucristo. Para usos comunes y para votar en los tribunales atenienses se empleaban los *ostraca*, que eran fragmentos de vasos de arcilla o láminas de una piedra caliza clara; se escribía sobre ellos con punzón o con tinta en los ladrillos.



Fig. 89. Inscrpción en un vaso del siglo octavo antes de Jesucristo.

sin vidriar y en la piedra caliza. En el Museo Nacional de Atenas se conserva un *ostrakon* que lleva grabado un escrito del proceso sensacional en el que se condenó a Temístocles. El *ostrakon* de la figura 90 está escrito en el anverso y en el reverso, y tiene el texto

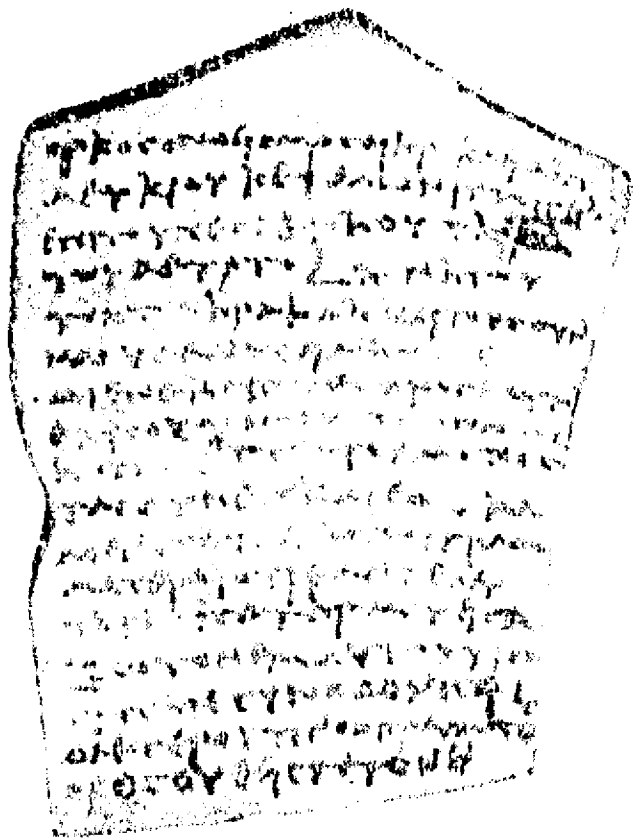


Fig. 90. *Ostrakon* de la época helenística.

completo de la toma del juramento que un griego residente en Egipto debía prestar en una junta; data del año 110 antes de Jesucristo. Los escolares usaban tablillas de madera con un borde en relieve y la parte interior cubierta con cera, sobre la que se escribía; la figura 91 es una de las nueve hojas de madera de un libro que contiene ejercicios escolares; las cuatro perforaciones de la parte superior servían para los hilos que sujetaban las hojas; es un ejemplar único que data del siglo cuarto antes de Jesucristo y que se encuentra en el Museo de Berlín.

La historia primitiva del alfabeto griego está basada en las inscripciones y las monedas; las formas lapidarias son comparativamente estables, pero el uso de materiales más suaves, pergamino o papiro, que permitía la rapidez gráfica y que facilitaba las ligaduras, acentuó la tendencia hacia la variación y deformación, y posteriormente transformó los tipos lapidarios. La formación de los caracteres lapidarios revela una mejora progresiva en la forma de las letras; la de las modernas minúsculas comienza en una época de deformación, seguida de

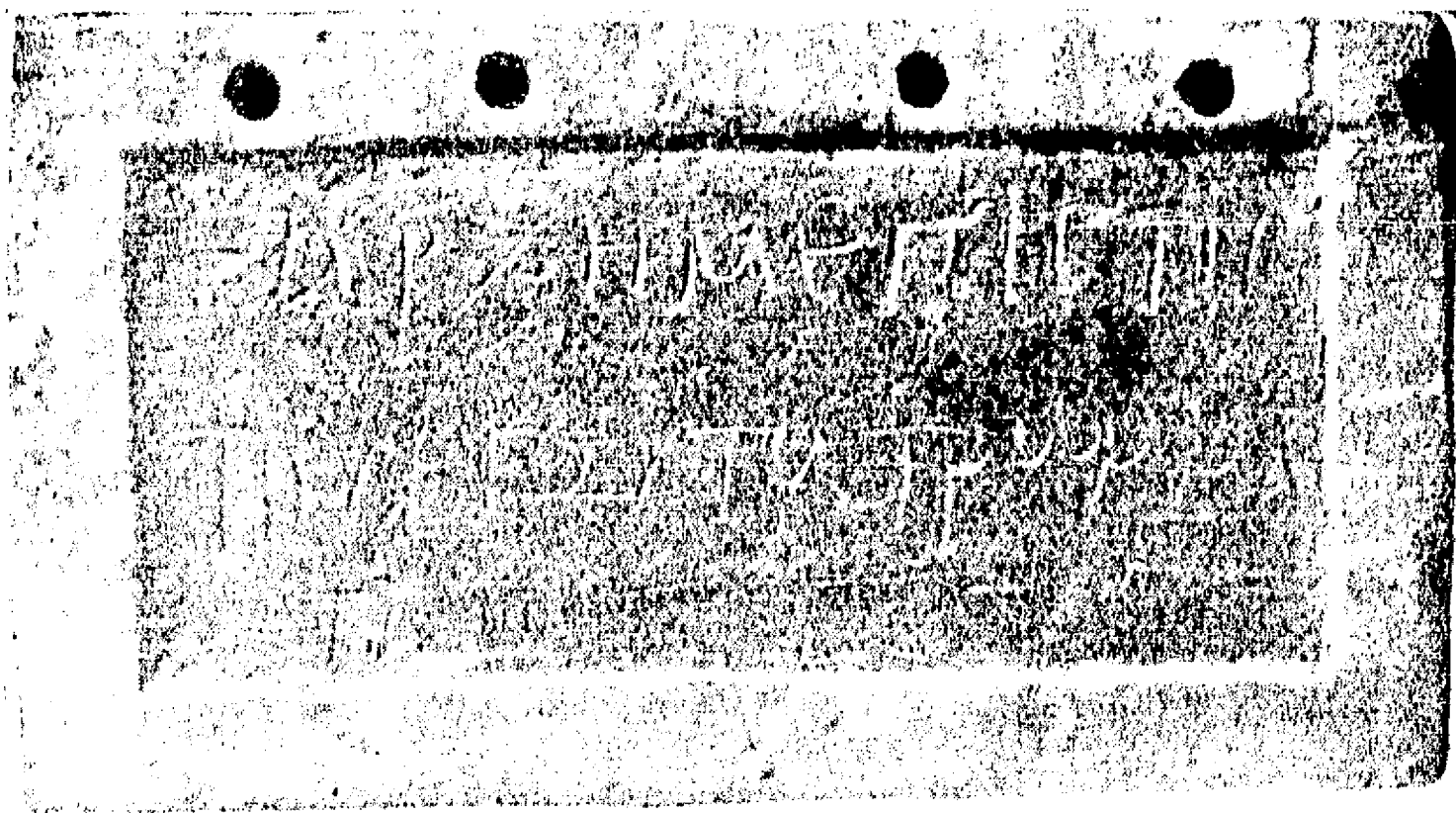


Fig. 91. Tablilla escolar.

un período de regeneración. El proceso de decadencia y renacimiento fonéticos, por los cuales las lenguas romances derivaron del latín, son análogos al proceso por el cual los alfabetos románico y romance nacieron de los alfabetos de Grecia y de Roma. Con la decadencia del Imperio, los alfabetos lapidarios degeneraron en escrituras irregulares y sin forma: al resurgir la cultura vino la demanda de un nuevo carácter de letra, y de los antiguos elementos nació la minúscula, un tipo casi perfecto, cursivo y rápido, y al mismo tiempo legible, regular y hermoso. De ese modo se ven operar dos principios opuestos: la ley del menor esfuerzo, por el cual se sacrifica la legibilidad por la facilidad y la rapidez, y después, el esfuerzo por la claridad, por el cual se efectuó el renacimiento de la escritura cursiva.

Los alfabetos griego y latino pasaron por etapas paralelas de evolución: muy al principio se encuentran coexistiendo tres distintas formas de escritura, la *capital*, la *uncial* y la *cursiva*. El alfabeto lapidario, usado para inscripciones y monedas, es cuadrado y angular; las letras de igual altura y compuestas principalmente de líneas verticales y horizontales; casi las mismas letras, bajo el nombre de *capitales*, se emplearon en los primeros manuscritos y se continuaron usando para títulos y sobrescritos. En segundo lugar está la *uncial*, con la que se escribieron los libros en forma clara y legible, usada por calígrafos profesionales para rollos y códices; el término *uncial*, que data del tiempo

de San Jerónimo (331-420), es de uso universal y no puede abandonarse ahora, pero suscita una mala interpretación, ya que no es necesario que las unciales tengan una pulgada de altura como su nombre indica, sino que denota unas letras mayúsculas que no son tan cuadradas y rectas como las de los alfabetos lapidarios; sus formas son un poco redondeadas y tienen generalmente una pequeña inclinación en los trazos verticales, y las diferencias se deben principalmente a la clase de material en que se escribían, papiro o pergamino, en vez de piedra o metal. La tercera escritura, de la cual existen especímenes casi tan antiguos como de las primitivas *unciales*, es un tipo de letra descuidada, un poco irregular, suelta y dispersa, empleada para cartas privadas, contratos y cuentas.

El desenvolvimiento de los alfabetos *uncial* y *cursivo* prosiguió independientemente hasta el siglo octavo o noveno, que fué un período de revolución gráfica, tanto en el Este como en el Oeste; entonces nació del *cursivo* un nuevo tipo de letra, que tomó también varias formas de su contemporánea la *uncial*; a causa de su pequeño tamaño, la nueva escritura se llamó *minúscula*, siendo su característica principal una creciente tendencia a pasar arriba o abajo de las dos líneas paralelas que limitan el cuerpo de las letras, como puede verse comparando las mayúsculas y minúsculas *delta*, *eta*, *lambda*, *mu* y *rho*, o *B, D, H, L, P, Q*, con *b, d, h, l, p, q*. La antigua letra *capital cursiva* que llegó a no tener forma y ser ilegible fué reemplazada después por una nueva *cursiva* tomada de la *minúscula*; ésta alcanzó su perfección como escritura para libros en el siglo doce o trece, continuando después su degeneración hasta la invención de la imprenta. Los primeros impresores adoptaron al principio las formas corrompidas de este tipo de letra contemporáneo, pero después volvieron al antiguo que aun se usa en los libros impresos.

En términos generales, el desarrollo alfabético fué paralelo y casi sincrónico en el Este y en el Oeste, pues los nombres de *capitales*, *cursivas*, *unciales* y *minúsculas* pueden aplicarse correctamente a las letras correspondientes de los alfabetos griegos y latinos.

Los más antiguos ejemplares de manuscritos griegos que existen se obtuvieron en Egipto; esto se explica por la helenización del país durante el reinado de los Ptolomeos y por la persistencia de la antigua práctica egipcia de enterrar documentos en las tumbas, los que se conservaron por tanto tiempo debido a la sequedad del clima. Entre los manuscritos *unciales* están en primera línea los Papiros Homéricos;

los más antiguos, probablemente, son dos fragmentos del libro décimo-séptimo de la *Iliada*; ambos contienen cerca de quinientas líneas y fueron encontrados por Harris en 1849 y 1850, en una tumba conocida por el "Foso del cocodrilo", en Manfalut, en el Bajo Egipto. Estos fragmentos, que deben de haber pertenecido al mismo rollo, están escritos con finas *unciales*, bien formadas, pero un poco difíciles de leer debido a la decoloración del papiro, no pueden ser posteriores al siglo primero antes de Jesucristo, y quizá pertenecen al segundo. Es más legible el hermoso ejemplar de la primitiva caligrafía *alejandrina*, conocido como Papiro Bankes; este rollo contiene la mayor parte del último libro de la *Iliada*, y fué comprado por Bankes en Elefantina en 1821; parece ser del siglo primero de nuestra Era, o quizá más antiguo. Menos cuidadosos en ejecución son los discursos de Hipérides, en delgadas *unciales*, obtenidos en 1847 por Arden y Harris en las cercanías de Tebas; los conocedores dicen que son anteriores a la mitad del siglo segundo antes de Jesucristo. Ejemplares del siglo tercero fueron descubiertos por el profesor Flinders Petrie en 1889 en varios sarcófagos de Gurob; la mayoría de estos papiros no eran literarios, sino testamentos, peticiones y otros documentos, pero también salieron a la luz dos valiosas reliquias: unos fragmentos del *Fedón*, de Platón, y la hasta entonces perdida *Antlope*, de Eurípides; se encontraron, además,

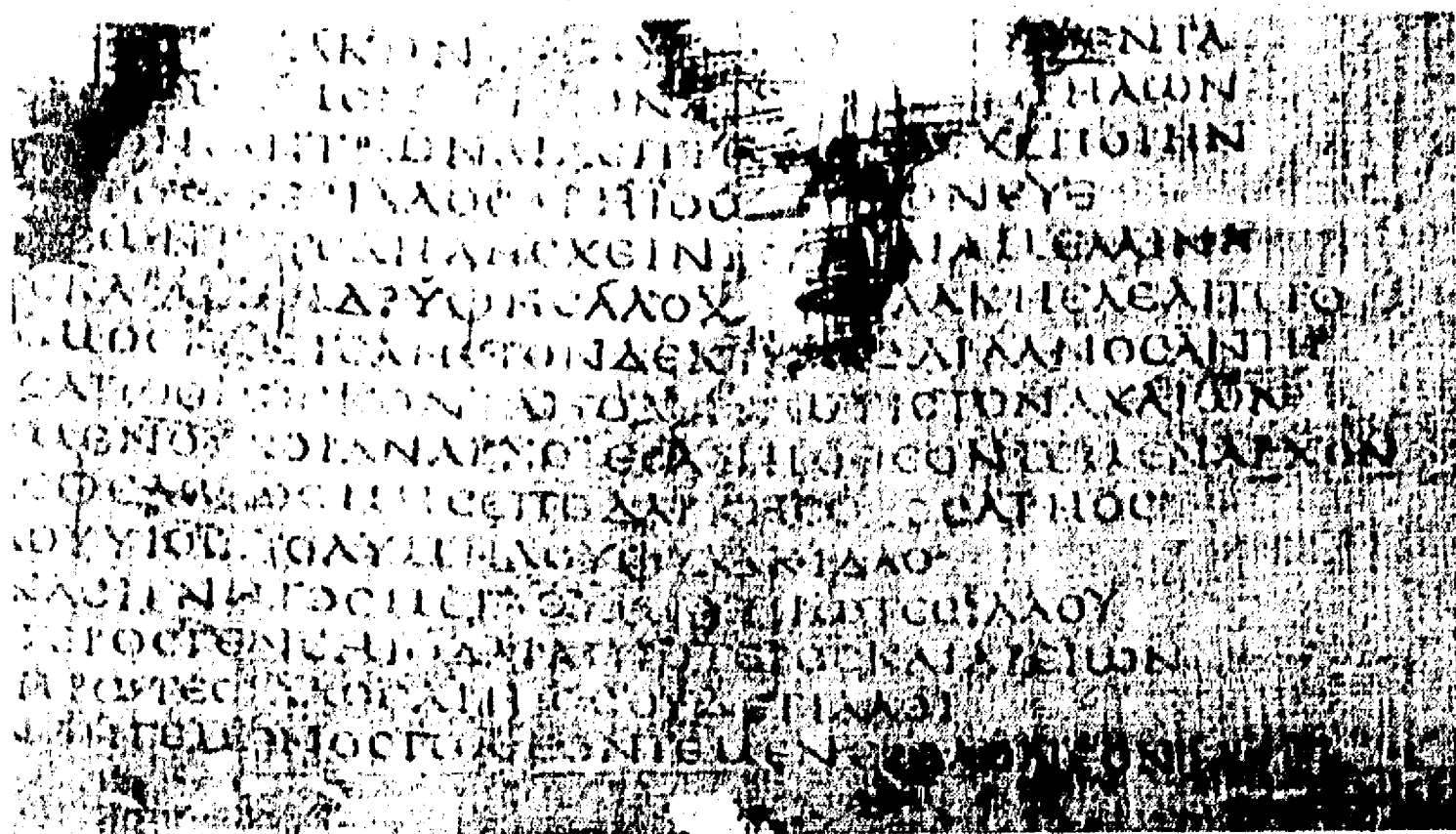


Fig. 92. Fragmento de un papiro que contiene una página de la *Iliada*, de Homero.

fragmentos de escritos de Aristóteles, Homero, Demóstenes e Isócrates. La figura 92 es la reproducción de un fragmento de la *Iliada*, de Homero, que se encuentra en la Biblioteca Bodleian de la Universidad de Oxford, Inglaterra; data del siglo segundo antes de Jesucristo.

ΚΟΥΡΤΕΔΙΤΤΟΝΑΘΕΟΝ
 ΤΗΣΣΗΓΑΜΙΘΙΑΣ
 ΜΗΕΘΗΤΙΚΕΚΑΤΑΦΟ
 ΤΙΑΘΟΣΤΩΔΗΘΗΚΤΕΙΡ
 ΚΩΔΗΘΟΝΚΑΡΤΗΣΘΕΛΕ
 ΑΝΑΣΤΗΤΗΤΟΣ·ΟΥΤΙ
 ΧΩΡΗΣΘΗΜΟΝΙΑΝΙΑΙΜ
 ΚΙΣΛΗΚΙΑΣΚΟΝΟΙΟΝΤΑΙ
 ΚΑΙΑΚΟΝΟΙΟΝ·ΚΑΙΜΗ
 ΔΙΑΤΑΣΣΕΚΙΑΣΑΜΑΡΤΙΑΣ
 ΚΩΔΑΥΘΗΣΤΗΙΧΑΡΗ
 ΤΟΥΑΓΙΟΥΣΟΥΤΗΣ
 ΑΙΟΥΤΩΔΗΠΡΟΚΕΙΜΕΝΟ
 ΑΩΡΩΝ·ΚΑΙΜΗΕΘΗΤ
 ΚΕΤΩΝΠΡΟΣΒΥΤΕΡΙΟΥ
 ΤΗΣΘΗΧΩΔΙΑΚΟΝΙΑΣ
 ΚΑΙΠΑΝΤΟΣΙΣΕΡΑΤΙΚΟ
 ΤΑΓΜΑΤΟΣ·ΚΑΙΜΗΔΕ
 ΝΑΙΜΕΩΝΚΑΤΑΙΣΧΥΜΕ
 ΤΩΝΚΥΚΛΟΥΝΤΩΝ
 ΠΟΛΙΤΩΝΚΟΝΟΝΟΙΑΣ·

Fig. 93. Unciales griegas de la escuela bizantina.
Eucologio Constantinopolitano.

Después de los papiros egipcios, tenemos los rollos de Herenlano, que son seguramente anteriores al año 79 de nuestra Era, en el que la ciudad fué destruída por la corriente de lava del Vesubio; son mil ochocientos tres, y se supone que constituyeron la biblioteca de Lucio Piso Casonino, pues se encontraron en su suntuosa villa situada a extramuros de la ciudad, encerrados en un gabinete de madera, el cual, lo mismo que los rollos, fué carbonizado por el fuego; es muy difícil desenrollar y descifrar los papiros, pues quedaron casi negros y la escritura gris. Están escritos con pequeñas *unciales* de formas toscas, y comprenden tratados de física, música, retórica y materias conexas de Filodemo y otros filósofos menores de la escuela epicúrea.

Hay también numerosos códices de pergamino que son de fecha posterior, escritos con un tipo de *unciales* más regular, de las que hubo dos escuelas principales, la *alejandrina* y la *bizantina*. El primer ejemplar, al que puede atribuirse una fecha definida, pertenece a la escuela *bizantina*; es una copia de un tratado sobre las plantas de Discórides, y lo escribió Juliana Anicia, una princesa bizantina, por el año de 506. La figura 93 reproduce el *Encologio Constantinopolitano*, escrito en el siglo octavo; se encuentra en la Biblioteca Vaticana. Los principales ejemplares de la escuela *alejandrina* son tres grandes códices bíblicos, el *Códice Vaticano*, el *Códice Sinaítico* y el *Códice Alejandrino*. El más antiguo es el *Códice Vaticano*, que data del siglo cuarto; está escrito con pequeñas *unciales*, delicadas, compactas y regulares, que se asemejan mucho al tipo lapidario, es el más hermoso de los tres, pero desgraciadamente fué retocado en el siglo décimo. El *Códice Sinaítico*, fig. 94, es un poco más reciente, pues data de fines del siglo cuarto o de principios del quinto; en 1844 Tischendorf encontró en el Monasterio de Santa Catarina, en el Monte Sinaí, algunas de sus hojas; en 1859 halló la mayor parte del *Códice* que está hoy en el Museo Británico; lo compró al gobierno de Rusia. Sus letras son cuadradas y anchas, y con trazos horizontales muy delgados. Casi del mismo estilo, pero de escritura más regular, es el *Códice Alejandrino*, que se encuentra también en dicho museo y es de mediados del siglo quinto.

A partir del siglo séptimo, las *unciales* griegas perdieron su estilo primitivo volviéndose angostas, alargadas y apretadas; en el siglo noveno la nueva *minúscula* se hizo de uso general para la escritura de los libros, y las *unciales* se retuvieron solamente para uso litúrgico. La *uncial* usada en los libros no era la sola escritura griega primitiva; recientes descubrimientos en Egipto han revelado la existencia de un

ΤΟΥΤΩΝ ΤΡΙΩΝ
 ΠΑΙΣΙΟΝ ΛΟΚΕΙ
 ΣΟΙΤΕΙΟΝ ΕΝΑΓΗ
 ΕΜΠΕΣΟΝ ΤΟΣΕ
 ΤΟΥΣ ΑΙΣΤΑΣ ΟΔΕ
 ΕΠΙΕΝΟΙΟΙ ΗΣ
 ΤΟΣ ΚΕΟΣ ΜΕΤΑΙ
 ΕΠΙΕΝ ΔΕ ΑΥΤΩ
 ΠΟΡΕΥΟΥ ΚΑΙ ΣΟΙ
 ΠΟΙΣΙΟΜΟΙ ΔΕ
 ΔΕ ΤΩ ΠΟΡΕΥΕΣΟΝ
 ΑΥΤΟΥΣ ΑΥΤΟΣ ΕΡ
 ΟΣ ΕΙΣ ΚΟΜΗΤΗ
 ΤΗΝ
 ΕΥΝΗΛΕΤΙΣ ΟΝΟΜΑ
 ΤΙΜΑΡΟ ΑΥΤΗΣ ΕΣ
 ΣΑΤΟΥΣ ΤΟΝ ΕΙΟ
 ΠΙΝΟΙΚΙΑΝ ΚΑΙ
 ΠΙΛΑΤΗ ΔΕ ΑΥΤΗ
 ΚΑΛΟΥΜΕΝ ΤΙΜΑ
 ΡΙΑΝ ΚΑΙ ΠΑΡΑΚΑ
 ΟΣΕΟΙΣ ΑΙ ΠΡΟΣΕ
 ΠΙΟΛΑΣ ΤΟΥ ΚΥ
 ΚΟΥΣ ΤΟΝ ΛΟΓΟΝ
 ΑΥΤΟΥ· Η ΔΕ ΜΑ
 ΟΛΙΕΡΕΣ ΤΑΙΩΝ
 ΡΗΤΟΛΛΙΝ ΛΙΑΚ
 ΝΙΑΝ
 ΕΠΙΣΤΑΣΑΣ ΕΠΗ
 ΚΕΟΥ ΜΕΛΙΣΟΙΟ
 ΠΗ ΔΕ ΑΥΤΗ ΜΟΥ
 ΜΟΝΗΝ ΜΕΚΑΡ
 ΛΙΕΝ ΛΙΑΚΟΝ Η
 ΕΠΙΣΟΥΝ ΑΥΤΗ
 ΝΑΜΟΙΣ ΥΝΑΝΤΙ
 ΛΑΚΙΤΕ
 ΑΠΟΚΡΙΘΕΙΣ ΔΕ
 ΕΠΙΕΝ ΑΥΤΗ ΟΚ
 ΑΡΟΑΜΑΡΘΑΜ
 ΗΜΝΑΣ ΚΑΙ ΟΥΤ

ΝΕ ΤΩΣ ΕΝ ΔΕ ΗΝ
 ΑΥΤΟΝ ΕΝ ΤΟΙΣ
 ΠΝΗ ΠΡΟΣΕΥΧΟΜ
 ΝΟΝ ΔΕ ΕΠΙ ΑΥΤ
 ΤΟΣ ΕΠΕΝ ΤΙΣ ΤΩ
 ΜΑΧΟΙ ΤΩΝ ΑΥΤΟΥ
 ΠΡΟΣΑΥΤΟΝ ΚΑΙ
 ΛΑΞΟΝ ΗΜΑΣ Π
 ΕΥΧΕΣΟΝ ΚΑΙ ΟΣ
 ΕΠΑΛΑΞΕΝ ΤΟΥΣ
 ΜΑΧΟΙ ΤΑΣ ΑΥΤΟΥ
 ΕΠΙΕΝ ΔΕ ΑΥΤΟΙΣ
 ΤΑΝ ΠΡΟΣΕΥΧΗ
 ΛΕΓΕΤΕ
 ΠΑΤΕΡ ΑΠΑΣΟΙ
 ΤΟΝ ΟΜΑΣΟΥ
 ΣΑΧΙΩ Η ΚΑΙ Ο
 ΛΟΥΣ ΤΕΝ Η ΟΙ
 ΤΟΣ ΕΝ ΗΜΑΣ Ο
 ΕΝ ΟΥΡΑΝΩ ΟΥΤ
 ΚΑΙ ΕΠΙ ΤΟΝ
 ΑΡΙΘΝ Η ΤΩΝ ΤΩ
 ΣΠΙΟΥΣΙΟ Η ΔΟ
 ΜΗΝ ΚΑΙ Ο ΗΜ
 ΚΑΙ ΑΡΕΣ ΗΜΗ
 ΑΜΑΡΤΙΑΣ ΗΜ
 ΟΣ ΚΑΙ ΑΥΤΟΙ Α
 ΜΕΝ ΤΑΝ ΤΙΟ
 ΛΟΝ ΤΗ ΜΗΝ ΚΑΙ
 ΜΗ ΕΙΣ ΕΝ ΕΚ
 ΗΜΑΣ ΕΙΣ ΠΡΑ
 ΚΑΙ ΕΠΙΕΝ ΠΡΟΣ
 ΤΟΥΣ ΤΙΣ ΕΣ
 ΕΣ ΕΙΦΙΛΟΝ ΚΑΙ
 ΡΕΥΣΕΤΑΙ ΠΡΟΣ
 ΤΟΝ ΜΕΣΟΝ ΥΚ
 ΟΥ ΚΑΙ ΕΠΙ ΑΥΤ
 ΦΙΛΕΧΡΗΣ Ο ΗΜ
 ΤΡΙΣ ΑΡΤΟΥΣ ΕΠ
 ΦΙΛΟΣ ΜΟΥ ΠΑ
 ΝΕΤΟΣ ΕΣ ΟΛΟΥ

ΕΥΝΗ
 ΤΙΜΑΡΙΑ
 ΤΟΥΤΗ
 ΜΑΡΙΑ

ΕΥΝΗ
 ΤΙΜΑΡΙΑ

Fig. 94. Escritura uncial griega de la escuela alejandrina. Códice Sinaitico.

tipo griego *cursivo*, de gran importancia en la historia del alfabeto, ya que en gran parte derivaron de él los caracteres *minúsculos*; la antigua *cursiva* desapareció al desenvolverse la *minúscula*, pero sobrevivió en muchas formas de ésta.

El siglo noveno marca una nueva Era: las escrituras *uncial* y *cursiva* desaparecen y surge una nueva *minúscula* tomada de ambos tipos y que había estado por algún tiempo en proceso de formación. La transición de las *minúsculas* se manifiesta en uno de los más interesantes documentos antiguos que han llegado hasta nosotros; una hoja de papiro, frágil y rota, encontrada en Ravena en 1553 y que hoy se halla en Viena; este valioso fragmento contiene las firmas de algunos obispos en las Actas del Concilio de Constantinopla en 680; las firmas, que son sin duda autógrafas, tienen una curiosa yuxtaposición de *unciales* y *minúsculas*; seis obispos, que parece eran los que tenían más edad, usaron *unciales*, en tanto que siete de los más jóvenes emplearon la nueva *minúscula*. Estudiando este documento se ha llegado a la conclusión de que la *minúscula* apareció en el siglo séptimo como una escritura cursiva y monástica más legible que la antigua, que se escribía más rápidamente que la *uncial*, y que se formó con la combinación de ambos elementos. No parece haberse usado en la escritura de libros antes del renacimiento literario del siglo noveno, cuando tuvo su apogeo caligráfico, después de que la antigua escuela de los monjes calígrafos desapareció.

Pueden considerarse tres etapas de la letra *minúscula* griega: la más antigua, del siglo séptimo al noveno, carece de flexibilidad; durante los siglos décimo al décimoprimer, alcanza su perfección; después pierde su uniformidad, reaparecen muchas *unciales* y las formas se modifican por el uso de ligaduras y contracciones que la hacen poco legible. Estas tres etapas y las relativas a las *unciales* y a las *cursivas* se muestran en la figura 95.

Al suceder los griegos a los fenicios en la soberanía del mar, después de haberlos arrojado del Egeo, como eran hábiles navegantes y constructores de buques, sus empresas marítimas se ensancharon durante el siglo octavo antes de Jesucristo. Fundaron fábricas y colonias de Este o Oeste, desde Odesa hasta Marsella, donde se encuentran establecidos en el año 600 antes de Jesucristo. La ayuda proporcionada por los jonios y los carios a Psamético, primer rey de la segunda dinastía (666 antes de Jesucristo) en su guerra contra los asirios, fué recompensada por la cesión de colonias permanentes en Egipto. Durante el reinado de su hijo Neco II, las ciudades de Sais y Naucrates estaban

	UNICIALES			CURSIVAS.			MINUSCULAS.		
	Primitivas	Intermedias	Posteriores	Primitivas	Intermedias	Posteriores	Primitivas	Intermedias	Posteriores
	Siglo IV	Siglo VII	Siglo IX	Siglos II-III	Siglo II	Siglo VII	Siglo IX	Siglos IX-X	Siglos XII-XV
1	Α	Δ	Δ	ΔΔ	Δϑ	ϑce	α	α	αα
2	Β	Β	Β	ΒU	Β	βu	υ	υΒ	υβυυ
3	Γ	Γ	Γ	Γ	ΓΓ	γγ	γ	γγ	γγγ
4	Δ	Δ	Δ	ΔΔ	ΔΔ	Δδ	δ	δΔ	δΔ
5	Ε	Ε	Ε	ΕΕ	ΕΕ	Εεε	ε	εΕ	εεε
6	Ζ	Ζ	Ζ	Ζ	ΖΖ	ζζζ	ζ	ζΖ	ζζζζ
7	Η	Η	Η	Η	Η	ηη	η	ηηη	ηηηηηη
8	Θ	Θ	Θ	Θ	Θϑ	θθθ	θ	θϑ	θϑϑ
9	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	ιιι	ι	ιι	ιι
10	Κ	Κ	Κ	Κ	κκ	κκ	κ	κκ	κκκ
11	Λ	Λ	Λ	Λ	λ	λλ	λ	λλ	λλ
12	Μ	Μ	Μ	μμ	μμ	μμ	μ	μμ	μμ
13	Ν	Ν	Ν	Ν	νν	νν	ν	νν	ννν
14	Ξ	Ξ	Ξ	ΞΞ	ΞΞ	ΞΞ	Ξ	ΞΞ	ΞΞΞ
15	Ο	Ο	Ο	Ο	ο	ο	ο	ο	ο
16	Π	Π	Π	π	π	ππ	π	ππ	ππ
17	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	ρρρ	ρρ	ρ	ρρρ	ρρρρ
18	Σ	Σ	Σ	σ	σσ	σσσ	σ	σσ	σσσ
19	Τ	Τ	Τ	ττ	τ	ττ	τ	ττ	τττ
20	Υ	Υ	Υ	υυ	υυ	υυ	υ	υ	υυ
21	Φ	Φ	Φ	φ	φ	φ	φ	φφ	φφφ
22	Χ	Χ	Χ	χ	χ	χ	χ	χ	χ
23	Ψ	ψ†	Ψ	ψ	ψ	ψ	†	†ψ	+ ψ
24	Ω	ω	Ω	ω	ω	ω	ω	ω	ωω
	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX

Fig. 95. Evolución de las letras griegas.

llenas de colonos griegos, a cuya actividad comercial e intelectual se debió principalmente la prosperidad de Egipto en esa época. Su estancia fué definitiva, cuando trescientos años más tarde, Alejandro Magno afianzó sus conquistas fundando la ciudad que lleva su nombre. Estos hechos explican la expansión del alfabeto griego, o mejor dicho, del occidental o su forma calcídica, del que deriva el latino, y de éste los alfabetos europeos. Asimismo, la cultura y la escritura helénicas se difundieron por la región mediterránea originando en los siglos precris-
tianos varios alfabetos, entre los que se cuentan el etrusco, el latino, el rúnico, el mesogótico, el cóptico, el armenio, el georgiano, el albanó y los eslavos.

CAPITULO IX

EL ALFABETO LATINO

Bajo uno de los más hermosos cielos del mundo, la península Itálica se tiende sobre el mar, coronada por los Alpes y cruzada por los Apenninos que asoman sus cimas y ventisqueros eternamente cubiertos de nieve, para contemplar los lagos azules y los opulentos valles, cuya lozanía y feracidad tienen mayor realce por el espléndido cuadro de montañas que los circundan. Su extenso litoral, en continua lucha con el océano, se adentra en él formando agudas penínsulas y hermosísimos golfos decorados por las islas que emergen del mar.

En la parte occidental de la península, a orillas del Tíber, se alza un grupo de colinas que fueron el asiento de los primeros pobladores de Roma, los latinos, que acaudillados por príncipes de la estirpe regia de Alba Longa, capital de Lacio, se apoderaron de la colina del Palatino y trazaron en sus declives el tradicional cuadrilátero trapezoidal. En la colina de enfrente, el Quirinal, se habían fortificado los sabinos, que se unieron con los latinos encabezados por Rómulo, y durante el siglo octavo antes de Jesucristo fundaron la Roma eterna, que más tarde sería un vastísimo y poderoso imperio.

El pueblo romano y su civilización se formaron de un conjunto de principios europeos y mediterráneos, fundidos por la disciplina etrusca, es decir, completamente penetrados de elementos helénicos. En los albores de Roma su población estaba formada por la plebe urbana y los campesinos, divididos éstos en la aristocracia patriarcal y los modestos labriegos, los que aportaron la solidez de sus tradiciones y sus ideas conservadoras, en tanto que los hijos de la ciudad establecieron relacio-

nes con las grandes ciudades etruscas que rodeaban Roma y las más lejanas de la Italia helenizada, a las que las azules ondas del Mediterráneo habían llevado artes y ciencias, y de allí, como rayos de luz, se difundieron por los caminos llegando hasta el interior de Lacio y de la ciudad.

La conquista de la península trajo a Roma toda clase de elementos nuevos, los samnitas y los oscos se encuentran allí con los faliscos, los etruscos y los umbros, y de todos estos componentes va formándose poco a poco el pueblo romano, que necesitó cerca de quinientos años para conquistar Italia, pero que en casi dos siglos se adueñó de Africa, de Europa y de Asia. Este período de juventud, exuberante y ambiciosa, produce un cambio decisivo en la civilización romana; su horizonte intelectual traspasa los confines de Italia y abraza gradualmente todo el mundo mediterráneo. Las innumerables caravanas de prisioneros de guerra de tantos países, esclavos primeros, libertos después, que ocupan el lugar de ciudadanos y campesinos diezmados por la guerra, trasplantan sucesivamente nuevas ideas culturales y artísticas, que los romanos asimilaron, adaptándolas a sus propias tradiciones, necesidades y aspiraciones.

Los dioses, la ciudad, el juego y el conocimiento del hombre fueron las principales preocupaciones del pueblo romano, y sus rasgos dominantes, el sentido práctico y una férrea voluntad; su vida fué activa en todos los aspectos; fuertes campesinos, llevaron una existencia dura sosteniendo luchas constantes con el hombre y los elementos, y se engrandecieron y prosperaron por su recta conducta y su sentido de la realidad. Se prepararon para la guerra a base de una técnica probada y una estricta disciplina, que les permitieron llevar sus triunfos hasta las tierras más lejanas. El principio jurídico fué una de sus miras más salientes; para ellos valía más el derecho que la virtud; en todos los órdenes de actividad y en todos los períodos se halla que en sus hechos prepondera la idea cívica. El Estado, su vida y sus intereses, ocupa el primer lugar en el alma del romano. Su espíritu positivo les hizo producir en la literatura, la ciencia y la historia obras que por sus cualidades de precisión, vigor y utilidad adquieren un carácter de belleza, aunque no tienen la belleza como fin principal; cultivando las bellas artes imprimieron en éstas el realismo en las escenas de la vida y en el retrato, y fijando con ellas la historia y sus héroes, se convirtieron en sus manos en una constante exhortación a la virtud cívica y en un medio de exaltación del amor patrio.

La civilización romana, como antes se dijo, se debió a la antigua cultura que ya existía en la península a la llegada de los latinos; algún tiempo antes de la instalación de los romanos, o sea en los siglos precedentes al décimoprimer y décimo antes de Jesucristo, los etruscos, de raza probablemente turania, invadieron el país emigrando, como muchos clásicos creen, de Lidia en el Asia Menor; los griegos los llamaban tirrenos y los romanos etruscos. Los pelasgos, una raza griega primitiva, los habían precedido en la ocupación del país, siendo expulsados o absorbidos por la fuerte raza invasora, no sin haber impartido a los conquistadores su herencia de cultura griega, base del subsecuente progreso de la civilización itálica. Fueron las casi espartanas cualidades de los etruscos, fuertes, agresivos y guerreros, combinadas con las delicadas virtudes de los pelasgos y su grande amor a las artes, lo que hizo al pueblo italiano ser por tantos siglos la fuerza dominante de la civilización europea, ya que sus legiones conquistadoras llevaron las artes y la civilización hasta las regiones de los bárbaros de Germania, la Galia y Britania.

El alfabeto romano, del que descenden nuestras letras mayúsculas, sufriendo un ligero cambio en algunos de sus rasgos, en un período de cerca de dos mil años, fué derivado, de acuerdo con los mejores testimonios históricos de uno de los primeros alfabetos griegos, el calcídico, una variante de la escritura eubea. Se introdujo en Italia en una época muy lejana, contemporánea de las numerosas emigraciones helenas a las costas norte del Mediterráneo, a las islas Egeas y a España, por colonos griegos de Calcis que se establecieron en Cumas. Parece que en los últimos años del siglo décimo antes de Jesucristo, no mucho después de haber transmitido el inapreciable tesoro de su alfabeto a los habitantes de Hélade, los fenicios se retiraron de Grecia y del Egeo; a ello siguieron rivalidades entre los griegos por la supremacía en la colonización; Mileto en Jonia, contendía con Calcis en Eubea, y eventualmente dividieron entre ellos el territorio del Mediterráneo; los milesios se adueñaron del Este y de todo el Euxino, en tanto que los calcídicos dominaron Tracia e Italia; por eso fué introducida en esta última la variante occidental del alfabeto griego.

La gran extensión de la colonización griega fué contemporánea de la época de transición del alfabeto, durante la cual prevalecieron diferentes escrituras en las repúblicas griegas. Los alfabetos de las colonias eran naturalmente semejantes a los tipos que predominaban en sus estados progenitores. Colonias rivales estaban instaladas casi juntas,

así Siracusa y Córcira eran colonias dóricas de Corinto; Gela y Agrigento en Sicilia y Roda en Iberia eran también dóricas, pero de Rodas y Creta; Tarento era espartana; Crotona, Metaponto y Pesto eran aqueas; Cirene en Africa, era una colonia dórica de Tera; Emporias en Iberia, Masalia y Nikaia en la Galia, eran de la asiática Focea. Naxos, Lentini, Catania, Mesana, Milas e Himera en Sicilia, Cumas y Neápolis en Campania, y Calcédica en Tracia, fueron fundadas por las ciudades eubeas de Calcis y Eretria; en tanto que Olbia, Sinope, Trapezus y otras colonias euxinas, lo fueron por Mileto. Así pueden explicarse algunas aparentes anomalías en la distribución irregular de los alfabetos helénicos, por ejemplo, la diversidad de los alfabetos numismáticos de las ciudades adyacentes, Siracusa y Naxos, se explica recordando que una era colonia de Corinto y la otra de Calcis. Hasta el tiempo de la conquista romana, los alfabetos de la Magna Grecia y de Campania eran los mismos que los de sus estados progenitores, ya que estas ciudades continuaron siendo griegas y habitadas por colonos griegos.

El caso es diferente cuando consideramos los alfabetos itálicos, que pueden más propiamente llamarse alfabetos nacionales de los etruscos, umbros, oscos y latinos, pues aunque de derivación griega, fueron modificados de acuerdo con las necesidades fonéticas de las razas que hablaban dialectos itálicos. Los distintos alfabetos itálicos eran cinco: el umbriano que prevaleció al Este de los Apeninos, el etrusco al Norte del Tíber, el osco en Campania, el falisco y el latino en una zona comprendida entre el etrusco y el osco. El volseo y el sabino eran más bien formas primitivas del latino, y el de Campania o etrusco del sur, del osco. El mesapiano, usado en las inscripciones de Calabria, puede considerarse más bien helénico que itálico. Figura 96.

El etrusco y el latino eran los que más se diferenciaban; el umbriano pertenecía al tipo etrusco, y el falisco al latino, el osco era intermedio entre el latino y el etrusco. Es evidente que las características comunes de esos alfabetos eran en gran manera debidas a su proximidad local, mas entre ellos hubo también algunas diferencias; el latino se escribía de izquierda a derecha, y los demás a la inversa; el etrusco rechazaba las mudas suaves *b, g,* y retenía las mudas aspiradas *th, ph;* en tanto que en el latino se hizo de manera inversa; se abandonaron las mudas aspiradas y se conservaron las mudas suaves; el etrusco y el umbriano usaron *san* y *sigma*, el resto solamente *sigma*; el etrusco, el umbriano y el osco tenían otra letra que representa la *f,* y no usaban

	UMBRIA NO	ETRUS CO	OSCO	FALIS CO	LATINO	MESA PIANO
a	AA	AA	Λ	ΑΠ	AA	AA
b	B		B		B	B
z e			γ	γ)	(G	Γ
d	q4) G	RR	0	DD	DDΔ
e	E E	E E	E	E	E	E E
v f	F	F E	F	↑	FF	FF
z	≠ †	I ≠	I	‡ †		I
h	Θ	Θ	Α	ΘH	H	H X
Θ (th)	⊙	⊙ ⊕				⊙
i	I	I	I	I	I	I
k	X	X K	X	X	K	K K
l	J	J L	V	J L	L L	Λ
m	m m	w w	M	m	m M	M M
n	n n	n N	N	N	n N	N n
s (samek)		⊕ ⊕				+ x
o				o	o o	o
p	1	h r	Π	1 r	rr	rr
s (san)	M	M Δ				n
q					q Q	q q
r	o	q P	o	R	RR	PR
s	z z	S z	z	S z	S S	z S
t	X Y	T †	T	X †	T	T T
u	v	Y V	V	V	V V	
x				X X	X	X Y
ph		⊙ φ				φ φ
ps		↓				↓
f	8	8 8	8 8			

Fig. 96. Alfabetos itálicos.

la *O* y la *X*, que fueron retenidas por el latino y el falisco, y en el latino se conservó la *Q* y se abrió la *H*.

Respecto a la derivación de los diversos alfabetos itálicos, todos los autores están de acuerdo con relación a la fuente del alfabeto latino; sus afinidades calcédicas son señaladas por Müller, reconocidas por Mommsen y finalmente demostradas por Kirchhoff. Se caracteriza por las formas de *C*, *D*, *L*, *X*, *P*, *S*, *R* en lugar de las que tienen *gamma*, *delta*, *lambda*, *xi*, *pi*, *sigma*, *rho* y por la retención de *P* y *Q*. El uso de la *X* muestra que no era jónico, egeo, corintio, ático, ni argivo; la *L*, que no era del Peloponeso ni aqueo; la *C* y la *Q* que no era beocio; en cambio, tiene grande semejanza con el eubeo, y por las mismas razones se admite el origen calcédico del alfabeto falisco. Las opiniones están divididas en lo que se refiere al origen del alfabeto etrusco; se dice que en sus peculiaridades se notan influencias de la cerámica ateniense o corintia, también que parece descender directamente del alfabeto fenicio, y otros afirman que del calcédico; su derivación fenicia se puede desechar por la presencia de las letras no fenicias, *úpsilon* y *phi*, y las vocales *A*, *B*, *I*; su origen corintio o ateniense se excluye también por el uso del signo que representa la *ch*, en tanto que la forma de la *L*, prueba la derivación calcédica de este alfabeto, lo mismo que la del umbriano y la del osco.

Si todos los alfabetos itálicos, con excepción del mesapiano, pertenecen al tipo calcédico, puede preguntarse si se derivaron separadamente del de Eubea, o si eran solamente variedades de un único alfabeto primitivo que se extendió en toda la Italia central. Los abecedarios pelasgos, encontrados en diferentes ciudades, dan una respuesta a esta pregunta, proporcionando ejemplos auténticos del alfabeto que debe haber sido usado por los primeros colonos griegos en Italia. Las divergencias de los alfabetos umbriano, osco, etrusco, falisco y latino pueden explicarse fácilmente tomando al alfabeto pelasgo como su prototipo común; éste contiene todas las letras usadas en el alfabeto fenicio y en los griegos y todas las formas de los itálicos, siendo sus variaciones solamente por omisión. Lo que es necesario hacer notar es que cada alfabeto nacional abandonó algunas letras que no se requerían en el idioma del cual eran vehículo; así los etruscos rechazaron las letras *B*, *D*, *O*, *Q*, *X* reteniendo a *san* y a las aspiradas mudas *theta*, *phi*, *psi* las que no usaban los latinos; los umbros conservaron *K* y *theta*, pero abandonaron *C*, *O*, *Q*, *X*, *phi* y *psi*; los oscos descartaron *theta*, *phi*, *psi*, *X*, *O*, *Q* y retuvieron *C* y *K*; en el falisco *C*, *D*, *O*, *X* se continuaron

usando, en tanto que *B, Q theta, phi* y *psi* desaparecieron. La mera omisión de letras innecesarias fué motivo suficiente para la diferenciación de los alfabetos que a primera vista tenían tanto en común, pero en ningún caso se encuentra una forma de letra que el alfabeto pelasgo no explique suficientemente.

La dirección de la escritura no es materia de gran significación; los escritos latinos primitivos se leen de izquierda a derecha, pero en las otras escrituras itálicas y en las más antiguas monedas calcídicas se hace de derecha a izquierda; de aquí podemos llegar a la conclusión de que el alfabeto calcídico fué transmitido a Italia en una época en la que la escritura era todavía de derecha a izquierda.

Por lo dicho anteriormente se puede asegurar que todos los alfabetos itálicos se desarrollaron en suelo italiano bajo el influjo del pelasgo, el cual, según lo confirman los abecedarios sobrevivió bastante; para completar la investigación se requiere solamente saber la historia de este alfabeto, el que casi no hay duda que es de origen calcídico. Es de lamentarse que hayan sobrevivido tan pocas inscripciones primitivas de Eubea, en tanto que otras más modernas no son útiles para este propósito, debido a las influencias de los alfabetos contiguos. La escasez de monumentos con inscripciones puede suplirse con las monedas de las colonias calcídicas que retienen los rasgos distintivos del alfabeto original. El alfabeto calcídico reconstruido es prácticamente idéntico al pelasgo; las letras *gamma, delta, lambda, xi* y *psi* lo evidencian: esto prueba, primero, que todos los alfabetos nacionales de Italia se obtuvieron del alfabeto pelasgo, y segundo, que éste derivó del calcídico primitivo.

Según Estrabón, la primera colonia griega en Italia fué Cumas, fundada por los habitantes de las ciudades eubeas de Calcis y Eretria, que durante un período anterior al del poderío de Atenas y Esparta, y aun al de Corinto y Mileto, se contaban entre los más opulentos estados helénicos y tenían un intenso comercio con Lidia y poderosas colonias en Macedonia, Sicilia e Italia. Las colonias de Reggio y Zancle (Messina) dominaban también un importante canal de comercio con Cumas y Neápolis en Campania, y con Naxos, Catanea, Lentini e Himera en Sicilia, ocupando regiones de gran fertilidad y riquezas naturales. Dada la gran significación de Calcis no hay razón para titubear en atribuir a la cultura primitiva de Italia una fuente calcídica.

La fecha de la introducción del alfabeto calcídico en Italia sólo puede fijarse aproximadamente, pero ya que las diversas escrituras que

se desarrollaron en suelo italiano fueron tomadas de él, es posible deducir que tuvo que transcurrir un período no menor de dos o tres siglos para lograr su difusión y la gradual transformación de las escrituras nacionales. Comparando las fechas proporcionadas por los abecedarios pelascos y las formas arcaicas supervivientes de los otros alfabetos itálicos, se infiere que la introducción del alfabeto en Italia fué seguramente anterior a las inscripciones de Abu Simbel, pero posterior a las de Tera. La fecha probable puede ser la que se ha atribuído a la fundación de Cumas, a fines del siglo noveno antes de Jesucristo, a partir del cual el alfabeto pelasco se extendió por Italia y se formaron las diversas escrituras itálicas.

Casi todos los datos concernientes a los pelascos y a los etruscos se perdieron, ya que se encontraron muy pocas inscripciones y no ha quedado nada de lo que los clásicos deben haber escrito sobre ellos. Se conservan algunos pesados muros de las construcciones pelascas, pero se han descubierto muy pocos especímenes de su escritura. Los etruscos no edificaron templos, mas sus tumbas están diseminadas sobre todo el territorio de la antigua Etruria, y en ellas se han encontrado utensilios de bronce, estelas funerarias, sarcófagos, urnas y vasos con inscripciones. Los etruscos, como se ha dicho, no conocían el alfabeto griego antes de llegar a Italia, ni los pelascos lo tenían en ese tiempo, ambos lo aprendieron después, a la llegada de los calcidios. Se cree que las civilizaciones pelasca y etrusca fueron contemporáneas durante un largo período, hasta que se efectuó la supremacía final de los etruscos. Por otra parte, no fué sino seiscientos años después de la fundación de Roma cuando los latinos se libraron del dominio de los etruscos derrotándolos en la gran batalla de Cumas, en 281 antes de Jesucristo. A través de estos siglos de progreso nacional, el alfabeto latino, derivado de su tipo clásico introducido por los colonos calcidios, fué influído en su evolución por la variante pelasca griega, por una parte, y por la escritura etrusca por la otra.

Se han encontrado unos pocos abecedarios etruscos inscritos principalmente sobre vasos descubiertos en las antiguas tumbas; todos son similares en el orden y forma de las letras. Las inscripciones de monedas itálicas antiguas, que se hallaron en gran número, han facilitado seguir el progreso del alfabeto protorromano durante un prolongado período. La figura 97 es una corta lista de dioses y ciudades, seleccionados de estas monedas, arreglada en orden cronológico aproximado, comenzando en el siglo sexto antes de Jesucristo y terminando en el tercero.

OPQ	ΓΟΞΕΙΔΑΝ
ΣΑΡΑΤ	ΚΠΚ
ΤΑΡΑΞ	8ΙΨΤΛVIΨ
RECI	ROMA
ΛΩΜΕΨΔΑΥ	ROMA

Fig. 97. Inscripciones en monedas antiguas.

Se ve por estas piezas etruscas que la influencia greco-pelasga de escribir de izquierda a derecha se deja sentir desde el siglo quinto antes de Jesucristo, y estas inscripciones muestran la evolución de algunas letras a través de sus cambios de forma durante los períodos sucesivos; la *R* y la *S* presentan cinco formas diferentes y la *I* de Poseidan es semejante a la de los alfabetos orientales.

Se han hallado también innumerables espejos de mano hechos en bronce, con dibujos muy bellos, que fueron depositados por los etruscos en las muchas tumbas descubiertas en la antigua Etruria; los dibujos

ΑΤΑΝΙΖ	ΑΝΑΒ
ΒΕΔΑΚΡ	ΜΕΘΑΝΖ
ΕΨΤΑΔ	ΑΥΥΑ
ΜΕΝΔΕΑ	ΑΔΤΜΤΑ
ΜΑΔΙΜ	ΧΚΙΚ
ΟΡΥΑΥ	ΕΥΑΥΖΑΝΤΔΕ
ΥΑΔΑΥ	ΑΥΚΕΥΤΔΕ

Fig. 98. Nombres inscritos en los espejos encontrados en las tumbas etruscas.

reproducen casi invariablemente a los dioses y diosas etruscos, y en general, al lado de cada figura está escrito el nombre del dios; la figura 98 muestra una serie de nombres tomados de esos espejos; los más antiguos se leen de derecha a izquierda. Los equivalentes en español son los siguientes:

Atunis, Adonis
Herakle, Hércules
Echtur, Héctor
Meurfa, Minerva
Maris, Marte
Thesan, Aurora
Turan, Venus

Thalna, Juno
Nethuns, Neptuno
Aputu, Apolo
Artumes, Artemisa
Aiax, Ayax
Elaksantre, Alejandro
Alksentre, Alejandro

La influencia griega tan manifiesta en las inscripciones de las monedas, no lo es en la mayor parte de las de los espejos, todos los ejemplos de la lista anterior están escritos a la manera etrusca y revelan un punto de partida que no es precisamente el alfabeto griego; puede notarse que las características fenicias aún prevalecen en estas inscripciones, pues la *E* está inclinada, la *H* cerrada con barras inclinadas, la *M* con más barras más cortas, y todas las letras manifiestan una tendencia a inclinarse, mucho más marcada que en los ejemplares de la escritura griega del mismo período. Este alfabeto se usó habitualmente en Etruria desde principios del siglo séptimo antes de Jesucristo. En una tumba de esa época, que contenía gran cantidad de marfiles esculpidos de estilo oriental, se encontró una tableta de marfil para escribir que en uno de sus lados lleva un alfabeto completo grabado a punzón; éste es el más antiguo de los conocidos en Italia, y se usó en Etruria por lo menos durante dos siglos.

Debido a causas políticas, el alfabeto latino desplazó finalmente a las otras escrituras nacionales de Italia, y así el alfabeto de Roma llegó a ser el de la cristiandad, y más tarde el alfabeto literario de Europa y América. Su gran importancia histórica puede justificar un examen más cuidadoso de sus peculiaridades que el que se ha hecho del etrusco y de los otros alfabetos hermanos ya desaparecidos, que ahora sólo tienen interés histórico. Aunque es relativamente el más moderno de los citados alfabetos, debido a una notable cadena de causas, es el que más íntimamente se ha unido al antiguo tipo fenicio; la remota fecha de su transmisión a Italia explica la existencia de sus

características arcaicas, y por otra parte, el espíritu conservativo romano, la extensión que tuvo el Imperio, y su singular excelencia alfabética, ayudaron a preservarlo de la deformación que sufrieron otros alfabetos.

Los progresistas jonios rápidamente modificaron el alfabeto griego, que al fin retuvo solamente diecinueve de las veintidós letras fenicias y añadió cinco, en tanto que el alfabeto latino tiene veinte caracteres fenicios y sólo tres signos nuevos, y aun las letras que se habían perdido sobrevivieron; *thet* como numeral para cien, y el nombre de *tsade* que fué preservado para la letra *zed*, aunque el signo haya desaparecido. Sin embargo, el alfabeto latino es casi idéntico al griego, siete letras, *C, D, L, P, R, S, X* difieren un poco en su forma; tres, *C, H, V* en su valor; tres, *A, Y, Z* en posición; dos, *F, Q*, que eran anticuadas en griego, se retienen en latín, y se adoptó una nueva letra, la *G*.

Se puede estudiar mejor la evolución del alfabeto latino comparándolo, no con el jónico, sino con su progenitor directo, el pelasco. En éste se encuentran todos los veintidós caracteres fenicios, con la adición al final del alfabeto de cuatro letras de origen helénico, *úpsilon, chi, phi, psi*; las letras *rau* y *q'oph* que se habían descartado en los alfabetos orientales, tomándolas sólo como numerales, se retuvieron en latín, *rau*, la digamma griega *F* conservó su forma y su lugar primitivo, pero cambió su valor de *r* a *f*, *q'oph* se retuvo también, pero cambiando su apéndice vertical en oblicuo y empleando el signo como símbolo de un sonido velo-gutural, *qu*; *san* que se retuvo en etrusco, desapareció en latín, como había pasado en griego, probablemente porque llegó a ser un mero homónimo de *sigma* y porque su forma era muy semejante a la de la *M*; las mudas aspiradas *phi, chi, theta* se conservaron en etrusco, pero al no necesitarse en latín como signos fonéticos, se utilizaron como numerales; para cincuenta, usaron los romanos el *chi* calcídico que fué fácilmente asimilado en la *L*; *theta*, que se empleaba para denotar cien, se asimiló a la *C*, sin duda porque esta letra era la inicial de *centum*; para mil usaban a *phi* que se escribía *CI*; un signo después confundido con *M*, la inicial de *mille*, y la mitad del símbolo de *phi*, asimilado en la forma *D*, se empleó para denotar quinientos.

Los signos latinos para *g, x, z* no ocupan el mismo lugar que sus correspondientes de los alfabetos griego y semítico, *X* y *Z* que descendían de *samekh* y *zayin*, se cambiaron de sus lugares originales, al final

del alfabeto, en tanto que *G* reemplazó a *Z* en el séptimo lugar. Cuando se conoció el alfabeto latino terminaba con *X*, letra a la cual llamaba Quintiliano, *última nostrarum*; los abecedarios etruscos sugieren una explicación de la manera en la que esta letra fué removida de su décimoquinto lugar; parece que cuando *samekh* adquirió un nuevo valor como *x*, se diferenció, según la regla para los caracteres polifónicos, por dos signos distintos que representaban la *s* y la *x*; el primero retuvo su antiguo lugar, pero como tenía un sonido suficientemente expresado por la *S*, se dejó de usar, en tanto que el nuevo símbolo que representaba el nuevo sonido, se relegó al final del alfabeto; lo que se confirma por el caso paralelo de la evolución de *P* y *V*, tomadas de *van*, y la transferencia de la *V* al final del alfabeto.

La principal innovación del alfabeto latino fué el desarrollo de la *G*; en el alfabeto calcídico, el sonido de la *g* se expresaba por *C*, como se muestra en las antiguas monedas de Reggio; el lenguaje etrusco que no tenía mudas suaves, se endurecía en la *c*, por lo que siendo homófonas la *C* y la *K*, cayó esta última en desuso; esto no pudo ocurrir en latín que siempre debe de haber poseído ambos sonidos; sin embargo, su uso en el latín debe atribuirse a influencias etruscas. Hasta mediados del siglo tercero antes de Jesucristo se empleó la letra *C* en las inscripciones latinas para denotar *c* y *g*, sobreviviendo su antiguo uso para las abreviaturas *C* y *CN.*, correspondientes a *Gaius* y *Gnaeus*, pero debido a lo inconveniente que era no poder distinguir los dos sonidos expresados por *C*, se estableció gradualmente una pequeña diferencia, y *G* fué usada para el sonido *g*, y *C* para *c*. El nuevo signo aparece por primera vez en el bien conocido epitafio de Escipión Barbado (cónsul en 298 antes de Jesucristo) en un monumento que se encuentra en el Vaticano, y que mejor que ninguna otra cosa en Roma evidencia claramente la noble sencillez de la gloriosa época de la república.

...CORNELIVS . LVCIVS . SCIPIO . BARBATVS . GNAIVOD |
 PATRE . PROGNAVVS . FORTIS . VIR . SAPIENSQVE-QVOIVS .
 FORMA . VIRTVTEI . PARIVMA | FVIT — CONSOL . CENSOR .
 AIDILIS . QVEI . FVIT . APVD . VOS — TAVRASIA . CISAUNA .
 SAMNIO . CEPIT . SVBIGIT — OMNE . LOVCANAM . OPSIDESQVE .
 ABDOVC

El uso de la nueva letra fué sin duda bien establecido antes de que se pensara que era necesario encontrarle un lugar en el alfabeto; esto lo hizo, probablemente, en la escuela de Espurio Carvilio, un

gramático que se supone vivió a fines del siglo tercero antes de Jesucristo. La letra *Z*, séptima del antiguo alfabeto, que no se necesitaba para ninguna palabra latina, fué substituída por la nueva letra *G*; en el siglo primero antes de Jesucristo, la descartada letra *Z* se repuso en el alfabeto latino, pues se requirió para la transcripción de las palabras griegas; la fecha de su reintroducción se manifiesta por el lugar que tiene al final de todas las letras, por el carácter excepcional de su nombre, y por la adopción de la forma griega *Z*. La posición alfabética de *Y* revela que su introducción al alfabeto latino fué anterior a la de la *Z*; se tomó del alfabeto griego en tiempo de Cicerón (106-46 antes de Jesucristo), para expresar más precisamente el sonido de *úpsilon*, que se había transcrito primero por *V*. De este modo aparece que la sucesión cronológica de las innovaciones del alfabeto latino está indicado por el arreglo de sus letras finales *V, X, Y, Z*.

Una distinción obvia entre el alfabeto griego y el latino consiste en los nombres que llevan las letras: se sabe por una línea de Juvenal que dice: "Hoc discunt omnes ante alpha et beta puellae", que los nombres griegos de las letras se enseñaban en las escuelas romanas aun a las niñas. Pero para uso común había otro sistema de nomenclatura, el cual ha llegado hasta nosotros; las vocales se designaban por sus sonidos y las consonantes por el sonido de la letra combinada con una vocal, de tal manera que se ajustara a la ley del menor esfuerzo: la vocal más fácil precedía a las continuas o fricativas, y seguían las explosivas; así tenemos: *ef, el, em, en, er, es* y *be, ce, de, ge, pe, te*; el principio del menor esfuerzo requirió un cambio de vocales para las letras *k, h, q, x*, que se llamaron: *ka, ha, qu, ix*; la única excepción de la regla es el caso de *Z*, que retiene su nombre griego *zed*; si esta letra hubiera conservado continuamente su lugar en el alfabeto latino, su nombre hubiera sido *ez*; desapareció, como se ha visto, en una época anterior al siglo tercero antes de Jesucristo, y se reintegró tomándola del alfabeto griego, en tiempo de Cicerón; su origen extranjero se manifiesta no sólo por su forma y lugar en el alfabeto, sino por su nombre.

La historia de la evolución progresiva de la escritura latina, que culmina en las hermosas inscripciones clásicas romanas de las monumentales escrituras de los Césares, está escrita en las inscripciones fragmentarias descubiertas en toda Italia, que pueden verse en los museos de aquel país. En ellas, empezando con los primeros ejemplaria-

res en los que las letras son casi puramente griegas del primitivo estilo fenicio, se puede seguir la eliminación gradual de muchas letras y su substitución por las itálicas, así como la transformación paulatina de los rasgos puramente itálicos. Se nota también un mejoramiento progresivo en su forma y proporción, lo mismo que en la uniformidad de su tamaño y alineación, como pasa en las inscripciones más recientes de la escritura griega; al principio las letras se escribían sin interrupción, sin separar las palabras, pero muy pronto se emplearon los puntos para este objeto, mas sin espacio entre ellos y las palabras, por lo que quedaban unidas entre sí; después se espaciaron las palabras y se siguieron usando los puntos, continuándose así por mucho tiempo, hasta que los puntos se emplearon al fin de las oraciones y párrafos, dejando sólo espacios entre las palabras.

La figura 99 es un ejemplar de escritura etrusca primitiva que se lee de derecha a izquierda, y en la que pueden notarse las características fenicias; contiene varias letras de marcado arcaísmo y no lleva ninguna separación entre las palabras.

En la figura 100 se puede ver otro ejemplo característico de escritura etrusca; su lectura es de derecha a izquierda como ellos acostumbraban; se nota la *M* de cinco barras usada en Creta, que es sencillamente la *M* fenicia con las barras de tamaño uniforme; ésta se encuentra en varias inscripciones etruscas y era de uso común en Lidia; de la misma manera que en otros alfabetos de Italia; *lambda* tiene la forma occidental de la *L*, que en su primer período de desarrollo llevaba la línea, que después fué horizontal, vuelta hacia arriba. Hay varias letras de forma griega y las palabras están separadas por pares de puntos; en las inscripciones de Umbría y de Etruria se hacía la separación de ellas indistintamente por puntos solos o en pares, y en la última provincia se usaban pequeños triángulos para este propósito; en la escri-

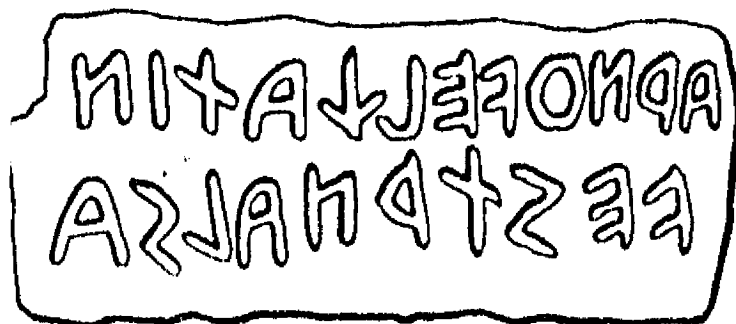


Fig. 99. Inscripción etrusca primitiva.

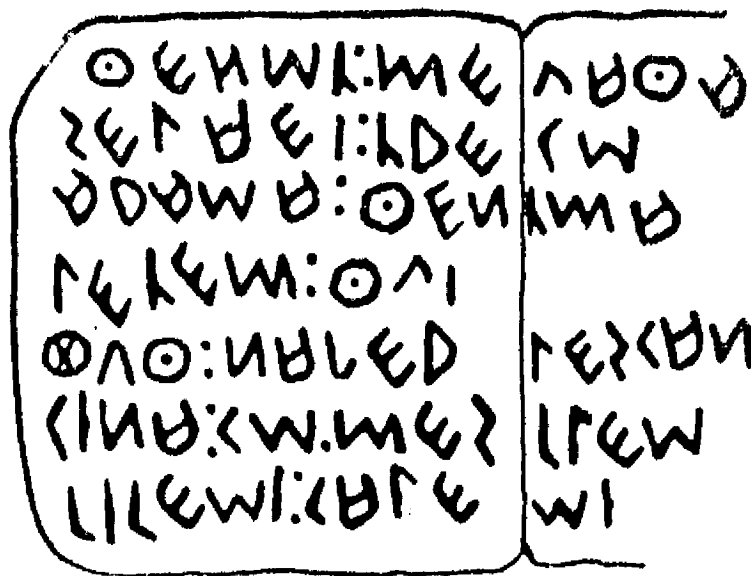


Fig. 100. Ejemplo típico de escritura etrusca.

tura latina del período clásico, este recurso era popular no solamente para separar las palabras, sino para indicar abreviaturas frecuentemente empleadas por los romanos en sus inscripciones monumentales, lo que hasta el presente ha sido imitado.

Una de las primitivas inscripciones latinas, quizá la más antigua que existe, es la hecha en la *Praenestine fibula*, fig. 101, que se cree

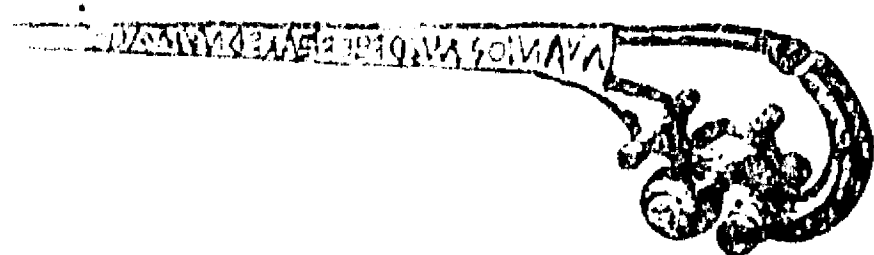


Fig. 101. *Praenestine fibula*.

data del año 600 antes de Jesucristo; está grabada en un imperdible de oro encontrado en Prenestre, y escrita con un tipo de letras sumamente arcaico, y de derecha a izquierda; cada palabra va indicada por puntos de separación; su transcripción es la siguiente: “*manios:med:fhefhaked:numasioi*”, (*Manius me fecit Numerio*). Su antigüedad puede juzgarse por el uso de la *eta* cerrada y por la forma extraña de la palabra latina *fecit*, *fhefhaked*.

En la inscripción, fig. 102, tomada de la ciudad de Anzio, aunque se ve que la forma de la *P* griega persiste, las otras letras denotan aproximación progresiva al período clásico; son más verticales y en

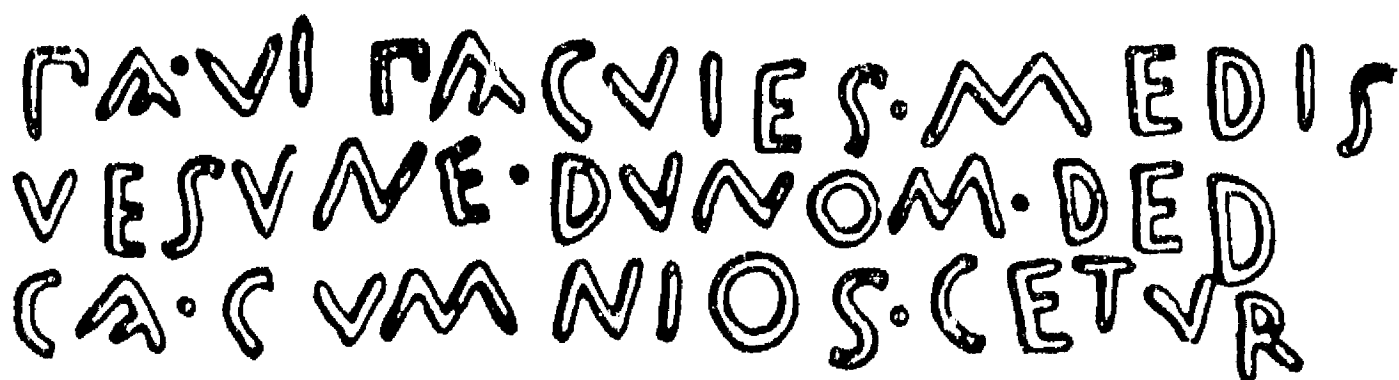


Fig. 102. Inscripción latina de Anzio.

general bien proporcionadas, y las barras horizontales, excepto la de la *A*, parecen haber abandonado definitivamente su antigua oblicuidad fenicia; la *M* y la *N* siguen de tipo griego arcaico con líneas inclinadas que les dan una apariencia disonante de la de las otras; esto se corrigió en la época clásica convirtiendo las líneas oblicuas en verticales.

Modificaciones de esta naturaleza, en la proporción y forma de las letras, para conseguir una perfecta armonía entre ellas, fueron ejecutadas paulatinamente por los griegos y romanos; los que dejaron, especialmente estos últimos, un alfabeto de incomparable legibilidad y belleza; la figura 103 es una inscripción latina del tiempo de Bona Dea, en Roma, que muestra al alfabeto romano prácticamente en su apogeo;

L·STATIVS·CN·F CHILO
 LPETTIVS·C·F PANSA
 CPETTIVS·V·F·GEMELLV
 LTATTIVS·T·F COXSA
 M·MAGISTRI·LAVERNEIS
 MVRVM·CAEMENTICIVM
 PORTAM·PORTICVM
 TEMPLVM·BONAE·DEAE
 PAGI·DECRETO·FACIENDI
 RARVNT·PROBARVNTO

Fig. 103. Inscripción latina del templo de Bona Dea.

ra es casi insuperable; manteniendo en alto grado la exactitud del tipo normal de letras, el escultor se permitió bastante libertad para introducir en la estructura de cada una de ellas diversidad suficiente para contrarrestar la severidad de un tratamiento puramente mecánico. Las letras romanas tienen como cualidad inherente la variedad, debida a que sólo un poco más de la mitad de ellas están formadas por líneas rectas, y las restantes por curvas. En el alfabeto griego sus dos terceras partes son rectas, lo que da severidad a la escritura, no del todo

THERMAE
 M·CRASSIFRUGI
 AQUA·MARINAET·BALN
 AQUA·DVLCIANVARIVS·

Fig. 104. Inscripción latina de un baño romano.

balanceada, por la escasez de letras curvas. Afortunadamente la severidad de las líneas rectas da estabilidad a la escritura romana, en tanto que las curvas son como un complemento que proporcionan la gracia y variedad requeridas para que cualquiera inscripción sirva también para fines decorativos. Puede compararse, este ejemplar de la edad de oro de la epigrafía romana, con la inscripción mostrada en la figura 87 de la escritura griega de la época correspondiente; la inscripción griega, en verdad es majestuosa, pero muy severa y hasta mecánica; el escultor romano, por otra parte, ha dado individualidad a las letras, casi personalidad, por el hábil tratamiento de todas las líneas y de los apéndices de la *Q* y la *R*; esta inscripción nos habla en una lengua viva, la otra nos impresiona sólo como una lengua muerta.

En la figura 105 se halla la evolución del alfabeto romano desde las letras fenicias, sus originales; las modificaciones griegas orientales y

las letras ya casi alcanzaron una completa uniformidad; la mayoría son verticales e iguales en altura, salvo la *I* que es más grande y la *M* y algunas veces la *N* y la *S*, que aun se inclinan.

La hermosa inscripción de la fig. 104, hecha en mármol, proviene de un baño romano y muestra las letras del alfabeto en su más alto grado de evolución en el tiempo clásico; por su belleza y elegancia, sus refinadas proporciones y sutil espaciado, la escritura

balanceada, por la escasez de letras curvas. Afortunadamente la severidad de las líneas rectas da estabilidad a la escritura romana, en tanto que las curvas son como un complemento que proporcionan la gracia y variedad requeridas para que cualquiera inscripción sirva también para fines decorativos. Puede

FENICIO	ALFABETOS GRIEGOS			VALOR FONÉTICO	ALFABETOS LATINOS.			
	ORIENTAL	OCCIDENTAL.	CALCISI-CO.		PELASGOS	ETRUSCO	LATINO PRIMITIVO	ROMANO.
Α	Α	Α	ΑΑΑ	α	ΑΑ	ΑΑΑ	ΑΑΑ	Α
Β	Β	ΒΒ	Β	β	Β		Β Β	Β
Γ	Γ	Κ	ΛC	γ	ΚC	ΥCΓ	ΚCΓ	CG
Δ	Δ	Δ	ΔΔ	δ	Δ		Δ Δ	Δ
Ε	Ε	Ε	ΕΕΕ	ε	Ε Ε	ΞΞΞΕΞ	Ε Ε Η	Ε
Υ	Υ	Υ	Υ	υ	Υ	ϞϞϞ	Υ Υ Η	Υ
Ζ	Ζ	Ζ	Ζ	ζ	Ζ Ζ	ϙϙϙ		
Η	Η	Η	ΘΗ	η	Θ	ϠϠ	Η	Η
Θ	Θ	Θ	ΘΘ	θ	ΘΘ	ϠϠϠ		
Ι	Ι	Ι	Ι	ι	Ι	Ι	Ι	Ι
Κ	Κ	Κ	Κ	κ	Κ	κ	Κ Κ	Κ
Λ	Λ	Λ	Λ	λ	Λ	↓	Λ Λ	Λ
Μ	Μ	Μ	ΜΜ	μ	Μ	ΜΜΜ	ΜΜΜ	Μ
Ν	Ν	Ν	ΝΝ	ν	Ν	ΥΥΥΝ	Ν Ν	Ν
Ξ	Ξ	+	+	ξ	Ϙ			
Ο	Ο Ω	Ο	ΟΟ	ο	Ο		ΟΟ	Ο
Π	Π	Π	ΠΠ	π	Π Π	1Λ	Π Π Π	Π
Ρ		Ρ	Ρ	ρ	ΥΜ	ΜΜ		
Σ		Ρ	ΡΡΡ	σ	Ρ Ρ		Ρ Ρ Ρ	Ρ
Τ		Σ	ΣΣΣ	τ	ΕΕ	ΞΞΞ	Σ Σ	Σ
Υ	Υ	Τ	Τ	υ	Τ Τ	ΥΥΥΤ	Τ	Τ
Φ		Υ	Υ	φ	Υ	Υ Υ Υ	Υ Υ	Υ
Χ		Υ	Υ	χ	+ Χ		Χ	Χ
Ψ	Θ		ΘΦ	ψ	Φ	ΘΦ		
Ω			↓	ω	Υ	↓		
						88		

Fig. 105. Evolución de los alfabetos itálicos.

occidentales, particularmente las de los colonos calcidios en Italia, y las variedades pelasgas y etruscas, hasta su completa transformación en las mayúsculas romanas de los monumentos clásicos. Hay que advertir las peculiaridades ya expresadas, por las que el alfabeto latino difiere del griego clásico: consta de una nueva letra, tiene algunas innovaciones y ligeros cambios en el orden y el valor fonético de los signos, y modificaciones en la forma de la mayoría de ellas. En los días clásicos de la civilización romana, la época casi contemporánea del fin del período pagano y de la alborada de la Era Cristiana, el alfabeto romano llegó a su completo apogeo: sus bases, tomadas de los primitivos alfabetos griegos copiados del fenicio, su estructura forjada por los colonos calcidios y los pelasgos y etruscos de Italia, alcanzaron la perfección monumental de sus maravillosas letras que los siglos fueron preparando para nosotros.

La hermosa, bien cortada y legible escritura de los monumentos romanos, tan sencilla y elegante, y de formas tan puras, se empleó durante varios siglos, tanto en las inscripciones monumentales como para los manuscritos, con muy pequeños cambios en la forma de sus letras; pero cuando el Imperio Romano comenzó a desmoronarse bajo los repetidos asaltos de los bárbaros del norte, las letras degeneraron en sumo grado, y al empezar a revivir la cultura, después de la Edad Media, se usó un tipo de alfabeto muy diferente del que se había empleado en la época clásica. Sin embargo, los cambios se efectuaron paulatinamente, y en realidad el origen de algunas de las modificaciones de los tipos primitivos data de los primeros años de la Era Cristiana, y aun a veces es anterior a ella.

Los alfabetos latinos, como los griegos, se dividen en cuatro tipos de letras: *capitales*, *unciales*, *cursivas* y *minúsculas*. La tabla, fig. 106, ha sido compilada para ilustrar las etapas de su evolución, y consta de:

I.—*Capitales cuadradas*. Siglo IV. Virgilio de St. Gallen.

II.—*Capitales rústicas*. Siglo III. Virgilio Vaticano, "Codex Romanus".

III.—*Primeras unciales romanas*. Siglo III. Palimpsesto de Cicerón, en el Vaticano.

IV.—*Últimas unciales romanas*. Siglo VII. "Speculum" de San Agustín, en Cambridge.

V.—*Cursiva gala*. Siglo V. Papiro de Avito, en París.

VI.—*Primeras unciales galas*. Siglo V. Códice Hilario, en Roma.

VII.—*Unciales irlandesas*. Siglo VII. "Book of Kells", en Dublín.

VIII.—*Minúsculas carolingias*. Siglo IX. Retractaciones de San Agustín, en Bolonia.

IX.—Letras *góticas* primitivas. Siglo XIII. Biblia del abate Roberto, en el Museo Británico.

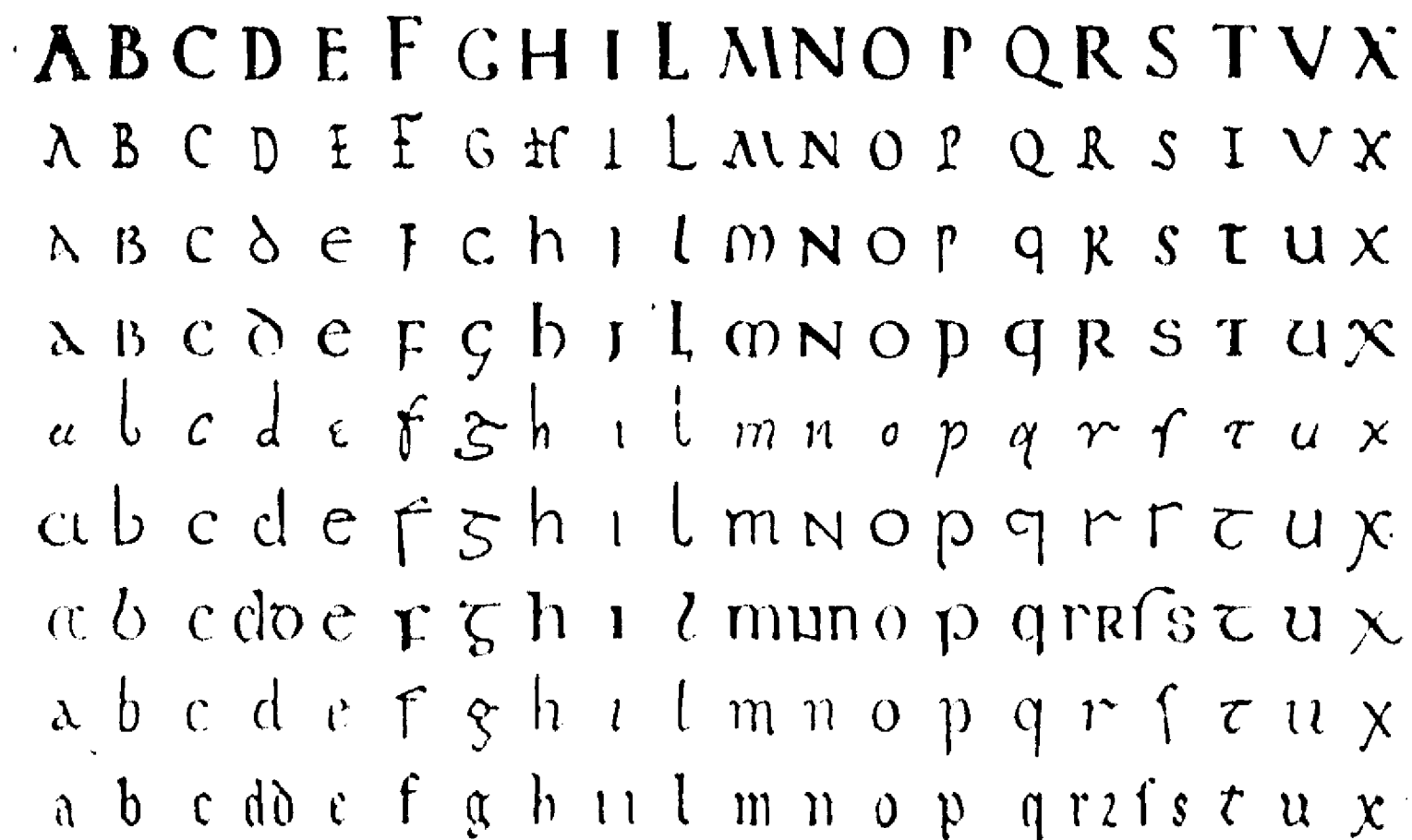


Fig. 106. Evolución de las letras latinas.

Los primeros códices, especialmente los de Virgilio, están escritos generalmente con *capitales* de dos tipos “*Cuadrado*” y “*Rústico*”; las *capitales cuadradas* se asemejan por su regularidad y angulosidad a los caracteres lapidarios, a los que imitaban; un buen ejemplo es el Virgilio de St. Gallen, fig. 107, que pertenece al siglo cuarto, del cual se tomó el primer alfabeto de la tabla; como puede verse, contiene dos formas de *A*, característica de los manuscritos de ese período, lo mismo que la forma típica y transitoria de *F*, *L*, *Y*, escritas sobre la línea, como un antecedente de las minúsculas.

El segundo alfabeto es un ejemplo de la variedad ornamental llamada *rústica* o descuidada, que comenzó a usarse durante el siglo tercero, continuando hasta el sexto o séptimo, y muy rara vez en el octavo y noveno, es angulosa, cuadrada e irregular, formada de trazos separados, con remates encorvados que le dan una apariencia intencional de rudeza o descuido; llegó a ser muy popular y se empleó extensamente. *B*, *F*, *L*, que sobrepasan el nivel de las demás letras, indican también una etapa del desarrollo de las *minúsculas*. La figura 108 re-

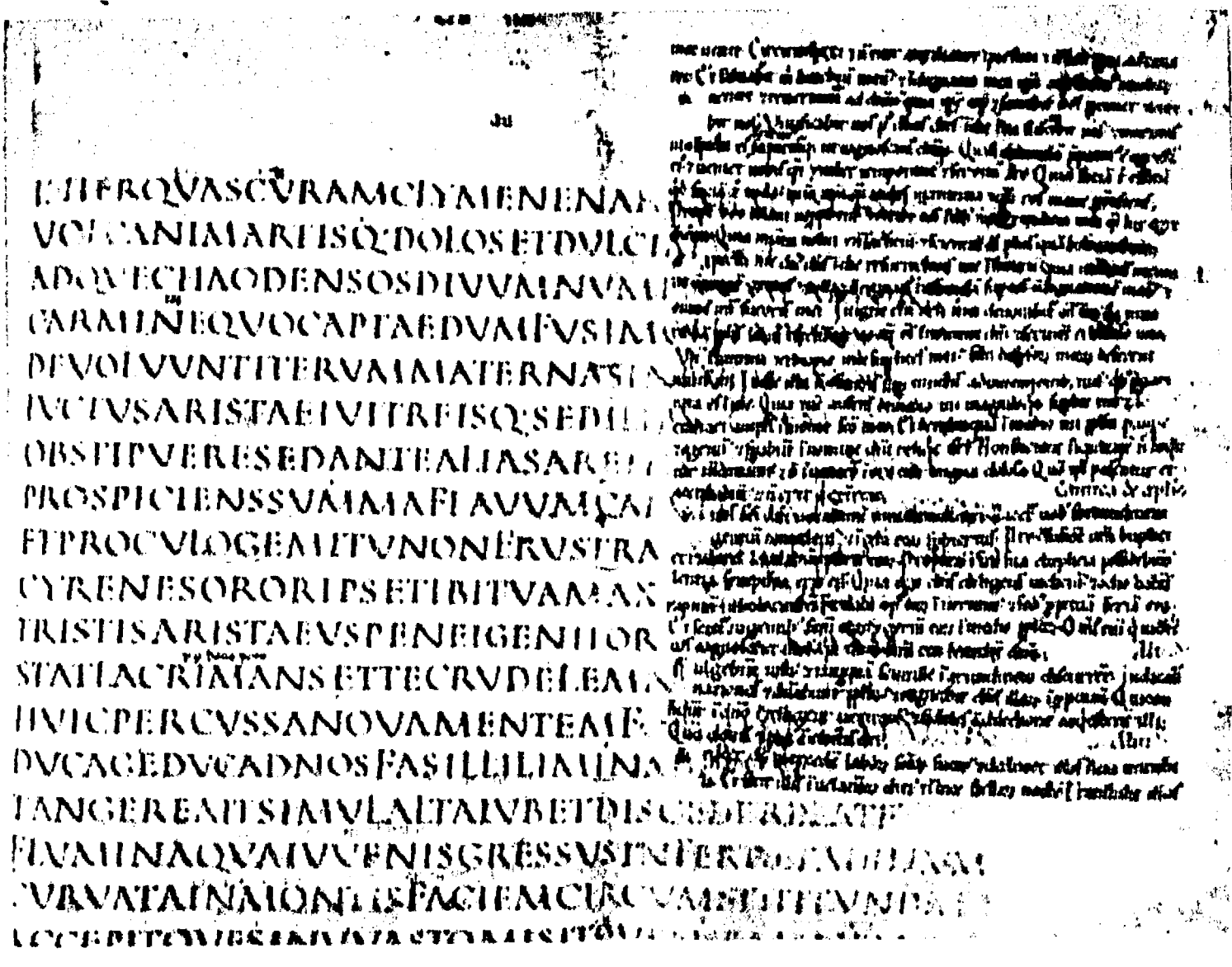


Fig. 107. *Capitales cuadradas*. Palimpsesto de las *Geórgicas*, de Virgilio.

produce un fragmento de las *Comedias*, de Terencio, es un manuscrito del siglo quinto y se encuentra en la Biblioteca del Vaticano. Aunque estos dos tipos de *capitales* fueron substituidos por las *unciales* y las *minúsculas*, se continuaron usando para títulos, subtítulos, iniciales y rúbricas.

Los pocos fragmentos latinos que se han hallado entre los archivos de Herculano están escritos con *capitales*, entre las que se encuentran algunas formas *cursivas*, mostrando también un acercamiento hacia un tipo *uncial* redondeado; lo que pone de manifiesto que la idea predominante de regularidad y pureza de los escritos latinos más antiguos es debida a que los primeros libros escritos en papiro perecieron en su mayor parte, habiéndose conservado los costosos y duraderos códices de pergamino que fueron escritos en el más esmerado tipo de escritura para libros de aquel período.

Las formas *unciales* se emplearon primero en griego, del que pasaron al latín, y aunque puede hallarse en los archivos de Herculano una tendencia inicial hacia las figuras redondeadas, la escritura *uncial*

definida no se generalizó antes del siglo cuarto; del sexto al noveno las *anciatales* eran usadas generalmente en los libros latinos; reemplazando gradualmente a las *capitales*, que a su vez fueron substituídas por las *minúsculas*. El tercero alfabeto en la figura 106 muestra la

NICYRA

RIDDICATIAUUAAGUITUMABEILDICASUITI
 SUCERBIAUUSTSOLLAAISPIAUBITOCOCNOULAT
 NONCOSIAIECUAIESSEABITURAAITINIQVE
 B QUIDINILRIAIBATNEAD BACCINIEMACOTIIDI
 SETUTITPOSTQUAAA NUDICALIENUAABSEUIDIT
 AALICNAMULTICITAAACISEROCANFACILICOSTI
 B NONEDICOLAUIAUAANQUILAREISAULTORAXIAE
 DIUNIXIILUAAABELLAMAPOSCIAAETIESUI
 ETILLAAITRANACQUAEPBAIODIERATCOGNOMIESALIS
 ADELXIAIUAANBARAIAAORSEADAMAEXISTIAAMIS
 RACITAUTLIBERALEISEINCENIODECT
 EUDINSAIOPISIAINCORAIATODATO INIURIAS
 VIRICAMISEIRALITTECEACONTUALLAS
 RICANIAUUSARTIAUUXORAAIUIAICORDIA
 DEUINCTUSARTIAUICUSIUSINIUURIS
 PAULAIALLASUSBACCINIDITACNUCTASTULIT
 AMORERACOSTQUAAERINCINIUMINACTUSIS
 INTEREAINIABACORITURCOGNATUSSINEX
 RORUNECEAADROSDELECEDEDIBATINIEOSAN
 EGAAIANILAINUITUMIAIERTILUMIETIQUITANR
 ALLINQUITCUSAATRIKUCUXORIANAAKIDEX
 RUSABBIDITSEUCARAOINURBEIACOMBIAT
 B QUIDADUCABINIZINFIRMITATIANUSUL
 ANUNCAUDESERIAMODIESCUAELUBI
 BENICONUENIBATSANIINTERIAMPTOM

Fig. 108. Capitales rústicas. Commedia, de Terencio.

forma más antigua de las *unciales latinas*, está tomada de un palimpsesto de Cicerón que se encuentra en el Vaticano y que data del siglo tercero. La figura de algunas letras como *A*, *B*, *R* es todavía un poco angular.

La completa perfección del estilo *uncial* puede verse en el cuarto alfabeto, formado de *unciales romanas* del siglo séptimo, que está tomado de una obra de interés literario único, el códice, ahora en la Biblioteca del Corpus Christi College, en Cambridge, llamado *Speculum*, de San Agustín, que se cree es la copia que llevó de Roma cuando el Papa Gregorio lo envió a la misión de convertir a los anglosajones. La figura 109 es una parte de este palimpsesto, del que se conservan trece hojas de pergamino escritas a doble columna; no tiene separación entre las palabras, pero lleva *capitales* al principio de los párrafos, de acuerdo con el nuevo estilo establecido paulatinamente; a primera vista parece estar escrito con antiguas *capitales*, pero examinándolo con detenimiento, pueden verse los cambios que se han efectuado y que conducen hacia las minúsculas. En seis letras, particularmente, *A*, *D*, *E*, *H*, *M*, *U* se puede notar la tendencia a redondearse, la forma extraña de la *A* se encuentra también en los manuscritos de Herculano, la *D* y la *E* son semejantes a la *delta* y a la *épsilon* griegas; la *H* y la *M* son muy diferentes de sus prototipos formados por líneas rectas; *D*, *F*, *G*, *H*, *L*, *P*, *Q* se prolongan arriba o abajo de la línea y presagian, aun en esa época tan lejana, la peculiaridad de la mitad de las minúsculas de nuestro actual alfabeto.

Se cree que las letras *cursivas* latinas tienen mucho tiempo de existencia, ya que la escritura lapidaria es impropia para hacerse con rapidez; desgraciadamente no se encontraron archivos de escritos familiares romanos semejantes a los papiros egipcios por los que se recobró la escritura *cursiva griega*. En varias inscripciones de las paredes de las casas de Pompeya y en algunas de las catacumbas se usaron formas irregulares, pero todos estos ejemplares parecen haber sido hechos por personas ignorantes, y sus peculiaridades pueden atribuirse a falta de conocimiento y de destreza de los escritores. Un descubrimiento afortunado, hecho en Pompeya en 1875, ha probado que junto con las *capitales* usadas en las inscripciones y en los libros se empleaba, por los romanos cultos, para cartas y documentos comerciales, un tipo *cursivo* más antiguo que las *unciales* con las que se escribieron los libros; este hallazgo inestimable consiste en ciento sesenta y dos tablillas de cera (*libelli*) cuidadosamente guardadas en una caja ente-

IMPIETATES
 ITEM IN HIEREMIA
 SED QUONIAM VIR
 RITASTIS DOMINUM TRA
 DIT ESTIS AD UER
 SARIIS EXACERUAS
 TISENIM EUUM QU
 UOS FECIT DOMINUM
 AETERNUM SACRI
 FICANTES AD AEMO
 NIIS ET NON DOMINUM
 ITEM APOSTOLUS
 AD ROMANOS
 DICENTES ENIM
 SE ESSE SAPIEN
 TES STULTI FACTI
 SUNT ET MUTAUE
 RUNT GLORIAM
 IN CORRUPIBILIS
 DOMINI IN SIMILITUDI
 NE IMAGINIS COR
 RUPIBILIS HOMI
 NIS ET UOLUCRU
 ET QUADRUPEDUM
 ET SERPENTIUM
 PROPTER QUOD
 TRADIDIT ILLOS DOMINUS
 IN DESIDERIA COR

DISILLORUM IN
 INMUNDITIA UT
 CONTUMELIAS AF
 FICIANTE CORPORA
 SUA IN SEMEN P
 SIS QUI TRANS MU
 TAUERUNT UERI
 TATEM IN MENDA
 CIO ET COLUERUNT
 ET SERUIERUNT
 CREATURAE POT
 US QUAM CREATO
 RI QUI EST BENE
 DICTUS IN SAECULA
 PROPTER QUOD
 TRADIDIT ILLOS DOMINUS
 IN REPROBUM SE
 SUM UT FACIANT
 QUAE NON CONUE
 NIUNT
 NON SUPERANDUM
 NIMIS DE TRACTION
 MALORUM IN ESMA
AUDITE ME QUINOS
 TISI IUDICIUM PO
 PULUS MEI SIN
 QUORUM CORDE
 LEX MEAE EST NON HABE

Fig. 109. *Unciales romanas. Speculum*, de San Agustín.

rrada en un nicho del pórtico de la casa de Lucio Cecilio Jucundo, que parece haber sido agente o banquero (*argentarius*); los documentos son apuntes de sus negocios y datan de los años 55 y 56 de nuestra Era; algunos son recibos por contribuciones pagadas en nombre de sus clientes, pero la mayor parte son notas de pagos efectuados por el banquero por concepto de compras hechas a vendedores de mercancías

en subasta. La antigua *cursiva romana*, cuya existencia se ha demostrado, es, como puede verse, de inmensa importancia histórica para explicar el origen de las escrituras modernas, ya que algunas de nuestras letras minúsculas indican su derivación de las pompeyanas. Aunque no se han descubierto formas más recientes de esta escritura, debe haberse usado durante cerca de dos siglos antes de la destrucción de Pompeya; esto puede explicar, lo asegurado por Suetonio, que Julio César escribía *d* en lugar de *a*; no es posible confundir las formas de las capitales *D* y *A*, pero el tipo cursivo de ambas es menos fácil de distinguirse. La figura 110 muestra dos tablillas enceradas encontradas en Pompeya que datan del año 58.

La *cursiva* primitiva romana, que es descuidada, irregular, borrosa y difícil de leer, fué la precursora de la mejor formada que se usó en los edictos de los emperadores romanos, de los que existen ejemplares en fragmentos de papiros encontrados en Egipto que datan del siglo quinto, y en documentos de Italia correspondientes al sexto; un buen ejemplo es la escritura de venta de una propiedad de Rímíni, fechada en Ravena en el año 572; este tipo se usó probablemente para los libros escritos en papiro, los cuales, excepto dos o tres, han desaparecido. La escritura *diplomática* era común en Italia y la Galia hasta el siglo noveno, en el que fué reemplazada por las *minúsculas lombarda* y *carolingia*, que se derivaron indirectamente de ella en un período primitivo de su historia; sobrevivió parcialmente en la cancillería imperial hasta el siglo trece, cuando llegó a ser tan ilegible que fué prohibido su uso.

Con el establecimiento de los reinos germanos sobre las ruinas del Imperio Romano, aparecieron varias escrituras nacionales; hasta entonces había dos escrituras coexistentes: la usada en los libros y la empleada en los negocios; se procuraba que la primera fuera fácil de ser leída, y la segunda fácil de escribirse. En los monasterios, donde sobrevivieron las tradiciones de la cultura romana, se usó la escritura *uncial* para los libros, en tanto que las cédulas y otros documentos civiles se escribieron en un tipo basado en la *cursiva romana*, en combinación con algunas formas *unciales*. Además de estos elementos, en la Galia se desarrolló la escritura *merovingia*, la *lombarda* en Italia, y la *visigótica* en Iberia. La *merovingia*, que es conocida principalmente por las cédulas del siglo octavo, es difícil de leer, ya que sus letras son angostas, largas y entrelazadas; nunca llegó a ser escritura caligráfica, pues su desenvolvimiento se interrumpió por la reforma *carolingia*. La

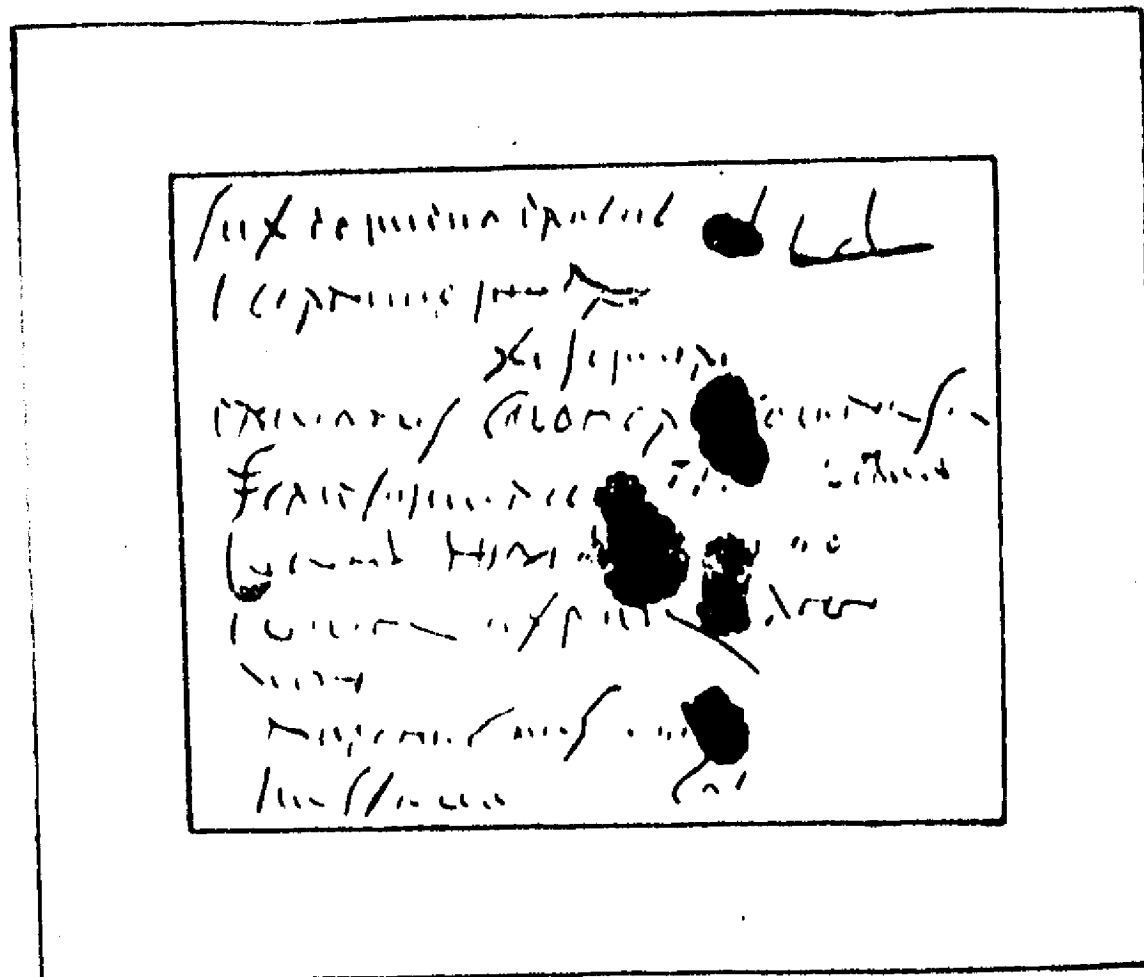
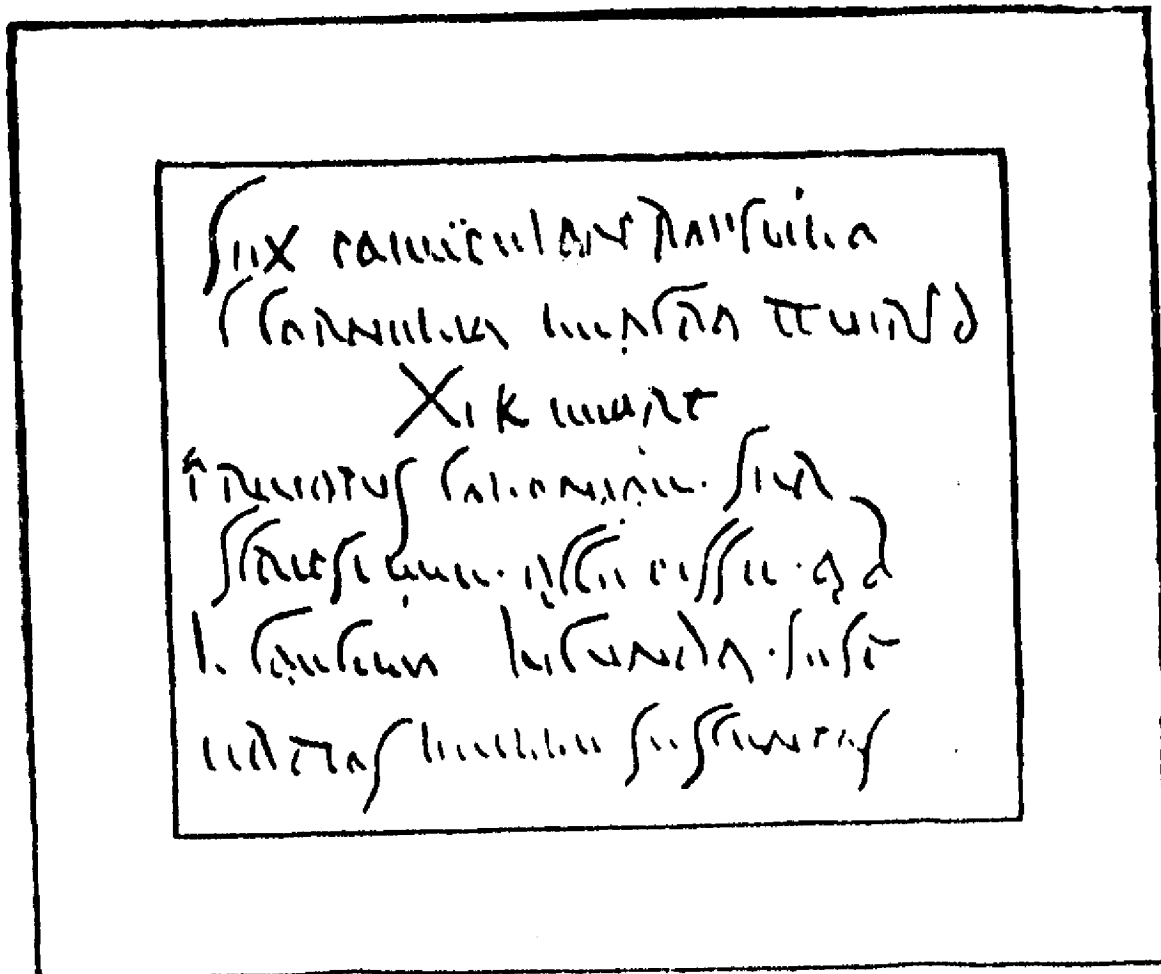


Fig. 110. *Cursivas* latinas. Páginas de un libro en tablillas de cera hallado en Pompeya.

lombarda no fué sólo limitada a los lombardos, sino que es realmente el nombre dado a la escritura medieval de Italia; al principio se asemejó a la *merovingia* primitiva y fué la fuente de la escritura peculiar usada

para las bulas escritas en la cancillería papal; debido probablemente a la influencia de los monjes irlandeses de Bobbio, la *lombarda* se asimiló a la *minúscula carolingia*, y fué cultivada en los monasterios de La Cava y Monte Cassino, llegando a su mayor perfección durante el siglo undécimo. La *visigótica* pasó por etapas similares, comenzando como una *tosca cursiva* y transformándose después en una *minúscula* regular.

Es la *irlandesa* la más importante de las escrituras nacionales y tiene una base diferente a las demás; en Iberia, Italia y la Galia la civilización romana no fué destruída por las incursiones de los bárbaros, y la escritura secular romana sobrevivió, siendo el *merovingio* y otros escritos nacionales solamente continuaciones de la *cursiva romana*. Mas para Irlanda, que nunca estuvo sometida a la supremacía civil de Roma, y en Bretaña, donde la cultura romana fué destruída y la organización municipal desarraigada por la conquista normanda, las condiciones fueron diferentes. La primera escritura *irlandesa* que se conoce data del siglo sexto y es un tipo de escritura para libros, hermoso y completamente formado, semejante a los escritos *unciales* del continente en su regularidad y en sus formas redondeadas, pero difiriendo de ellos esencialmente en la estructura de muchas letras. Generalmente se le llama *uncial irlandesa* o *semiuncial*, pero nunca se ha explicado su conexión con la escritura *uncial* propiamente dicha.

Su historia es oscura; no se sabe que haya salido de ninguna fuente irlandesa; sin embargo, en el siglo sexto Irlanda repentinamente llegó a ser la escuela principal de la caligrafía occidental, y la *uncial irlandesa* brilló en todo su esplendor como la escritura por excelencia de todas las medievales. Sólo una conclusión parece posible: durante el siglo quinto debe de haber sido introducida en ese país, por San Patricio (432-458), una escritura completamente desarrollada, que tomó sin duda de la Galia, lugar donde fué consagrado; ésta debe de haber sido cultivada como escritura caligráfica en los monasterios irlandeses que en aquel tiempo gozaban de una relativa inmunidad a los saqueos de los invasores del Norte que en el siglo quinto arrasaron Italia, la Galia e Iberia. Su origen tiene que ser investigado, pues aunque se cree que derivó de la *uncial* ordinaria, esta hipótesis es inadmisibile, ya que la estructura de muchas letras es completamente diferente, pues es notorio que las formas irlandesas de *a*, *b*, *g*, *m* no pueden haber provenido de la *uncial romana*, y lo mismo pasa con *d*, *n*, *r*, *s*, aunque en estos casos la *irlandesa* se incorporó diferentes formas que tomó de la *uncial* del siglo sexto,

además de otras que son características de esta escritura y que no tienen su origen en la *uncial*.

La solución del problema parece ser que bajo el nombre de *uncial* se han fusionado dos escrituras de origen completamente diferente, la *uncial romana* que derivó principalmente de las *capitales*, y la *uncial irlandesa* que se desarrolló probablemente en el sur de la Galia, de la *cursiva* local del siglo quinto, incorporándose algunas formas de *unciales* duplicadas; así la semejanza entre las dos es meramente superficial, ambas son tipos caligráficos para la escritura de libros, gruesas y redondeadas, pero la estructura de las letras, que es el punto esencial, es completamente diferente.

El primer eslabón de la cadena de pruebas es la copia de un tratado contra los arrianos, por San Hilario, obispo de Poitiers (353-368); el alfabeto de este códice, que está en los archivos de San Pedro en Roma, es decisivamente de tipo irlandés; la teoría de que fué escrito en Italia bajo la influencia irlandesa es inadmisibile, porque en la página 288 del manuscrito hay una nota en letra cursiva que expresa que fué cotejado y revisado "apud Karalis" en el año décimocuarto de Trasamundo, rey de los vándalos. El reino vándalo en Africa duró del año 429 al 534, Trasamundo reinó de 496 a 523, y por tanto, la fecha del cotejo debe de haber sido el año 509; Caralis, donde se hizo éste, es Cagliari, en Cerdeña, que fué anexado al reino vándalo en el año 456; el manuscrito tiene que ser más antiguo que la anotación y puede situarse en el siglo quinto. El monasterio de Bobbio, por el cual penetró en Italia la influencia de la caligrafía *irlandesa*, fué fundado por Columbano en el año 612, un siglo después del cotejo del códice en Cerdeña; las condiciones cronológicas y geográficas indican, por tanto, que este manuscrito, en vez de tener la influencia de los monjes irlandeses en Italia, debe representar la fuente de la cual San Patricio obtuvo la *uncial irlandesa* en el siglo quinto.

Se ignora hasta hoy el origen del códice Hilario, que está formado de quince hojas de papiro y contiene partes de las cartas y homilias de San Avito, que fué arzobispo de Viena (Francia) por el año 520. Este manuscrito, sin duda del siglo sexto, está escrito con una letra *cursiva* intermedia entre la antigua romana representada por el papiro de Ravena y la *merovingia* que se usó en la Galia; parece haber sido la cursiva eclesiástica del siglo sexto, y su tipo, casi único en su género, puede explicarse por el hecho de que debido a su fragilidad desaparecieron la mayor parte de los manuscritos en papiro.

omnimoda est natura inuisibilem contemplari. Sed
 nequaquam ualemus, adque ad se ipsam peruenit. Ita
 anima oculis emet ipsam ualeat. Sibi que ad ipsam tra-
 dia ascensionum facit ut primum semet ipsam sualeat
 cognoscere. (Tunc illa natura in que super ipsam est. In
 quantum potuerit inuestiget. Sed mens nostra, si in corpore
 his magis fuerit sparsa, nequaquam uel se uel con-
 siderationem considerare sufficit, quae per quodam
 rationes fluctum quas per tota^{ol} stacula caecum primum
 ergo in oculis est ut se ad se colligit, secundus ut uideat
 qualis est collecta. Tercius ut super semet ipsam unum
 esse contemplationis auctoris inuisibilis intendendo
 subiciat. Sed hoc ad se nullo modo colligit nisi prius dicit

Fig. 111. Escritura irlandesa. Omeliario,
de San Gregorio Magno.

Puede determinarse la filiación de las formas *irlandesas*, com-
 parando el quinto alfabeto de la figura 106, que es del papiro de Avito,
 el sexto, del códice Hilario, y el séptimo del *Book of Kells*, un manus-
 crito iluminado, hecho en Irlanda en el siglo séptimo, que es considerado
 como el espécimen típico de la *uncial irlandesa*; este hermoso códice,
 que pertenecía al monasterio de Kells en el condado de Meath, está
 ahora en Dublín. Se verá que la escritura cursiva de la Galia meridional
 proporciona prototipos semejantes a las letras *irlandesas*, teniendo am-
 bas grandes afinidades con las *unciales romanas* contemporáneas. Las
 letras *irlandesas* peculiares son las mismas del papiro Avito, regulari-
 zadas y reducidas a una escritura caligráfica de estilo *uncial*. Las *uncia-*
les romanas son mayúsculas redondeadas, las *irlandesas* son *cursivas*
 con forma de *unciales*; las primeras son el resultado de la deformación,
 las segundas de reformación. Lo mucho que se ha discutido el origen
 de la *uncial irlandesa*, se justifica no sólo por la oscuridad de su his-
 toria, sino por la profunda influencia que ejerció en los alfabetos euro-
 peos posteriores; a principios del siglo séptimo los monjes irlandeses

fundaron monasterios en Alemania, Suiza, la Galia e Italia, y su estilo de ornamentación y su inconfundible alfabeto pueden encontrarse en todas las escrituras caligráficas del continente. La figura 111 es un ejemplo de *minúsculas irlandesas* escritas en el siglo octavo; este manuscrito se encuentra en la Biblioteca del Vaticano.

Los anglosajones adquirieron el arte de la escritura, en parte de los misioneros romanos y en parte de los irlandeses; por eso la escritura *anglosajona* presenta una combinación de las dos grandes escuelas caligráficas, la *irlandesa* y la *romana*; ésta prevaleció originalmente en Wessex y en Kent, y la primera en Mercia y Northumberland. Un antiguo ejemplo de la escuela meridional, es el *Salterio*, de San Agustín, que se encuentra en el Museo Británico; su estilo de ornamentación revela que fué escrito en Inglaterra, pero con un alfabeto casi idéntico al del *Speculum* del mismo santo, que está en Cambridge, y que sin duda se escribió en el continente; la importancia principal de la escritura *anglosajona* del norte es haber sido la precursora de la *minúscula carolingia*, y por tanto, el origen del llamado alfabeto romano, en el cual están impresos nuestros libros.

La última reforma importante en la evolución de nuestro alfabeto fué la *carolingia*, que tuvo lugar en el siglo noveno, período que tanto en el Este como en el Oeste se caracteriza por una nueva orientación gráfica; en el Este fué consecuencia de la reacción literaria que siguió a la época de los iconoclastas en el Oeste se debió a la cultura cosmopolita introducida por el Imperio Carlovingio. La reforma de las escrituras occidentales, que había sido iniciada durante algún tiempo, fué acelerada por la fundación en la abadía de San Martín de Tours (796-809) de la celebrada escuela establecida por Alcuino de York, el amigo y preceptor de Carlomagno. La cultura literaria de Alcuino, su entrenamiento en Northumbria, su residencia en Italia y su posición en la corte de Carlomagno, le permitieron familiarizarse con las mejores escuelas caligráficas de Europa, y le dieron la influencia necesaria para obtener la adopción de esas reformas. A la nueva escritura, aunque derivada principalmente de la redondeada *irlandesa* del siglo octavo, que se usaba para los libros y que debió conocer muy bien Alcuino desde sus primeros años pasados en York, se le incorporaron elementos derivados de la *minúscula lombarda*, de la *uncial romana* y posiblemente de la *cursiva merovingia*. Debido a sus múltiples excelencias, como la rapidez con que podía escribirse, la facilidad para leerla, y la economía del pergamino, la *minúscula carolingia* creció rápidamente en aceptación, y al

ser difundida en Europa por los discípulos de Alcuino, desplazó a las antiguas *capitales*, a las *unciales* monásticas y a las *cursivas* seculares, alcanzando su mayor perfección a fines del siglo once o principios del doce. La figura 112 es un manuscrito de *minúscula carolingia* del siglo doce, que está en la Biblioteca del Vaticano. Antes de terminar el siglo doce comenzó la deformación; las letras se hicieron con menos cuidado, la tinta fué de menor calidad y los trazos se volvieron gruesos; en el trece,

EPISTOLA HIERONIMI PRESBITERI
 AD DAMASUM PAPAM VREIS ROMAE
 EPISCOPVM. IN EVANGELIIS.
NOVVM OPVS ME FACERE COGVS
 EXUERO: UT EXEMPLARIA SCRIPTURA
 RUM TOTO ORBE DISPERSA: QUASI QUER
 DAM ARBITER SEDEAM: & QUIA INTER SE
 UARIANT: QUE SINT ILLA QUE CUM GRECA CONSEN
 TANT VERITATE DECERNAM. PIUS LABOR: SED PE
 RICULOSA PRESUMPTIO IUDICARE DE CETERIS IPSUM
 AB OMNIBUS IUDICANDUM: SENIS MUTARE LINGVAM
 & ANTIQVITATEM MUNDUM AD INICIA REVERBERO

Fig. 112. Escritura *minúscula carolingia*.
Evangelario, de Enrico II.

la escritura se hizo más singular, desarrollándose en el catorce la escritura de barras cruzadas, que se llamó *gótica*, representada en la figura 113; manuscrito que se halla en la Biblioteca del Vaticano; ésta llegó a ser tan tosca e ilegible, que con el renacimiento de la cultura y del buen gusto, durante el siglo quince, fué generalmente abandonada por los eruditos italianos, que volvieron a la hermosa *minúscula* del siglo once, usada en Florencia, llamada *humanista* o *renacentista*. La figura 114 es un fragmento de las *Comedie*, de Terencio, que data del año 1436, y se encuentra en la Biblioteca del Vaticano.

La evolución de nuestra moderna *minúscula* se aprecia examinando

la tabla, fig. 106; en ella puede verse que las letras *b, d, f, h, l, m, n, r* son las antiguas *cursivas romanas* transmitidas de la Galia a Irlanda en el siglo séptimo, y adoptadas en la *minúscula carolingia* en el noveno; de estas letras ninguna ha sufrido más completa transformación que *d* y *r*; la curva de la *D* se pasó al otro lado del trazo vertical, en tanto que la curva y el apéndice de *R*, sufrieron casi completa atrofia; en la *s* larga (*f*), que es una forma *cursiva* muy antigua, la rayita de la iz-

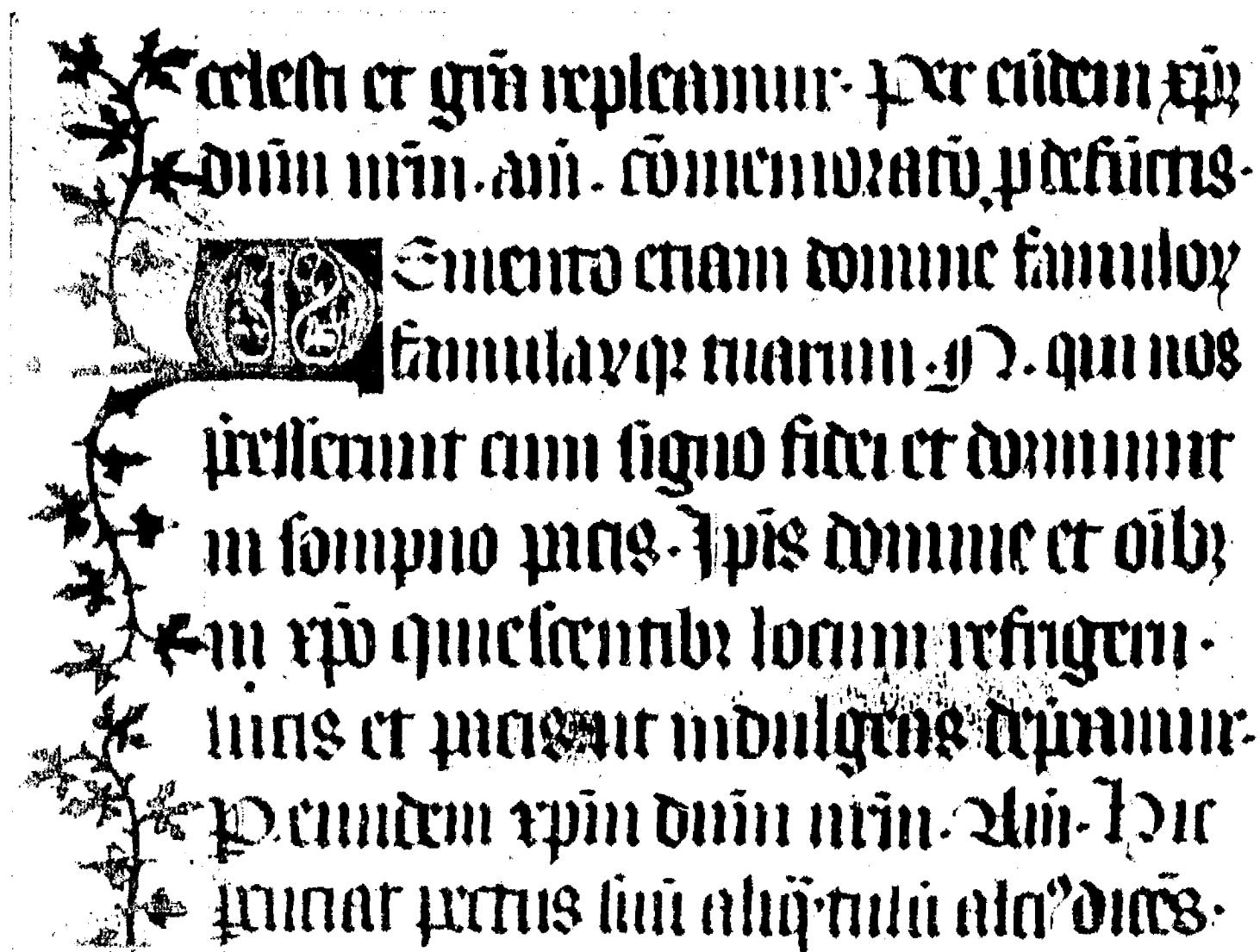


Fig. 113. Escritura gótica. Messe del Natale e di Santo Stefano.

quierda es una superviviente de la curva superior de la *s*; la mayúscula *S* reapareció como una variante de la *uncial romana*, pero la *f* es casi universal en la primitiva *minúscula carolingia*; en el siglo décimo la *s* comienza a ponerse en uso como forma decisiva, y en el doce llega gradualmente a ser más general.

Los caracteres *c, e, o, p, q, u* son comunes en las escrituras *uncial* y *cursiva*, en tanto que *r, x, z* son reintroducciones de formas *capitales* comparativamente últimas. Las formas de origen más reciente son *a, g, i, j, k, l, w, y*; la minúscula *a* era al principio angular, pero en el siglo décimo se redondeó la parte superior para evitar confusión con

la *d*; similar es el caso de la *g*, la curva inferior de la *irlandesa* se cerró en la *anglosajona* y en las minúsculas *lombarda* y *carolingia*; la barra plana de la cual sobrevive un vestigio en el pequeño gancho de la parte superior de la *g* romana y de la *gótica*, se curvó para formar una segunda vuelta; la forma original de la minúscula *t* se retuvo en las escrituras francesa e italiana; la parte superior de la letra no se encuentra sobre

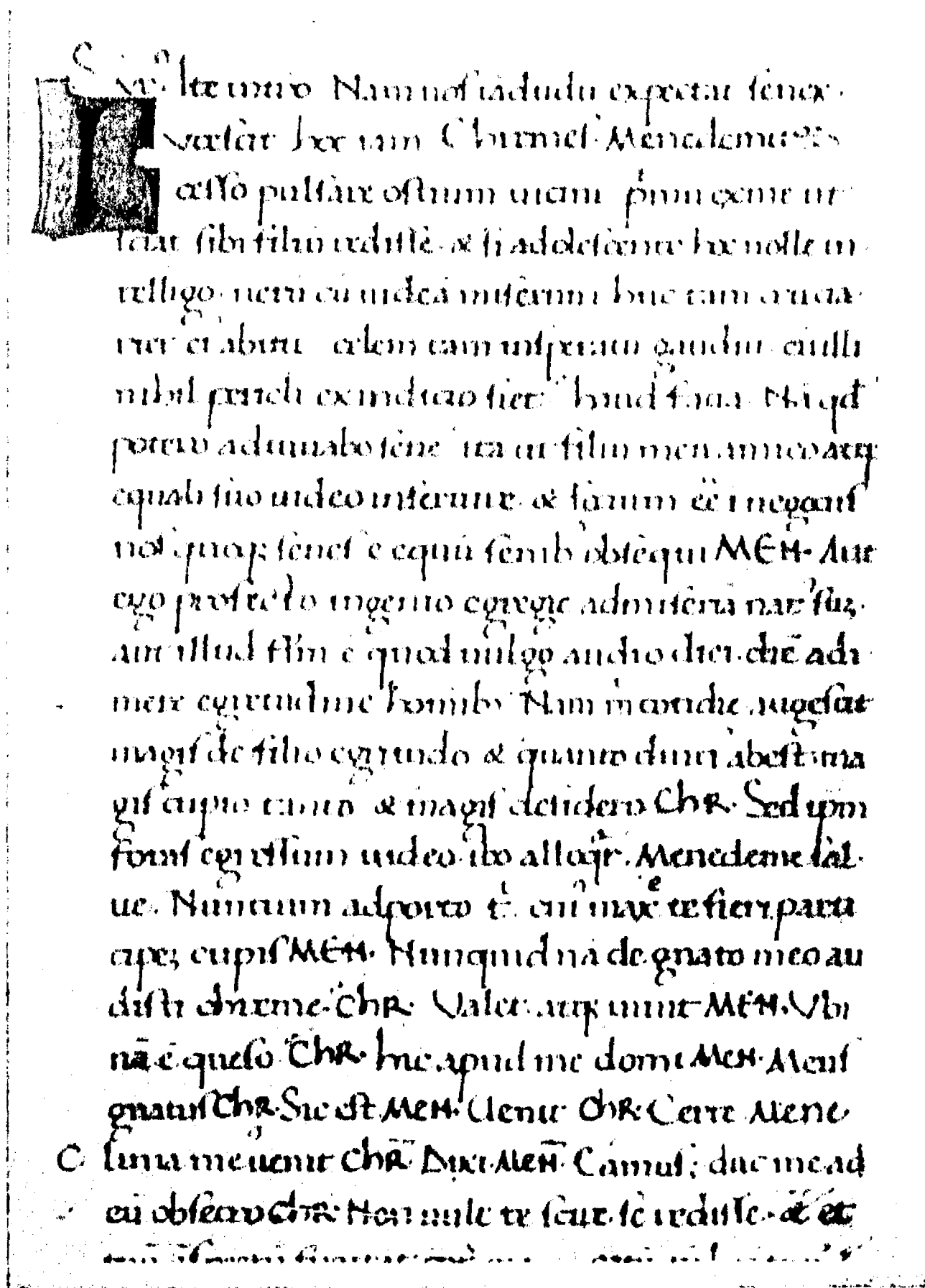


Fig. 114. Escritura humanista. *Commedie*, de Terencio.

la barra horizontal, antes de la aparición de la *gótica* en el siglo doce; la letra *y* data sólo del siglo doce, lo mismo que la *k*, que parece ser de origen lombardo.

Los anglosajones usaron para *w* la *wen* rúnica, que fué al principio reemplazada por *vu*; en el siglo once encontramos *uu* lo mismo que *ve*, escrita después *w*; lo que indica que originalmente no era una letra sino una mera ligadura. La especialización de la *v* y la *u*, y de la *j* y la *i*, para denotar los sonidos consonantes y vocálicos, se efectuó después; originalmente la *V* era la forma mayúscula y la *u* la *uncial* y *cursiva*. En la minúscula del siglo décimo encontramos la *V* usada preferentemente como inicial, y la *u* en el centro, siendo la consonante más común al principio de las palabras latinas, y la vocal en el centro; la forma inicial se tomó gradualmente como símbolo de la consonante, y la del centro como el de la vocal. De la misma manera, en el siglo quince, *j*, *i*, que fueron al principio solamente la forma inicial y la media de la misma letra, se especializaron para denotar la consonante y la vocal; el punto sobre la *j* es un singular superviviente y no es útil ahora como marca diacrítica, como era originalmente, pero es un testimonio, no sólo de que la *j* se obtuvo de la *i* por diferenciación, sino también de que la práctica de usar el punto para la *i* es más antigua que la *j*. La forma *i* es antigua, pero el punto es posterior y se usó gradualmente; en el siglo once *i* se distinguía por un acento cuando estaba duplicada o en yuxtaposición con *u*, así tenemos *ii*, *ui*, *iu*; en el siglo doce se añade veces un acento cuando la *i* está combinada con otras letras, especialmente con *m* y *n*, y en el catorce el acento empieza a cambiarse por el punto.

Las diferencias en las escrituras de las naciones europeas datan de un período remoto, pero casi todas tienen como origen a las letras romanas, que con su extrema sencillez y notable diferenciación mutua, contienen en sí los elementos de su popularidad y casi general aceptación, ya que, en efecto, ese alfabeto, es el más ampliamente difundido en el mundo, pues se usa en América, Australasia, Suráfrica y en casi toda Europa, con excepción sólo de las letras góticas de Alemania y las eslavas de Rusia; su uso es oficial también en Egipto e India y en todos los lugares dominados por las naciones europeas. Solamente el alfabeto arábigo, empleado en toda el Asia Central, compite en universalidad con el latino.

CAPITULO X

NUESTRO ALFABETO

Iberia, como se llamó a la Península antes de los romanos; Céltica, según Herodoto, o Hesperia, nombre que le dieron griegos y romanos, sale al encuentro de Africa y estrecha en angosto paso al Mediterráneo, temerosa de que sus azules y sonrientes aguas se escapen al Atlántico. Fortaleza marítima, semeja cerrar la cuenca que recogió las corrientes de las civilizaciones que, partiendo del mundo asiático, se fundieron en el seno del viejo mar, cuajándose en el arte y la belleza helénicas y en la acción y el intelecto romanos. Mas, en su lucha por la libertad, la inmensa masa penetró en el alma de la Península, y llegando a su corazón, salió de allí para formar un mundo nuevo y fecundo.

En las costas hispanas mediterráneas, accidentadas, abruptas y sinuosas, se levantan imponentes acantilados cuyos salientes limitan pequeñas bahías y ensenadas que a veces se cierran por las islas que emergen del agua; alternando, se hallan las costas llanas, bajas, arenosas, los viñedos y bosques de pinos que besan el mar, las brillantes plantaciones de naranjos y limoneros, y los sedosos y grises olivares que festonean las playas. En su interior se encuentra una vasta meseta con la que se enlazan dos grandes cordilleras, la Pirenaica, que la separa del resto de Europa, y la Ibérica, que atraviesa la península de Norte a Sur y de Este a Oeste, extendiéndose en numerosas ramificaciones que encierran llanuras escalonadas y valles ondulados por los ríos y sus pequeños afluentes.

Su clima, como sus producciones, se caracterizan por la variedad: regiones frías y áridas, templadas y cálidas que ofrecen la exuberancia de sus campos, en los que se producen vegetales de todas las zonas, y se

cria gran cantidad de ganado. España cuenta con una gran riqueza minera; abundan en el subsuelo los minerales más preciosos, y sus minas producen casi todos los metales; esta riqueza se ha explotado desde la más remota antigüedad, pues sus yacimientos, fácilmente accesibles desde las costas, han sido objeto de numerosas invasiones, y el móvil principal de la conquista romana.

Su población no procede de un fondo único; a sus primeros habitantes, los ligures, se sobrepusieron los iberos, que como otros pueblos del norte de Africa parecen ser de la familia camita. Llegaron después los celtas procedentes de la Galia, y de ascendencia asiática, pero de familia indogermánica, y de la fusión de ambos surgieron los celtiberos. Como colonizadores o dominadores se cuenta a los fenicios, los griegos, los cartagineses, y por fin los romanos que pusieron los cimientos de una nueva civilización. Los visigodos, los hebreos, los árabes y algunos otros que no dejaron huellas profundas, contribuyeron también a la formación étnica de España. Las características del español son la resistencia física, el valor heroico, la altiva obstinación e indisciplina, el amor a la libertad, el espíritu caballeresco y la fidelidad a la palabra empeñada.

Los iberos constituyeron numerosas tribus independientes que se diseminaron por la península. Así tenemos a los astures, galaicos, cántabros, vascones, ilirgetas, ansetanos, bástulos, turdetanos, lusones, carpetanos, oretanos, etc. Unos tuvieron más cultura que otros, consiguiendo distinguirse sobre los demás los iberos meridionales que formaron un estado floreciente a orillas del Guadalquivir (Tarteso). Durante el segundo milenio antes de Jesucristo, el Estado tartésico llegó a su magno esplendor y su capital, Tartesos, fué un foco de cultura comparable a Babilonia, Nínive, Menfis y Tebas, que en esa época eran el símbolo de la civilización y del progreso. En el siglo séptimo antes de Jesucristo, los celtas, de filiación indoeuropea, emigraron de la orilla derecha del Rhin y poblaron la meseta central de la Península; luchando al principio con los iberos, se unieron después con ellos constituyendo, por la unión de ambas razas, a los celtiberos. La lengua de estos pueblos es casi desconocida, pues lo único que ha llegado hasta nosotros son algunas inscripciones en monedas, piedras y lápidas sepulcrales aun no descifradas.

Según autores antiguos, a fines del siglo doce antes de Jesucristo penetraron en la Península los fenicios, que fundaron Gadir (Cádiz), desde donde se extendieron por el interior y el litoral llegando a diversos puntos de las costas del Sur, del Este y del Oeste, hasta Galicia y

otras regiones en las que establecieron pesquerías y beneficiaron los metales; llamaron al país Span o Spania, que quiere decir *oculto*, o lugar escondido y remoto, e introdujeron en él los elementos de la civilización asiática y egipcia, y las industrias y artes de Tiro y Sidón; su dominación se prolongó aún después de que Fenicia fuese sometida a Caldea, a Asiria y a Persia, por su superviviente Cartago, colonia fenicia en Africa, hasta que ésta sucumbió bajo el poderío romano. Gadir y Ebusus (Ibiza) fueron importantes centros comerciales cartagineses, donde se acuñó moneda de tipo cartaginés con letras fenicias que se propagaron en toda España.

La expansión griega llegó a la Península en el siglo séptimo de la misma Era; los helenos de Focea comerciaron con Tarfeos y desde Massalia (Marsella) se fueron extendiendo por el litoral mediterráneo del Este, al que dominaron, fundando Maniaké, cerca de la actual Málaga, llamando al territorio español Hesperia e Iberia; por la superioridad de su cultura, los colonizadores griegos influyeron mucho en los habitantes de la Península.

Ningún imperio había abarcado una extensión tan amplia ni subsistido por tan largo tiempo como el de Roma; sus tropas victoriosas llegaron a todas las costas del Mediterráneo, que fué la órbita de su acción; los fastuosos reinos orientales se sometieron a ellas con relativa facilidad, y aunque fué lenta y dura la conquista de los ariscos y obstinados pueblos del Occidente, los ejércitos romanos lograron llevar a todos ellos, junto con sus armas, sus instituciones, su cultura y su lengua. El latín substituyó antiguos idiomas, siendo las numerosas lenguas románicas testimonios de una victoria que fué llevada al cabo principalmente por la persuasión y el continuo contacto.

La invasión de la Península ibérica, en aquel tiempo colonia de Cartago, fué una consecuencia de la derrota de ésta, a la que en un período relativamente corto venció Roma, costándole una lucha de cerca de doscientos años someter a España. Su romanización caminó muy despacio en la primera época, siendo la región del Sur la que con más facilidad recibió la influencia de los conquistadores; las poblaciones pequeñas se resistieron más; en cambio, las ciudades importantes, a fines del siglo primero de nuestra Era tenían casi por completo un tipo romano en su organización política, comercial y económica. La cultura se difundió ampliamente formándose una literatura latina nativa, lo que demuestra el arraigo que el latín tuvo en la Península, al menos en algunas regiones y ciudades; el pueblo de éstas lo hablaba como lengua

propia y aunque los idiomas indígenas se siguieron cultivando, no quedaron de ellos obras literarias. Las inscripciones, conocidas hasta ahora, están hechas en un latín tan puro que no se encuentra en las otras colonias romanas, donde no se conservaron huellas tan profundas de arcaísmo; sin embargo, con el tiempo se bastardeó al contacto del habla popular, como sucedió en otros países romanizados.

Cuando el poderío romano se debilitó, España resintió la invasión de los suevos, de los vándalos y de los alanos, sufriendo la devastación que con ellos llevaban, y después la dominación visigótica y sus luchas con los francos, los bizantinos y con la población hispanorromana, y el consiguiente decaimiento de la cultura.

Los visigodos no tenían, al llegar a España, elementos de civilización originales que pudieran influir en ella, pero habiendo sido los más romanizados entre todos los germanos, ya que vivieron durante dos siglos en íntimo contacto con ellos, sus costumbres y organización se afectaron profundamente; llevaron junto con el arrianismo, su lengua propia y su escritura especial, que pronto cayeron en desuso, substituídas por el latín que hablaba la población romana y la romanizada. Fueron los siglos quinto y sexto siniestros para la cultura; casi todos los hombres capaces de pensar se refugiaron en los conventos que los bárbaros respetaban y que eran un pálido resplandor que apenas brillaba entre las densas tinieblas; ese fuego vacilante se conservó en España más que en otras partes de Europa, y pasado el momento crítico de la invasión, la superioridad moral de las clases selectas se impuso en el país, que se rehizo antes que las otras naciones del continente.

En los albores del siglo séptimo, cuando los imperios parecían consolidarse y la Península ibérica se encontraba en la plenitud de la floreciente cultura visigótica, Mahoma arrojó a los árabes a la conquista del mundo, y bajo su alfanje vencedor fueron cayendo una tras otra las naciones. El año 711 atravesaron el Estrecho de Gibraltar e invadieron España, a la que tuvieron como el florón más preciado de su Imperio, pues tan pronto como consiguieron estabilidad, dieron comienzo a su obra cultural y civilizadora en todos los órdenes; sin embargo, el esplendoroso desenvolvimiento de las artes y ciencias musulmanas en la Península se realizó sobre la base cultural de la dominación visigótica. Los mozárabes entendieron muy pronto a los invasores y formaron una jerga o dialecto (aljamía), mezcla de árabe y latín, sirviendo a éstos de intérpretes e iniciándolos en todas las modalidades de la civilización ibérica. En los estados cristianos se conservó la tradi-

ción de la cultura visigótica, principalmente en las iglesias y monasterios. Es de notar aquí, cómo España, a pesar de las invasiones y conquistas, sufrió una sola vez un cambio fundamental, el de la romanización, la que a pesar de las luchas y destrucciones, conservó incesantemente sin quebrantarse en tiempo alguno, hasta que después de la reconquista y la consolidación nacional, su cultura, sus instituciones y su idioma tomaron una fisonomía propia que brilló en todo su esplendor durante el Siglo de Oro, y se proyectó sobre nosotros, sobre los pueblos en los que cuajó el sueño de Colón, y los anhelos del corazón de madre de Isabel la Católica.

La lengua más antigua de que se tiene memoria en España fué la de los iberos, los que, al convertirse la Península en provincia romana, aprendieron a hablar el idioma de sus conquistadores; sin embargo, en la porción que hoy corresponde a las provincias Vascongadas y Navarra, subsistió el ibérico, que se ha conservado hasta nuestros días en el vascuence; mas el moderno vascuence y sus ocho dialectos se alejaron tanto del ibérico como el español del latín, ya que en su habla se han efectuado grandes transformaciones fonéticas, asimilándose más de un cincuenta por ciento de voces latinas y romances.

España aprendió la lengua latina mucho antes que otras provincias del Imperio, difundiéndose primero por la Bética, y con más lentitud por el Norte; se asignaron nombres latinos a los pueblos y ciudades nuevas; se designó a las personas con apelativos romanos, y se adoptaron generalmente la civilización y las costumbres de Roma. Oradores, filósofos y poetas hispanos dieron esplendor a la lengua latina, y españoles alcanzaron altas dignidades, aun la del Imperio.

No fué el latín de los cultos el que dió origen a nuestro idioma: la lengua española, como las de otras naciones romanizadas, procede del latín hablado o vulgar, que en cierta manera difiere del escrito en su fonética, en su estructura gramatical y en su vocabulario. Este latín vulgar no era uniforme en todo el Imperio; cada territorio prefirió determinadas voces y cada pueblo les daba un sentido que difería entre sí, pero la principal diferencia radicaba en el acento, es decir, en la combinación de tono, timbre, cantidad e intensidad con que se pronunciaba en las distintas provincias imperiales. En esto se halló el germen de nuestras lenguas romances, es decir, en la adaptación ó substitución inconsciente de sonidos extraños a los hábitos de pronunciación y, por lo tanto, difíciles de articular mediante sonidos análogos a la fonética indígena. De ese modo pueden suponerse extrañas a la fonética ibérica la *f*,

inicial que fué substituída por la *h* aspirada: *filia*, hija; *fabu*, haba; rasgo característico del español que, a diferencia de las otras lenguas romances, no pronuncia la *f* latina, salvo en voces cultas modernas; de la misma manera suprimió el sonido labiodental de la *v*, cuyo signo representativo falta en las inscripciones ibéricas, y aunque se encuentra en español, no se le da un sonido labiodental y se pronuncia lo mismo que la *b*; la dificultad que tuvieron los iberos para pronunciar la *r*, se refleja en el hecho de anteponerle una vocal: *forte*, fuerte, que se encuentra sobre todo en el español antiguo.

Al efectuarse durante el siglo quinto la desmembración del Imperio de Occidente, el latín perdió su enorme valor de lenguaje común de múltiples pueblos, pues desapareciendo la necesidad de mantener relaciones con Roma, como sede central, se redujo el radio de acción de cada país a su propio territorio. A la desintegración política acompañó la decadencia cultural, y como el instrumento de la cultura es la lengua escrita, freno natural del lenguaje hablado, el latín vulgar, libre de trabas gráficas, acentuó su evolución. Los nuevos pueblos que se agruparon según sus condiciones políticas, raciales o climatológicas, imprimieron al latín vulgar una marcha evolutiva individual, formándose así las varias lenguas modernas o romances.

En España, los invasores germánicos vieron desaparecer sus propios dialectos desplazados por el latín, mas introdujeron en él algunos de sus vocablos, aunque en cantidad muy reducida; la lengua que aprendieron los visigodos no fué el latín de los tiempos clásicos, sino un primitivo romance hispánico, cuyos principales rasgos fonéticos eran los que hoy caracterizan al habla de Galicia, Cataluña y Valencia. Conservaban la *f* inicial, diciendo *fazer* de *facere*; la *g* inicial, germano de *germanus*; convertían *li* y *cl*, en *ll*, diciendo *fillo* de *filius*, y *nello* de *oculus*; *el* y *ull* en *il*, diciendo *noite* de *noctu*, *muito* de *multo*; pronunciaciones análogas se encuentran en otros territorios románicos, pero hubo algunas peculiares de la Península, donde se diptongaban las vocales tónicas *e*, *o*, diciendo *tiarra* o *tierra*, de *terra*; *puarta* o *puorta* de *porta*; conservaban los diptongos *au*, *ai*, diciendo *tauro* de *taurus*, *ferrairo* de *ferrarius*, y palatalizaban la *l* inicial diciendo *lluna* de *luna*. Las diferencias se fueron acentuando no sólo en la pronunciación sino también en el léxico, y en el siglo sexto se introdujeron algunas voces griegas como consecuencia del dominio que los bizantinos ejercieron en una zona comprendida entre la Bética y la Cartaginense.

Con la invasión musulmana adquirió España una nueva fisonomía lingüística; los conquistadores hablaban el arábigo, que es una lengua semítica, pero muy pronto aprendieron el idioma del país e introdujeron en él muchas palabras nuevas con las que llamaban tanto a las cosas que existían allí como a muchas otras que eran desconocidas para los nativos, y que con su continua repetición por moros y cristianos pasaron al romance de la Península y adquirieron la forma española que ahora tienen, aunque algunas cayeron pronto en desuso. Los árabes dejaron también rasgos en la fonética española, como la conversión de la *s* inicial latina en *j* y *st* en *z*: jabón de *sapone*; Zaragoza de *Saraqusta* en árabe, *Caesaraugusta* en latín. La influencia árabe en el país fué muy intensa, pero no pudo anular el primitivo romance de la España visigótica.

A consecuencia de la conquista España se dividió en dos partes: la del Norte, integrada por núcleos cristianos, y la del Sur por los árabes y los mozárabes. En la zona norte se constituyeron tres grandes grupos: el primero que se extendió por Galicia, organizándose después en León; el segundo formado por Castilla, y el tercero por Navarra, Aragón y Cataluña. En cada una de estas regiones se manifestaron modalidades dialectales y condiciones diferentes de evolución más o menos progresivas de la lengua de la España visigótica; las diferencias entre las modalidades se acentuaron hasta llegar a formarse dialectos: por un lado el asturiano, el gallego y el leonés; por otro el navarro-aragonés y el catalán (relacionado también con el provenzal), y en el centro de la Península el castellano.

El asturiano fué el dialecto preponderante durante los siglos octavo y noveno; siéndolo el leonés en el siglo décimo y principios del once; este dialecto era una forma intermedia entre el gallego y el castellano: en algunos de sus vocablos usaba los diptongos *ei* y *ou* y en otros no; empleaba indistintamente: *auterio*, *outerio* y *otero*, y por su tendencia al arcaísmo conservaba las formas heredadas del antiguo romance hispano-godo. Mientras tanto, en Castilla progresaba el romance con más intensidad que en las otras regiones; allí no empleaban los diptongos *ei* y *ou* y no pronunciaban la *f* inicial, rasgo muy característico del castellano.

En la zona sur musulmana, los mozárabes siguieron usando el romance naciente de la España goda; sus características son parecidas a las del catalán y a las del gallego-portugués, conservaron los diptongos *ai* y *au*: *carraira*, *carrera*; *auru*, oro; la combinación *mb*: *palumba*,

paloma; la *pl* inicial: *plannu*, llano; palatalizaron la *l* inicial: *llengua*, lengua; convirtieron la *et* latina en *it*: *factu*, feito, y retuvieron la *g* o *j* inicial. Sin embargo, en esa región la lengua dominante, tanto hablada como escrita, fué la arábiga, que era la lengua oficial y cultural de la España del califato.

Durante la segunda mitad del siglo once, el leonés dejó de ser el dialecto preponderante, y el castellano mantuvo desde entonces la hegemonía lingüística, pues los otros dialectos fueron poco a poco cediéndole terreno. Las características principales del castellano, por las que se distinguió de los demás dialectos son: reducción de *ai* en *e*: *laicus*, lego; diptongación de *e* tónica y breve en *ie*: *septem*, siete; diptongación de *o* tónica y breve en *uo*: *novus*, nuevo; sustitución de la *f* inicial por *h* aspirada o muda: *fumus*, humo; desaparición de la *g* inicial: *gelatus*, helado; aparición de la *j* sonora procedente de *li* ante vocal o de *cl*, o de *gl*: *folium*, hoja; *tegula*, teja; *graculus*, grajo, y transformación de *cl* o *ult* en *ch*: *tectum*, techo; *multus*, mucho. Mostraron los castellanos un exquisito gusto acústico en la obtención y fijación de los sonidos vocálicos más eufónicos, y dieron una gran preferencia a las vocales latinas más abiertas y más perceptibles: la *a* es la más abundante en los sonidos castellanos, la *u*, vocal más débil y oscura, es la menos frecuente, pues muchos sonidos latinos en *u*, los convirtieron los castellanos en *o*, que tiene mayor alcance sonoro. Ninguna de las vocales tiene matiz nasal, son todas firmes, claras y sencillas, sin que en ellas se marquen intencionalmente diferencias de largas o breves, abiertas o cerradas.

Durante los siglos doce y trece el latín continuó usándose como lengua escrita de la España cristiana, pero no existía aún unidad en la lengua escrita y la hablada, pues se escribía en latín y se hablaba en castellano. La labor de Fernando el Santo y de Alfonso el Sabio, que hicieron de la lengua de Castilla una lengua escrita, y la expansión del castellano como resultado de las conquistas del primero, dieron al idioma un acento especial, y definieron sus características fonéticas, que no difieren mucho de las actuales. Los Reyes Católicos imaginaron crear un Imperio español en una España dividida por variedades dialectales, e intentaron seguir el ejemplo de los romanos que conciliaron a los hombres de todas las naciones, difundiendo e imponiendo una lengua única, y fué así la castellana, que desde principios de la Reconquista se había ido ensanchando y suprimiendo diferencias dialectales, por la que lograron que la unidad de mando y la unidad de idioma fueran el recio sostén del naciente Estado.

En el siglo diez y seis, cuando España vive su época más gloriosa, la lengua es considerada como una de sus armas más potentes; por eso, a partir de entonces, los hombres que llegaron a ser notables se dedicaron a exaltarla, estudiarla y cultivarla con perfección suma. El castellano todavía no alcanzaba su cumbre más alta; la lengua suprema y definitiva tenía que terminar de forjarse en la literatura, y paulatinamente se fué consiguiendo la perfección ansiada; la lengua española abandonó su lastre medieval y apareció nueva y moderna, formada por la expresión natural y normal del pueblo, y por la de artificio e ingenio que forjaron los hombres de letras. Conseguido el afianzamiento de la lengua, Carlos V y después Felipe II pudieron contemplar el espectáculo grandioso de su difusión por el mundo entero y de su adopción en casi toda América, por millones de hombres unidos a la España fecunda por la musicalidad de una lengua abundante, rica y vigorosa.



Fig. 115. Inscripción ibérica.

Es natural que habiendo dominado en España pueblos tan distintos como los que se han citado, todos dejaran en ella señales y vestigios, no sólo de sus idiomas en el carácter de la lengua española, sino de sus escrituras, en los documentos, inscripciones y monedas. Se han encontrado en diversas partes del país cerca de ciento cincuenta inscripciones grabadas sobre piedra, objetos de metal y de barro, monedas, etc. Hubo en la Península dos alfabetos que difieren a su vez de los alfabetos clásicos, griego y latino, y de las escrituras semíticas; estos son el ibérico y el turdetano. El primero es el más importante, y se empleó en varias inscripciones de las cuales la más extensa es una placa de plomo hallada en La Serreta, cerca de Alcoy, en la provincia de Alicante; está escrita sobre ambos lados, tiene trescientos cuarenta y dos signos en catorce líneas, y se cree que data del siglo cuarto o del tercero antes de Jesucristo. Entre otras inscripciones pueden citarse la de Castellón de la Plana, con ciento cincuenta signos, la de Luzaga y la de



Fig. 116. Inscripción ibérica sobre una vasija de barro.

Peñalba de Castro, fig. 115. Durante los años de 1933 a 1936 se descubrieron en San Miguel de Liria cuarenta vasijas con inscripciones; una de ellas, fig. 116, tiene ciento cincuenta y siete caracteres y se supone fué hecha en los últimos años del siglo quinto antes de Jesucristo; otras datan del siglo cuarto y del tercero, pero la mayor parte son más recientes, quizá de la época del Imperio Romano.

La forma de los caracteres del alfabeto ibérico, fig. 117, es ligeramente distinta según se haya usado en el norte o en el sur de la Península; los septentrionales son semejantes a los griegos occidentales y en consecuencia a los latinos, y se escribían de izquierda a derecha; los meridionales tienen semejanza con los semíticos y su escritura era de derecha a izquierda. Así, se encuentran al lado de los grecolatinos *c, i, p, z, s* otros que sin duda son fenicios, más que púnicos, y tienen la forma de *rau, yod, mem*, etc.; hay también varios signos en apariencia silábicos: *ca, ce, du* que hacen sospechar la existencia de una escritura silábica anterior a la alfabética. Algunos autores afirman que el alfabeto ibérico deriva del fenicio, y que el meridional es más antiguo porque conservó la forma de algunas de las letras y la dirección de su escritura; otros opinan que fué tomado de un alfabeto griego occidental. Hay que notar que los caracteres ibéricos son más semejantes a las letras fenicias que a las cartaginesas, como puede verse en la forma de *a, r, h, k, i, s*. La civilización fenicia y la cultura griega penetraron más o menos durante la misma época en el mundo ibérico; se han encontrado vestigios de la influencia fenicia que datan de los siglos séptimo al sexto

Valor	Fenicio	Púnico	Iberico		Valor
			Septentrio- nal	Meridio- nal	
·	𐤀	𐤁	P P D	4 A	a
b	𐤁	𐤂			
g	𐤅 (Mosa)	𐤆	< V C	^ ^)	g
d	𐤃	𐤄	X	X	d
h	𐤄 (Mosa)	𐤅	E R	≡ ≡	e
w	𐤆 (Mosa)	𐤇	↑ ↑	4 Y ↑ A	v
z	I	𐤈 𐤉	T	𐤊	z
b	𐤆	𐤇	H N	⊠ H H	b
t	⊕	⊖	⊕ ⊖	⊗ ⊙ A	th
y	Z	𐤌	H N	𐤍 4 I	l, y
k	𐤊	𐤋 𐤌	K * *	𐤍 *	k
l	L	𐤎	↑ A	↑	l
m	𐤏	𐤐	𐤑 𐤒	y	m
n	𐤑	𐤒	N	𐤓	n
s	≡	𐤔			
o	O	○ ○	○ ⊙	○ ⊖	o
p	𐤅 (Mosa)	𐤆	P P	𐤇 𐤈	p
a	𐤅 (Mosa)	𐤆	ε 4	3 2 2	a
q	P	𐤇	⊗ ⊗	⊗ ⊗	q
r	𐤃	𐤄	9 9 ⊖	9	r
g	W	𐤈	M	M M	g
t	·	𐤉	4 Y	↑ A	t
			^ ^		ca
			⊂ F ⊖		ce
			Δ ^		du

Fig. 117. Alfabetos ibéricos.

antes de Jesucristo, como las joyas de Aliseda (Cáceres) y las de la necrópolis de la Punta de la Vaca, en Cádiz; por otra parte, se hallaron en Emporias (Ampurias) las primeras manifestaciones de la civilización helénica durante el siglo sexto de la misma Era.

Más enigmático aun es el caso del alfabeto turdetano que figura en las monedas encontradas en la región de Cádiz; es decir, no lejos de la antigua Tartesos y en Portugal meridional. El reino de Tarteso, según la tradición, tuvo gran prosperidad al fin del segundo milenio antes de Jesucristo y a principios del primero; mas la fundación de Gadir por los fenicios, hacia 1100 de la misma Era, provocó la decadencia de Tarteso, y cuando aquéllos se debilitaron a causa de su conflicto con el Imperio neobabilónico (sitio de Tiro por Nabucodonosor, de 583 a 571 antes de



Fig. 118. Monedas con inscripciones ibéricas.

Jesucristo) los griegos que hubieran podido ocupar esa región fueron rechazados por los cartagineses que fundaron Cartagena en la costa oriental. Se pretende identificar al alfabeto turdetano con la antigua escritura del reino de Tarteso; mas las monedas en las que aquél figura no parecen remontarse más allá del año 200 antes de Jesucristo; es decir, a una época en la que aun la misma ciudad de Tartesos había sido destruída, aunque no sería de asombrarse que esa escritura se haya mantenido en uso, particularmente en las monedas. No se ha logrado hasta hoy descifrarla a pesar de que se encuentra al lado de la latina, y aunque se ha intentado dar los mismos nombres a la versión turdetana, éstos son sólo de ciudades como Tascntta, Iptuci, etc. Algunos autores

afirman que las inscripciones turdetanas están redactadas en una lengua de tipo líbico y que el alfabeto es semejante al líbico, pero de forma más arcaica. La figura 118 presenta varias monedas ibéricas en cuyos signos se encuentra marcada influencia fenicia y griega, aunque algunos expertos creen que tienen cierta conexión con la escritura rúnica; la cual se dice se extendió hasta la Galia. Hay que notar también su semejanza con los caracteres berberiscos del Norte y con los de la lejana Caria.

A partir de la dominación romana, la escritura en España se presenta como una continuación de la latina, en la cual tuvo su origen. Las *capitales cuadrada y rústica romanas* se usaron para las inscripciones, pero no se sabe seguro si se emplearon en la transcripción de códices, pues no han llegado hasta nosotros manuscritos de esa época.

Los visigodos que invadieron después la Península fueron una escritura propia en la que se cree emplearon primero las letras rúnicas que usaban los pueblos septentrionales. Ulfilas, su pontífice y su más grande figura cultural, inventó hacia el año 375 el tipo de escritura que llevó su nombre, y en cuyos caracteres tradujo la Biblia a la lengua goda; la mayor parte de sus letras están tomadas de las *unciales griegas* del siglo cuarto; tiene además seis caracteres latinos: *P* con valor de *phi* griega; *G* con el de *j*; *H*, *R*, *S* con sus valores respectivos, y *U* con el de *g*, y son de origen rúnico los signos correspondientes a *u* y *o*. El mejor ejemplar de escritura *ulfilana* que hoy se conoce, y el fragmento más extenso, es el *Codex Argenteus* que se encuentra en la Universidad de Upsala, fig. 119; está escrito sobre pergamino púrpuro, con tintas de oro y plata. Es de citarse también el palimpsesto de Milán que pertenecía al monasterio de Bobbio. Cuando Recaredo se convirtió al catolicismo mandó reunir todos los libros arrianos en una casa de Toledo y después prenderle fuego; así se perdieron casi todos los ejemplares de esta escritura, la que no tuvo ninguna influencia en la *visigótica* española, que fué el resultado de la evolución de los caracteres latinos.

Las monedas usadas en España durante la dominación de los visigodos (414-711), proporcionan un material muy importante para el estudio de la escritura empleada durante ese período. Se encuentran en sus leyendas algunas peculiaridades que se hallan también en la escritura lapidaria: junto a la *A* común aparece con frecuencia la misma sin travesaño horizontal, otras veces con la parte superior cuadrada, y en otras adopta la forma de una *Y* invertida; tipo verdaderamente

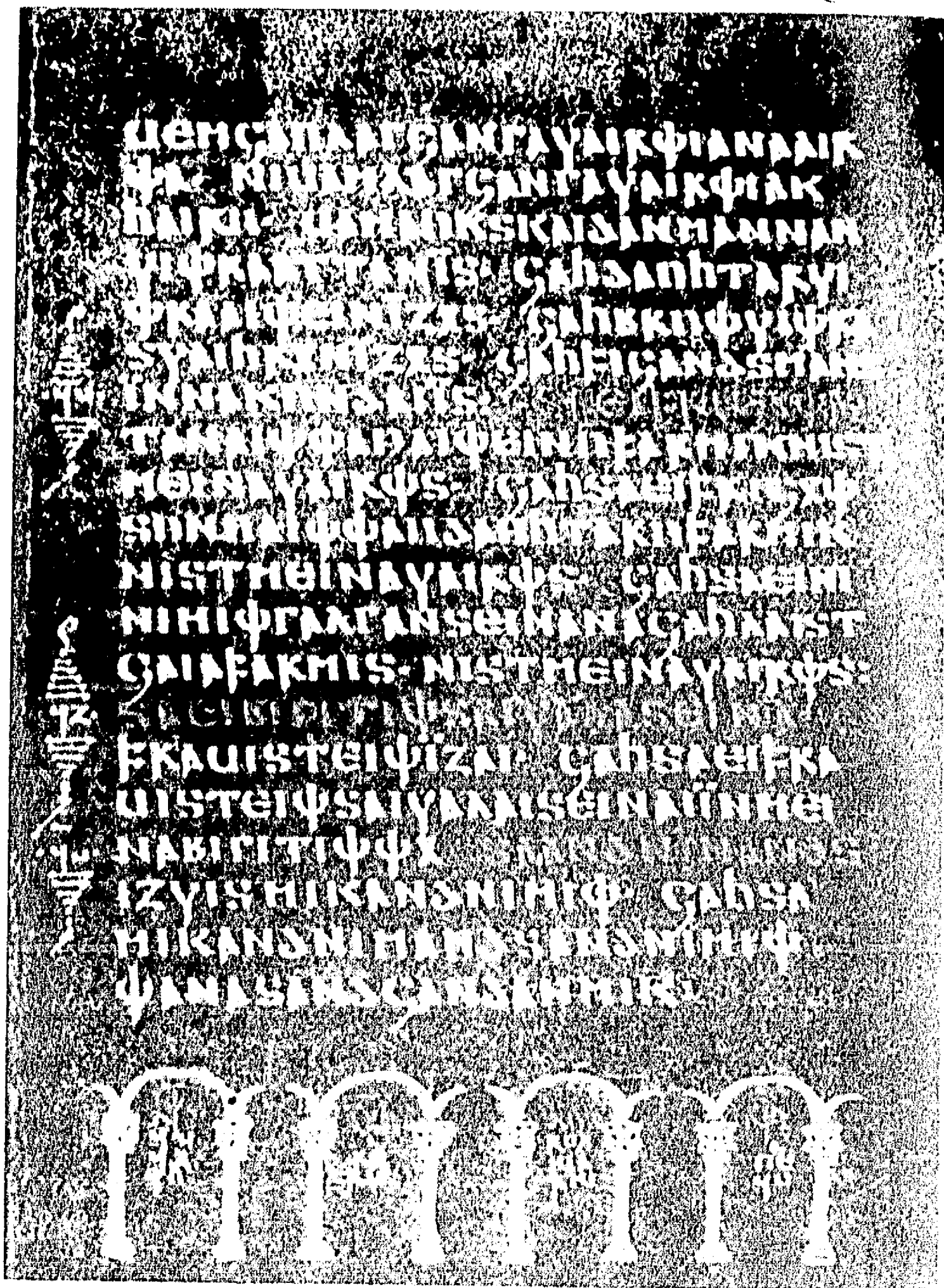


Fig. 119. Escritura albana. Página del *Crat. Agpatens.*

característico de esta escritura. La *D* es la que presenta más variedad de formas; la que más se distingue es una que no lleva trazo vertical y que parece una *C* hacia la izquierda, es la más común en los con-

ñaciones visigóticas; entre 576-586 aparece otra que se confunde con la *P*, pues el trazo curvo sólo ocupa la mitad del trazo recto; de 586-601 se encuentran nuevas formas: la *d* al revés; otra cuyo trazo curvo va en el centro del vertical, que sobresale en la parte superior e inferior; otra con forma de *delta* griega y a veces con la figura de *theta* con el trazo interior vertical; la *E* se encuentra en ocasiones sin el trazo de enmedio (579-585), otras como una *C* cuadrada, y en las monedas de Egica (687-700) es semejante a la uncial; la *G*, además de su forma peculiar tiene otras variantes, especialmente la que afecta la del numeral seis; hay otra parecida a la uncial que es como una *C* rematada en la parte inferior con un trazo recto vertical, y otras veces parece solamente una *C*; la *L* semejó en una época una pequeña cruz griega; la *X* lleva generalmente el trazo medio, horizontal, por lo que casi se confunde con la *H*; la *P* tiene a veces la parte inferior del trazo curvo sin cerrar; la *R* va en ocasiones con el trazo recto inferior muy corto, y después parece una *A* sin travesaño que lleva en la parte superior derecha una especie de asa; la *S* va en muchos casos en dirección opuesta; la *T* tiene durante una época (621-672) la forma griega de la *theta*, y más tarde va sin el trazo central, semejante a una *O*; la *U* y la *V* están representadas por *Y*. A veces las letras van unidas entre sí, alterándose su forma, siendo de notar que los cambios más marcados en la grafía de las letras se efectuaron desde fines del siglo sexto.

Del siglo quinto a principios del octavo las letras que dominaron en la escritura epigráfica española fueron las *capitales*; unas veces *cuadradas* o monumentales, más o menos perfectas, y otras *rústicas* o actuarias. Las formas típicas de las letras son, principalmente: la *A* que lleva un travesaño angular con el vértice hacia abajo y que apareció en el siglo sexto, y la *C*, de forma cuadrada, entre el sexto y séptimo; la *D* se volvió triangular semejante a la *delta* griega mayúscula; este cambio se efectuó de fines del siglo quinto a principios del sexto; la *E*, cuyo trazo vertical sobresale de los trazos horizontales que a veces son solamente dos, apareció de esta manera en el siglo quinto; la *X* con su trazo medio casi horizontal semejante a la *H*, y la *P* con la parte inferior del trazo curvo, abierto. No se han encontrado inscripciones hechas exclusivamente con caracteres *unciales*; se usaron algunas veces mezclados con las *capitales*. La *D* se empleó en las fechas para representar el numeral quinientos, y a partir del siglo sexto también se usó en el texto. A fines del siglo sexto y principios del séptimo

se usaron la *E* y la *G*, lo mismo que la *L* y la *M*. A veces se enclavaban unas letras en otras, lo que se ve en los códices después del siglo octavo, mas no así en las monedas. En esa época se efectuó también la aparición de formas minúsculas, o con tendencia a la minúscula, en algunas inscripciones que se grabaron descuidadamente. La figura 120 reproduce la inscripción de una lápida que se encuentra en el Museo de Saint Germain de París, en la que destacan las letras minúsculas, *g* de *Pelleger* en la línea segunda, *t* de *esto* en la tercera, y *f* de *fecit* en la quinta.

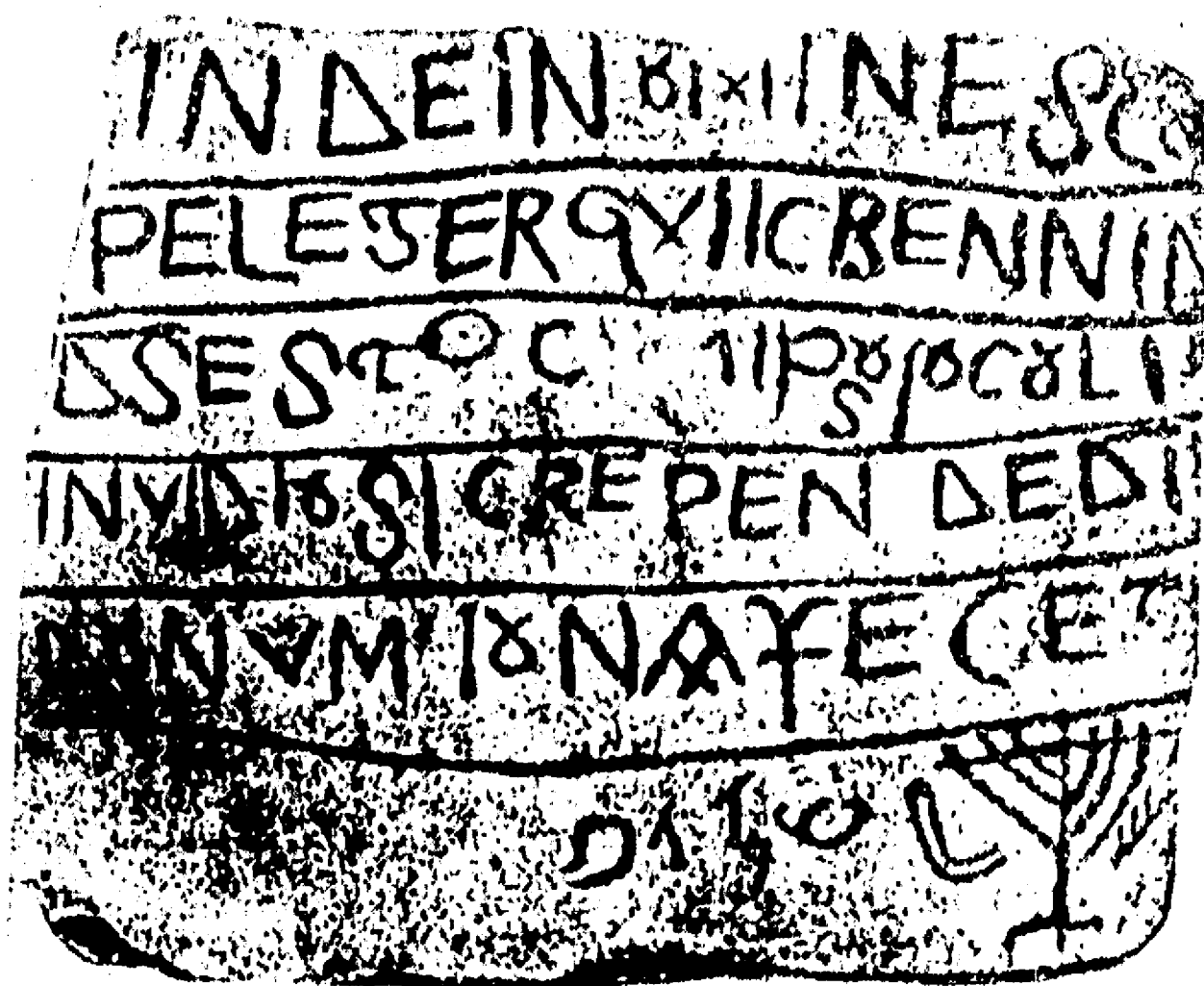


Fig. 120. Lápida visigótica del siglo octavo.

Las *mayúsculas* empleadas en los códices y documentos visigóticos, derivadas de las *capitales* y *unciales latinas*, afectan las mismas formas que las de las monedas y las lapidarias: la *A* en ocasiones sin el trazo transversal o con una línea horizontal sobre su ápice, o parecida a un *Y* invertida; la *M uncial* con sus arcos laterales muy altos; la *O* con un punto en medio; la *T* con el trazo de la izquierda vuelto hacia abajo; la *V* como una *A* invertida, y la *X* semejante a una *psi* griega. Los códices visigóticos tienen como características la mezcla

Ex corde. Ex corde
 anima. Ex corde uisceribus.
 Ex cordis precordiis. Ex cordis
 uisceribus. Ex eo quod in
 intellego. Ex eo quod sapio.
 Non alia ex eo quod nullo.
 quia uirtutem inquitte.
 Non plus alia. quia diuina
 uirtutem diligere.
 Non alia. quoniam et q
 disjuncta uindicare.
 Solus aduersus diuersitas.
 Solus profunacionibus et pro
 funacionibus euncatis.
 obuius existens. Solus
 conatu dicentibus uirtutem.
 Iamose uirtutis aduersus.
 In se agens. uirtutem in uirtu
 litem. quoniam pauca super
 ardu et. fuerit uirtutem et est
 uirtutis illi. quod et et regat
 salbandus. et in setu setore
 possidat uirtutem.

IBELIVS

DURENTE

SPAREANI

TRARTOSID

INTE INDE

ORDNESINAMP

INPTVS

do gratia

Fig. 121. Eseritura visigotica. Manuscrito De Virginitate Beatae Mariae.

de formas mayúsculas que se derivan de las *unciales*, y las de los títulos y epígrafes enclavadas. La figura 121 reproduce una página del manuscrito *De Virginitate Beatae Mariae*, de San Idefonso, que se encuentra en la Biblioteca de El Escorial, y que según se lee en el folio 132 fué terminado por el notario Juan, el año 954; en él pueden verse algunas de las características citadas.

Antes del siglo octavo sólo usaron los españoles como escritura fundamental para los libros la *uncial* y la *semiuncial*, cuyo progreso en la Península se sitúa a fines del siglo sexto. El mejor modelo que puede presentarse de esta clase de escritura es el palimpsesto de la Catedral de León, figura 122, descubierto en 1887 por Rudolf Beer, cuya

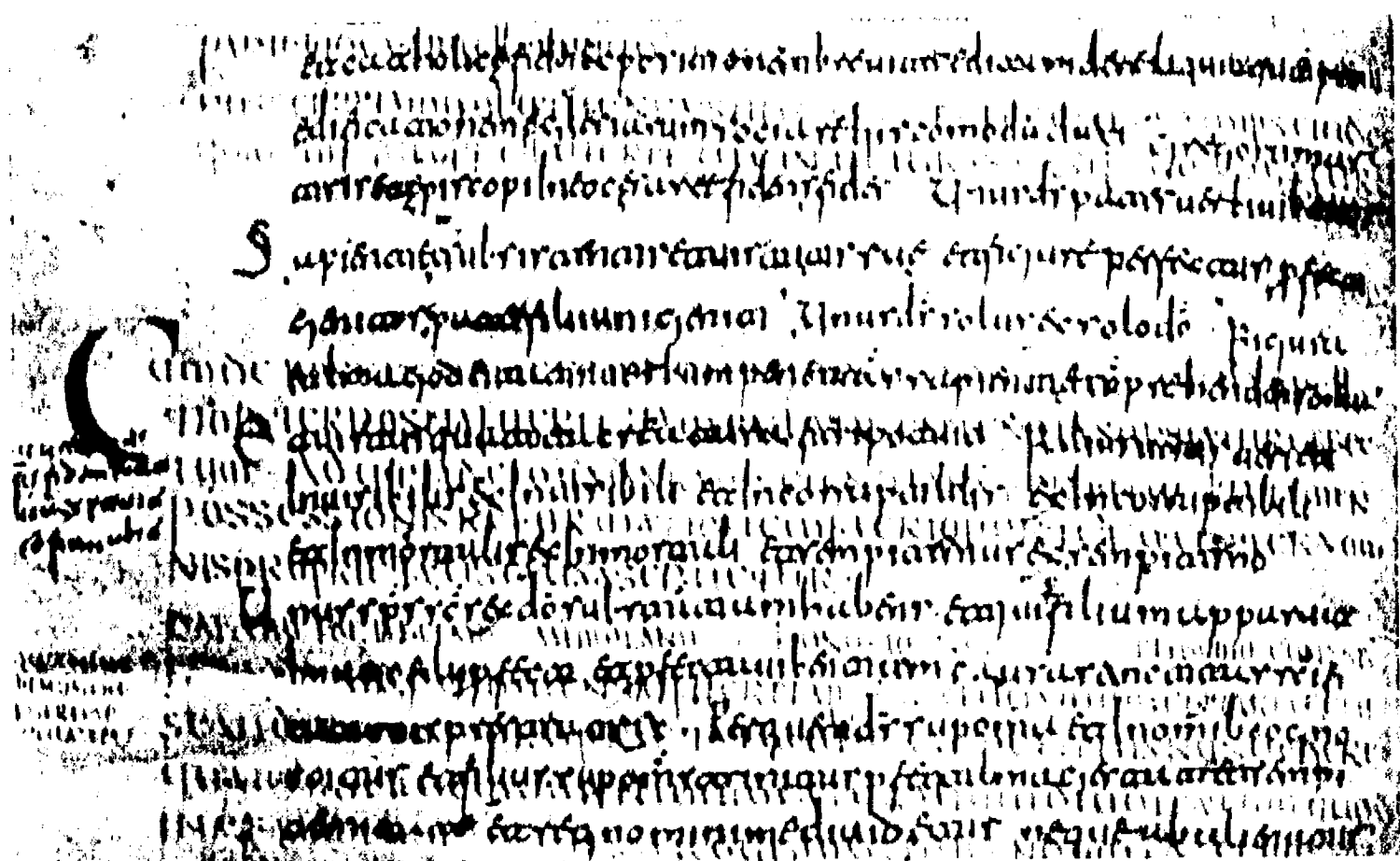


Fig. 122. Escrituras *uncial* y *semiuncial*. Palimpsesto de la Catedral de León.

parte *uncial* contiene la *Lex Romana Visigothorum* o "Código de Alarico", fué escrito a fines del siglo séptimo e incluye una ley promulgada en Toledo por Teudis, el 24 de noviembre de 546, disposición que no figura en ningún otro código de la "Lex"; presenta las abreviaturas típicas de los escritos hispanos, así como sus formas ortográficas; la parte *semiuncial* data del mismo siglo y contiene fragmentos de la *Biblia Itala*, escrita también en España. Son de citarse además como *unciales*: el código escorialense o *Coder Overtensis* que perteneció a la Iglesia Mayor de Oviedo, y contiene *De Natura Rerum* y algunos

otros tratados de San Isidoro, que por ciertas particularidades ortográficas se infiere fué escrito en Toledo o en Córdoba; las "Epístolas" de San Pablo, que se encuentran en la Biblioteca del Estado, en Munich, en las que se usó el trazo con punto superpuesto para la abreviatura de *m*; unos fragmentos del *Liber Testimonium* de Paterius, que está en la Biblioteca Nacional de París, data del siglo octavo y tiene una gran cantidad de abreviaturas típicamente españolas. Los *semiunciales* son: el códice que contiene las *Quaestiones in Vetus Testamentum*, de San Isidoro, que corresponde a los siglos séptimo y octavo, también tiene abreviaturas características, y se encuentra en la Biblioteca Municipal de Autun; el *Augustinus, In Psalmus*, de la Biblioteca Nacional de París, y el "Fuero Juzgo", de la Biblioteca del Vaticano, que es de fines del siglo séptimo o principios del octavo.

Entre las *minúsculas redondas o sentadas*, que se usaron especialmente en la escritura de los libros, tienen formas características: la *a* que se abre en su parte superior asemejándose a la *u*; *d*, *g*, *t* en ocasiones con forma *uncial*; *e* semejante a la *épsilon* griega; *i* prolongada hacia arriba o hacia abajo; *r* y *s* muy parecidas entre sí, y *z* con una especie de copete. Los nexos no ofrecen comúnmente dificultad para su interpretación.

Las abreviaturas típicas de la escritura visigótica son: la línea horizontal o un poco ondulada que se usó con valor general, y especialmente en substitución de *m* y *n* para la desinencia *um*, y para substituir a la sílaba *us* en algunos finales, y el punto que no se empleó solo, sino combinado con la línea. Se usaron también la cedilla, trazos oblicuos o verticales que cruzan algunas letras, y el punto y coma; a partir del siglo doce se emplearon las letras sobrepuestas como abreviaturas.

Durante el siglo décimo aparecieron en España varias escuelas caligráficas: la andaluza con sus letras pequeñas, anchas y de arcos bajos, representada por el códice *Toletanus* o *Hispalensis* de la "Biblia"; la toledana, descuidada, arcaizante, de trazos gruesos, que puede apreciarse en el códice *Vitae Patrum*, del año 902 y que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid; la leonesa, fina y elegante, como las letras de la "Biblia Legionense", del año 920, y finalmente, la castellana, esbelta, de trazos delgados y de letras más bien altas que anchas, que se ven en los códices de Florencio y sus discípulos, y en los conciliares, el "Vigiliano" del año 976, y el "Alberdense" del 993, que se encuentran en la Biblioteca de El Escorial.

En el siglo once se inicia la decadencia de la escritura *visigótica*, acentuándose en el doce, hasta que llegó a desaparecer debido a la influencia francesa que impuso la *carolingia*; a esto contribuyó también la supresión del rito gótico o mozárabe y el acuerdo tomado en un concilio que se reunió en León en 1090, por el que se prohibió el uso de la escritura *visigótica* para los libros litúrgicos; no fué muy fácil la substitución, ya que ésta se había empleado durante tantos años, mas la *carolingia* fué infiltrándose paulatinamente, llegando a ser exclusiva durante el siglo catorce. Sus características distintivas son: la regularidad de los trazos de sus letras derechas y uniformes, con tendencia algunas de ellas a la prolongación hacia arriba o hacia abajo; el aislamiento de los signos alfabéticos que no consienten nexos ni ligaduras, y el uso de letras sobrepuestas para abreviaturas. Como ejemplos de escritura *carolingia* del siglo décimo, pueden citarse: el *Liber Glossarum et Etimologiarum*, y las Biblias de Roda y Farfa; son del siglo once, *De Penitentia*, de San Isidoro; *Vita Canonica Aquisgranensis*, el *Libri Paralipomenon*, las "Homilias", de Beda, etc. La figura 123 reproduce una página del *Liber Testamentorum Sancti Pacundi*, que se encuentra en Madrid.

A fines del siglo doce empieza la transformación de la escritura que originó la letra llamada *gótica, escolástica, monacal* o *alemana* que con increíble velocidad se extendió por toda Europa. Esta tiene la tendencia de usar trazos rectos en vez de curvos, que forman ángulos agudos, lo que se manifiesta primero en la escritura del Monte Cassino. Se empleó en los países que usaban escritura latina, durante los siglos trece y catorce, y perduró hasta el dieciséis. Como códices españoles escritos con caracteres *góticos* a fines del siglo doce y principios del trece, son de citarse: la "Biblia" de San Isidoro, de 1162, que se encuentra en León; la "Exposición del Antiguo Testamento" por San Paterio, 1171, que está en El Escorial; el "Códice Calixtino" de 1173, que pertenece al Archivo de la Corona de Aragón; el "Breviario y Ritual de los Sacramentos", de 1187; las "Obras" de San Martín, que están en San Isidoro de León, y la "Regla" de San Agustín, de 1208, en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Durante el siglo trece, a consecuencia de la secularización del arte de escribir, los monarcas y particulares dieron gran protección a las artes del libro; Alfonso X el Sabio (1252-1284) fué uno de los principales propulsores de esta actividad, y los libros escritos para él tie-

Scriptura: Testamento de fr̄ de ceru de
Subdiuinauatis imp̄rio co adunacione.
ac eisdem iat̄osue q̄m̄iauat̄ regimine.
Nos om̄s p̄tr̄i. daniehl. gisclunūdu. a sm̄iaui-
nus. bassul. & michueli. p̄am̄os̄c̄ar̄y di an
illū & am̄ū p̄cauauibus & ayibile uariat̄
xp̄m̄ adiudiciū cū el̄c̄as sp̄pondim̄ om̄u
nū quicq̄d possid̄z & se uid̄m̄us relicuare
subdiuinauatis religione. si quidē locellum
n̄m̄ quod uociauna font̄e aūru. ut ayus.
uic̄as. mol̄aidiu. mobiliū. immobiliūq̄
si quid an p̄p̄rios nos̄ m̄a ipsos̄ cap̄ate
p̄o di amore sub̄regimine ip̄cauauis: da.
non uim̄ aliquā & āuquā. n̄a fiscalia
p̄am̄os̄c̄ar̄y d̄m̄a sed deficiū nos̄ ad hoc co-
uauib̄a amore. qualiā cunc̄as uat̄m̄os̄
n̄is uulauim̄ & p̄uasi criminib̄ ut xp̄i m̄re
unus adob̄uasi ifilis: Qua p̄p̄ non & a
dubiū uat̄ h̄m̄e m̄is̄ p̄e quēuā aliquid
adipisci. nisi homo p̄ hominē aȳ d̄ p̄o homi-
nibus: Ob̄ n̄m̄ h̄uic̄ el̄ajm̄ i p̄f̄ss̄one n̄u
fr̄m̄ ḡudiculuū p̄tr̄on̄ uat̄ nob̄ sia p̄c̄a.

Fig. 123. Escritura carolingia. Liber Testamentorum Sancti Facundi.

nen caracteres inconfundibles. La escritura para libros, comúnmente usada durante el siglo trece, como ya se dijo, fué la *gótica*, cuyos caracteres distintivos son: las formas arbitrarias de las mayúsculas que llevan elementos *capitales* y *unciales* y letras *minúsculas* agrandadas, dándose el caso de que en los títulos y rúbricas solamente aumentaron el tamaño de éstas y cambiaron el color de la tinta; en las *minúsculas* se nota la substitución de las líneas rectas y curvas por trazos cortados, lo que se puede ver especialmente en *i, m, n, u*; las que tenían trazos ovales o redondos, como *o, b, g, p, q* parecen como talladas en facetas, y todas las letras son más anchas que largas. Durante el siglo trece la *d* minúscula o alta desapareció completamente en algunos manuscritos, conservándose en otros sólo delante de la *i*; la *c* lleva en la parte superior una línea en forma de barra que se dirige horizontalmente de izquierda a derecha, por lo que puede confundirse con la *t*, que a veces pierde la parte izquierda de su travesaño; la *r* es de forma cuadrada; la *s* es larga o alta al principio o en medio de la palabra; la de doble curva sólo se encuentra al final. Las letras están trazadas con ligeros perfiles y cuando se hallan en contacto dos que tienen curvas opuestas tienden a fundirse en un solo rasgo, especialmente *bc, bo de, do, od, po, pc*, según se observa en los escritos de la segunda mitad del siglo trece. Abundan las abreviaturas usadas con gran libertad, el signo *per* puede emplearse para *par* y *por*, el de *us* se coloca a veces sobre el renglón, y el que indica la omisión de *m, n* y a veces el que se usa en todas las abreviaturas, se reducen a un punto grueso. Un buen ejemplo de la escritura gótica de la segunda mitad del siglo trece es el facsímile de parte de un folio de los "Libros del Saber de Astronomía", escrito para Alfonso X el Sabio, figura 124. Los libros hechos para este monarca tienen signos inconfundibles, tanto en el tipo de escritura como en la forma y adorno de las mayúsculas, y en la decoración. Son de señalarse, además del citado, las "Cantigas", la "Grande e General Estoria" y el "Libro de Ajedrez".

En el siglo trece se usaron también las letras de *privilegios* y *albaláes*, llamadas así porque se empleaban en la escritura de estos documentos; ambas derivaron de la *carolingia*; la primera era esquinada, sus trazos altos y bajos, curvos y prolongados, y muy recargada de adornos; la de *albaláes* era más menuda, con rasgos más cortos y unida por ligaduras. En la segunda mitad del siglo catorce se transformaron ambas en la *redonda* y la *cortesana*; la *redonda* derivó de la de *privilegios*, tenía trazos regulares de líneas gruesas y era algo parecida a

degenerando progresivamente, y en los últimos años del siglo quince se usó exclusivamente en las escribanías, acentuándose cada vez más la separación irregular de las palabras, los rasgos inútiles, el continuo ligado de la escritura, la poca fijeza en materia de abreviaturas y la confusión a que daba lugar la imperfecta figura de las letras, algunas de las cuales como *b*, *c*, *e*, *l*, *s* tenían con frecuencia la misma forma; en el siglo dieciséis se siguió usando por los notarios, empeorando más la forma de los caracteres por el ligado continuo de la escritura, lo que originó la letra llamada *encadenada*, a causa de la sucesión no interrumpida de sus trazos.

En el siglo dieciocho la escritura *itálica*, que se había conservado en Aragón, tomó un carácter peculiar, resultando así la *bastarda española*, que aun hoy se usa con ligeras modificaciones. La figura 125 muestra los tipos de letras empleados en España durante los siglos trece al diecisiete.

En la grafía del español, como derivada de la latina, la mayoría

MAYUSCULAS	MINUSCULAS			MAYUSCULAS	MINUSCULAS		
	SIGLOS XIII AL XV	SIGLO XIII	SIGLO XIV		SIGLOS XV Y XVI	SIGLO XVI	SIGLO XVII
A A A A A	a a a a	aa a a a	aa a a a	u u u u u	a a a a a a a	a	a
B	b	b b b	b a b b	B B	b b b b b	b	b
C C C	c c	c c c	c r c	C C	c c c c c c	c c c c	c
D D D	d s d d	d s s s s s	s s s s s	D s D	d s s s s s	d s s s s d	d
E E E F G H I J	e e e	e r e	e e e e	E E C E	e e e e e a	e e e e	e
F F F	f f f f	f f f f	f f f f	f f f	f f f	f f	f
G G G	g g g	g g g g	g g g	G G G	g g g	g g	g
h h h h	h h h	h h h	h h h h	H H H H	h h h h	h h h	h
I J	i i	i i i	i i i	I J J I J	i j j j	i j	i
K	k	k	k	K	k k k	k k k	k
L	l l l	l l e	l e e e	L L L	l e e l l e	l e e l	l
M	m m	m m	m	M M	m m	m	m
N H H H N	n n n	n n	n	N N N	n n	n n n	n
O	o	o	o u	O	o u e	o e u	o
P P P	p p p	p p p p	p p p	P P	p p p p	p p	p
Q	q	q q	q q	Q	q q q q	q q	q
R R R R R R R	r r r r	r r r r r	r r r r r	R R R R R	r r r r r r r	r r r r	r
S S S S S	s s s s s	s s s s s s	s s s s s e	S S S	s s s s s s s	s s s s	s
T	t	t e t	t r t	T T	t r t e t r	t e t r t	t
U	u u	u	u u	U U	u u u	u	u
V	v	v ~ v	~ ~ v	V V	v v	v v	v
X	x x	x x	x x x x	X X X	x x x	x x x	x
Y	y	y u y	y u y u	Y Y	y y y y	y	y
Z	z z	z z	z z	Z Z	z z z	z z z	z

Fig. 125. Alfabetos españoles de los siglos quince al diecisiete.

de los sonidos permanecieron iguales a los del latín y los escribas los representaron con los mismos signos que usaban para la lengua clásica. Aparecieron sonidos nuevos extraños al latín, debidos a la formación de diptongos por el desdoblamiento de la *e* y la *o* breves, y a la creación de consonantes palatales que no existían en el latín clásico y que nacieron por la activa influencia de la *god*. Después de que se desarrollaron estos elementos fonéticos, hubo necesidad de escribir la lengua moderna que el pueblo hablaba y se planteó el problema de cómo representar los sonidos diferentes a los del latín, que era el usado entonces: los diptongos fueron representados por la suma de dos vocales, y para las consonantes hubo de crearse una ortografía especial, y así nacieron más grafías que aumentaron el número de signos alfabéticos a veintiocho, de los que son veinticinco sencillos y tres dobles.

En el latín clásico existían diez vocales: *a, e, i, o, u* breves, y *a, e, i, o, u* largas; estas últimas se pronunciaban en doble espacio de tiempo que las breves. En el latín vulgar las vocales no se distinguían por su duración o tiempo, sino por diferencias de timbre, según se pronunciaran con mayor o menor abertura entre la lengua y el paladar. La analogía de algunas de ellas hizo que se redujeran a siete, pues se confundieron la *a* abierta y la *a* cerrada en un mismo sonido; la *i* abierta o breve se volvió *e* cerrada, y la *u* abierta o breve, *o* cerrada. La evolución de estas siete vocales en las cinco del castellano se efectuó según fuesen acentuadas o inacentuadas; las acentuadas se conservan siempre porque el acento, elemento esencial de la palabra, les da estabilidad permanente, exceptuándose la *e* y la *o* abiertas que, como se ha dicho, se diptongaron; así tenemos:

LATIN CLASICO	LATIN VULGAR	CASTELLANO	EJEMPLOS	
A breve y A larga	A	A	matre	madre
E breve	E abierta	IE	annus	año
E larga e I breve	E cerrada	E	bene	bien
I larga	I	I	plenus	lleno
O breve	O abierta	UE	times	temes
O larga y U breve	O cerrada	O	vitis	vid
U larga	U	U	bonus	bueno
			bucca	boca
			totus	todo
			cupa	cuba

Las diferencias que son escasas en la grafía de las vocales, son más notables en las consonantes palatales, constituyendo una ortografía especial que rigió en los principios del idioma, cambiando en el siglo trece cuando se adoptó la de Alfonso X el Sabio, que es casi la misma que la de Nebrija y la de la época clásica.

Una de las características del sistema ortográfico antiguo fué la *g* con valor de *Y* o de *J*, que no sólo es arcaica sino primitiva, ya que proviene del latín vulgar en el que la *g* antes de *e*, *i* tenía ese sonido y a veces también ante *a*, *o* y *u*. Esta grafía se usó antiguamente en varias lenguas romances y se extendió mucho en el español primitivo, en el que se hallan con frecuencia *get* junto a *jet* o *iet* en lugar de *yct*; unas veces se encuentra el signo doble *ig* o *gi*, significando *Y* o *J*; en ese caso el sonido *y* va contiguo a una consonante o al final, y en otras *gi* es intervocálico. La *j* inicial tenía también el valor de *Y* africada las grafías para la *Y* eran *j* e *ih*, pero, como se ha dicho, el uso de *g* y de *ig* con valor de *Y* o de *J*, fué la base principal de la antigua grafía.

El sonido de la *n* palatalizada \tilde{N} se representó de varios modos, por *ni* en todas las regiones españolas, y en menor grado por la inversión *in*; *ng* se usó en los lugares sometidos a los musulmanes, lo mismo que *gn*, que se emplearon también en Cataluña y Aragón, donde hubo más indecisión, pues aparecieron otras combinaciones más raras: *nig*, *ing* que contendieron con *in* y *ni*, y después *ny* e *yn* hasta que se impuso *nn*; *ng* se empleó muy poco en Castilla, no se encuentra en León y rara vez en el resto de España; aunque tiene un fundamento latino, fué muy común en otras lenguas románicas, especialmente en la provenzal, la francesa y la italiana. Otra manera de representar la \tilde{N} viene de la interpretación hispánica de *nn* latina, usada en leonés, en navarro-aragonés y en catalán, pero sobre todo en castellano en el que se abrevió con la línea sobre la *N* (\tilde{n}), naciendo así la \tilde{N} moderna; en Castilla se usó también *ni* y la grafía simplificada *n*, pero se impuso la \tilde{n} .

La representación de la palatal *ll* se hizo por medio de la grafía latina *li*, muy extendida en León para casos derivados de *cl*. En Aragón y Cataluña hubo gran indecisión entre *li*, *il*, *lg*, *gl* con sus variantes *lig*, *llg* y *ll*; después se generalizaron en Aragón, al lado de *ll*, las grafías *ly*, y *kl*, *yll*; el uso de *gl* no se extendió mucho, pero dominó la combinación *gli* y también *ig*. En el oriente de España se usaron las grafías *lg* y *ng*, que se emplearon en otras lenguas romances; se usó asimismo *ill* que fué preponderante en francés; otras veces se encuentra *lli* y con menos frecuencia *llg*. No hay en español la grafía *lh* que en el

siglo trece adoptó la literatura portuguesa tomada del provenzal. La interpretación hispánica de la *H* latina impuso en toda la Península la grafía *H*, al lado de la cual fué usada también la *l*.

Al evolucionar la *x* latina en la *X* castellana conservó su grafía *x* en los casos en que la palabra la tenía por origen, extendiéndose también a voces que no la tenían, preponderando sobre todo a partir del siglo doce; algunas veces se usó *ix*, ya sea como sonido desarrollado de la *c* en el grupo *ks* latino o solamente como expresión de la palatalidad de *x*; se empleó también la grafía *se* que es etimológica, y se difundió tanto como la *x*, pues fué usada no sólo en Aragón, Cataluña y León, sino también en Portugal; parece ser grafía del habla vulgar, pues no se empleó en los códices visigóticos. En ocasiones se usaron *isc* y *sci*, de la misma manera que *ss*, *s* y el grupo *is*; otras grafías poco usadas son *sz*, *c*, *z* y *ch*; predominando finalmente la *x*.

Las grafías del sonido de la *J* antigua castellana, semejante a la francesa, se encuentran exclusivamente en los documentos de Castilla, donde aparecen como derivadas de los grupos latinos *li*, *el*, *gl*, que en Aragón equivalen a *H*. En la región castellana se extendió la grafía etimológica *li* o *lli*, encontrándose también su equivalente *lg*; durante el siglo doce abundan mucho la *g* y la *i* confundidas; en el trece y el catorce las dominantes fueron *i*, *j*; a causa de que *g* e *i* servían indistintamente para indicar este sonido antiguo de la *J* y el de la *Y*, se hizo una distinción usando para la primera el doble signo *gg*; en algunos casos se encuentra *gi*, *ig*, *ggi*, y también *gh* o *ih*; más tarde, quizá por influencia francesa, se usó *ch*. La grafía *g* con valor de *Y*, como se ha visto, no era usual en Castilla; por lo tanto, su empleo para la *J* antigua en los documentos castellanos muestra claramente el propósito de distinguir los dos sonidos *Y* y *J*. Respecto a las grafías *gi*, *ij*, *ih*, se usaron más en el caso de *J* que en el de *Y*, lo que puede tomarse como intentos de distinción de estos dos sonidos, y se revela más claramente en la grafía *gg* y quizá también en *ch* y *gh*. En León se usó *hg*.

Para la representación gráfica de la *Ch* se empleó el signo *g*, que también sirvió para la *J* antigua y para la *Y* que en algunos casos debió de sonar *che*; con menos frecuencia se usó la *i* con valor de *Ch*, confundiendo la grafía de la *J* antigua y la de *Ch*; también se confundió con *gg* y con *ih*, pero en muy pocos casos, y en León se confundió con el de *X*. A fines del siglo once se intentó usar la grafía *ch* tomada quizá de los franceses que la emplearon muy al principio, pero apareció tarde en Castilla. Hubo otras grafías para representar la *Ch* que no se difun-

dieron mucho, *ce, cr, cri, cji y chi*. Es de notarse que las grafías confusas, usadas para *Ch*, coincidieron más con las empleadas para *Y* y *J* antigua que con las de *X*, a pesar de que la *Ch* es sorda como la *X*, y no sonora como *Y* y *J* antigua; esto quizá dependió de que *X* era meramente fricativa y debía de tener variedades africadas; quiere decir, sonido compuesto de *dj*, más próximo por su oclusión inicial al sonido africado de *Ch*, compuesto de *tr*. La grafía *ch* se sobrepuso al fin a las otras.

La palatalización románica se complica también en el sonido moderno de la *Z* interdental sorda y su correspondiente sonoro usado en la lengua antigua y hoy perdido. En la ortografía alfonsina y nebriense se escribieron *c* y *z*, respectivamente. En el primer período hubo una gran desviación del latín, con la tendencia de escribir *z* en todos los casos de *Z* palatalizada por irante *e, i* o en la combinación *tia, tio*. En la escritura visigótica, como se dijo, la *z* tomaba a veces en su trazo superior un copete en figura de *c*, el cual en ocasiones bajaba sobre el renglón haciendo descender a la *z* bajo éste; mas los escribas visigóticos no emplearon las letras *z* y *c* para distinguir el sonido sordo *ce, ci* inicial o del grupo de consonantes *see, nec* del sonido procedente de las intervocálicas *ce, ci, tia, tio*, sino que para ellos eran dos modos de escribir la *Z*. Cuando se introdujo la letra carolingia se siguió usando con ella la $\frac{c}{z}$ visigótica hasta mediados del siglo trece, pero progresivamente la *z* fué perdiendo su significación hasta quedar reducida a un apéndice o rasgo bajo la *c*, una verdadera cedilla. En la segunda mitad del mismo siglo se inicia la cedilla *ç*, generalizándose a fines de éste y empezándose a usar exclusivamente para el sonido sordo, diferenciándose de la *Z* sonora; la *ç* se usó también en Francia y en Italia. Durante el período primitivo hubo tendencia a distinguir el sonido sordo y el sonoro, pero la distinción no se fundó en los signos *z* y *c* sino en otros, usándose *c, ce, sz* y *sc* para el sordo.

Fuera de los sonidos palatales, son pocas las observaciones que hay que hacer sobre la grafía primitiva; entre otras son de citarse la *s* sorda y la sonora que se confunden mucho y la *b* y la *u* en las que sucede lo mismo.

En resumen, la grafía de los siglos décimo y once se caracteriza por sus grandes confusiones, sobre todo las de los sonidos sordos con los sonoros correspondientes, pero a pesar de tanta incertidumbre ortográfica se precisaron claramente ciertas normas dominantes que se extendieron por toda España o por la mayor parte de su territorio. La difusión de las grafías distintas de las latinas, indica lo generalizada

que estuvo la costumbre de escribir una lengua diferente del latín clásico o escolástico, pues se pudo imponer en vastos territorios cierta uniformidad gráfica. Realmente, la grafía primitiva fué menos irregular en los restos que quedaron de la lengua antigua que lo que parece a primera vista, ya que contenía en sí los elementos que produjeron la precisa y sencilla ortografía de la época de Alfonso X el Sabio, tan admirablemente fonética, y la aun más admirable ortografía española moderna, fruto de larga práctica y de lenta selección llevada al cabo en los siglos anteriores. Y cuando el castellano conformó las grafías y los sonidos de su alfabeto, hizo presente de él a la virgen América, haciéndola partícipe de la herencia que recibiera de la Roma grande y eterna; de ese modo llegaron a nosotros las veintiocho letras siguientes, cuyos nombre y grafía no se alejan mucho de su raíz de origen.

- A. Primera letra del alfabeto español y primera de sus vocales. *Alef* fenicia, *Alpha* griega, *a* latina. Es la primera de casi todos los alfabetos.
- B. *Be*. Primera de las consonantes y segunda de la mayor parte de los alfabetos antiguos y modernos. *Beth* fenicia, *beta* griega, *be* latina.
- C. *Ce*. *Gimel* fenicia, *gamma* griega, *ce* latina. Suena fuerte antes de *a*, *o*, *u* y suave antes de *e*, *i*. Hasta mediados del siglo tercero antes de Jesucristo se usó este signo también para *G* latina.
- Ch. *Che*. Peculiar del español, comenzó a usarse como letra doble y separa a principios del siglo diecinueve.
- D. *De*. Se encuentra en casi todos los alfabetos. *Daleth* fenicia, *delta* griega, *de* latina.
- E. Segunda de las vocales. *He* fenicia, *épsilon* o *eta* griega, según sea breve o larga.
- F. *Efe*. *Vau* fenicia, antigua digamma griega que tenía el sonido de *f* o *v* y ocupaba el sexto lugar del alfabeto; después pasó al vigésimoprimer con el nombre de *phi*; se añadió al alfabeto en tiempo de la guerra de Troya; *Ej* latina que se escribía también *ph*, subsistiendo en español hasta 1803 en que la Academia sólo permitió que se escribiera *f*.
- G. *Ge*. En español suena suave antes de *a*, *o*, *u* y gutural fuerte antes de *e*, *i*. Los latinos emplearon *C* por *G* hasta el siglo tercero antes de Jesucristo. Según Plutarco, un liberto de Espurio Carvilio le añadió la tilde horizontal y la colocó en séptimo lugar en vez de la *Z*.

- H. *Hache*: Antiguamente, cuando iba antepuesta a las vocales, se pronunciaba cerrando un poco la garganta, aproximando la lengua al paladar y aspirando suavemente; hoy ha perdido ese sonido y se escribe solamente para conservar la etimología. *Cheth* fenicia, *eta* griega con diferente sonido, que apareció en tiempo de la guerra de Troya; *ha* en latín que se introdujo en su alfabeto en el siglo séptimo de Roma.
- I. Tercera de las vocales. *Yod* fenicia, *iota* griega. Se usó en la antigüedad como *j* y como *ll*. En el siglo dieciséis se empezó a expresar por medio de *j*, toda *i* que tenía valor de consonante, y por medio de *i* la que era vocal; en el catorce se introdujo la práctica de poner un punto sobre la *i* para denotar que era vocal, y una coma abajo para figurar la pronunciación fuerte de la misma y estos dos signos vinieron a formar la *j*.
- J. *Jota*. La misma *iota* griega, *iota* latina, en español antiguo *iota* o *ijota*. La Real Academia Española dice que durante la dominación árabe en España se introdujo el sonido gutural fuerte de la *j*.
- K. *Ka*, *Kaph* fenicia, *kappa* griega, *ka* latina, que se usó, según Salustio, desde el siglo primero antes de Jesucristo y que la introdujo en el alfabeto un hombre llamado Savio.
- L. *Ele*, *Lamed* fenicia, *lambda* griega, *le* latina.
- LL. *Elle*. Como sonido radical no existe en ninguna de las lenguas madres. La Academia Española la aceptó como letra separada en 1803.
- M. *Eme*, *Mem* fenicia, *mu* o *my* griega, *em* latina.
- N. *Enc*, *Nun* fenicia, *nu* o *ny* griega, *en* latina. En la escritura antigua, para abreviar, se suplía esta letra con una tilde horizontal puesta sobre la vocal anterior.
- Ñ. *Eñe*. Grafía especial del español figurada por *nn* en latín y por *nh*, *ny*, *ng* en otros idiomas neolatinos.
- O. Cuarta de las vocales. *Ayin* fenicia, *ómicron* y *omega* griegas.
- P. *Pe*, *Pe* fenicia, *pi* griega, *pe* latina.
- Q. *Qu*, *Q'oph* fenicia, *cu* latina. En latín siempre se usaba la *q* seguida de un *u*, lo que se hace también en español, suprimiéndose en la pronunciación. Del latín pasó al español la costumbre de escribir las

sílabas *qua, que, cui, quo* con *q*, pero en 1803 le dió la Academia su valor actual.

- R. *Ere*, con sonido de *erre* al principio de palabra y después de *l, m, n, s, z*. *Resh* fenicia, *rho* griega, *er* latina. Algunos autores latinos, como Pomponio, dicen que Apio Claudio Ceso la introdujo en el alfabeto latino, otros creen que L. Papino Cravo, y Monlau dice que Claudio Cintiniano.
- S. *Ese*. *Shin* fenicia, *sigma* griega, *es* latina. Como se ha dicho, la identificación de las sibilantes fué un problema respecto a la transmisión del alfabeto fenicio a los griegos. La letra llamada *san* por los dorios, que desapareció después en el alfabeto griego, se identificó por algunos con la *tsade* fenicia.
- T. *Te*. *Tau* fenicia y última letra de su *alefabeto* o alfabeto, *tau* griega, *te* latina.
- U. Quinta de las vocales. *Vau* fenicia, *úpsilon* griega. Antiguamente se confundía en la escritura con la *e*.
- V. *Ve*. *Vau* fenicia que equivalió en la antigüedad a la *f*, correspondió a la *digamma* griega y después a la *úpsilon*; *u* latina, que fué usada indistintamente como *u* y *v*; sin embargo, se empleaba siempre *v* en principio de palabra. En los primeros años del siglo dieciséis, Mucio Félix escribió el primer libro latino en el que se distinguió el valor de la *v* y el de la *u*. En español también se confundió con la *u*.
- X. *Equis*. *Samekh* fenicia, en cuyo alfabeto era la décimoquinta; *chi* griega, *ie* latina que tenía en la antigüedad el último lugar en el alfabeto, por lo que Quintiliano la llamó *ultima nostrarum*.
- Y. *Ye*, antes *i* griega. *Yod* fenicia, *úpsilon* griega, *i pythagorica* latina que Pitágoras añadió más tarde al alfabeto.
- Z. *Zeta* o *zedu*. Última de nuestro alfabeto. *Zayin* fenicia que ocupaba el séptimo lugar en el suyo, *zeta* griega que estaba en el sexto, *zed* latina, que, según Plinio, fué introducida por Palamedes durante la guerra de Troya.

CONCLUSIONES

Se ha visto cómo en el curso del tiempo, los sistemas de escritura silábica creados por diversos pueblos del Oriente, se unieron y se simplificaron para transformarse en signos alfabéticos que representaron los sonidos consonantes y más tarde los vocálicos. El nacimiento del alfabeto fué el paso final y más importante de la historia de la escritura, ya que debido a la facilidad de su adaptación, sus sencillos caracteres conquistaron al mundo, pues aunque entre los usados en diversas partes haya diferencias aparentes, todos revelan por su forma externa, su estructura interna, o por ambas, que tuvieron principio en la pequeña área que abarca el Mediterráneo Oriental.

Considerando el progreso de estos signos se puede deducir:

Que el alfabeto es fruto de la inteligencia, la inventiva y el trabajo de varios pueblos y generaciones, que durante una no interrumpida cadena de siglos lo elaboraron para nosotros.

Que la idea de una escritura formada por signos que representaban las consonantes derivó de las escrituras silábicas usadas en la región oriental del Mediterráneo.

Que fueron los semitas, esa raza nómada y casi sin patria, los que en el cautiverio y en sus continuos viajes, recogieron y simplificaron los signos gráficos que sirvieron de base a los nuestros.

Que fué la pequeña tierra de los fenicios, el lugar de donde los signos consonantes reducidos a veintidós, salieron para ser difundidos por esos incansables viajeros, comerciantes y conquistadores.

Que los signos llegaron a Grecia, donde nacieron las vocales, formando varios alfabetos que se fundieron en uno solo, perfeccionado por el genio griego, forjador de los lineamientos de nuestra actual civilización.

Que fué el latino un alfabeto tan maravillosamente balanceado fonética y gráficamente que se ha podido usar no sólo por los pueblos latinos, sino para representar gráficamente los sonidos de las lenguas ajenas a la latina, y que ha llegado a ser el alfabeto del mundo moderno.

Que Roma dió a España un alfabeto y un idioma y que ésta imprimió en ellos una personalidad lingüística, añadiendo nuevas grafías al primero y creando una lengua clara, sencilla y admirablemente fonética.

OBRAS CONSULTADAS

- ALARCOS, LLORACH, EMILIO. *Fonología española*. Madrid, Ed. Gredos, 1950.
- ALBARRAN GIL, LUIS. *Breve historia de la lengua española*. Santander, Sal Terrac, 1942.
- ALEMANY Y BOLUFER, JOSE. *Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana*; 6ª ed. Madrid, Tip. de Archivos, 1928.
- ALTAMIRA, RAFAEL. *Manual de historia de España*. Madrid, Aguilar, 1934.
- BERGER, PHILIPPE. *Histoire de l'écriture dans l'antiquité*. Paris, Imprimerie Nationale, 1891.
- BIBLIA. *La Sagrada Biblia traducida al español de la Vulgata latina y anotada...* por el Ilmo. Sr. don Felipe Scio de San Miguel. Barcelona, A. Pons y Cía., 1843-45. 6v.
- BODMER, FREDERICK. *The loom of language*. New York, W. W. Norton and Co. (c1944).
- BOSCH GIMPERA, PEDRO. *Historia de Oriente*. Barcelona, Gili. 1927-28. 2v.
- BOSCH GIMPERA, PEDRO. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. México, Imp. Universitaria, 1944.
- BURCKHARDT, JAKOB. *Historia de la cultura griega*. Madrid, Revista de Occidente, 1935.
- BUTIN, ROMAIN F. *The protosinaitic inscriptions*. (En *The Harvard theological revue*, v. 25, p. 130-203). Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1932.
- CAPART, JEAN. *Quelques découvertes récents relatives a l'histoire de l'alphabet*. (En *Académie royale de Belgique, Classe des lettres et des sciences morales et politiques. Bulletin*, p. 408-21). Bruxelles, Lamertin, 1920.
- CARPENTER, RHYS. *The antiquity of the Greek alphabet*. (En *American Journal of Archaeology*, v. 37, p. 8-29). Concord, N. H., Archaeological Institute of America, 1833.
- CAVADA, FRANCISCO J. *Breve tratado de filología castellana*. Santiago, Ed. Nascimento, 1930.
- CEJADOR Y FRAUCA, JULIO. *Gramática griega, según el sistema histórico-comparado*. Barcelona, Imp. de Henrich y Cía., 1900.
- CLODD, EDWARD. *The story of the alphabet*. New York, Appleton Century, 1938.
- CHAPOT, VICTOR. *El mundo romano*. Barcelona, Cervantes, 1928. (La evolución de la humanidad, v. 22.)
- DIAZ-RUBIO Y CARMENA, MANUEL. *Primera gramática española razonada*. Madrid, Bailly-Bailliére e hijos, 1897. v. 2.

- DIRINGER, DAVID. L'alfabeto nella storia della civiltá. Firenze, S. A. G. Barbera, 1937.
- DIRINGER, DAVID. The alphabet, a key to the history of mankind. London, Hutchinson's Scientific and Technical Publications, 1949.
- FAULMANN, CARL. Das Buch der Schrift enthaltend die Schriften and Alphabete. Wien, K. K. Hof-und Staatsdruckerei, 1878.
- FEVRIER, JAMES G. Histoire de l'écriture. Paris, Payot, 1948.
- GARDINER, ALAN H. The Egyptian origin of the semitic alphabet. (En The Journal of Egyptian Archaeology, v. 3, p. 1-16), London, The Egypt Exploration Fund, 1916.
- GARDINER, ALAN H. The Sinai script and origin of the alphabet. (En Palestine Exploration Fund. Quarterly Statement. p. 48-55). London, The fund office, 1925.
- GELB, I. J. A study of writing; the foundations of grammatology. London, Routledge and Kegan Paul, Ltd. 1952.
- GRENIER, ALBERT. El genio romano en la religión, en el pensamiento y en el arte. Barcelona, Ed. Cervantes, 1927. (La evolución de la humanidad, v. 17.)
- GRIFFITH, C. L. T. The story of letters and numbers. London, Paul Trench, Trübner and Co., 1939.
- HALL, F. W. A companion to classical texts. Oxford, Clarendon Press, 1913.
- HANSEN, FRIEDRICH. Gramática histórica de la lengua castellana. Halle A. S., Max Niemeyer, 1913.
- HELPS TO THE STUDY OF THE BIBLE. Oxford, University Press (s. f.).
- HUNGER, J. y LAMER, H. La civilización del Oriente antiguo. Barcelona, Gili, 1924.
- ILIN, M. Black on white, the story of books. Philadelphia, Lippincott, 1932.
- JOUGET, PIERRE, et autres. Les premières civilisations. Paris, Presses Universitaires de France, 1950.
- JUNG, LEO. The Jewish library, second series, New York, Bloch, 1930.
- KIRCHHOFF, JOHANN WILHELM ADOLF. Studien zur Geschichte des Griechischen Alphabets. 3e auf. Berlin, Dümmler, 1877.
- KRETSCHMER, P. Introducción a la lingüística griega y latina. Madrid, Inst. Nebrija, 1946.
- LAMER, H. La civilización griega. Barcelona, Gili, 1924.
- LAMER, H. La civilización romana. Barcelona, Gili, 1924.
- LAPESA, RAFAEL. Historia de la lengua española; 2ª ed. Madrid, Esecelicer (s. f.).
- LAURAND, L. Manual de los estudios griegos y latinos. Madrid, Daniel Jorro, 1920-21. 2v.
- LODS, ADOLPHE. Israel desde los orígenes a mediados del siglo VIII a. de J. C. Barcelona. Cervantes, 1421. (La evolución de la humanidad, V. 27.)
- Mac ALISTER, ROBERT A. S. A history of civilization in Palestine. Cambridge, University Press, 1912.
- McCOWN, CHESTER CHARTON. The ladder of progress in Palestine, a story or archaeological adventure. New York, Harper (c1943).
- McMURTRIE, DOUGLAS C. The book, the story of printing and bookmaking. New York, Covici Friedi, 1937.
- MASON, WILLIAM A. A history of the art of writing. New York, Macmillan, 1920.
- MASPERO, GASTON. Histoire ancienne des peuples de l'Orient, 7 éme. éd. Paris, Hachette, 1905.

- MATEOS, AGUSTIN. Etimologías latinas del español. México, Ed. Esfinge, 1945.
- MEILLET, A. Aperçu d'une histoire de la langue Grecque; 2ª ed. Paris, Hachette, 1920.
- MENENDEZ PIDAL, RAMON, ed. Historia de España. t. 3. España visigoda. Madrid, Espasa-Calpe, 1940.
- MENENDEZ PIDAL, RAMON. Manual de gramática histórica española; 6ª ed. Madrid, Espasa-Calpe, 1941.
- MENENDEZ PIDAL, RAMON. Orígenes del español, estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI; 2ª ed. Madrid, Hernando, 1929.
- MILLARES CARLO, AGUSTIN. Nuevos estudios de paleografía española. México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- MILLARES CARLO, AGUSTIN. Paleografía española; ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII. Barcelona, Ed. Labor, 1929. 2v. (Colección Labor, Nos. 192-94.)
- MORET, A. y Davy, G. De los clanes a los imperios, la organización social entre los primitivos y el Oriente antiguo. Barcelona, Ed. Cervantes, 1925. (La evolución de la humanidad, v. 6.)
- OLIVER ASIN, JAIME. Iniciación al estudio de la historia de la lengua española; 3ª ed. Zaragoza, Ed. "Heraldo de Aragón", 1939.
- OLMSTEAD, ALBERT TEM EYCK. History of Palestine and Syria to the Macedonian conquest. New York, Scribner, 1931.
- ONCKEN, WILHELM y PIETSCHMANN, RICHARD. Historia de los fenicios. Buenos Aires, Ed. Impulso, 1944.
- PADILLA, SALVADOR. Gramática histórico-crítica de la lengua española. Madrid, Sáenz de Jubera, hermanos, 1929.
- PETERS, JOHN P. Notes on recent theories of the origin of the alphabet. (En Journal of the American Oriental Society, v. 22, p. 177-98). New Haven, Conn., The American oriental society, 1901.
- PETRAU, ALFRED. Schrift und Schriften im Leben der Völker. Essen, Essener Verlag-sanstalt, 1944.
- PETRIE, SIR WILLIAM MATTHEW FLINDERS. The formation of the alphabet. London, Macmillan, 1912.
- PRAETORIUS, FRANZ. The origin of the Canaanite alphabet. (En Smithsonian Institution. Annual report, 1907, p. 595-604). Washington, Govt. Print. Off., 1908.
- RAMOS DUARTE, FELIX. Tratado de lenguaje castellano. México, Imp. de E. Dublán, 1896.
- RELAÑO, EMILIO y ALFREDO. Historia gráfica de la escritura. Madrid, Tall. Graf. Montaña, 1949.
- REYNOLDS, HENRY JAMES. The World's oldest writings. Chicago, The Antiquities Corporation (c1938).
- ROUGE, EMMANUEL DE. Mémoire sur l'origine égyptienne de l'alphabet phénicien. Paris, Imp. Nationale, 1874.
- SAUSSURE, FERDINAND DE. Curso de lingüística general. Buenos Aires, Ed. Losada (c1945).
- SAYCE, A. H. The origin of the Phoenician alphabet. (En: Society of Biblical Archaeology. Proceedings. v. 32, p. 215-22, nov. 9, 1910. London, The Society, 1910.

- SPRENGLING, MARTIN. The alphabet, its rise and development from the Sinai inscriptions. Chicago, Univ. of Chicago Press (c.1931). (Oriental Institute Communications, Núm. 12.)
- TAYLOR, ISAAC. The alphabet, an account of the origin and development of letters. London, Paul Trench and Co., 1883, 2v.
- THOMPSON, SAMUEL WINFIELD. The A B C of our alphabet. London, The Studio Publications, 1942.
- TORRES Y GOMEZ, ENRIQUE. Gramática histórico-comparada de la lengua castellana. Madrid, Sáenz de Jubera, Hnos. 1899.
- TORREY, CHARLES C. The Airam inscription of Byblos. (En: Journal of American Oriental Society, v. 45, p. 269-79). New Haven, Conn., The American Oriental Society, 1925.
- ULLMAN, BERTHOLD LOUIS. Ancient writing and its influence. New York, Longmans, 1932.
- ULLMAN, BERTHOLD LOUIS. How old is the Greek alphabet? (En: American journal of archaeology, v. 38, p. 359-81). Concord, N. H., Archaeological Institute of America, 1934.
- ULLMAN, BERTHOLD LOUIS. The origin and development of the alphabet. (En American journal of archaeology, 2d. ser. v. 31, p. 311-28). Concord, Archaeological Institute of America, 1927.
- VAN HOESEN, HENRY BARTLETT and WALTER, FRANK KELLER. Bibliography practical, enumerative, historical. New York, Scribner, 1937.
- VENDRYES, J. El lenguaje, introducción lingüística a la historia. Barcelona. Ed. Cervantes, 1943. (La evolución de la humanidad, v. 2).
- WEISE, O. La escritura y el libro. Barcelona, Ed. Labor (s. f.). (Colección Labor, número 12.)
- ZIMMERN, HEINRICH. Vergleichende Grammatik der semitischen Sprachen elements der laut-und formenlehre. Berlin, von Reuther und Reichard, 1898.

INDICE ALFABETICO

- Aames, rey de Egipto, 98.
Abdo, inscripción, 123.
Abiba'al, rey de Tiro, inscripción, 124.
Abidos, antigua ciudad de Egipto, inscripciones, 98, 129.
Abraham, patriarca hebreo, 118.
Abu-Simbel, templo y colosos en Egipto, inscripciones, 129, 153-55, 182.
—signos, 106-10, 157-59.
Accad, antigua comarca de Asia, escritura, 128.
—habitantes, 120.
Acrofonía, véase Acrología.
Acrología, 103, 115.
Adonis Eshmud, divinidad fenicia, 120.
Afis, antigua ciudad de Siria, inscripciones, 141.
Africa, 178, 217, 209, 210.
—inscripciones, 129, 130.
Agrigento, antigua ciudad griega de Sicilia, 178.
Ahiram, rey de Biblos, inscripción, 105-06, 123-24.
Alanos, 212.
Alarico, rey de los visigodos de España, código, 226.
Alba-Longa, ciudad de la antigua Lacio, 175.
Albano, alfabeto, 173.
Alcuino de York, sabio inglés, abad de San Martín de Tours, 203-04.
Alejandría, antigua ciudad de Egipto, 173.
Alejandro Magno, rey de Macedonia, 159, 173.
Alepo, antigua ciudad de Siria, 120, 141.
Alfabetica, escritura, 97, 126.
Alfonso X, el Sabio, rey de Castilla y de León, 216, 228-31, 234, 236.
Aljamía, 212.
Amalecitas, 120.
Amenofis III, rey de Egipto, 123.
Amonitas, alfabeto, 133.
—escritura, 138, 141.
Amoritas, véase Amorreos.
Amorreos, 119, 120.
Ampurias, véase Emporias.
Andaluza, escritura, 227.
Anglosajona, escritura, 203, 207.
Antioquía, antigua ciudad de Siria, 120.
Anzio, ciudad de la antigua Lacio, inscripciones, 189.
Aqueos, 150, 180.
Arabes, 138, 210, 212, 215, 238.
—alfabeto, 143-44, 147, 207.
—escritura, 163.
—idioma, 113, 145, 215, 216.
Aragón, antiguo reino de España, 215, 234.
Aram, antigua región del Asia, alfabeto 132, 142-44, 147, 163.
—escritura, 141-43.
—habitantes, 119, 120, 152.
—idioma, 113, 117, 132, 145.
—inscripciones, 141.
Argos, antigua ciudad del Peloponeso, alfabeto, 152, 180.
—inscripciones, 162.
Armenia, antigua comarca del Asia Menor, alfabeto, 147, 173.
Arslán Tash, véase Hadatú.
Artajerjes III, rey de Persia y Egipto, 125.
Asdrúbal, inscripción, 123-24.

Asia Menor, península de Asia entre el Mar Negro y el Mediterráneo, 153, 177.
 —alfabetos, 107.
 Asiria, antiguo reino de Asia, hoy Mosul, habitantes, 118, 142, 171, 211.
 —idioma, 111-13, 117, 145.
 Astarté, divinidad fenicia, 126.
 Astures, 210.
 Asturiano, dialecto, 215.

Atenas, capital de la antigua Atica, 150, 153, 157, 181.
 —alfabeto, 99-100, 106-11, 157-59, 180.
 —inscripciones, 162.
 Atica, antigua comarca griega, alfabeto, 152, 157-59, 180.
 —inscripciones, 152-53.
 Augusto, emperador romano, 130.
 Ausetanos, 210.

— B —

Baal, título genérico de las divinidades fenicias.
 —de Líbano, inscripción, 99-101, 129.
 —de Tiro, inscripción, 133.
 Baalat Gebal, divinidad fenicia, 120.
 Babilonia, antiguo reino y ciudad de Asia, 142, 210.
 —escritura, 97-98, 111-13, 115.
 —habitantes, 151.
 —idioma, 145.
 Bástulos, 210.
 Ben-Hadat, rey de Damasco, inscripción, 141.
 Beni-Hasan, antigua ciudad de Egipto, inscripciones, 113.
 Beocia, antigua comarca griega, 151.
 —alfabeto, 152, 157-59, 163, 180.
 —escritura, 156.
 —habitantes, 150.
 —inscripciones, 156.
 Bereberes, inscripciones, 130.
 Betel, ciudad del antiguo Israel, 120.
 Bética, provincia de la España romana, 214.

Biblia, libro sagrado de los cristianos, 118-19, 136-37, 139-40, 221.
 Biblioteca Bodleiana, manuscritos, 167-68.
 —de El Escorial, manuscritos, 225-26, 227, 228.
 —de St. Gallen, manuscritos, 192, 193-94.
 —del Corpus Christi College, manuscritos, 196-97.
 —del Estado en Munich, manuscritos, 227.
 —Municipal de Autum, manuscritos, 227.
 —Nacional de Madrid, manuscritos, 227, 228-29.
 —Nacional de París, manuscritos, 227.
 —Vaticana, manuscritos, 168-69, 192, 194-95, 202-03, 204, 227.
 Biblos, nombre dado por los griegos a la Gebal fenicia, hoy Djebail, 115, 119, 120.
 —escritura, 101-02, 115, 120-25, 128.
 —idioma, 123.
 —inscripciones, 120-25, 130, 135.
 Britania, antigua región de Europa, 177.
 Bubaste, antigua ciudad de Egipto, 98.
 Bustrófedon, escritura, 151-53, 155-56.

— C —

Cádiz, véase Gadir.
 Carnea, acrópolis de la antigua Tebas, 156.
 Cadmo, fenicio fundador de Cadmea, 151.
 Cagliari, véase Caralis.
 Calabria, región de Italia, inscripciones, 178.
 Calcídica, antigua región de Grecia, 178.
 —alfabeto, 152, 156, 157-59.
 Calcis, capital de la antigua Eubea, hoy Negroponto, 178, 181.
 —alfabeto, 163, 171, 177, 180-82, 190-92.
 —escritura, 156.
 —habitantes, 177, 181, 182.
 —inscripciones, 156.

Caldea, antigua región de Asia, 118, 211.
 —habitantes, 136.
 Campania, antigua región de Italia meridional, 178, 181.
 Canaán, antigua región de Palestina, 103, 114, 118, 119.
 —alfabeto, 133.
 —escritura, 102, 115.
 —habitantes, 103, 112.
 —idioma, 111, 112-14, 145.
 —inscripciones, 103.
 Cántabros, 210.
 Capitales (letras) españolas, 221-26, 230.
 —griegas, 165-66, 192, 223.

- latinas, 165, 192-98, 201, 204, 205, 221, 224.
- Caralis, antigua ciudad de Cerdeña, hoy Cagliari, 201.
- Caria, antigua región del Asia Menor, 153.
- escritura, 221.
- habitantes, 149, 171.
- inscripciones, 153.
- signos, 106-11.
- Carlomagno, rey de los francos y emperador de Occidente, 203.
- Carlos V de Alemania y I de España, 217.
- Carolingia, escritura, 203-04, 206, 228-29, 230, 236.
- Carpetanos, 210.
- Cartagena, antigua ciudad cartaginesa en España, 220.
- Cartaginense, provincia de España romana, 214.
- Cartago, antigua ciudad de Africa, 149, 211.
- escritura, 130-32.
- habitantes, 210, 220.
- Cartago, antigua ciudad fenicia de Chipre, 129.
- Castilla, antiguo reino de España, 215.
- escritura, 227.
- dialecto, 215, 216-17, 233, 234-37.
- Cataluña, antiguo reino de España, 215.
- dialecto, 214, 215, 234.
- Catanea, antigua ciudad griega de Sicilia, 178, 181.
- Celesiria, antigua comarca de Siria, 119.
- Celtas, 210.
- Celíberos, 210.
- Céltica, véase España.
- Cerdeña, isla de Italia, 201.
- inscripciones, 129, 130, 133.
- Cicerón, Marco Tulio, filósofo y orador romano, 187.
- Cilicia, antigua región del Asia Menor, 142.
- Cirene, colonia griega en Egipto, 178.
- Claudio Ceso, Apio, censor romano, 239.
- Cnosos, ciudad de la antigua Creta, 98.
- Códice, Alberdense, escritura castellana, 227.
- Alejandrino, unciales griegas, 92, 161, 169.
- Argenteus, escritura ulfilana, 221-22.
- Augustinus, In Psalmus, semiunciales españolas, 227.
- biblia, de San Isidoro, escritura gótica, 228.
- biblia legionense, escritura leonesa, 227.
- breviario y ritual de los sacramentos, escritura gótica, 228.
- de penitencia, de San Isidoro, escritura carolingia, 228.
- epístolas, de San Pablo, unciales españolas, 227.
- eucologio constantinopolitano, unciales griegas, 168-69.
- exposición del antiguo testamento, por San Paterio, escritura gótica, 228.
- fuero juzgo, semiunciales españolas, 227.
- Hilario, unciales galas, 192-93, 202.
- Homilias, de Beda, escritura carolingia, 228.
- Liber Glossarum et Etimologiarum, escritura carolingia, 228.
- Liber testamentorum Sancti Facundi, escritura carolingia, 228.
- Liber testimoniorum, de Paterius, unciales españolas, 227.
- Libri Paralipomenon, escritura carolingia, 228.
- Obras, de San Martín, escritura gótica, 228.
- Overtensis, unciales españolas, 226.
- Quaestiones in Vetus Testamentorum, semiunciales españolas, 227.
- Regla, de San Agustín, escritura gótica, 228.
- Romanus, capitales rústicas latinas, 192-93.
- Sinaítico, unciales griegas, 169-70.
- Speculum, de San Agustín, unciales romanas, 192-93, 196-97.
- Toletanus, escritura andaluza, 227.
- Vaticano, unciales griegas, 169.
- Vigiliano, escritura castellana, 227.
- Vita canónica Aquisgranensis, escritura carolingia, 228.
- Vitae Patrum, escritura toledana, 227.
- Consonantes, escritura, 101, 128.
- Constantina, ciudad de Argelia, inscripciones, 132.
- Copto, alfabeto, 173.
- Córcira, isla del Mar Jónico, hoy Corfú, 178.
- Corinto, antigua ciudad de Grecia, 182, 178, 181.
- Alfabeto, 101, 106-11, 152, 157-59, 162, 180.
- Inscripciones, 153, 163-64.
- Creta, hoy isla de Candia, 98.
- escritura, 97, 102, 106-13, 115, 122, 159, 188.

—habitantes, 114.
—inscripciones, 106, 162.
—signos, 106-11, 157-59.
Crotona, ciudad griega de Italia, 178.
Cumae, ciudad griega de Italia, 177, 178,
181, 182.

Cuneiforme, escritura, 98, 101, 122, 142,
~~244~~
Cursivas (letras) galas, 192-93.
—griegas, 165-66, 171-72, 196.
—latinas, 192-93, 194, 196-200, 205-07.
—romanas, 198, 201, 205-07.

— CH —

Chipre, inscripciones, 129.

—signos, 106-11, 122.

— D —

Damasco, antigua ciudad de Siria, 119.
David, rey de Israel, 118, 119, 133.
Debir, ciudad de la antigua Canaán, 103.
Dibón, ciudad del antiguo Moab, inscrip-
ción, 138.

Diplomática, escritura, 198.
Djebail, véase Biblos.
Dorios, 150, 153, 161, 178, 239.
—alfabeto, 113.
—idioma, 150.

— E —

Ebusus, antiguo nombre de Ibiza, en las
Balears, 211.
Edom, antiguo reino de Palestina, 139.
—alfabeto, 133.
—escritura, 138, 141.
—habitantes, 120.
Efeso, ciudad de la antigua Lidia, 153.
Egeo, islas, 150, 177.
—escritura, 106, 155.
—signos, 152, 180.
Egina, antigua isla de Grecia, alfabeto,
152.
Egipto, 98, 102, 124, 171.
—escritura, 98-101, 103-06, 114, 115, 132,
~~244~~
—habitantes, 122, 151.
—idioma, 146.
—inscripciones, 129, 142.
—papiros, 166-67, 169.
—signos, 106-11.
Elahaton, véase Tell el-Amarna.
Elefantina, pequeña isla del Nilo, 167.
—papiros, 142.
Eliba'al, rey de Biblos, inscripción, 124.
Elida, antigua región de Grecia, alfabeto,
152-157-59.
Elis, ciudad de la antigua Elida, signos,
106-11.
Emporias, ciudad griega de España, hoy
Ampurias, 178, 220.
Eretria, ciudad de la antigua Eubea, 178,
181.

Escipión, Lucio Cornelio, cónsul romano,
inscripción, 186.
Esculapio, dios de la medicina, inscrip-
ción, 133.
Eshnun-Merrek, véase Esculapio.
Eslavo, alfabeto, 147, 173, 207.
España, 177, 178, 200, 209-13.
—alfabeto, 233-39, ~~244~~
—escritura, 198, 218-39.
—habitantes, 210-13.
—idioma, 213-17, 232-39, ~~244~~
—inscripciones, 129, 217-18, 221, 224.
—manuscritos, 221-22, 224-31.
—signos, 106-11.
Esparta, ciudad del Peloponeso, 178, 181.
Espurio Carvilio, gramático romano, 186,
237.
Etolios, 150.
Etruria, antigua región de Italia, 176.
—alfabeto, 106-11, 162, 173, 178-81, 182-
87, 188-92.
—escritura, 182-84, 188-89.
—habitantes, 175, 177, 182.
—idioma, 186.
—inscripciones, 182-84, 188-89.
Eubea, isla del Egeo, 177.
—alfabeto, 152, 157-59, 180.
—escritura, 156, 177.
—inscripciones, 156, 181.
Ezequías, rey de Judá, 136.

- Faliscos, 176.
 —alfabeto, 106-11, 178-80.
 Felipe II, rey de España, 217.
 Fenekh, véase Fenicia.
 Fenicia, antigua región de Asia, 117-19, 142.
 —alfabeto, 97-101, 103, 104-15, 119-33, 137, 138, 142-47, 150-51, 154-63, 180, 184-86, 188-89, 190-92, 218-21, 237-39, 243.
 —escritura, 97, 120-33.
 —habitantes, 97, 98-99, 103, 117-19, 142, 150-51, 171, 210-11, 220.
 —idioma, 117, 123, 126, 129, 133, 145-47.
 —inscripciones, 120-33, 135.
 Fernando III, el Santo, rey de Castilla y León, 216.
 Fernando V, el Católico, rey de Aragón y Sicilia, 216.
 Filacopos, signos, 106-11.
 Filisteos, 106, 114, 119.
 Focca, antigua colonia griega del Asia Menor, 178, 211.
 Fonética, escritura, 123, 152, 178, 216, 244.
 Francia, idioma, 234, 235.
 Frigia, antigua región del Asia Menor, inscripciones, 98.

— G —

- Gades, véase Gadir.
 Gadir, antigua colonia fenicia de España, Gades de los romanos, hoy Cádiz, 210.
 —inscripciones, 220.
 Galaicos, 210.
 Galia, antigua región de Europa, 177, 178, 201, 210, 221.
 —escritura, 198, 200, 205.
 Galicia, antiguo reino de España, 215.
 —dialecto, 214.
 Galilea, antigua región de Palestina, 120.
 Gaza, antigua ciudad filistea, 120.
 Gebal, véase Biblos.
 Gela, antigua ciudad griega de Sicilia, 178.
 Georgia, comarca del Asia Menor, antigua Cólquida, alfabeto, 173.
 Germania, antigua región de Europa, 177, 203.
 —habitantes, 198, 212, 214.
 Gezer, ciudad de la antigua Judá, 120.
 —inscripciones, 102, 104, 133-34.
 Gótica, escritura, 204-05, 230-31.
 —letra, 143, 193, 206, 207.
 Grecia, 106, 149-51, 177-78.
 —alfabeto, 99-101, 104-06, 107, 113, 125, 147, 157-66, 172, 177-78, 180-81, 182, 184, 185-92, 217, 218, 221, 237-39, 243.
 —escritura, 151-73, 196, 221, 223.
 —habitantes, 120, 149-51, 171, 177, 210, 211, 220.
 —idioma, 214.
 —inscripciones, 129, 132, 151-57, 163-65.
 —manuscritos, 166-71.
 Gurob, antigua ciudad de Egipto, 169.

— H —

- Hadatú, ciudad de Mesopotamia, hoy Arslan-Tash, inscripciones, 141.
 Halicarnaso, ciudad griega de la antigua Caria, 153.
 —alfabeto, 106-11, 152.
 Haroshet, antigua ciudad de Judea, 140.
 Hathor, divinidad egipcia, 103.
 Hazael, rey de Damasco, inscripciones, 141.
 Hebreos, 119, 120, 125, 142, 210.
 —alfabeto, 99-100, 132, 143-45.
 —escritura, 101, 119, 132-33, 138.
 —idioma, 112, 117, 132, 134, 136, 145, 147.
 Hélade, véase Grecia.
 Herculano, antigua ciudad de Campania, manuscritos, 169, 194, 196.
 Hesperia, véase España.
 Heteos, véase Hititas.
 Hetitas, véase Hititas.
 Hiesos, 103, 115.
 Hierática, escritura, 99-101, 104, 113.
 Himera, antigua ciudad griega de Sicilia, 178, 181.
 Hiram, rey de Tiro, 118, 129.
 Hititas, 118.
 —escritura, 97, 151.
 —inscripciones, 98, 151.
 —jeroglíficos, 98, 111-14.
 Humanista, escritura, 204, 206.

— I —

Iberia, véase España.
 Iberos, 209-10.
 —alfabetos, 133, 218-21.
 —idioma, 213-17.
 —inscripciones, 217-18, 220.
 —signos, 106-11.
 Ibiza, véase Ebusus.
 Ideografía, 123, 244.
 Hirjetas, 210.
 Indoeuropeos, idiomas, 145.
 Inglaterra, véase Gran Bretaña.
 Iphesba'ul, príncipe fenicio, 124.
 Ipsambul, véase Abú-Simbel.
 Irlandesa, escritura, 200-03, 206.

Isabel I, la Católica, reina de Castilla, 213, 216.
 Israel, antiguo reino de Palestina, 120, 139-41, 142.
 —escritura, 133.
 —habitantes, 118, 133, 153.
 —inscripciones, 133, 136.
 Italia, 157, 175-77, 181-82, 200, 203.
 —alfabetos, 159, 162, 177-83, 184-88, 190-93.
 —dialectos, 178.
 —escritura, 192-207, 236.
 —idioma, 234.
 —inscripciones, 182-84, 188-90.
 —manuscritos, 192-99, 201-09.

— J —

Jericó, antigua ciudad de Palestina, 120, 136.
 Jeroglíficos egipcios, 98, 101, 105-06, 111-15, 122.
 —hititas, 98.
 Jerusalén, capital del antiguo Israel, 104, 120, 136.
 —alfabeto, 143-44.
 —inscripciones, 102.
 Jonia, antigua región del Peloponeso, 152, 177.
 —alfabeto, 113, 114, 152, 161, 180, 185.
 —escritura, 155.

—habitantes, 150, 154, 171.
 —inscripciones, 153-55, 157.
 Joppe, antigua ciudad de Siria, hoy Jaffa, 120.
 Joram, rey de Israel, 139, 140.
 Josué, caudillo del pueblo hebreo, 136.
 Judá, antiguo reino de Palestina, 103, 139.
 Judea, antigua región de Palestina, 103, 143.
 —habitantes, 142, 143.
 Julio César, general romano, 198.

— K —

Ketas, véase Hititas.
 Ketitas, véase Hititas.
 Khatti, véase Hititas.

Kir-Chareseth, ciudad del antiguo Moab, 140.
 Konyunjik, véase Nínive.

— L —

Lacio, comarca de Italia, 175, 176.
 Lachisch, antigua ciudad de Palestina, hoy Tell ed-Duweir, 120.
 —inscripciones, 102-06, 135-37.
 —signos, 106-11.
 Latinos, 175-76, 182.
 —alfabeto, 99-100, 105-11, 160, 163, 173, 178-81, 184-88, 190-99, 217-18, 237-39.
 —escritura, 133, 166, 190-207, 220-21.
 —idioma, 185-88, 211-12, 213-17, 244.
 —inscripciones, 189-90.

—manuscritos, 192-206.
 Lentini, antigua ciudad griega de Sicilia, 178, 181.
 León, antiguo reino de España, 215.
 —dialecto, 215-16.
 —escritura, 227, 234.
 Líbico, alfabeto, 106-11, 133, 221.
 Licia, antigua región del Asia Menor, alfabeto, 106-11.
 —habitantes, 149.
 Lidia, antigua región del Asia Menor, 153, 177, 181.

—alfabeto, 106-11.
 —escritura, 91-92, 188.
 —habitantes, 149.
 —inscripciones, 98.
 Ligures, 210.

Lócria, antigua comarca de Grecia, alfabeto, 152, 157-59, 163.
 Lombarda, escritura, 198-200.
 Lucio Cecilio Jucundo, banquero pompeyano, 197.
 Lusones, 210.

— M —

Macedonia, antigua comarca de Grecia, 181.
 Magna Grecia, antigua colonia griega en Italia, alfabeto, 178.
 Mahoma, fundador del islamismo, 212.
 Málaga, véase Maniaké.
 Malta, isla del Mediterráneo, antes Melité, inscripciones, 129, 130, 132.
 Manfaut, ciudad de Egipto, manuscritos, 167.
 Maniaké, antigua ciudad griega de España, hoy Málaga, 211.
 Manuscrito, Biblia, de Parfa, escritura carolingia, 228.
 —Biblia, de Roda, escritura carolingia, 228.
 —Biblia, del Abate Roberto, góticas primitivas, 193.
 —Book of Kells, unciales irlandesas, 192-93, 202.
 —Cantigas, escritura gótica, 230.
 —Commedie, de Terencio, capitales rústicas, 193-95.
 —Commedie, de Terencio, escritura humanista, 204-06.
 —De Penitentia, de San Isidoro, 228.
 —De Virginitate Beatae Mariae, escritura visigótica, 225-26.
 —Evangelario, de Enrico II, minúsculas carolingias, 204.
 —Grande e General Estoria, escritura gótica, 230.
 —Homilias, de Beda, escritura carolingia, 228.
 —Liber Glossarum et Etimologiarum, escritura carolingia, 228.
 —Liber Testamentorum Sancti Facundi, escritura carolingia, 228-29.
 —Libri Paralipomenon, escritura carolingia, 228.
 —Libro de Ajedrez, escritura gótica, 230.
 —Libros del Saber de Astronomía, escritura gótica, 230-31.
 —Messe del Natale e di Santo Stefano, escritura gótica, 204-05.
 —Omeliario, de San Gregorio Magno, escritura irlandesa, 202.

—Retractaciones, de San Agustín, minúsculas carolingias, 193.
 —Salterio, de San Agustín, escritura irlandesa, 203.
 —Vita Canonica Aquisgracensis, escritura carolingia, 228.
 Marsella, véase Masalia.
 Masalia, antigua ciudad de Galia, hoy Marsella, 178, 211.
 —inscripciones, 129.
 Masinisa, rey de Numidia, inscripciones, 130.
 Mayúsculas (letras) españolas, 224-26.
 Mediterráneo, 97, 98, 106, 117, 118, 119, 129, 147, 149, 150, 153, 173, 175, 177, 209, 211, 243.
 Meggido, ciudad del antiguo Israel, inscripciones, 102.
 Melité, véase Malta.
 Melos, isla del Egeo, 151.
 —alfabeto, 106-11.
 Menfis, antigua ciudad de Egipto, 98, 210.
 Merovingia, escritura, 198, 201, 203.
 Mesa, rey de Moab, inscripción, 138-41.
 Mesana, antigua ciudad griega de Sicilia, hoy Mesina, 178, 181.
 Mesapiano, alfabeto, 178-81.
 Mesogótico, alfabeto, 173.
 Mesopotamia, antigua comarca de Asia, 98, 118, 120, 142.
 Metaponto, antigua ciudad griega de Italia, 178.
 Micipsa, rey de Numidia, 130.
 Milas, antigua ciudad griega de Sicilia, hoy Melazzo, 178.
 Mileto, ciudad griega de la antigua Caria, 153, 155, 177, 178.
 Milo, isla del Egeo, 151.
 Minerva, divinidad griega, 157.
 Minet el-Beida, véase Ugarit.
 Minúsculas (letras) carolingias, 193, 198, 203-04, 206.
 —españolas, 224, 227.
 —griegas, 99-100, 164, 166, 171-72, 227.
 —latinas, 192-94, 204, 205-07.
 —lombardas, 198, 203, 206.

Mo⁶, antiguo reino de Palestina, 138.
 —alfabeto, 133, 143-44, 157.
 —escritura, 138-41.
 —habitantes, 120, 125.
 —inscripciones, 101, 133-41.
 Moisés, patriarca hebreo, 136.
 Monedas, españolas, 211, 217, 220-24.
 —fenicias, 133.
 —griegas, 164.

—itálicas, 181, 182-83, 186.
 Mozárabes, 212, 215.
 Museo Británico, 169.
 —de Berlín, 164.
 —de Constantinopla, 125.
 —de Saint-Germain, 224.
 —del Louvre, 133, 138.
 —Nacional de Atenas, 163, 164.

— N —

Nabateos, signos, 106-11.
 Nabucodonosor, rey de Babilonia, 125, 136, 143, 220.
 Nabulu, ciudad de Palestina, 138.
 Nápoles, véase Neapolis.
 Naucrates, antigua ciudad griega de Egipto, 171.
 Navarra, antiguo reino de España, 215.
 Navarro-aragonés, dialecto, 215, 234.
 Naxos, ciudad griega de Sicilia, 178, 181.
 —inscripciones, 162.
 Nazaret, ciudad de la antigua Galilea, 120.

Neapolis, antigua ciudad griega de Italia, hoy Nápoles, 178, 181.
 Neco II, rey de Egipto, 171.
 Neopúnica, escritura, 130-32.
 Nikaia, ciudad de la antigua Galia, hoy Niza, 178.
 Ninive, antigua ciudad de Asiria, hoy Konyunjik, 210.
 —alfabeto, 143-44.
 Niza, véase Nikaia.

— O —

Olbia, ciudad griega del antiguo Ponto Euxino, 178.
 Oretanos, 210.

Oscos, 176.
 —alfabeto, 106-11, 178-81.
 Ostraca, 136-37, 142, 163-64.

— P —

Paleo-hebraico, alfabeto, 133, 137, 138, 141.
 Palestina, antigua región de Asia, 102, 106, 115, 117, 118, 119-20, 133, 143.
 —inscripciones, 135-36.
 Palimpsesto, de Cicerón, unciales romanas, 192-93, 196.
 —de la Catedral de León, escritura uncial y semiuncial, 226.
 —Geórgica, de Virgilio, capitales cuadradas, 192-94.
 Palmira, antigua ciudad de Celesiria, alfabeto, 143.
 Papiro, Actas del Concilio de Constantinopla, minúsculas griegas, 171.
 —antílope, de Eurípides, unciales griegas, 167.
 —Bankes, unciales griegas, 167.
 —de Avito, cursiva gala, 192-93, 201.

—de Elefantina, escritura aramea, 142.
 —Discursos, de Hipérides, unciales griegas, 167.
 —Fedón, de Platón, unciales griegas, 167.
 —Homérico, unciales griegas, 166-68.
 —Prisse, escritura hierática, 99-100.
 Patricio, San, apóstol de Irlanda, 200, 201.
 Pelasgos, 149, 177, 182.
 —alfabeto, 106-11, 162, 180-82, 185, 190-92.
 Peloponeso, antigua península griega, hoy Morea, 180.
 —alfabeto, 152.
 Pelusa, antigua ciudad de Egipto, 98.
 Pelví, escritura, 163.
 Persia, antigua región de Asia, 99, 125, 142, 211.
 —habitantes, 161.

Pestos, antigua ciudad griega en Italia, 178.
 Pictografía, 111-15, 244.
 Pireo, península de la antigua Atica, Inscripciones, 129.
 Pompeya, antigua ciudad de Italia, inscripciones, 196-99.
 —escritura, 196-99.
 Ponto Euxino, hoy Mar Negro, 178.
 Portugal, idioma, 235.

Preneestre, ciudad de la antigua Lacio, inscripciones, 189.
 Protofenicia, escritura, 130.
 Protorromano, alfabeto, 182.
 Protosinaítica, escritura, 106, 128.
 Provenzal, idioma, 215, 234.
 Psamético I, rey de Egipto, 153, 171.
 —II, rey de Egipto, 129, 153.
 Púnicos, alfabeto, 133, 213-19.
 —escritura, 130-32.
 —inscripciones, 130-32.

— R —

Ramsés II, rey de Egipto, 124, 153.
 Ras Shamra, véase Ugarit.
 Ravena, ciudad de Italia, papiro, 171.
 Recaredo, rey visigodo, 221.
 Reggio, antigua ciudad griega de Italia, 181.
 —inscripciones, 186.
 Renacentista, escritura, véase Humanista, escritura.
 Roda, antigua ciudad griega de España, hoy Rosas, 178.
 Rodas, isla del Egeo, 150, 178.

Roma, 175, 182, 189, 196, 200, 201, 213, 214, 238.
 —alfabeto, 107, 143, 152, 156, 157, 159, 165, 177, 191-92, 244.
 —habitantes, 130, 132, 175-77, 210, 211-12, 221.
 Romaicos, alfabeto, 165.
 —idiomas, 211.
 Romanes, alfabetos, 165.
 —idiomas, 165, 213, 234.
 Rómulo, fundador de Roma, 175.
 Rúnica, escritura, 106-11, 173, 207, 221.

— S —

Sabeos, signos, 106-11.
 Sabinos, 175.
 —alfabeto, 178.
 Safatba'al, rey de Biblos, inscripción, 123-24.
 Saida, véase Sidón.
 Sais, antigua ciudad de Egipto, 171.
 Salomón, rey de Israel, 118.
 Samaria, ciudad del antiguo Israel, 120.
 —alfabeto, 133, 137-38, 143-44.
 —inscripciones, 138.
 Samnitas, 176.
 Samos, isla del Egeo, inscripciones, 162.
 Samotracia, isla del Egeo, 151.
 Saúl, rey de Israel, 133.
 Semitas, 117-20.
 —alfabetos, 97, 106, 111-15, 120-47, 159-60, 217-18, 243.
 —escritura, 151.
 —idiomas, 117, 120, 126, 154-47, 159-60, 215.
 Semiunciales españolas, 226.
 Senaqueris, rey de Asiria, 136.
 Serabit el-Khadem, ciudad de Egipto, inscripciones, 103, 136.

Sendojeroglíficos de Biblos, 101-02, 121-24.
 Sicilia, isla del Mediterráneo, 178, 181.
 —inscripciones, 129, 130.
 Sidón, puerto de la antigua Fenicia, hoy Saida, 120, 211.
 —alfabeto, 125-26, 143-44, 157.
 —habitantes, 118.
 —inscripciones, 120, 125-26.
 Silabarios, 98, 123, 142, 157, 159.
 Silábica, escritura, 122-23, 146, 218.
 Siloe, ciudad de la antigua Judea, alfabeto, 143-44.
 —inscripciones, 134-35.
 Sinaí, región de Arabia, península de Egipto, 102, 119.
 —escritura, 102-05, 115, 122, 135.
 —inscripciones, 102-06.
 —Monte, 103, 169.
 Sinope, antigua ciudad griega del Ponto Euxino, 178.
 Siquem, ciudad del antiguo Israel, 120.
 —inscripciones, 102.
 Siracusa, antigua ciudad de Sicilia, 178.
 —alfabeto, 152.

Siria, región de Asia, 119-20, 125.
—alfabeto, 143.
—escritura, 163.
—habitantes, 106, 142.
—idioma, 112-114.
—inscripciones, 135.

Span, véase España.

Suevos, 212.

Sumer, antigua comarca de Asia, escritura, 111, 128.
—idioma, 112.

— T —

Tablillas, de arcilla, 111, 113, 120, 126.
—enceradas, griegas, 163-65.

—latinas, 196-99.

Tabnit, rey de Sidón, inscripción, 125-26.

Tamúlicos, signos, 106-11.

Tarento, antigua ciudad griega de Italia, 178.

Tarteso, antigua región de España, 210, 220.

Tartesos, capital de la antigua Tartesos, 210, 211, 220.

Taso, antigua ciudad de Grecia, 151.

Tebas, antigua ciudad de Egipto, 210.

—papiros, 167.

Tell ed-Duweir, véase Lachisch.

Tell el-Amarna, ciudad de Egipto, antes Ekhaton, inscripciones, 111, 112, 120, 126.

Temístocles, estadista griego, 164.

Tera, isla del Egeo, hoy Santorín, 151, 178.

—alfabeto, 106-11, 157-59.

—inscripciones, 99-101, 151-52, 162, 181.

Tesalios, 150.

Teudis, rey visigodo de España, 226.

Thugga, ciudad de la antigua Numidia, 130.

Tiberíades, ciudad de la antigua Galilea, 120.

Tiberio, emperador romano, 130.

Tiro, antiguo puerto fenicio, hoy Sour, 98, 118, 120, 143, 211, 220.

—alfabeto, 125.

Tirrenos, véase Etruria, habitantes.

Toledana, escritura, 227.

Tracia, antigua región de Macedonia, 177, 178.

Trapazus, ciudad griega del Ponto Euxino, 178.

Trasamundo, rey de los vándalos, 201.

Tripolitania, antigua ciudad de Africa, escritura, 132.

—inscripciones, 130.

Troya, ciudad de la antigua Troade, guerra, 125, 151, 153, 237, 238, 239.

Túnez, territorio de Africa, inscripciones, 132.

Turdetanos, 210.

—alfabetos, 217-21.

— U —

Ugarit, ciudad de la antigua Fenicia, hoy Ras-Shamra y el Puerto de Minet el-Beida, 126.

—alfabeto, 105-06, 126-28.

—escritura, 101.

—inscripciones, 126, 135.

Ulfilas, apóstol de los godos, 221.

Umbría, antigua comarca de Italia, alfabeto, 178-81.

—habitantes, 176.

—inscripciones, 188.

Unciales, españolas, 224-27, 230.

—galas, 192-93.

—griegas, 99-101, 165-72, 221.

—irlandesas, 192-93, 200-03.

—latinas, 99-101, 192-94, 196, 200, 224.

—romanas, 192-93, 196-97, 198-203, 205-07.

Ur, ciudad de la antigua Caldea, hoy Mugheir, 118.

— V —

Valencia, dialecto, 214.
Vándalos, 212.
Vascones, 210.
Vascense, 213.

Visigodos, 210, 212.
—escritura, 193-200, 221-23 235.
—idioma, 214.
Volseo, alfabeto, 173.

— W —

Wenamón, cortesano egipcio, 124.

— Y —

Yehimilk, inscripción, 124.